

La relación Estado-Sindicatos durante el gobierno de Arturo Frondizi

La toma del frigorífico Lisandro de la Torre y los hechos insurreccionales de enero de 1959.

Autor:
Salas, Ernesto

Tutor:
Moreno, Oscar

1989

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Historia.

Grado

043
S164

865835

←1989

TESIS DE LICENCIATURA

LA RELACION ESTADO-SINDICATOS DURANTE EL GOBIERNO DE ARTURO FRONDIZI.

LA TOMA DEL FRIGORIFICO LISANDRO DE LA TORRE Y LOS HECHOS INSURRECCIO-

NALES DE ENERO DE 1959.-

Ernesto Salas

Director

Dr. Oscar Moreno



al Vasco Raúl Mortola

a Marcela Estela Oesterheld

a quienes tanto les debo

a los que dieron su vida

a los que la siguen dando

"Imposible olvidar
lo que pasó
no podemos
volver a ser pasado
pero debemos tener
presente
lo pasado

antes de
después de

.....

y alrededor de
antes de
después de
pero
RECUERDA

Leónidas Lamborghini

SUMARIO

↓ Introducción	pg. 5
La Corporación Argentina de Productores y el Frigorífico Nacional	pg. 18
Frondizi. Los pasos previos.	pg. 39
La Resistencia peronista y el movimiento obrero	pg. 62
Siete meses de desarrollismo	pg. 138
La toma del frigorífico	pg. 154
Conclusión	pg. 202
Historias I	pg. 212
Historias II	pg. 215
Historias III	pg. 218
Historias IV	pg. 221
Bibliografía	pg. 223

INTRODUCCION

Durante el mes de enero de 1959 un conflicto obrero sacudió al país y puso al gobierno de Arturo Frondizi en una situación de extrema gravedad. El malestar de los trabajadores coincidía con la implementación -por parte del gobierno- de un plan de austeridad recomendado por el Fondo Monetario Internacional y con el viaje del presidente de la Nación a los Estados Unidos. Arturo Frondizi dispuso, en la víspera del viaje, la represión con fuerzas conjuntas de Ejército, Gendarmería y la Policía Federal. Ante la extensión del conflicto, sumado al lanzamiento por parte de los gremios peronistas de un paro general por tiempo indeterminado, el Ejecutivo dispuso la detención de cientos de dirigentes comunistas y peronistas, declaró zona militar las áreas de mayor concentración obrera de la ciudad, movilizó tropas y amenazó con la aplicación del plan CONINTES (1) que disponía el juzgamiento de los obreros por tribunales militares. Al mismo tiempo recrudecieron las acciones de los comandos peronistas y estallaron cientos de bombas en la ciudad de Buenos Aires. El origen de semejante situación que conmocionó al país fue la toma, por parte de los obreros, del establecimiento del frigorífico Nacional Lisandro de la Torre y el unísono levantamiento insurreccional del barrio de Mataderos.

1

El golpe militar que provocó la caída de Perón en 1955 abrió un período para la historia argentina que se caracterizó por una fuerte inestabilidad política y social. El hecho más sobresaliente -la proscripción del peronismo- provocó en las clases dominantes un abanico de metodologías y estrategias con las que se intentó el predominio económico y la hegemonía política. Pero al mismo tiempo, la gran proscripción del movimiento con mayoría electoral revirtió sobre el interior de los partidos políticos y los sectores sociales dominantes provocando rupturas y disidencias frente al "cómo" eliminar la influencia que mantenía el peronismo sobre la clase trabajadora.

Bajo el trasfondo del escenario político se jugaban también las cartas del predominio económico entre la burguesía agraria y la creciente burguesía industrial ligada a los monopolios extranjeros.

La inestabilidad, expresada en la sucesión ininterrumpida de gobiernos militares y gobiernos civiles, electos bajo la proscripción, es explicada por los analistas del período por la doble contradicción económica y política que enfrentaba a los sectores dominantes del país. Estas contradicciones serían la causa de la existencia de síntomas de debilidad cuando alguno de estos sectores trataba de imponer una efectiva hegemonía al conjunto de la sociedad. La existencia, por otro lado, de un movimiento obrero fuerte y con una identidad política arraigada en el peronismo contribuía como factor de aquella inestabilidad. Frente a sectores de las clases dominantes cuyos conflictos internos los enfrentaba a frecuentes contradicciones, el movimiento sindical, a partir de la doble representación laboral y política, limitaba aún más las aspiraciones de hegemonía, sin llegar él mismo a tener capacidad ni voluntad de ejercerla. Esta incapacidad de ejercer una efectiva hegemonía social y política ha llevado a muchos autores a explicar el período caracterizándolo como "empate hegemónico" o "crisis orgánica" (2).

Los estudios históricos del período que tratamos se han centrado en particular en la búsqueda de las causas de aquella debilidad de las clases dominantes haciendo hincapié en los factores del cambio económico, las contradicciones inherentes al campo de la política y su relación con la estructura del Estado, o al hallazgo de una causalidad explicativa de los golpes de estado del presente siglo (3). Salvo excepciones (4), han sido pocos los trabajos que han tratado de la potencialidad o debilidad del movimiento obrero desde el complejo mundo de las "redes familiares de la clase", es decir, de la vida en las fábricas y los barrios, de la

cotidianidad obrera, de la conciencia y sus limitaciones para el cambio, o en dónde reside la potencialidad de resistencia que ha evidenciado el movimiento obrero frente a los cambios que provocaba el intento hegemónico de los sectores dominantes. En otras palabras, es poco lo que se ha hecho para tratar de explicar los elementos constitutivos de la cultura obrera y popular de nuestro país entre la caída y el retorno de Perón.

II

El interregno que media entre la caída y el regreso del peronismo al gobierno es testigo de la aparición de novedades en el campo social, económico y político de los diversos sectores sociales. El fraccionamiento de los partidos políticos y organismos sociales tanto como de las Fuerzas Armadas, el surgimiento de nuevos sectores económicos como consecuencia de la etapa capitalista de la posguerra, las formas de resistencia civil expresadas en el sabotaje y los hechos insurreccionales urbanos, el creciente índice de represión estatal y la aparición de las guerrillas peronista y marxista son sólo algunas de ellas. En gérmen ya están presentes en los años inmediatamente posteriores a la caída de Perón y sus contradicciones se desarrollan de manera creciente con el correr de los años.

Aunque aún no existe una adecuada investigación al respecto, podemos afirmar sin temor a equivocarnos, que el régimen de Perón incorporó subordinadamente a las cúpulas del movimiento obrero en la estructura del Estado. Sus dirigentes participaron en la función pública como intermediarios entre la masa obrera y las acciones del gobierno. Los dirigentes sindicales y políticos se acostumbraron a esta función sin demasiadas contradicciones, aún cuando la crisis económica comenzaba a golpear a las puertas del régimen. Pero la derrota de 1955 cam-

bíaría este estado de cosas arrastrando en la caída a la creciente burocracia sindical y política de las postrimerías del período peronista. El peronismo se encontraba por primera vez en el llano, con sus organizaciones sindicales intervenidas y la estructura partidaria inhabilitada. Sin embargo, la diáspora peronista del '55 provocó, contra los pronósticos de sus adversarios, un recambio de dirigentes que otorgaron una creciente dinámica al movimiento. Este conjugaba la autonomía creciente de sus sectores de poder con una incesante tendencia a la unidad bajo la consigna del "retorno de Perón". En 1955 los peronistas eran concientes de que todo comenzaba otra vez. Tenían todo por hacer; y sus potencialidades tanto como sus contradicciones fueron gestando una intrincada red de poder que, a pesar de sus contradicciones ideológicas y políticas, lograría sobrevivir durante dos décadas. Sus ecos llegan hasta el presente. Durante los primeros años se consolidó el movimiento bajo lo que se conoce como "resistencia peronista".

La autoimágen peronista ha fijado a la "resistencia" en el terreno de lo legendario" de sus historia, parte de su propio "folklore". Esto ha obstaculizado, salvo excepciones, que se pueda hacer un análisis de las contradicciones que surgieron durante aquel período dentro del peronismo. La resistencia peronista ha llegado hasta nuestro presente cargada de significaciones múltiples, particularmente debido al uso del término por corrientes peronistas de fines de la década de los sesenta. La resistencia, para estas corrientes, terminó abarcando los hechos ocurridos durante los dieciocho años que median entre la caída y el retorno de Perón al gobierno. Pero inicialmente se designaba como resistencia a los hechos y acciones peronistas ocurridos entre la caída del peronismo y el último intento de golpe militar peronista, encabezado por el general

Iniguez, es decir, entre 1955 y 1960. Las acciones más resonantes de la resistencia se habrían realizado durante los acontecimientos de los que trata el presente trabajo. El hincapié que hacemos en esta precisión no resulta meramente temporal pues abordamos situaciones que fueron resignificadas en un período histórico posterior. Es así que la resistencia peronista fue entrevistada como una experiencia heroica del pueblo, pero imperfecta, cuya complejidad estaba dada por la construcción, en la década del sesenta de una violencia popular organizada, representada por los grupos armados peronistas. En el camino se obviaban los profundos cambios habidos en la estructura sindical -fuente de la resistencia- y no se intentaba explicar el porqué la resistencia se agotó en 1960 a partir de la derrota de las medidas de fuerza del movimiento obrero de 1959/60. La toma del frigorífico Lisandro de la Torre resultaba un antecedente ideal cuando se intentaba explicar los movimientos insurreccionales urbanos de fines de los '60. Se producía así la resignificación de la "resistencia peronista" inicial y se aplicaba el término a los dieciocho años en que el peronismo permanecería al margen de la conducción del Estado.

De todas maneras, resulta claro que en bastantes aspectos ambos períodos tienen una íntima relación. Basta ver que los hombres que jugaron sus vidas son los mismos. Lo interesante, de todos modos, es desembarazarse de aquella resignificación para darle el verdadero sentido crítico a la historia de los trabajadores en aquella época.

La "resistencia" se fortaleció bajo el objetivo explícito del "retorndouBerérUn los intentos por parte de los sectores dominantes de fundar un orden político consensual chocaron con esta premisa insustituible. Nuestra hipótesis central es que la explicación de la inestabilidad del período debe hallarse no sólo en la debilidad de los sectores dominantes para constituir un orden político estable, sino también y

especialmente en la potencialidad de los sectores populares por impedirlo; detrás del objetivo del "retorno de Perón" se oculta el mayor grado de enfrentamiento social de la Argentina contemporánea. Aquella potencialidad tiene su significación en la irreconciliable división entre peronistas y antiperonistas y en el sentimiento de pertenencia de los obreros al peronismo y sus significantes culturales, lo que hacía inviables los intentos de hegemonía fuera de ellos. El caso particular del conflicto del frigorífico Lisandro de la Torre puede ayudar a una mejor comprensión de este fenómeno de la cultura obrera argentina y su conciencia, entendida en términos de experiencia de clase (5).

III

James Petras no dudó en calificar a la clase trabajadora argentina como la "hidra", porque cuando el terror a la que fue sometida en los últimos años cortaba una de sus cabezas, inmediatamente aparecían dos nuevas para reemplazarla (6).

En el mismo artículo James Petras se pregunta acerca de las causas de la rápida recomposición del movimiento huelguístico en la Argentina bajo el reinado del terror sistemático aplicado al movimiento popular desde 1976. En efecto, la dictadura del general Videla fue el intento más salvaje por desarraigar de la clase trabajadora "[...] la memoria de la solidaridad y los lazos sociales [...] y atomizar a la clase e inculcar los sentimientos de subordinación, inferioridad y servilismo característicos del período anterior a Perón" (7). Jamás -afirma Petras- el estado capitalista había actuado en una forma tan incondicional y directa a favor del capital. Sin embargo, la clase trabajadora argentina no se quedó inmóvil y, nuevamente, miles de huelgas estallaron en el país entre noviembre de 1978 y enero de 1981.

Siguiendo el análisis del autor, las causas de esta recom-
posición deben hallarse en la existencia de dos movimientos populares en
la Argentina -"con su estilo político, su posición social y su estructura
peculiares"- que él denomina la "clase política" y el "movimiento de la
base". A pesar que ambos participan en prácticas comunes tales como huel-
gas generales, manifestaciones y elecciones", la clase política y la ba-
se no participan de la misma rutina cotidiana. En palabras del autor:

"[...] la base de la clase trabajadora tiene sus propias redes coti-
das, políticas y familiares, alrededor de las cuales organiza
una buena parte de su vida; [...] estas relaciones, actividades,
valores y posiciones sociales son distintas en la clase política
[...]. Sin embargo, hay una subcultura común que une a la clase
trabajadora independientemente de la organización formal, una
subcultura que abarca el parentesco, la vecindad, el lugar de
trabajo y los clubes sociales. Las diferencias se manifiestan en
algunos casos en formas diferentes de la expresión verbal, pero
sobre todo en la noción de compañerismo que deriva de la experien-
cia común de las dificultades cotidianas, los eventos sociales,
las tragedias, los eventos deportivos. [...] La capacidad de la
clase trabajadora argentina para sostener una lucha colectiva en
favor de demandas clasistas deriva de las características de tal
clase, las que se encuentran en pocos movimientos obreros del
mundo en el mismo grado" (8).

Cinco características principales marca Petras en la clase
trabajadora argentina:

1) la "intensidad extraordinaria de la solidaridad y la or-
ganización clasistas", manifestada en el alto grado de disciplina para
ejecutar huelgas generales sin prácticamente coaccionar a los disidentes.

2) un "rechazo general del Estado y de la dominación y los
valores de la clase gobernante". Los trabajadores argentinos no han
recibido con "gratitud" los beneficios del Estado sino que lo han hecho
"como alguien que tiene derechos y en efecto debe recibir tales benefi-
cios".

3) la noción del interés clasista se manifiesta en la insis-
tencia intransigente de la clase trabajadora en no sacrificar su nivel

de vida por un ilusorio "desarrollo nacional": la acumulación capitalista.

4) Los "potentes lazos informales expresados a través de la familia, la vecindad y el lugar de trabajo, que reforzaban los lazos clasistas existentes entre la clase trabajadora y en contra de la clase gobernante". La homogeneidad de las vecindades y los lugares de trabajo en el sentido de contener principalmente obreros y empleados de sueldo bajo y pequeños vendedores explican "las armas pesadas y los grandes contingentes policíacos que se movilizan para hacer arrestos en las vecindades de la clase trabajadora".

5) la clase trabajadora argentina tiene "altos niveles de confianza y apoyos mutuos existentes dentro de las comunidades locales". Son los lazos primarios los que "proveen seguridad para las organizaciones clasistas y los activistas locales a un grado que ninguna organización formal puede igualar y que ninguna organización policíaca o paramilitar podría destruir".

Me propongo demostrar que todas estas características se encuentran presentes en las acciones de la clase trabajadora durante el período denominado "resistencia" y son las que han permitido, a pesar de las derrotas parciales que sufrió el movimiento sindical, que tales características persistieran conformando la cultura popular que imprimió su dinámica opositora en los recientes años de la historia argentina contemporánea.

Los lazos de solidaridad, la vecindad, las relaciones familiares, las redes informales de la comunicación, la organización informal de estructuras sindicales clandestinas o grupos de sabotaje; en definitiva, todo aquello que constituye la parte "no visible" de la acción de los trabajadores se encuentra presente en el caso de las luchas de los obre-

ros del frigorífico nacional y constituye la esencia de su dinámica vital de "rechazo o ausencia de participación en la cultura dominante u opresora promovida por la clase gobernante" (9).

IV

ALGO SOBRE LA "HISTORIA ORAL"

Derivada del uso creciente de las "historias de vida" en las ciencias sociales, en los últimos tiempos el uso de la historia oral ha penetrado en nuestra disciplina como elemento importante del análisis histórico. El impacto decisivo parece haberlo dado la publicación de la obra de Ronald Fraser, "Recuérdalo tú y recuérdalo a otros" (10) sobre la historia de la guerra civil española en base a testimonios orales de los participantes. De ella ha dicho Josep Fontana que "debería significar el fin de una etapa en los estudios sobre la guerra civil española -la de la historia política y militar- y el inicio de otra -la de la historia social-". Tal la importancia del texto de Fraser. Sin embargo, la historia oral no pasaría de ser una metodología si no se complementara con el incesante interés de los historiadores por el estudio de la cultura de los sectores populares, modificando la visión historiográfica que, de la mano de la sociología, abundaba en el estudio de las estructuras. En este sentido los trabajos de E.P.Thompson, la "History Workshop" y la obra de Carlo Ginzbourg siguen marcando rumbo (11).

La historia oral ¿resulta una forma legítima de encarar la investigación histórica? ¿representa una forma distinta de enfrentar los hechos históricos? En primer lugar, se trata de definir si el método de la entrevista oral constituye un soporte de la documentación escrita, o por el contrario, constituye por sí sola la fuente para el investigador. La entrevista oral se viene utilizando con asiduidad en los recientes trabajos

de historia argentina como complemento de la documentación escrita, la es-
dística, etc. Pero mucho más discutido y resistido es su uso como forma
de "dar voz a los que no tienen voz", pues implica poner de relieve los
testimonios de los participantes como centro de la investigación histó-
rica. En segundo lugar, se plantea si los testimonios orales son fuente
de igual valor que los documentos escritos. Ronald Fraser, en su ya cita-
do trabajo decía acerca de la posibilidad de descubrir verdad o falsedad
en los testimonios: "[...] era su verdad, la verdad de la gente, lo que de-
seaba reflejar. Y lo que la gente pensaba -o pensaba que pensaba- tam-
bién constituye un hecho histórico". Este hecho destacable lo es porque
aún no se ha devuelto al sujeto histórico el protagonismo que le corres-
ponde en la realización de la historia. La experiencia de los hombres y
mujeres, sus vivencias, sus fracasos, sus enfrentamientos personales, su
debilidades, sus rasgos heroicos en la suma de las microexperiencias han
sido relegadas de la construcción de la historia.

La reconstrucción de la experiencia personal, de la compleja
resignificación de los mensajes culturales dominantes, en otras pala-
bras, de lo que la gente piensa, de lo que la motiva a la acción o a la
omisión, a la lucha o al consenso, es el objetivo de la historia oral.
es este objetivo el que redescubre las contradicciones de los hombres e
la complejidad histórica, entre lo que la gente cree hacer y lo que ha
entre su interés "objetivo" como clase y su experiencia real en la cons-
trucción de la historia.

El presente trabajo de investigación se basa en entrevistas o
como fuente de conocimiento histórico. En absoluto niega la información
derivada del análisis de la documentación escrita, que es usada profu-
samente tanto como la bibliografía del período.

He trabajado con entrevistas orales particularmente en el caso

de los obreros del frigorífico. Acerca de la visión de Arturo Frondizi y su equipo de gobierno he usado la abundante bibliografía publicada sobre su gestión, testimonios personales y reportajes recientes a los principales protagonistas.

El trabajo ha sido ordenado de la siguiente manera: los enfrentamientos entre los diferentes sectores en torno a la posesión o no de un frigorífico "testigo" en la primera mitad del siglo y el origen del frigorífico nacional se desarrollan en el capítulo I; los orígenes del desarrollismo y el ascenso de Frondizi a la presidencia como candidato de la oposición a la Revolución Libertadora, se desarrollan en el capítulo II; el desarrollo de las acciones de los comandos de la resistencia vinculados a la organización sindical del frigorífico y las luchas sindicales previas son tratados en el capítulo III; las políticas emprendidas por el gobierno de Arturo Frondizi durante los primeros meses de su gestión que desembocaron en el enfrentamiento se desarrollan en el capítulo IV; finalmente, el conflicto en sí, la toma del frigorífico y la huelga general así como sus consecuencias conforman el capítulo V.

NOTAS AL PROLOGO

- (1) Comoción Interna del Estado. El plan Conintes finalmente se aplicó en 1960.-
- (2) vease O'DONNELL, Guillermo: Estado y alianzas en la Argentina, En: "Desarrollo Económico" no. 64, Buenos Aires, enero-marzo de 1977; tb. PORTANTIERO, Juan Carlos: Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual, En: BRAUN, Oscar(comp): El capitalismo argentino en crisis, Buenos Aires, siglo XXI, 1973.-
- (3) vease PERALTA RAMOS, Mónica: Acumulación del capital y crisis política en Argentina(1930-1974), México, siglo XXI, 1978; CAVAROZZI, Marcelo: Autoritarismo y democracia (1955-1983), Buenos Aires, CEAL, 1983; y ROUQUIE, Alain: Hegemonía militar, estado y dominación social, En: ROUQUIE, Alain (comp):Argentina hoy, México, siglo XXI, 1982, respectivamente.-
- (4) una buena excepción son los trabajos de JAMES, Daniel: Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial en Argentina, En: "Desarrollo Económico", vol. 21, no. 83 (octubre-diciembre de 1981); tb. Resistance and Integration: Peronism and the working class, 1946-1976,(mimeo).
- (5) "Por clase entiendo un fenómeno histórico, unificando un número de eventos aparentemente inconexos y separados, ambos en la materia prima de la experiencia y en la conciencia. Enfatizo que es un fenómeno histórico. No veo el concepto de clase como una estructura, ni siquiera como una categoría sino como algo que actualmente ocurre [...] en las relaciones humanas [...] La conciencia de clase es la forma en que estas experiencias son manejadas en términos culturales: toman cuerpo en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales". THOMPSON, E.P.: La formación de la clase obrera en Inglaterra, Barcelona, LAIA, 1978.-
- (6) PETRAS, James: El terror y la hidra: el resurgimiento de la clase trabajadora argentina, En: Clase, Estado y poder en el Tercer Mundo, México, F.C.E., 1986,pp.286-295
- (7) idem.-
- (8) ibid.-
- (9) ibid.-
- (10) FRASER, Ronald: Recuérdalo tú y recuérdalo a otros, Historia oral de la guerra civil española, Barcelona, Crítica, 1979.-
- (11) THOMPSON, E.P.: Tradición revuelta y conciencia de clase, Barcelona, Crítica, 1979; SAMUEL, Raphael, ed.: Historia popular y teoría socialista, Barcelona, Crítica, 1984; GINZBURG, Carlo: El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI, Barcelona. Muchnik editores, 1981.-

LA CORPORACION ARGENTINA DE PRODUCTORES Y EL
FRIGORIFICO NACIONAL

"El acontecimiento históricamente más significativo del reencuentro gremial se produjo en 1958. La Sociedad Rural Argentina y las sociedades rurales del interior presentaron listas conjuntas de candidatos para las elecciones convocadas por la C.A.P. Se unían formal y programáticamente grupos de ganaderos que veinte años antes se enfrentaron con saña por hondas divergencias respecto a la conducción de esa misma C.A.P."
(1)

A principios del presente siglo, la mayor parte de la exportación del ganado, pese a la intensidad con la que trabajaban los frigoríficos, se hacía en "pie" todavía. Sin embargo, rápidamente los frigoríficos británicos instalados en el país pasarían al primer lugar a partir de la prohibición por parte del gobierno del Reino Unido de ingresar en su país ganado en pié: "queda el frigorífico como única salida para todos los ganaderos [...] (2).

Los frigoríficos se habían desarrollado en Australia y Argentina a partir de la inversión de capitales británicos. Las plantas fueron posibles a partir del invento por parte de Tellier y de Carré-Julien que permitía la conservación del producto en buques que lo transportaban a Europa, particularmente a Inglaterra, que era el principal comprador.

La interrupción de la exportación de ganado en pié y su consecuencia de abarrotamiento de ganado en el mercado, bajó los precios pagados por los frigoríficos, favoreciéndolos enormemente (3).

El control del capital británico estaba asegurado por la doble posesión de las plantas frigoríficas y la flota frigorífica. Constituyeron en la Argentina de los primeros años del siglo un "oligopolio de compra con respecto a los ganaderos y un oligopolio de venta respecto de los consumidores" (4).

El capital norteamericano irrumpió, entonces, para competir con el británico. La ventaja que poseían respecto de estos era la innovación tecnológica de la carne enfriada (el "chilled beef"), cuya calidad

superaba al congelado. A ello se sumaba su poderío financiero. Tal es así que al promediar la década del veinte "los capitales norteamericanos consolidaron su predominio [...] en el mercado argentino, poseían 8 de las 17 plantas existentes para vacunos contra 5 de los británicos y 4 argentinas" (5).

Los capitales británicos y norteamericanos compitieron entre sí durante años para disputarse el control del mercado de exportación y la faena. Esta competencia se declaraba abiertamente cuando los capitales norteamericanos construían una nueva planta y reclamaban para sí una mayor cuota exportable. El enfrentamiento entre ambos fue denominado la "guerra de las carnes". Entre 1909 y 1927 se desarrollaron tres guerras de las carnes, las cuales terminaron con amplias ventajas para el capital norteamericano: resultaron beneficiados con el "69,901% de la cuota de exportación, contra el 20,099% de los británicos y el 10% para las empresas argentinas" (6).

La industria frigorífica dominada en el país por los extranjeros constituía un vigoroso trust que fijaba los precios de compra del producto, procesaba, transportaba, vendía la mayor parte del ganado, eludiendo sistemáticamente los controles a su actividad. Contra ello, el intento de control gubernamental de las actividades de los frigoríficos era verdaderamente esporádico y surgía particularmente en las épocas de crisis para diluirse en las etapas del auge ganadero. La mayor parte de los proyectos presentados a las Cámaras legislativas eran abandonados o no llegaban siquiera a dictarse. La causa principal de esta situación debe atribuirse a la aceptada relación existente entre los grandes ganaderos y los frigoríficos extranjeros (7). Los pedidos de informes ante las Cámaras y la presentación de proyectos que limitaban la actuación del trust frigorífico se sucedieron, en 1919, en la crisis

de la posguerra de 1921, en 1931 con el pedido de intervención estatal por parte de la Sociedad Rural Argentina y, finalmente, en las denuncias del pool hechas en la Cámara de Senadores por Lisandro de la Torre a mediados de la década del '30.

De todas ellas, la que nos interesa particularmente, dado que trató la importancia de contar con un frigorífico testigo, es el debate de la crisis ganadera de la posguerra que culminó con la sanción por parte del gobierno de Marcelo T. de Alvear, en 1923, de cinco leyes referidas a ganados y carnes. Entre estas leyes se dictó la número 11.205 de creación del frigorífico nacional de la Capital Federal y depósitos distribuidores de carnes, la cual nunca llegó a implementarse. En palabras de Peter Smith, la crisis se produjo por lo siguiente:

"Tentados por los fáciles y elevados beneficios de la guerra y alentados por préstamos liberales del gobierno, los ganaderos expandieron sus manadas [...]. A medida que aumentaba el valor de la tierra, se incrementaba el suministro de ganado [...] crecieron de menos de 26 millones de cabezas en 1914 a más de 37 millones hacia 1922. Entretanto iban decreciendo las demandas de ultramar. Como Gran Bretaña y los aliados consagraban sus energías a las tareas de la reconstrucción, eran incapaces de mantener un alto poder adquisitivo [...] las exportaciones de la Argentina se redujeron" (8).

Producto de la crisis que afectaba al comercio de exportación el debate se centró en dos ámbitos diferentes. En la Sociedad Rural, donde el cambio de comisión directiva había favorecido a los "criadores" y desplazado a los "invernadores" (9), y en los recintos del Congreso. Los ataques se centraron en los excesivos beneficios obtenidos por los frigoríficos en contra de los ganaderos. Dos proyectos ingresaron, entonces, para su tratamiento en las Cámaras: "inspección gubernamental de las cuentas de las compañías [...] y la venta de todo el ganado sobre la base de un peso liviano [...] El otro proponía la creación de un frigorífico nacional en la ciudad de Buenos Aires, dirigido directamente por el Estado" (10).

Cuatro fueron las leyes aprobadas para superar la crisis ganadera: "[...] 1) la construcción de un frigorífico en la ciudad de Buenos Aires; 2) la inspección [...] del comercio de carnes; 3) la venta del ganado sobre la base del peso en vivo; y 4) un precio mínimo [...] para exportación, y un precio máximo para la venta local de carne" (11)

Debido a la presión de los frigoríficos extranjeros que suspendieron la compra del ganado, las leyes de precios fueron suspendidas; las otras leyes tampoco se cumplieron nunca. Esto sucedió porque la crisis había pasado y los precios empezaron a mejorar (12).

La importancia de los sucesivos debates del Congreso para el tema aquí tratado es que en todos ellos se manifiesta la necesidad de contar con un frigorífico testigo, o sea, un establecimiento que, manejado por el Estado, permita demostrar las verdaderas ganancias de los frigoríficos extranjeros. Propuesto en los períodos de crisis, dicho proyecto es fácilmente olvidado cuando estas son superadas. Recién en la década de 1930, cuando la crisis sea más prolongada, se alzarán voces que reclaman la intervención del Estado en favor de los ganaderos. Mientras tanto el frigorífico de la ciudad de Buenos Aires es construido por la Municipalidad y se convierte rápidamente en un establecimiento modelo, que modifica la fisonomía del barrio de Mataderos, dando origen a un conflicto de posesión entre el gobierno nacional y el gobierno municipal. Este enfrentamiento culminará cuando, en 1960, el gobierno de Arturo Frondizi lo traspase a la Corporación Argentina de Productores.

La Sociedad Rural Argentina, en tanto, volvía a cambiar su comisión directiva y se desdecía en 1927 de todo lo afirmado durante la crisis. En el informe especial redactado por el asesor de la S.R.A., Raúl Prebisch, y titulado "El pool de frigoríficos: necesidad de intervención del Estado", el mismo afirmaba:

"No pensamos, tan siquiera, en la posibilidad de que el Estado, por construcción, compra o nacionalización de establecimientos frigoríficos, se inmiscuya directamente en la gestión económica de las empresas, convencidos de la superioridad de la iniciativa individual que en el caso presente se ha manifestado en el desarrollo admirable de la industria frigorífica en nuestro país"(13).

En el mismo documento, la S.R.A. denunciaba lo inadecuado de la construcción del frigorífico de la Capital por parte de la Municipalidad.

Sin embargo, y contra toda protesta, la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires, concluyó para 1929 las obras de construcción de su frigorífico y estuvo listo para su inauguración por el nuevo gobierno surgido del golpe militar de 1930.

En 1923, la Municipalidad había cedido un terreno para la construcción del frigorífico nacional. Al vencer el plazo de dos años, y olvidado el proyecto de la ley, la Municipalidad encaró en dichos terrenos la construcción del establecimiento, como complemento del Mercado de Hacienda y para un mejor abastecimiento de la ciudad. Obviamente, el lugar más adecuado lo constituía aquel en el que estaba asentado el matadero de la ciudad.

A principios de siglo el matadero fue trasladado desde Parque de los Patricios al nuevo barrio al que inicialmente se lo llamó con el pomposo nombre de "Nueva Chicago", nombre con el que se lo asimilaba a la ciudad ganadera norteamericana. Sin embargo, el nombre no prendió, y con el tiempo **fue** cambiado por su denominación actual: "Mataderos". Los equívocos no terminaron allí. Instalado el Matadero se lo denominó Mercado de Liniers, pese a que su ubicación estaba ineludiblemente ligado al barrio de Mataderos. Al lado del Mercado se construyó el nuevo frigorífico. La fisonomía del barrio se había completado y la mayoría de sus habitantes tendrían una relación casi inevitable con el matadero o el frigorífico (14).

El frigorífico municipal había vencido las trabas iniciales que impedían su construcción para el abasto de la ciudad, pero debía aún vencer, durante la década del '30 los intentos por parte de diversos sectores por dificultar su funcionamiento como frigorífico "testigo". Durante aquella década fueron varios los intentos para que pasara a la órbita nacional. En 1931, en medio de la crisis derivada del crack del '29 aquellos sectores de la Sociedad Rural que se habían opuesto en 1927 a la intervención del Estado en la gestión frigorífica, elevaron al Poder Ejecutivo su "Plan Orgánico de defensa ganadera". A partir de ese proyecto original, el "Poder Ejecutivo envía dos proyectos de ley al Parlamento: uno de creación de la Junta Nacional de Carnes, y el otro de nacionalización del frigorífico Municipal [...]" (15).

La creación de la Junta Nacional de Carnes fue una respuesta diseñada por los ganaderos ante la crisis. Surgida del plan de la Sociedad Rural, el gobierno de Agustín P. Justo siguió al pié de la letra sus indicaciones. La Junta tenía entre sus funciones "[...] establecer normas para clasificación y tipificación del ganado y carnes, para consumo o exportación, y prohibir embarques en caso de no ajustarse a ellas. [...] podía fiscalizar bodegas y regular embarques" (16).

Para financiar su misión, la Junta recibiría el 1,5% sobre la venta de vacunos, porcinos u ovinos. El 20% de dicho ingreso podía utilizarlo para sus gastos y el resto podía dedicarlo a capital de empresas industrializadoras.

Como la ley de creación de la Junta Nacional de Carnes y la ley de traspaso del frigorífico Municipal a su dominio eran complementarias, esto significaba, en concreto, que el frigorífico se constituyera en empresa mixta dirigida por la Municipalidad y la Junta. Como dice Smith: "[...] su significación básica era clara: los ganaderos se harían cargo del matadero de la ciudad" (17). Tal cual han señalado los

que enfrentaría por años a los ganaderos ligados a los frigoríficos extranjeros contra los pequeños y medianos productores, puede definirse en los términos de "control" o "intervención" del Estado en la actividad ganadera.-

Los grandes terratenientes, o sea, los "invernadores" que vendían su ganado directamente a los frigoríficos para la exportación, poseían campos de alfalfa y su actividad fundamental era el engorde de los animales. Esa relación de subordinación al mercado externo, y por ende a los frigoríficos que poseían la cuota para exportar (norteamericanos e ingleses tenían el 85%), estaba ligada a su negativa de que el Estado o los ganaderos se inmiscuyeran en el negocio frigorífico de manera directa. En las épocas de crisis y cuando el precio del ganado bajaba, solicitaban la actuación del Estado para que el "control" de este les garantizara un precio mínimo, pero tan sólo eso. Esta postura estaba representada fundamentalmente por la Sociedad Rural Argentina.

Los pequeños y medianos ganaderos del interior, que se dedicaban a la cría del ganado, o sea, los "criadores", vendían su producción a los grandes terratenientes para el engorde o dependían del mercado interno. Para ellos el Estado debía "intervenir" de manera concreta en la actividad industrial mediante compra, construcción o nacionalización de frigoríficos que le permitieran, por lo menos, ocupar la cuota de exportación que le estaba reservada por los tratados con Inglaterra. Su representación era múltiple en las sociedades rurales del interior. En las décadas de los '30 y los '40 estas entidades gremiales se irán unificando en la C.R.A. (Confederaciones Rurales Argentinas). Su vocero principal en esta época es la CARBAP (Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y la Pampa).

El conflicto se agudizó en torno a las actividades de la nueva

Junta Nacional de Carnes. En la composición de la misma tenían predominio los "invernadores", dándose la paradoja de que para poder crear instituciones comerciales se necesitaba el voto del representante de los frigoríficos extranjeros (21). Ya hemos visto cuál era la postura de la Sociedad Rural Argentina respecto de poseer frigoríficos propios.

La creación de la C.A.P. se demoró porque la Junta, que era la que debía elevar los estatutos al Poder Ejecutivo, demostró el escaso interés que tenía en el fomento de la actividad industrial o comercial que afectara su relación con los frigoríficos extranjeros. De todas maneras, la C.A.P. fue creada mediando un estatuto que dividía en tres clases a los accionistas, según sus aportes, lo que dió durante los primeros tiempos el predominio a los grandes terratenientes. Es por esta causa que la ley que traspasaba el frigorífico Municipal a la Junta nunca fue llevada a cabo. La Junta y la C.A.P. funcionaron como antes compradores de ganado para elevar el precio del mismo durante las crisis. En ningún momento se propusieron, durante la década de 1930, hacerse cargo del frigorífico testigo por excelencia que era el frigorífico municipal. Lisandro de la Torre, en su famoso debate -en el cual era asistido por Samuel Yasky, contador del frigorífico Municipal- puso de relieve:

"El público se había formado un concepto sobre el plan de trabajo que adoptaría la corporación. Se la suponía instalada de inmediato en el frigorífico Municipal, establecimiento excelente, que sólo necesita ampliaciones para tener una capacidad de elaboración correspondiente al 11% de la cuota, sin interrumpir por eso sus tareas relacionadas con el consumo interno, y una vez allí se la presumía faenando sin demora por cuenta de los productores [...] Pero, según parece, la corporación nunca pensó en el frigorífico Municipal [...] resolvió hacer todo lo contrario, precisamente, de lo que se había tenido en vista al crearla. Se dirigió a los frigoríficos del pool ofreciéndoles a cada uno un pedacito de la cuota [...]" (22)

La CAP argumentaba que no había hecho uso del derecho que

terrateniendo, los organismos del Estado que ampliaban la esfera de su intervención, estaban al servicio de los intereses de aquella. En

medida que decreció el mercado de exportación llegando a sus niveles más bajos desde 1914, y a partir de que los gobiernos derivados de la revolución de 1943, tanto como el régimen peronista, incluyeron nuevos beneficiarios en las políticas del Estado, los sectores agrícolas y ganaderos fueron unificando sus posiciones y limando sus diferencias. Como afirma Horacio Gibertí:

"Si en 1944, todavía CARBAP pedía que la Junta Nacional de Carnes aumentara la representación de los ganaderos y eliminara a los representantes de los frigoríficos [...], en 1946, a partir de las acciones del nuevo gobierno (congelamiento de los arrendamientos, Estatuto del Peón, etc.) la CRA (que agrupaba a CARBAP, CSRL, CARCLO, y CSRP) reclama 'libertad de comercio', mayores precios, se preocupan por las expropiaciones de campos (ya no hablan de monopolio ni de intervención estatal), y piden un acercamiento de la CRA y la SRA" (25)

El hecho desencadenante de este acercamiento lo produciría la intervención a la Junta Nacional de Carnes y a la Corporación Argentina de Productores, las que no serían devueltas a los ganaderos hasta 1956 y 1958, respectivamente.

Más aún, la ley 11.747, que había dado origen a la Junta Nacional de Carnes, sería reemplazada en 1950 por otra que daba origen al Instituto Ganadero Argentino. En el nuevo ente los representantes ganaderos e industriales no eran propuestos al Ejecutivo por sus organizaciones gremiales, sino que eran elegidos directamente por el gobierno. Derivado de los compromisos asumidos por el gobierno peronista con Gran Bretaña, y ante el aumento excesivo del consumo interno que trababa el cumplimiento de dichos acuerdos, el I.G.A. fue creado para disminuir el consumo y aumentar los saldos exportables. Unificaba en una sola entidad las funciones de control e intervención del Estado,

tareas que antes se hallaban separadas en la Junta y la Corporación. Como elemento derivado de la Ley, la C.A.P. debía pasar directamente al Instituto Ganadero. Sin embargo, a partir de un largo trámite burocrático y la sanción de una nueva Ley en 1952, las funciones comerciales e industriales de la C.A.P. volvieron a las manos de los productores. La nueva ley creaba otra institución y era derogatoria de la ley de 1950. La nueva entidad, el Instituto Nacional de Carnes, tenía sólo las funciones de gobierno (orientar, regular, ordenar, etc.), mientras que las industriales y comerciales volvieron a los ganaderos a través de instituciones que se crearían a tales efectos.

Por intermedio de estas leyes el frigorífico nacional finalmente se nacionalizó pasando a depender directamente del Estado Nacional.

El largo trámite intervencionista del Estado, sumado a que la faena para exportación cayó en el período 1951-1954 al 16% de la destinada a consumo, provocó un acercamiento entre los sectores que habían pugnado en los veinte años anteriores por el control de la C.A.P. y la Junta.

El conflicto que había enfrentado a invernadores, criadores y frigoríficos durante las dos décadas anteriores había perdido peso en la década del '50. En el pasado, la importancia del mercado exterior había dado el predominio a los invernadores, que con la carne tipificada como chilled vendían directamente de la estancia a los frigoríficos. Toda la lucha ganadera se había centrado en la cuestión del mercado exterior.

El consumo de carnes, sin embargo, había decidido a nivel mundial en la década del '50 y comenzaba a aumentar la faena para el mercado interno (26). Como hemos visto, en la primera mitad de la década, la faena para exportación había caído al nivel más bajo de la

serie estadística. A principios de 1956 se produce una nueva fase depresiva del ciclo ganadero, en la que, nuevamente, la oferta de vacunos supera la demanda produciendo la baja de los precios (27).

Es así, que ambas instituciones gremiales de los ganaderos -la C.R.A. y la S.R.A.- "[...] integran [en 1956] la base fundamental de la flamante Comisión Coordinadora de Entidades Agropecuarias, que junto con la Unión Industrial Argentina y la Bolsa de Comercio constituyeron ACIEL (Asociación Coordinadora de Instituciones Empresarias Libres)" (28).

Por otro lado, y visto en una perspectiva de más largo plazo, tal como hace Martín Buxedas, las empresas frigoríficas de capital extranjero que constituían el oligopolio, a partir del descenso de la demanda de carnes argentinas en el exterior, se desinteresaron respecto de nuevas inversiones y aún de su permanencia en el país (29). Otro factor del cambio de la situación -siguiendo al mismo autor- "[...] se refiere a la política económica que entre 1956 y 1972 en general se orienta en beneficio de los sectores agroexportadores y encuentra en el mercado de la carne las mejores posibilidades de expresarse. El Estado contribuye al traslado de ingresos que va especialmente de los consumidores a los invernadores e industriales comerciantes vinculados a la carne vacuna" (30).

El gobierno de la Revolución Libertadora, interesado en una rápida restauración de los sectores terratenientes, dió marcha atrás a toda prisa la política llevada respecto de la Junta y la C.A.P., derogando la Ley que dió origen al Instituto Nacional de Carnes y retrotrayendo la situación formal a la existente antes de 1943. Sin embargo, de hecho, la realidad era diferente: la Sociedad Rural Argentina y la Confederación Rural Argentina actuaron unidas en la defensa del espacio común que significaba el control del mercado interno y el aprovechamiento

de los fondos que el Estado les desembolsó por intermedio de subsidios.

Tras un breve interregno, en el cual la Revolución Libertadora nombró una comisión provisoria al frente de la C.A.P., se realizaron las elecciones de accionistas. A las mismas se presentaron unidas en una sólo lista ambas entidades gremiales. Una vez electas las nuevas autoridades de la Corporación, presionaron sobre el Estado para que éste reactualizara los beneficios que la propia entidad, por divergencias internas, no había sabido aprovechar veinte años antes (31). Es que, ahora sí, el intento de controlar el mercado interno unificaba a ambos grupos ganaderos. Se acababan los enfrentamientos que habían impedido que la C.A.P. se convirtiera en la institución comercializadora e industrial con la que habían soñado las sociedades rurales del interior. La compra, construcción u otorgamiento por parte del Estado de frigoríficos regionales se convertía en una necesidad. Se reflató entonces la vieja aspiración de contar con un frigorífico central, en particular el frigorífico de la Ciudad de Buenos Aires, porque se sabía, que pese a todos los inconvenientes por los que había atravesado, abastecía el mercado de consumo de la principal concentración humana del país.

En enero de 1959, el Poder Ejecutivo, a cargo de Arturo Frondizi, giró a las Cámaras el proyecto de vender el frigorífico Lisandro de la Torre, colocando como comprador preferencial a la C.A.P.. Dos elementos permiten mostrar los signos de los nuevos tiempos que corrían. En primer lugar, el debate en el Congreso (que incluía la modificación de la Ley de Carnes) fue de trámite acelerado, sin que en ningún momento, salvo alguna referencia aislada, se haya alcanzado la altura de aquellos agitados debates de las décadas anteriores. En segundo lugar, en medio de los sucesos que conmocionaron al país aquella segunda quin-

cena de enero, los frigoríficos extranjeros aprovecharon para producir cesantías masivas de personal de sus plantas del Gran Buenos Aires; el viejo oligopolio empezaba a adecuar sus instalaciones para una actividad más modesta que la del pasado.

Entre 1958 y 1975 se desarrolla una nueva etapa en la industria frigorífica caracterizada por Martín Buxedas a partir de tres factores:

"El primero es la expansión del mercado mundial que significó precios FOB Argentina más altos [...] A pesar de ello se mantuvieron condiciones de marginamiento de las exportaciones argentinas, que continuaron perdiendo importancia en el mercado mundial. Simultáneamente el crecimiento de la producción de la carne fue menor al de la población. El segundo [...] el núcleo oligopólico de la industria se desinteresa respecto de nuevas inversiones y aún de permanencia [...] El tercer aspecto. El tercer aspecto se refiere a la política económica que entre 1956 y 1972 se orienta en beneficio de los sectores agroexportadores [...]" (32)

Entre la fecha de su normalización, en 1958, y la fecha de su intervención, en agosto de 1973, la C.A.P. amplió enormemente su actividad a partir de la compra o adquisición de frigoríficos. Ya en 1955, y a partir de que la cuota de exportación argentina había aumentado al 28,560%, la C.A.P. constituyó una sociedad inglesa, la CAP Ltd., y se hizo cargo, entre otros, del frigorífico Lisandro de la Torre, a partir de 1960.

El primer gobierno peronista había otorgado subsidios a la industria frigorífica extranjera. Entre los motivos con los que se defendió el otorgamiento de alta tasa de ganancia a las empresas frigoríficas privadas se contaba la defensa de un precio para la carne en el mercado interno y el aumento de salarios que dichas empresas habían debido otorgar por las luchas de los obreros de la carne. Por detrás de estos motivos se erguía la necesidad del gobierno peronista de cumplir con los contratos que había firmado con Inglaterra después de la guerra. Estos subsidios fueron eliminados por el gobierno de facto de 1955 con

confesado objetivo de devolver el "equilibrio de la ley de la oferta y la demanda" al mercado de la carne. Su consecuencia inmediata fue el aumento del precio de la carne en el mercado interno. De todas maneras, la práctica de los subsidios estatales permaneció a través de las sumas que el Estado otorgó a la C.A.P. a partir del período que tratamos hasta su intervención.

La Comisión Especial de la Cámara de Diputados que investigó las actividades de la C.A.P. en 1974/75, luego de su intervención, llegó a las siguientes conclusiones: en un período de considerables beneficios para la industria de la carne, y habiéndose hecho cargo la CAP de la mayoría de las plantas tradicionales, la empresa había recibido del Estado, hasta 1974, un valor equivalente a 19 veces el patrimonio en libros, revaluos contables incluídos, habiéndole transferido la Junta Nacional de Carnes un promedio de unos 20 millones de dólares anuales entre 1959 y 1972 (33).

En el mismo período, la CAP declaró ganancias sólo en dos años. Cabe preguntarse, tal como lo hiciera la Comisión Investigadora, qué había sucedido para que la Corporación, pese a recibir ingentes sumas del Estado, no haya funcionado rentablemente. La respuesta parece estar en los propios estatutos de la CAP, dado que en los mismos aparecen como únicos beneficiarios de la acción de la entidad aquellos que a su vez la manejan: los productores ganaderos.

A lo largo de toda nuestra historia, el interés fundamental de los ganaderos fue contar con precios altos para su producto. Criadores e invernadores recurrieron al Estado para garantizar los precios cuando estos caían por la inestabilidad del ciclo ganadero, o cuando el descenso se producía por las crisis derivadas de factores externos.

A partir de 1958, la CAP, habiéndose hecho cargo del aspecto

industrial, pagó precios altos por la hacienda de sus socios, para permitir un adecuado margen de ganancia a los mismos. Sin embargo, los precios del producto final de exportación, tanto como los del mercado interno, dependían de otras variables que la CAP no manejaba. Es así como los márgenes de ganancia que obtenían los productores, sumados a los costos de la industrialización, determinaban un precio mayor que el que efectivamente podía lograr la CAP con la venta del producto final. Tal como afirma un artículo de 1973: "[...] si las pérdidas de la empresa hubieran sido absorbidas exclusivamente con el capital de la misma, resultaría que los ganaderos habrían ganado de un lado lo que hubieran perdido del otro, ya que el capital de la empresa es aportado por ellos mismos [a través de la retención del 3% del fondo ganadero]" (34). Esto no fué así, sin embargo, dado que las pérdidas de la empresa eran cubiertas por el permanente apoyo estatal a través de aportes, empréstitos, subsidios y ventajas fiscales. Esto significaba, verdaderamente, una transferencia de ingresos de los consumidores a los productores por otras vías.

Mientras ocurrían los cambios en la industria frigorífica, que determinaban el predominio en la misma del capital nacional a través de establecimientos más pequeños que elaboraban el producto en trozos congelados, la CAP se orientó a la captación de los fondos del Estado, no realizando en las plantas que había adquirido ninguna reforma sustancial para adecuarse a los nuevos tiempos (35).

"[...] la CAP tuvo una larga agonía hasta su disolución en 1979. Como se mencionó antes, sus intereses corporativos la llevaron a actuar en respaldo de los ganaderos, y por lo tanto, en detrimento de su rentabilidad y desarrollo [...]"(36)

El frigorífico Lisandro de la Torre fue entregado a la CAP en 1960 y siguió el mismo camino que esta. El destino le llegó a la CAP en 1979 con su disolución. El frigorífico "testigo" que era el Lisandro

de la Torre había sido cerrado dos años antes.

- (20) ibid
- (21) LICEAGA, José: op cit, pag. 158
- (22) citado por LICEAGA, José: op cit, pag. 176-178.-
- (23) Argentina, CAP, 1940, cit. por GIBERTI, Horacio: op cit
- (24) idem
- (25) ibid, pag. 238.-
- (26) Buxedas, Martín: La industria frigorífica en el Río de la Plata, Buenos Aires, CLACSO, 1983.-
- (27) GIBERTI, Horacio: op cit
- (28) idem
- (29) BUXEDAS, Martín: op cit
- (30) idem
- (31) vease el editorial del diario "La Nación" el 4/3/ 56.-
- (32) BUXEDAS, Martín, op cit
- (33) Informe de la Comisión Especial Investigadora sobre carnes, Cámara de Diputados de la Nación Argentina, Buenos Aires, mayo de 1975, Libro I, pag. 79, cit. por BUXEDAS, Martín: op cit, pp. 152-153.-
- (34) El caso CAP Un enfoque particular, en revista "Militancia", no. 13, 6 de setiembre de 1973.-
- (35) BUXEDAS, Martín, op cit
- (36) idem

FRONDIZI. LOS PASOS PREVIOS

"Más que un grupo es toda una generación de intelectuales de las clases medias que participa con entusiasmo en la ascensión del frondicismo, creando esa atmósfera de esperanza y de fé que precede a las elecciones de 1958 [...]"

ROUQUIE, Alain (1)

"Él [Frondizi] halaga a los industriales (el plan que propone es, exactamente, el peronista) y a las Fuerzas Armadas [...] Su diferencia con respecto al resto de los políticos es astronómica, y dentro de la chatura actual resalta nitidamente".

Carta de John Wiilliam Cooke a Perón, 11 de abril de 1957 (2)

El 24 de febrero de 1958 la Revolución Libertadora tocaba a su fin. El candidato por excelencia de la oposición permitida, Arturo Frondizi, triunfaba en las elecciones presidenciales por un amplio margen de votos respecto de Ricardo Balbín. Sólo algunos meses antes, en las elecciones convocadas para formar una Asamblea Constituyente, Frondizi había salido en tercer lugar, detrás de los votos en blanco y de los votos de la Unión Cívica Radical del Pueblo.

Los resultados de la elección de febrero fueron los siguientes:

Unión Cívica Radical Intransigente	4.070.398	44,79%
Unión Cívica Radical del Pueblo	2.617.693	28,80%
Demócrata Cristiano	285.650	3,14%
Socialista	264.721	2,91%
Demócrata	145.935	1,61%
Demócrata Conservador Popular	128.226	1,41%
Demócrata Progresista	126.991	1,40%
Otros	584.764	6,44%
En blanco y anulados	864.124	9,50% (3)

Nadie dudaba que el amplio margen con el que había sido favorecido Arturo Frondizi estaba basado en el acuerdo electoral que había realizado con el general Perón en el exilio, por el cual éste había ordenado a sus partidarios el apoyo a la fórmula presidencial de la UCRI.

¿Quién era Arturo Frondizi? ¿A partir de que circunstancias había logrado el apoyo del peronismo a su candidatura? Aparte de los votos peronistas, ¿quiénes y con qué proyecto habían votado verdaderamente por el candidato de la UCRI? ¿Qué significaba ese alto porcentaje de votos en blanco?, son preguntas que hacen a la cuestión de entender

el surgimiento del gobierno desarrollista y sus contradicciones.

Dos hombres son, esencialmente, los gestores de lo que ha dado en llamarse el "desarrollismo": Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio. Ambos, unificaron sus esfuerzos en 1956, iniciando desde allí una corriente de pensamiento compleja y contradictoria que sufrirá sucesivos desgajamientos hasta conformar, en su cristalización, una de las principales corrientes de pensamiento de la Argentina contemporánea.

Arturo Frondizi, décimo segundo hijo de una familia de trece, de padres italianos y uno de los tres hermanos que acceden a la notoriedad por su actividad política, es ya delegado al congreso de la juventud radical en noviembre de 1930. Durante esta década ataca al gobierno de Agustín P. Justo, "establece buenas relaciones con los comunistas y la izquierda liberal, se destaca por sus campañas en favor de la España Republicana, asume la secretaría de la Liga Argentina por los derechos del hombre" (4) así como la defensa de presos políticos y gremiales en su carácter de abogado. Desde 1936 hasta 1943 brinda su apoyo a la construcción de los "Frentes Populares Democráticos" surgidos a raíz de la situación europea. La disolución de los partidos políticos en 1943, como consecuencia del golpe de estado de junio de ese año, lo lleva a plantearse el retorno a la intransigencia, a la elaboración de un programa nacional-popular y a la recuperación de la identidad partidaria, desdibujada por el alvearismo. Luego de su detención, ordenada por el gobierno militar en 1944, se dedica a organizar esa nueva corriente interna. El fruto de estos esfuerzos es la "Declaración de Avellaneda" del 4 de abril de 1945, aprobada por el primer congreso nacional del Movimiento de Intransigencia y Renovación. La derrota de la fórmula oficial de la Unión Democrática, en febrero de 1946, allana el camino del MIR: la Declaración de Avellaneda es

adoptada como programa oficial de la Unión Cívica Radical. Frondizi accede a un cargo de diputado nacional por la minoría. Durante los dos períodos de su actuación en el Congreso Nacional, sabrá aprovechar habilmente su ascendiente prestigio. Se convierte en el diputado más sobresaliente de la oposición, y en 1954, accede a la presidencia del Comité Nacional, el más alto cargo partidario. Es la figura más destacada de la oposición. La apertura de los medios de comunicación a la oposición por parte del gobierno peronista, después del frustrado golpe de junio de 1955, permite que Frondizi hable por la Cadena Oficial de Radiodifusión, siendo la voz más esperada de la oposición. Su prestigio se había incrementado con la edición de su libro Petróleo y Política, en el que atacaba la inversión extranjera y propiciaba el predominio nacional de los recursos energéticos. La publicación del libro coincide con la negociación que el peronismo encaraba con la Standard Oil para la consecución de contratos de explotación en la Patagonia; al mismo tiempo, la oposición reaccionaria y conservadora hacía hincapié en el ataque a esos contratos (5).

El ascenso de Frondizi a los primeros planos de la política nacional oculta, sin embargo, las profundas divisiones que se han ido fortaleciendo en el viejo partido de Hipólito Yrigoyen. La ruptura se avecina. El desencadenante se produce a partir de 1955, cuando Frondizi toca algunas notas disonantes con respecto a la "profesión de fé" que el partido ha hecho del golpe de la Revolución Libertadora. Estas notas disonantes son, en concreto, el acercamiento que Arturo Frondizi pretende a los votos y a las voluntades del proscrito peronismo.

Rogelio Frigerio no es un hombre salido de la estructura del partido radical. Confiesa que en su juventud fue militante de un grupo estudiantil reformista de izquierda (6), del cual se apartó por 1940.

Mucho más que un hombre político, Frigerio era un hombre de negocios que dedicaba gran parte de su vida a administrar las posesiones de su familia. Sus reflexiones intelectuales lo llevan a formar un grupo de estudios con hombres de similar procedencia ideológica que culmina en la aparición de la revista "Qué sucedió en siete días"; en 1947, de la cual es subdirector. A pesar de la prohibición del semanario por el peronismo, Frigerio continúa manteniendo excelentes relaciones con los dirigentes de la Confederación General Económica y algunos dirigentes sindicales. El 23 de noviembre de 1955 "Qué" vuelve a aparecer y desde aquel momento se convierte en un lugar obligado de reflexión y oposición moderada a la Revolución Libertadora, para Frigerio y para una camada de intelectuales que leen la revista o escriben en ella (7)

El encuentro entre los dos hombres que forjaron el desarrollismo en nuestro país se dá en enero de 1956. A partir de allí se inicia una relación que durará por muchos años y que cambiará la vida de ambos. Arturo Frondizi decide que el núcleo de intelectuales que acompañan a Frigerio se convierta en el centro de la difusión de su campaña política, pese a las objeciones que esto trae aparejado en el partido. Rogelio Frigerio abandona la gestión directa de sus empresas y dedica su vida por entero a la política.

El semanario fundado por Frigerio se convierte en el crisol por donde se amalgaman las ideas, al principio contradictorias y luego cada vez más definidas, de la estrategia desarrollista. El camino que recorre, podría decirse que comienza con la reivindicación del Programa de Avellaneda y culmina finalmente con la Declaración de Chascomús, en 1960. En el camino, la composición de los adherentes de Arturo Frondizi ha cambiado, especialmente aquella generación de intelectuales que depositaron su confianza en la figura intelectual del. ahora,

jefe del "desarrollismo".

DE AVELLANEDA A CHASCOMUS

El Movimiento de Intransigencia y Renovación, nacido por iniciativa de Frondizi, está indisolublemente unido a la declaración de principios que le dió origen: el Programa de Avellaneda. El intento renovador de la nueva corriente intentaba superar el estigma reaccionario que Marcelo T. de Alvear había impreso al partido Radical. Esa declaración de principios no significaba únicamente combatir al peronismo en su propio terreno, sino que rápidamente se iba a convertir en una bandera que trasladada al propio seno del partido ubicaba a una parte importante de la Unión Cívica Radical en una línea de intransigencia que no dudaban en defender.

En lo económico, la "Declaración de Avellaneda" propugnaba la "liberación del hombre argentino y de la Nación Argentina", sobre la base de los siguientes postulados: a) la tierra será para los que la trabajen; propugnaba asimismo que la comercialización y la circulación de la producción agraria estuviera en manos de cooperativas de productores y consumidores; b) nacionalización de todas las fuentes de energía, de los servicios públicos y de los monopolios extranjeros, al mismo tiempo que una amplia libertad económica; c) propiciaba un amplio desarrollo industrial, siempre que éste no se fundara sobre el bajo nivel de vida de los trabajadores. En lo social, propendía a proteger los derechos de los trabajadores, de la vejez, y el derecho de agremiación y huelga (8).

Arturo Frondizi, el MIR, la Declaración de Avellaneda y la línea intransigente constituían una unidad. Esa unidad se vió reforzada por la publicación del libro Petróleo y Política, donde se expresa un

pensamiento antiimperialista través de una política de nacionalizaciones, la reforma agraria y el desarrollo de una industria nacional independiente.

Demás está decir que los primeros sorprendidos por el giro en las concepciones de Frondizi fueron sus propios partidarios del MIR. De cualquier manera, el cambio no fue, en ningún modo, abrupto. Se trata más bien, de la forma en que fue tratada la realidad nacional a partir del análisis, por parte de Frigerio y Frondizi, del gobierno peronista, de la Revolución Libertadora y del papel que a ellos mismos les correspondía en aquella coyuntura. Esa mutación hacia los postulados desarrollistas fue cumplida por la revista "Qué", por los discursos del candidato presidencial y, finalmente, por las acciones del gobierno desarrollista.

La Declaración de Chascomús, elaborada por la Convención Nacional de la UCRI en 1960, es ya una formulación clara de principios desarrollistas. Se propone el impulso del sector industrial como "uno de los factores principales de la creación de un país moderno" (9). Ese impulso está justificado en la incapacidad del país agroexportador de salir del embudo a que lo lleva una balanza de pagos desequilibrada y el creciente déficit fiscal. Luego de aclamar la acción del gobierno que ha "logrado poner en tensión las fuerzas nacionales [...] aún al precio de penurias circunstanciales de la población", la Convención aplaude la "afluencia del capital extranjero a actividades ampliamente útiles al desarrollo nacional", la estabilización de la moneda, el aumento de las áreas sembradas, etc. Propone finalmente, líneas de acción en un todo de acuerdo con el anunciado plan de desarrollo: sistemas de crédito a las empresas beneficiarias de la Ley de Fomento Industrial, créditos para la tecnificación del agro, colaboración de

de la actividad privada en el aprovechamiento hidro eléctrico, apoyo a la política petrolera anunciada en 1958, reducción del personal del Estado, etc.

En los primeros momentos posteriores a 1955, sin embargo, este giro era apenas notado. Desde la revista "Qué" se propugnaba una política proteccionista para la industria; al mismo tiempo que era escasamente dirigista en lo económico, propugnaba la estatización de los depósitos bancarios; aparecía en la revista la necesidad de construir un frente nacional para luchar contra el imperialismo y declaraba que había que acabar con la hegemonía de la oligarquía, haciendo pasar el poder económico a la clase nacional de los industriales (10). La incorporación a la revista de dos columnistas como Raúl Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche, como colaboradores, le permitía un acercamiento a las tradiciones del "forjismo" y el peronismo.

En cuanto a la cuestión obrera, la revista pedía la amnistía para los prisioneros políticos, el retorno a la legalidad sindical y el levantamiento de las intervenciones. Desde el punto de vista industrialista y desarrollista de "Qué" era mejor la legalidad sindical que el boicot a la producción, los sabotajes y los paros. En su programa integral, proponía una central única y la afiliación sindical obligatoria, dado que "obreros e industriales tienen un sólo y único interés nacional : la industrialización creadora de pleno empleo, de salarios altos y, por ende, de un vasto mercado nacional [...]" (11).

Estas proposiciones, que se complementaban con los discursos de Arturo Frondizi de la época, son concretas: el acercamiento al peronismo a partir de sus propios presupuestos y a partir de "interés mutuo" que conviene a trabajadores y empresarios, el desarrollo del capitalismo. En la base de este razonamiento está implícito el término

"integración", mediante el cual Rogelio Frigerio confiaba incorporar a su estrategia a algunos líderes sindicales.

Lo que nos interesa aquí es señalar el proceso de mutación que desemboca en desarrollismo. Al mismo tiempo que la estrategia política de la Revolución Libertadora y los demás partidos políticos intentan la "desperonización" del país a través de campañas represivas que limitan el poder de los sindicatos, los desarrollistas comienzan a ubicarse en otra perspectiva más acorde con la construcción de un país "moderno". Esta perspectiva conlleva varias ideas complementarias entre sí. En primer lugar, el traspaso de la hegemonía de la burguesía agraria a la burguesía industrial; en segundo lugar, la aceptación del fenómeno peronista como un hecho irreversible, pero aprovechable, de la vida política argentina; en tercer lugar, que ciertas ideas básicas del peronismo podían ser plenamente aprovechadas para un proyecto "modernizador" desarrollista.

Con respecto a ésto último, el peronismo no había realizado el desarrollo de la industria pesada tanto como no había podido establecer una efectiva hegemonía que le garantizara el enfrentamiento efectivo a los intereses antiindustrialistas. En palabras de Rogelio Frigerio:

"[...] aún con el defecto de haber descuidado la industria pesada como base de su desarrollo sostenido, dió impulso a la industrialización" (12)

En cuanto a la incapacidad del peronismo de constituir una hegemonía, opina Frigerio:

"A partir de 1948 comenzaba a ser evidente que el peronismo tendría que aislarse de la sociedad en su conjunto, a constituir un gobierno basado en los sindicatos y progresivamente enfrentado a la clase media y al resto de los sectores sociales. Los enfrentamientos con la Iglesia marcaron el punto más alto de esa tendencia contradictoria con el mismo origen del movimiento peronista" (13)

Un cuidado análisis de las contradicciones de la sociedad,

antes y después de 1955, van precediendo el proyecto económico, político y social del desarrollismo. No es ocioso recordar que la sociedad argentina se había dividido en dos a partir de la cuestión peronista. La mayor parte de los partidos políticos del momento eran incapaces de salir del atolladero de la antinómia peronismo-antiperonismo y se dedicaban a brindar alabanzas a la Revolución Libertadora y al golpe de 1955. No es que Frondizi no hiciera lo mismo, pero había emprendido un camino que lo alejaba de aquella contradicción, proponiéndose a sí mismos como los superadores (14).

En la transición que va de "Avellaneda" a "Chascomús", sin embargo, todo era parte, todavía, del terreno de la ambigüedad. Esa ambigüedad era percibida por muchos como el camino que reencontraría las virtudes del peronismo con una concepción de "orden" anidada en amplios sectores de las clases medias. Eliminados los aspectos irritantes del peronismo, en especial lo que la clase media veía de "autoritarismo", el proyecto de la Unión Cívica Radical Intransigente se levantaba como una efectiva oposición a los sectores retrógrados de la sociedad representados en la "Argentina pastoral". Es así, como la figura de Arturo Frondizi aparecía rodeada, para estos sectores, de un inmenso prestigio intelectual y cargada de intensa admiración por su persona. Las clases medias también buscaban un líder que reemplazara a Perón. En el prólogo al Reportaje a Arturo Frondizi que le realizara la revista "Qué", se expresa este sentimiento:

"La palabra jefe no nos dá miedo porque sabemos que los jefes son necesarios aún en las democracias. Sin jefe la República corre al caos. Conviene poner a la cabeza de la Nación un intérprete del sentimiento y del pensamiento de la Nación" (15)

LOS HOMBRES DEL FUTURO PRESIDENTE

El apoyo a la candidatura presidencial de Frondizi partió

de muy diferentes sectores ideológicos, en general todos ellos pertenecientes a las clases medias intelectuales.

La división de la Unión Cívica Radical, a partir de la lucha interna por la elección de la fórmula presidencial, produce un realineamiento de sectores tras las dos figuras del momento, ambos pertenecientes al MIR: Ricardo Balbín y Arturo Frondizi. De ninguna manera se puede afirmar que la fractura partidaria dividiera aguas entre el MIR y otros sectores, dado que el MIR de la Provincia de Buenos Aires, como el sabattinismo no participaron de ella junto a Arturo Frondizi. El primer grupo frondicista surge, entonces, de la tradición partidaria de apoyar al presidente del Comité Nacional. Entre ellos se encuentran tanto los intransigentes de la primera hora del MIR, como unionistas conservadores de la década del '30, que luego serán ministros de Frondizi (16).

El segundo grupo de apoyo serán los intelectuales de la clase media "progresista" que han combatido a Perón y se sienten cercanos tanto a la figura intelectual de Frondizi como al programa ambiguo de la revista "Que". En él, ellos ven, o desean ver, una propuesta de izquierda nacional antiimperialista, en la que se vean superados los límites que ellos atribuyen al peronismo. El "programa de Avellaneda" es su programa y Frondizi el candidato de aquel programa. Originariamente provienen de partidos que Rogelio Frigerio no dudaría en calificar de "liberales de izquierda". La diáspora provocada por la crisis de la izquierda ante el ascenso del peronismo en el fervor de los obreros los obligaría a emigrar hacia otras latitudes políticas. Muchos de ellos desembocaron en el peronismo, y otros, en el frondicismo.

El tercer grupo está constituido por el núcleo de intelectuales que rodea a Rogelio Frigerio y que ven en Frondizi al candidato

que les permite enfrentar el poder de la burguesía agraria. Avanzar en el proyecto industrialista iniciado por Perón es su meta, les resulta imposible un retorno al pasado. Se han enriquecido a partir de las políticas protectoras de la industria entre 1943 y 1955 y esperan completar ese proceso a partir del deslumbramiento que les produce el auge capitalista de la posguerra. Rogelio Frigerio será su maestro, su vocero oficial, el hombre que ha convencido a Frondizi de las bondades de un plan de desarrollo basado en la inversión extranjera. Estos industriales son los que financian la revista "Qué" y la campaña de Frondizi. Son ellos los que constituyen el núcleo asesor directo del futuro presidente, aún cuando esta relación provoque, finalmente, duros enfrentamientos con los sectores partidarios y con los jóvenes intelectuales que conforman el movimiento de ascenso de Frondizi a la presidencia (17).

Sin embargo, hay un hecho que aglutina a los tres grupos más allá de sus perspectivas particulares. Ese hecho es la ilusión de un progreso indefinido, esa fantasía que será representada por el kennedysmo, que esperan trasplantar a la Argentina. Como dice Alain Rouquié:

"La promesa del desarrollo industrial creador de empleos bien remunerados encuentra en esas capas medias eco para el cual no puede ser un obstáculo la vieja tradición radical. La importancia del mito norteamericano en la ideología frondicista le será debida en gran parte" (18)

Pero, no todo era mera ilusión y mito. La fortaleza de ese convencimiento en el progreso y el desarrollo por la vía de la industrialización modernizadora tiene sus fundamentos materiales en la efectiva hegemonía del capital norteamericano en el capitalismo de la posguerra. Tal como lo expresa Pedro Paz:

"La reconversión de la economía de guerra, el acelerado avance científico-técnico gestado en la conflagración, la recons-

titución capitalista de Europa, el proceso de descolonización; la rearticulación de las relaciones de dominación en las áreas subdesarrolladas no coloniales y la cadena de pactos militares y políticos, significaron una oleada de acumulación de capital y de expansión económica que reafirmaba la fé en lo imperecedero del sistema capitalista y dejaba en el cajón de los recuerdos a las rivalidades, guerras y crisis que habían caracterizado a la fase anterior de su desarrollo (1914-1945)" (19)

Todavía, sin embargo, esa confianza en el progreso indefinido, en la apertura de una etapa sin crisis que posibilitaba el desarrollo, estaba asociada en los sectores medios con un nacionalismo de medios y de fines. No era así para el núcleo de la burguesía industrial que se congregaba alrededor de Rogelio Frigerio. Basados en un análisis exhaustivo de los límites del programa económico peronista (y por lo tanto, de la declaración de Avellaneda), llegaban a la conclusión de que su destino estaba indisolublemente unido a la expansión de la actividad privada extranjera en el país. Frondizi estaba dispuesto a asumir la responsabilidad de la conducción de aquel proyecto.

El conjunto de ideas que, hasta el día de la fecha, levanta como programa el desarrollismo constituyen un efectivo intento por establecer una nueva hegemonía por parte de los sectores de la burguesía industrial que había crecido al amparo de los gobiernos peronistas. El conjunto de las fuerzas políticas y sociales no daban en el clavo de cómo actuar frente a la nueva situación abierta con el golpe de 1955, donde la identidad política y la identidad de clase de los obreros se fortalecía y lograba, efectivamente, enfrentar los intentos de desperonización. Ante ello, los intentos restauradores de la vieja oligarquía fracasaban estrepitosamente junto con el gobierno de la Revolución Libertadora. Frente a ambos sectores -peronismo y oligarquía-, el desarrollismo se levantaba como una opción superadora.

EL DESARROLLISMO: UN INTENTO DE HEGEMONIA

Las principales ideas del desarrollismo han sido expresadas en innumerables trabajos o reportajes de Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio. Cabe destacar que el complejo mundo de las tesis desarrollistas pretende brindar una visión integral de los problemas que debieron enfrentar. Podrían diferenciarse dos tipos de postulados, complementarios unos con otros; los netamente económicos y los netamente políticos, expresados luego en los términos de "desarrollo" e "integración". Nos interesan aquí las propuestas políticas, en particular, en lo que se refiere al papel de la burguesía agraria y el papel reservado al movimiento obrero. Las tesis económicas serán tratadas en el capítulo sobre el gobierno desarrollista.

La burguesía industrial pretendía apoderarse de la posición hegemónica que había ocupado, durante el siglo, la burguesía agraria. Para ello, la oligarquía terrateniente debía ocupar un rol definido en el plan de desarrollo. ¿Cómo se lograría que los sectores del agro se subordinaran a la estrategia industrialista?

En primer lugar, el acento está puesto en una feroz crítica a la propuesta de reforma agraria impulsada por distintos sectores políticos nacionales. Para Rogelio Frigerio (20), el gran problema implícito en esta propuesta es que se aísla el problema agrario del problema nacional. Basado en que el problema nacional es el paso del subdesarrollo al desarrollo mediante la expansión de la economía, la propuesta desarrollista para el sector del agro es la modernización por medio del desarrollo de la industria pesada. Ello permitirá -dice Frigerio- superar "los métodos atrasados de labor: bajísimo porcentaje de mecanización [...], uso limitado de plaguicidas, fertilizantes, etc." (21). El supuesto que preside esta afirmación es que la explo-

tación agraria en la Argentina no ha sido de caracter "feudal" (lo que haría necesaria la reforma agraria), sino capitalista. Como empresa capitalista, el agro posee los mismos problemas que las demás empresas, sea que produzcan zapatos o cereales.

La propuesta es, entonces, ayudar al agro para lograr su capitalización y su integración al conjunto de la estrategia desarrollista. En palabras de Rogelio Frigerio:

"El agro está íntima e indisolublemente unido a toda la economía nacional. La historia y la experiencia demuestran que sin industrialización no hay desarrollo de la agricultura; lo cual equivale a afirmar que toda concepción científica de reforma agraria parte de la industria pesada y no de la inversión de esos términos [...]" (22).

Pero aquella integración es, de hecho, una subordinación a la estrategia de los industriales. En términos reales, el núcleo central del desarrollo es la industrialización, quedando los sectores terratenientes subordinados a esta. El desarrollismo respetaba el derecho adquirido de propiedad de la tierra y aventaba cualquier peligro de reforma agraria. Mientras la burguesía agraria no obstaculizara el desarrollo de la industria, tendría asegurada la protección de los desarrollistas, dado que no estaba en sus planes transferir recursos del sector rural al sector industrial. La adquisición de los bienes de capital necesarios se financiaría con el crédito externo o se recurriría a la inversión extranjera.

A lo máximo que aspiraron los desarrollistas, en cuanto a limitar los intereses de los grandes terratenientes, fue a la incorporación de los "criadores" y al estímulo del cooperativismo (23).

Dentro de esta estrategia, estimularon la participación de los productores en la industria, vieja aspiración de los ganaderos del interior. La realización de elecciones en la CAP, que había sido devuelta a los productores por la Revolución Libertadora, y la venta del

Frigorífico Nacional son una muestra de aquella estrategia.

El movimiento obrero ocupa un lugar principal en las ideas del frondicismo. El término "integración" tiene un significado muy concreto explicado por Frigerio:

"Hay clases porque una parte de la sociedad puede disponer en propiedad de los medios de producción y otra enorme parte tiene que vender su fuerza de trabajo para subsistir. Pero a partir de esa realidad objetiva, ¿es inexorable, dada las condiciones de nuestra sociedad nacional, que estas clases tengan que enfrentarse en todos los terrenos e indefinidamente? [...] nuestra respuesta es una rotunda negativa. [...] Para la clase obrera el enemigo principal no es el empresariado nacional y para el empresariado nacional el enemigo principal no es la clase obrera" (24)

El movimiento obrero forma parte de la comunidad nacional y está relacionado, a partir de sus responsabilidades, con el todo que es la Nación. Los empresarios y los obreros tienen el deber de unirse contra el enemigo común, que es el monopolio. Relacionando el salario para los trabajadores y el mercado interno para los empresarios, Frigerio propugna la unidad. La idea del interés común entre trabajadores y patronos no deja de tener similitud con las propuestas peronistas de la "conciliación de clases", y a partir de ella el desarrollismo invoca a los obreros a la construcción de una alianza. Esta alianza es expresada por el desarrollismo en la invocación a la construcción de un "Frente Nacional y Popular" (25). Las tesis desarrollistas de la burguesía son, finalmente, circulares. Nuevamente el centro del análisis está ocupado por la problemática del desarrollo entendido en términos de inversión nacional y extranjera. A los obreros, según Rogelio Frigerio, les conviene la expansión de la economía, pero dado que esta expansión sólo puede ser posible por la inversión extranjera, el control de la misma debe estar garantizado por la alianza propuesta.

El análisis que Frigerio y Frondizi hacen del movimiento obrero argentino está relacionado con el crecimiento del

peronismo entre los trabajadores. Para ellos, desde principio de siglo hasta la aparición del peronismo, los trabajadores no se habían subordinado al interés nacional, haciendo prevalecer el antagonismo entre las clases, lo que los conducía al "sectarismo socialista o anarquista" (26). Sin embargo, el frondicismo consideraba que la aparición del peronismo había nacionalizado al movimiento obrero, apartándolo de la lucha de clases:

"Estos son factores positivos de la política peronista en el campo sindical; la argentinización del movimiento obrero que se libera de la dirección extremista de los primeros sindicalistas; la consolidación de una central obrera de alcance nacional; la canalización jurídica de las relaciones obrero-patronales; la participación de la C.G.T. y la central empresaria en los planes de desarrollo nacional" (27).

De cualquier manera, entendían que la estructura sobre la cual Perón había fundado estas políticas era deficitaria, y para remediar esa situación estaba el desarrollismo. Sobre dos errores se asentaba aquel déficit del peronismo: un escaso rendimiento productivo, y el no fundar el desarrollo sobre la base de la industria pesada.

En cuanto al escaso rendimiento de la producción, admitían que Perón había intentado su modificación al convocar al Congreso de la Productividad, pero en este Congreso la clase obrera tenía aún demasiado peso y ello impedía la "alianza de clases". Para Rogelio Frigerio:

"También fue significativo el Congreso de la Productividad. Perón lo impulsó y trató de darle carácter orgánico cuando comenzó a percibir que se enrarecía la atmósfera económica que había disfrutado el país en la inmediata posguerra. Pero en lugar de convertirlo en un foro de efectiva concertación de la alianza de clases se dejó arrastrar por el populismo [...] aisló a la clase obrera y se enfrentó a la comunidad" (28)

Por otra parte, la industrialización peronista con base en la industria liviana también estaba encaminada a satisfacer las necesidades de la alianza que había dado origen al peronismo, es decir,

al consumo de los sectores populares. A partir de ello, se había resignado para el futuro el desarrollo de la industria pesada.

Por ambos lados, entonces, Perón había cedido al "populismo" y había concedido un espacio excesivo a la clase obrera. En definitiva, lo que no había estado claro era qué sector poseía la hegemonía en la alianza construída por el peronismo, ya que por la vía señalada Perón había conducido a su movimiento al aislamiento de la comunidad nacional. El desarrollismo pretendía corregir aquellos errores con una efectiva hegemonía de la burguesía industrial en la alianza de clases que proponían para formar el "Frente Nacional".

La distancia entre este pensamiento y el de los partidarios de la Revolución Libertadora es, de todas maneras, abismal. Mientras estos pensaban que el ascendiente de Perón era debido sólo al manejo demagógico de una masa manipulable y sin conciencia, el desarrollismo otorgaba al sindicalismo surgido de la etapa peronista una capacidad de decisión y una autonomía esperando convocarlos para un proyecto industrializador dependiente. Y no parecían estar tan equivocados. Una parte importante de los nuevos dirigentes se sentirían atrapados en la necesidad de preservar la legalidad de sus sindicatos sobre los que pesaba la espada de Damócles de la intervención estatal. Cuando el gobierno de Arturo Frondizi tuvo la oportunidad de demostrarles que ellos eran componentes esenciales del nuevo intento hegemónico, muchos de ellos, aún cuando no renunciaron a su profesión de fé peronista, participaron decididamente en los planes de Rogelio Frigerio.

Mientras tanto, y a pesar de las invocaciones a los obreros peronistas hechas por Arturo Frondizi, los dirigentes frondicistas eran concientes que los obreros habían permanecido firmes en su identidad política peronista. Ello resultó particularmente evidente cuando

en 1957 el voto en blanco, ordenado por Perón, resultó ganador en las elecciones convocadas por la Libertadora. A partir de allí, la constitución de una "alianza de clases", tal como la entendía el frondicismo, pasó a depender de una "alianza con Perón":

"La razón de fondo de que nosotros hayamos buscado la alianza [...] es que el peronismo tenía en su seno a la mayoría de la clase obrera argentina. Es decir, representaba a uno de los componentes que no pueden faltar en la alianza de clases y sectores sociales que nosotros consideramos la sustancia de la unidad nacional [...]" (29)

El pacto entre Arturo Frondizi y Juan Domingo Perón fue tramitado por el delegado de Perón, John William Cooke, y el delegado de Arturo Frondizi, Rogelio Frigerio, en enero de 1958 (30). Desde el punto de vista de Perón y Cooke, el principal perdedor de las elecciones a Constituyentes de 1957, había sido Frondizi, ya que "había querido correr tras dos liebres y no había alcanzado a ninguna [en referencia a los radicales y a los peronistas]" De todas maneras, no escapaba a Perón que aquel derrotado de las elecciones de 1957 podía acceder a un arco mayor de alianzas, y que el movimiento por el voto en blanco podía ser mucho más débil tratándose de elecciones nacionales. Así, en setiembre de 1957, opinaba Perón:

"[...] si [...] se pudiera tener un mínimo de confianza en Frondizi, cosa que descarto, el ofrecimiento transmitido por los emisarios que le han visitado, no sería descabellado del todo" (31).

Un elemento adicional, para los peronistas, era que el voto en blanco podía finalmente ayudar a que ganara el candidato de la Revolución Libertadora que todos veían representado en la figura de Ricardo Balbín.

Desde el punto de vista del frondicismo, el pacto con Perón no hizo otra cosa que reflejar aquellas concepciones que ellos tenían acerca de la alianza de clases. En ningún modo sentían que estaban haciendo

UCRI. El votoblanquismo conquistó más de ochocientos mil votos, el 9,5% de la elección. Sin embargo, esta desición no afectaría, como tantas otras desobediencias, la integración de los comandos en la estrategia futura de Perón, aún cuando éste ya estuviera decidido a hacer pasar el peso de las decisiones por el movimiento obrero organizado. El mismo Perón se referiría a aquella desobediencia con humor, en una carta que enviara a Joge Di Pasquale, sindicalista de la línea "dura", en 1959. En ella Perón decía que los que habían obedecido la orden de votar a Frondizi, eran los peronistas, y los que la habían desobedecido eran los "leales a Perón" (34)

concesiones a Perón más allá de aquello que estaban decididos a implementar como estrategia de gobierno. Lo que sí estaban dispuestos era a hegemonizar a la clase obrera, y para ello usarían las mismas concepciones que había usado el peronismo para atar al carro del Estado al movimiento sindical. En ello jugaba un rol fundamental la sanción de una nueva Ley de Asociaciones Profesionales que devolviera el control de la C.G.T. a la mayoría peronista y preservara la unidad sindical.

De cualquier modo, si muchos dirigentes sindicales recibieron alborozados la noticia del "pacto" y se pusieron a trabajar en la campaña presidencial, las bases obreras recibirían con desconfianza el tener que votar por un candidato al que habían percibido como un adversario hasta no mucho tiempo antes. Algunos testimonios dan cuenta de ello:

"Cuando viene la orden de Perón...nos equivocamos [...] era la salida para no votar en blanco. Lo votamos porque creímos en Perón, como habíamos creído siempre, por lo que había hecho por el país" (32)

"Yo no lo voté a Frondizi [...] La opinión de los peronistas de Mataderos era la de no votarlo a Frondizi. Aún en contra de la orden de Perón. La orden la recibió el sindicato y yo como delegado tengo que transmitirle a la gente esa orden de Perón de votarlo a Frondizi. Pero después dí mi opinión personal: no lo voy a votar..." (33)

En cuanto a los "comandos de la resistencia", la orden de Perón fue resistida por muchos de ellos. El abandono del voto-blancuismo significaba, para ellos, el abandono de la línea de intransigencia llevada hasta ese momento. Entre ellos, el Comando Nacional Peronista desobedeció abiertamente las indicativas lanzadas por el Comando Táctico de John William Cooke y organizó abiertamente una campaña para el voto en blanco. El resultado final de esa campaña es indicativo de las resistencias que provocaba el candidato de la

NOTAS CAPITULO 11

- (1) ROUQUIE, Alain: Radicales y desarrollistas, Buenos Aires, Schapire editor, 1975, pg.58.-
- (2) PERON-COOKE: Correspondencia, Buenos Aires, ed. Parlamento, 1984 (4a. reedición)
- (3) en Presidentes ante el Congreso, Buenos Aires, ed. FOROSUR, 1983, pg. 49.-
- (4) ROUQUIE, Alain: Radicales...op cit; tb. PANDOLFI, Rodolfo: Frondizi por él mismo, Buenos Aires, Galerna, 1968.-
- (5) vease LAFIANDRA, Félix (h): Los Panfletos, su aporte a la Revolución Libertadora, Buenos Aires, ed. Itinerarium, 1955.-
- (6) DIAZ, Fanor: Conversaciones con Rogelio Frigerio, Buenos Aires, Hachette-Colihue, 1977, pg. 19.-
- (7) ROUQUIE, Alain: Radicales...op cit, pag. 77-80.-
- (8) en BELENKY, Silvia: Frondizi y su tiempo, Buenos Aires, CEAL, 1984, pp.23-26.-
- (9) Declaración de Chascomús. En BELENKY, Silvia: op cit, pp.30-38
- (10) ROUQUIE, Alain: Radicales...op cit, pp 80-85.-
- (11) idem pag. 84
- (12) DIAZ, Fanor: op cit, pg. 34.-
- (13) idem, pag. 35.-
- (14) El propio Arturo Jauretche escribió una nota de la revista "Qué" en la cual Arturo Frondizi aparecía como la superación de la antinómia "civilización o barbarie".
- (15) ver revista "Que" no. 112, 8 de enero de 1957, cit. por ROUQUIE, Alain: Radicales...op cit, pag. 85.-
- (16) idem, pag. 100.-
- (17) vease BABINI, Nicolás: FRONDIZI, De la oposición al gobierno, Buenos Aires, Celtia, 1984.-
- (18) ROUQUIE, Alain: Radicales...op cit, pag. 101.-
- (19) PAZ, Pedro: Las etapas de la acumulación capitalista en la posguerra, En: JOZAMI, Eduardo y otros: Crisis de la dictadura argentina, Buenos Aires, siglo XXI, 1985; tb. PERALTA RAMOS, Mónica: Op cit, pg. 102-113.-
- (20) FRIGERIO, Rogelio: Las condiciones de la victoria, Buenos Aires, SEA, 1959, pp. 170-177.-

(21) idem.-

(22) idem, pag. 173; las mismas ideas en FRONDIZI, Arturo: El movimiento nacional, Buenos Aires, Losada, 1975, pag. 25 y sgtes.

(23) ver Programa de Chascomús en BELENKY, Silvia: op cit

(24) DIAZ, Fanor: Op cit, pag. 20

(25) idem

(26) FRIGERIO, Rogelio: Las condiciones... op cit, pg. 116-117; opiniones de Frigerio son coincidentes en sus trabajos, me da de citar los lugares donde sus opiniones aparecieron.-

(27) idem

(28) en DIAZ, Fanor: Op cit, pag. 35.-

(29) idem, pag, 53.-

(30) vease PRIETO, Ramón: El pacto, Buenos Aires, ed. Macacha G. 1971.- Ramón Prieto, antiguo militante comunista, comando de resistencia peronista en los "Comandos Coronel Perón" dirigido por Juan M. Vigo, fue uno de los dirigentes peronistas que adhirió a las ideas desarrollistas de Frondizi.-

(31) carta de Perón a Cooke, 1 de setiembre de 1957, en PERON-COKE: Correspondencia, op cit

(32) Entrevista con Anibal Gonzalez, obrero del frigorífico Nacional.

(33) Entrevista con Norberto Capdevila, delegado del frigorífico Nacional.-

(34) relatado al autor por Oscar Moreno, poseedor de dicha carta de Perón.-

LA RESISTENCIA PERONISTA Y EL MOVIMIENTO OBRERO

"[En 1955] el cielo entero se nos vino encima. De repente todo se volvió anormal. Como fué anormal, absurda, la odisea de la Resistencia. Pígmicos contra gigantes..."

Cesar Marcos (1)

El 21 de setiembre de 1955 una multitud concurrió a la Plaza de Mayo a celebrar el flamante golpe militar que acababa con casi diez años de gobiernos peronistas. Esta fervorosa multitud, que agitaba banderines con el símbolo de "Cristo Vence", representado por una "V" y una cruz encima de ella sobre el fondo de una bandera papal y una argentina, no era similar a aquellas otra multitudes que había congregado el peronismo derrocado. Estaban presentes las clases medias y las clases terratenientes de la sociedad, la oposición, los integrantes de una de las dos Argentinas posibles, unidos por los símbolos de la Iglesia Católica, uno de los sectores promotores del golpe de estado. Los golpistas se llamaron a sí mismos "Libertadores", compusieron marchas, aclamaron el retorno a la vida democrática y se dispusieron a modificar lo que el peronismo había hecho con la sociedad argentina.

Sin embargo, durante los dos primeros meses lo que predominó no fué un intento de revancha. La revolución de setiembre había surgido como un golpe nacionalista católico liderado por el general Eduardo Lonardi. La frase "Ni vencedores ni vencidos", pronunciada al inicio de su gestión, parecía preanunciar un intento de aplacar las tensiones de la época opositora para intentar un posperonismo lo menos conflictivo posible (2).

La propia Confederación General del Trabajo, muy poco tiempo después del golpe de estado, el mismo día de la concentración organi-

zada por el nuevo gobierno, afirmaba: "En momentos en que ha cesado el fuego entre hermanos y sobre todo se antepone la Patria, la Confederación General del Trabajo se dirige una vez más a los compañeros trabajadores para significar la necesidad de mantener la más absoluta calma y continuar en sus tareas, recibiendo únicamente directivas de esta central obrera" (3).

El objetivo de Eduardo Lonardi era, de todas maneras, desperonizar al país y limitar la influencia de los sindicatos, objetivo que compartían los nacionalistas católicos que lo acompañaban en el gobierno. Para el primer gobierno de la Revolución Libertadora, este objetivo podía y debía lograrse mediante una coexistencia que borrara todo lo irritante del anterior gobierno; en primer lugar, la presencia de Perón en el país; en segundo lugar, Lonardi consideraba que era necesario el mantenimiento de la estructura sindical dado que era conciente de que el grado organizativo al que había llegado el movimiento sindical difícilmente pudiera ser suprimido.

Lo cierto es que estos modestos objetivos no eran compartidos en absoluto por aquellos que se habían plegado a la Revolución con un afán de revancha al que no iban a renunciar. En primer lugar, las clases dominantes del campo y de la industria, para las que la prepotencia obrera debía ser barrida. El sentimiento de "revancha" que estos expresaban rápidamente entró en colisión con la política moderada del gobierno en relación a la dirigencia sindical.

Los "comandos civiles" que apoyaron el golpe de estado no esperaron demasiado tiempo para lanzarse a la ocupación de los locales sindicales de la mano de los llamados sindicalistas "democráticos". Ante ello, la CGT, que a partir de la renuncia de su Comisión Directiva, había nombrado un secretariado colegiado ocupado por peronistas,

tuvo actitudes de confrontación inestables. Preocupados por no destruir el precario equilibrio que garantizaba Lonardi, al mismo tiempo que protegían el statu quo conseguido, los distintos paros generales que intentaron tíbiamente, fueron rebasados largamente por la voluntad de sus bases de confrontar con el gobierno.

Finalmente, como era de esperar, el equilibrio se hizo pedazos. Dos meses después de haber asumido, el general que prometía la conservación de las conquistas sociales, hacía acuerdos con la CGT y desestimaba la revancha, era desplazado del poder por los líderes libertadores que encarnaban el verdadero espíritu de lo que había sido el golpe de estado de septiembre: Pedro Eugenio Aramburu e Isaac Rojas. Los peronistas sintieron, entonces, ahora sí, que eran parte de los "vencidos".

Para la nueva conducción de la "Revolución Libertadora", el retorno a la vida democrática no incluía acuerdo alguno con ningún sector perteneciente al régimen derrotado. El peronismo constituía un accidente en la vida de la Nación que debía ser estigmatizado. Tenían la seguridad de que si anulaban por decreto la fascinación que envolvía a las masas tras la figura del "dictador", éstas se iban a encaminar hacia un sistema de vida que respetara las jerarquías establecidas de la sociedad, que el peronismo con su intervención había corrompido. Sólo bastaba una efectiva separación de la población de todo aquello que significara un retorno al pasado, que ellos creían anulado a partir de su intervención. Todas estas concepciones llevaban a un sólo camino: la anulación del peronismo, la "desperonización" del país.

Una parte importante de estos argumentos parecía avalada por la sensación que les imponía el haber derrotado a Perón. El Peronismo no había sido derrotado militarmente. El 16 de junio de 1955 los

aviones habían descargado su artillería sobre la multitud indefensa reunida en la Plaza de Mayo y el golpe -que no había contado con suficientes apoyos- había sido desbaratado. Pero tres meses después, en una situación militar parecida, la estructura del régimen de Perón se derrumbó (4). Prácticamente no había habido apoyo civil al gobierno, y luego de unos días de incertidumbre, Perón presentó su renuncia. Esta situación los conducía a creer que expulsado Perón del gobierno, y anulada la fuente de recursos con que este contaba desde las estructuras del Estado, el peronismo sería borrado como una mala imagen del pasado. En esto había, además, un pequeño placer adicional, cobrarse la deuda con aquellos que, protegidos por primera vez por el Estado, habían hecho valer sus derechos frente a las patronales y reclamado, a partir de nuevas leyes, beneficios que a estas les resultaban intolerables.

Esta especie de cruzada purificadora de los desvíos peronistas no podía encararse sin una efectiva reparación de los desplazados de 1943, pero tampoco si se conservaban en sus puestos aquellos que habían sido los principales representantes de la política de Perón. Por lo tanto, el primer paso fue la represión a los peronistas. Diez días después de asumir Pedro Eugenio Aramburu e Isaac Rojas, la revolución dictó el decreto ley no. 3855 que disolvía el Partido Peronista, y decretó la inhabilitación de todos los dirigentes políticos y gremiales que hubieran participado en los gobiernos peronistas. En diciembre de 1955 la represión se desencadenó contra aquellos que eran conocidos peronistas: "[...] confeccionaron las listas de los nueve mil dirigentes, delegados y activistas que colmaron las cárceles en todo el país, crearon medios de delación; lanzaron todos los aparatos represivos contra los trabajadores; los domicilios

eran violados, las libertades cercenadas; miles de dirigentes inhabilitados, los patronos iniciaron un verdadero certámen de represión en sus establecimientos, la representación sindical suprimida, [...] todo ello para borrar los rastros de la "dictadura" peronista, para devolver al país la libertad y la moralidad que nosotros habíamos mancillado..." (5)

Ahora sí, la Confederación General del Trabajo fue intervenida, así como los gremios, que fueron tomados por asalto por fuerzas de seguridad y los llamados sindicatos "libres", que asumieron el control de las Comisiones Interventoras. Parecía una enloquecida carrera en la que unos y otros competían para volver al pasado. El gobierno de la Revolución, poco antes del reemplazo de Lonardi, había formado una Junta Consultiva con integrantes de los partidos políticos que se consideraba democráticos, que parecía intentar una reedición de la vieja Unión Democrática de 1946.

En noviembre de 1955, se dictó un decreto que pasaría a ser famoso, no sólo por las consecuencias que traería, sino por su significación cultural. El decreto 4161 prohibió el uso de todos los símbolos peronistas, incluidos entre ellos las canciones, los distintivos, las consignas, y, por último y tal vez lo más significativo, la prohibición de nombrar a Perón o a Eva Perón de manera pública o privada. El gobierno de la Libertadora encaraba así una cruzada a "cal y canto" (6) para extirpar el "gérmen autoritario" de la sociedad. La prohibición constituía una provocación contra los peronistas. Tratándose simplemente de prohibir, y sin ser capaces de reemplazar, las intenciones del decreto 4161, no sólo quedaron sin cumplir, sino que, como veremos, constituyeron un lugar por donde el peronismo reforzó su identidad política y su autoreconocimiento.

En los medios de comunicación masivos aparecieron sinónimos para nombrar al Peronismo, a Perón o a su fallecida esposa. Términos como el "tirano", el "tirano prófugo", el "régimen depuesto" o los "partidarios del tirano depuesto" y otros, dieron cuenta de la adhesión de los medios de información a la cruzada libertadora (7). El decreto 4161, sin embargo, no era sólo la materialización de una práctica proscriptiva, sino que escondía una intencionalidad simbólica mayor, la de imponer por decreto un blanqueo de la memoria colectiva, un olvido obligado del pasado. A muchos condujo a repensar sus críticas hacia el peronismo al que habían considerado autoritario, y a los peronistas los volcó a la resistencia.

LA "RESISTENCIA PERONISTA"

El Peronismo había sido fácilmente barrido de las estructuras del Estado que supo conservar por más de diez años. El que era considerado como uno de los más importantes movimientos de masas de América Latina no resistió el embate de una oposición organizada.

Cuando Perón partió hacia el exilio y la mayoría de los dirigentes sindicales y políticos fue a dar a la cárcel, muchos dirigentes comenzaron a plantearse seriamente qué había sucedido. Entre las respuestas a esos interrogantes figuraba en primer término el anquilosamiento de la estructura del gobierno y la del partido. Pero también el hecho de que a partir de 1952 -coincidente con la muerte de Eva Perón-, el Peronismo no había sabido mantener una relación de fuerzas que le fuera favorable en la sociedad, volcando a muchos indecisos a la oposición, especialmente cuando el eje de ésta comenzó a ser el tema religioso.

Así como los vencedores de 1955 consideraban que el Peronismo era producto del uso demagógico de los recursos del Estado,

una gran parte de los dirigentes peronistas habían confiado excesivamente en estos recursos, olvidando sus verdaderas bases de sustentación política. El malestar entre las filas peronistas, que se había mantenido latente durante el gobierno, afloró con fuerza. Desde las nuevas estructuras que se iban creando en la clandestinidad, el primer presupuesto era la crítica a aquellos dirigentes que habían sido vacilantes: " Es explicable que el cambio sustancial de las condiciones políticas del país haya sacudido de arriba a abajo nuestro partido y originado una crisis de organización. [...] Para tal fin y en las actuales circunstancias, debemos reconstruirlos sobre nuevas bases y afirmar férreamente una unidad de orientación y mando. Entre estos cinco meses el Peronismo se ha purgado de arribistas, de logreros y de vacilantes. [...] La base del partido ha superado a los desviacionistas, ha arrojado de sus filas a los elementos espúreos y ha marcado con desprecio a los traidores" (8).

El primer sentimiento de los grupos que se organizaban como comandos era que su legitimidad estaba dada por la incapacidad de los viejos dirigentes. El cambio había sido rápido y profundo. Ahora las condiciones de liderazgo se hacían valer en la capacidad de organizar la lucha de la "resistencia". La mayor parte de los dirigentes de renombre estaban en la cárcel, y "[...] la cárcel fué un merecido castigo a nuestra ineptitud para con la Revolución Peronista. [...] Naturalmente, era difícil que así lo admitiéramos y si la conducción político-sindical había sido adúlona y alcahueta durante el gobierno del general Perón, es decir en las buenas, fácil es imaginar cómo se comportó, la mayoría, en las malas y en la cárcel" (9).

Todo parece demostrar un quiebre entre las nuevas estructuras organizativas y lo que el Peronismo significó en las estruc-

turas de Gobierno. El cambio había sido significativo. Desde su acceso al gobierno en 1946, las realizaciones del régimen peronista, y la facilidad con que se habían logrado, contribuyeron a formar una camada de dirigentes cuya única función parecía adular a Perón y a Eva Perón (10). Los "nuevos" hacían fácil crítica de la derrota de 1955: "Acá cuando viene la Revolución, los dirigentes se van para atrás, porque esa es la pura realidad; tanto los dirigentes políticos, como los militares. Entonces nosotros empezamos a organizarnos como podíamos, a reunirnos con el "viejo" [Cesar Marcos](11) y con otro que murió en España, Buceta" (12).

Los comandos de la resistencia comenzaron a organizarse casi inmediatamente de producido el golpe militar y constituyeron la nueva realidad del peronismo en la clandestinidad. Constituyeron una unidad junto a la activa reorganización sindical. Pero esta reorganización del Peronismo, que comienza a constituir el naciente movimiento (13) es, inicialmente, una ruptura con el Peronismo anterior (14).

LOS "COMANDOS DE LA RESISTENCIA"

"Cuando cae Perón, después de los años vividos con Perón, cae el padre de un movimiento, y nos parece que todo se va a venir abajo. Después de Perón viene...cómo te puedo explicar...esa desazón de no saber lo que iba a pasar" (15)

"[...] porque la Revolución Libertadora cayó como un balde de agua fría. En ese momento, los peronistas no pelearon; con dos minutos de pelea no pasaba nada" (16)

Incertidumbre, desazón, impotencia, son algunas de las palabras que pueden identificar el sentimiento de una gran parte de los trabajadores argentinos ante los hechos de 1955. Sin embargo,

el sentimiento de exclusión no condujo a todos a la misma salida. Para la mayoría, la resistencia consistió en la memoria, en el recuerdo, en un silencio mudo ante una sociedad que irremediablemente se había dividido en dos. En realidad, detrás de aquel silencio se hallaban miles de microhistorias en las que permanecía la identidad social y política (17). Mientras una parte de los argentinos festejaba el triunfo contra el "régimen despótico", la otra masticaba en silencio su bronca frente a aquellos que destruían sistemáticamente las obras de un gobierno que había sido suyo. El sentimiento de exclusión no era, además, una simple retórica que justificara la inmovilidad. Estaba basado en hechos demasiado concretos, tales como la persecución, el encarcelamiento, la fiesta patronal en cada lugar de trabajo, la proscripción política y sindical. Para muchos no aparecía otra opción que la resistencia clandestina, que daba comienzo a lo que el "folklore" peronista llamaría la mística del "caño" (18). El que sigue es el testimonio de uno de aquellos comandos:

"No teníamos armas, no podíamos hablar, ni votar, ni hacer nada. [...] No teníamos libertad de prensa alguna. Todo lo que teníamos era el decreto 4161 el cual decía que aún si mencionábamos a Perón podíamos ir a la cárcel. No podíamos siquiera tener una foto de Perón en nuestras casas. Entonces, recurrimos a los "caños" (19)

Los comandos peronistas fueron pequeños grupos que surgieron de manera espontánea dentro de las organizaciones de base existentes a lo largo y a lo ancho del país, casi inmediatamente de producido el golpe militar. Ocuparon, y todavía hoy siguen ocupando, un lugar destacado en la autoimagen que los peronistas forjaron de los dieciocho años de proscripción del movimiento y exilio de Juan Domingo Perón. Sin embargo, no es mucho lo que sobre ellos se ha escrito, lo cual sigue avalando una construcción legendaria de la "resistencia

peronista".

Durante los primeros meses posteriores al golpe de la Revolución Libertadora, muchos peronistas formaron comandos, organizados por dirigentes de segunda o tercera línea que habían escapado al encarcelamiento por no ser demasiado conocidos. A la mayor parte de ellos les esperaba un lugar en las prisiones de la "Libertadora" y, a muchos, el exilio forzoso.

"Lo formabamos más o menos de cinco personas, seis personas. Era una especie de célula para distribuir las informaciones. Irlo organizando, organizarlo políticamente, y que fueran tomando conciencia de cómo era realmente la cosa. Venía un grupo de gente y... veíamos la aptitud que tenía, [...] al que le depositabamos volantes o algo y yo evaluaba que podía llegar hasta ahí, era "buzón". Ahí le depositábamos las cosas y él no sabía quién era el que se las dejaba" (20). El relato corresponde a Hector Saavedra, secretario de Prensa de la Asociación del Personal del Mercado Nacional de Hacienda y frigorífico Lisandro de la Torre durante la época de la toma, en 1959, y comando del "Comando Nacional Peronista". Saavedra, como otros, antes de 1955, estaba conectado con John William Cooke, quién había sido designado interventor del Partido Peronista de la Capital Federal. Desde allí se estableció una relación que permitió la formación de algunos grupos de comandos en la Capital Federal (21).

Surgidos inicialmente como una forma de reunión política, rápidamente los comandos más audaces pasaron a la acción, al sabotaje. La mayor parte de las veces, los actos de sabotaje clandestino eran operaciones pequeñas para llamar la atención, pero con el transcurso del tiempo llegaron a realizar operaciones de envergadura.

"El Comando L 113 fue formado el mismo 28 de setiembre. [...] Y po-

níamos caños desde el primer momento. [...] no estábamos acostumbrados a esa clase de lucha, [...] cuantimás un 38 corto y rajar a pata. Si hasta había veces que salíamos con cachiporras nada más. [...] Al principio teníamos las casas contadas y la gente no entendía, [...] la gente decía que volvían otra vez los salteadores de caminos, los asaltantes. [...] Poníamos caños a montones. Y te digo: a veces para nada, para hacer ruido nada más. [...] acá volamos el gasoducto e hicimos otras cosas que tuvieron repercusión" (22) Audaces, con elementos mínimos, y lo más peligroso, sin conciencia de las repercusiones políticas de los hechos que generaban, los comandos se multiplicaban por la Capital Federal y la ciudad de Buenos Aires. La mayoría de las veces, por lo menos inicialmente, no existía contacto alguno entre los diferentes grupos. Muchos de ellos eran "tan infantiles, que parecían obra de Tom Sawyer o Huck Finn" (23)

Juan Vigo, dirigente peronista cuya militancia pasada había transcurrido en el comunismo, ha escrito una de las pocas obras autobiográficas de los primeros meses de la "resistencia". En su relato da cuenta de la escasez de medios con que operaban ciertos grupos: Miguel Torres había sido un antiguo anarquista que se había plegado al Peronismo antes del 17 de octubre, había sido diputado provincial en 1946 y vuelto a su condición de jornalero en 1952; podía considerarse un trabajador autodidacta, ya que no había concurrido a la escuela primaria; "Nos dió Torres un amplio informe sobre las actividades del grupo, diciéndonos que él se "manejaba" principalmente con muchachos, dedicándose a la tarea de imprimir volantes y pintar consignas en las paredes. Varios de estos jóvenes habían sido detenidos y se encontraban en prisión. [...] -¿Cómo hacen los volantes? -Con un sello- contestó el abnegado compañero" (24)

Un elemento importante para analizar a los comandos es que muchos de ellos compartían una creciente resistencia a integrarse en una estructura organizativa de mayor alcance, en la cual deberían subordinarse a la autoridad de algún dirigente que no hubiera surgido de ellos mismos. La misma desconfianza que tenían respecto de los dirigentes partidarios o que habían cumplido funciones en el gobierno Peronista, se verificaba en cuanto a las intenciones de algunos dirigentes de brindar una estructura de más largo alcance a la resistencia clandestina.

El mismo general Perón, en el exilio, no parecía desconocer la desconfianza que suscitaban en las bases los funcionarios de su anterior gobierno en las nuevas realidades del movimiento que conducía. Las "Directivas Generales para todos los Peronistas", enviadas por él, constituían un llamado de alerta: " La prisión de los dirigentes no debe ser una dificultad para la Dirección, pues nuevos hombres deben reemplazarlos. Los cambios de nombre, el acercamiento a caudillos alejados del Movimiento, los contactos con los dirigentes de moda y la exposición de consejos amistosos al actual equipo de la tiranía son inadmisibles. Los dirigentes que intervengan en éstos deben ser repudiados por traidores y disociadores" (25).

El intento de encarrilar orgánicamente a los grupos de la resistencia partió del contacto epistolar que mantendrían por años el jefe del movimiento y John William Cooke, nombrado por Perón su "delegado personal", "Jefe del Comando Adelantado", así como su "heredero universal" en caso de fallecimiento por atentado contra su persona (26).

John William Cooke, nacido en 1920, fue diputado del primer Parlamento Peronista. Como abogado ejerció la cátedra en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires; fue director de la revista

"De Frente" e interventor en el Partido Peronista de la Capital Federal en 1955. Ha sido considerado como el representante más importante de la izquierda peronista (27). Producido el golpe militar de 1955, fue encarcelado en Usuahia y Río Gallegos, de donde fugó en marzo de 1957 hacia Chile, donde constituyó la sede del Comando Táctico. Nombrado por Perón "jefe de todas las fuerzas peronistas que operan en el país o en el extranjero", Cooke no pudo, sin embargo, hacer valer su autoridad a todos los peronistas, y mantuvo tensas relaciones con los dirigentes partidarios. Hasta la culminación de su mandato, a principios de 1959, Cooke siguió preocupado por la idea de hacerse reconocer como el único que portaba el mandato de Perón.

Vinculados a John William Cooke, en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, los comandos fueron organizados por varios dirigentes, entre los que destacaron los comandos "17 de Octubre", dirigido por Rodolfo Puggros y el padre Hernán Benítez; los comandos "Coronel Perón", de Ramón Prieto y Juan Vigo; y los comandos del "Comando Nacional Peronista", de César Marcos y Raúl Lagomarsino. A estos últimos, el golpe de estado los encontró organizándose en el local de la intervención del partido que conducía John William Cooke. La percepción que tuvieron de la inminencia del cambio que producía el golpe, la cuenta el propio César Marcos: "[...] el 19 de setiembre, cuando, muertos de hambre, llegamos con el "bebe" Cooke a Santa Fé y Junín, y vimos que en los balcones la gente brindaba con champán, y súbitamente Buenos Aires pasó a ser una ciudad extranjera" (28).

César Marcos, antiguo suboficial del Ejército, autodidacta incorregible que leía a Marx en el tranvía, lanzó junto a Raúl Lagomarsino un Manifiesto en febrero de 1956 en el que hacían un aná-

lisis de la situación nacional, criticaban con dureza a la dirigencia del Partido Peronista y a los funcionarios del anterior gobierno, y llamaban a la unidad de todos los peronistas en un comando único: "[...] el Peronismo se expande y se manifiesta en toda la extensión de la Patria. Al adquirir su propia y dura experiencia, frente a los acontecimientos actuales, reafirma su convicción incommovible y fervorosa de que nada ni nadie alcanzará a quebrar el proceso iniciado de la Liberación Nacional. El Pueblo Argentino, espontánea y vigorosamente, está organizando centenares de comandos peronistas [...] Es su respuesta al alarde prepotente de "desperonizar al país". [...] El Comando Nacional Peronista se dirige a todos los comandos y agrupaciones del país y a todos los peronistas [...] a fin de aunar los esfuerzos bajo una misma conducción, disciplina y directiva. [...] un comando único dará a nuestra acción toda la Unidad y la Fuerza para que el triunfo de nuestro destino inalienable sea un hecho" (29). Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos del Comando Nacional Peronista, la mayoría de los grupos eran todavía reacios a subordinarse a una única organización. Cesar Marcos y Raúl Lagomarsino, con Buceta y Hector Saavedra y otros, habían cubierto de comandos la Capital Federal y esperaban ampliarse a la provincia de Buenos Aires, cuando un suceso, producto de la excesiva confianza con la que se movían, provocó la caída de la mayoría de los dirigentes, los que permanecerán por más de un año presos, teniendo que optar, algunos de ellos, por la salida del país.

Los primeros tiempos de la resistencia las fuerzas de seguridad, que todavía no habían sido depuradas de peronistas, colabora' an muchas veces con las estructuras clandestinas. El "compañero Fermín", comando de la zona sur, cuenta que: "El 25 de mayo de 1956

baja Lagomarsino que era el enlace para toda la zona sur. Y viene a darnos clase de organización. Nosotros ya estábamos organizados. Nos pide los números de nuestros documentos personales. Por lógica nos negamos. El 4 de junio lo agarran con un portafolio donde están todos los planes y números de documentos de compañeros [...]" (30).

"Van a mi casa a las once de la noche y yo me escapo por los techos...rodearon la manzana y a mí me agarran al otro día a las siete de la mañana. Acá, a ocho cuadras, en Rivadavia al 10.500. Me llevan a una dependencia de la Policía de Marina. [...] Y entonces empezaron a preguntar nombres. [...] Estuve en una celda que de noche y de día era oscuro. Estuve como veinte días en esa celda. Y como no había más lugar me pasaron a la comisaria 14 de San Telmo. [...] Cuando están fusilando me vienen a buscar y me llevaron a la oficina que tenían allí. Yo no tenía idea de en qué día estaba, había perdido la noción del tiempo, porque estaba oscuro, no tenía baño, no tenía nada. [...] Al ratito caen tres o cuatro tipos que eran del Ejército". Se produce una discusión entre el teniente de Marina y los integrantes del Ejército, ya que querían llevarse al detenido. Finalmente, y una vez que el que estaba a cargo se hubiera negado, se escucha: "¡Pero no se dan cuenta que a estos peronistas hay que matarlos a todos! [...]" Al rato me dicen, vení pibe [...] a tomar un café. Yo buscaba cómo rajar, y me dicen: -¿Viste? ¿Escuchaste? ¿Te das cuenta que nosotros no somos los asesinos? [...] Porque yo había estado discutiendo con el marino y le había dicho que todos eran unos asesinos. [...] ellos sabían cómo venía el golpe, cómo venía todo" (31).

LOS COMANDOS DE LA RESISTENCIA Y EL "GOLPE DE ESTADO PERONISTA"

La organización de la resistencia clandestina se había dificultado en los primeros meses de la Libertadora, porque la mayoría

de los peronistas consideraba inminente un golpe de estado provocado por los militares leales a Perón. Habían asistido al fácil derrocamiento de su gobierno sin entender la pasividad de los mandos militares y tan sólo esperaban que, una vez repuestas las fuerzas, los "leales" contraatacaran a la Revolución Libertadora. "La idea de crear una organización clandestina de largo alcance se vió obstaculizada más que nada porque la generalidad suponía alegremente que la dictadura no tardaría en ser barrida por los sectores leales del Ejército y los trabajadores. Todo el mundo esperaba ver aparecer de un momento a otro en el cielo el famoso avión negro en que retornaría a la Patria el general Perón" (32). El mito del golpe militar peronista duraría mucho tiempo después y se uniría al mito fundacional del Peronismo, según el cual los sectores nacionalistas del Ejército retomarían la senda que los había llevado al golpe de 1943. Todavía en 1957, miembros de la Juventud Peronista pensaban: "[...] en nuestra ingenuidad, hacíamos la siguiente ecuación: Si para voltearlo a Perón fue necesario un golpe militar, para reponerlo en el gobierno hace falta otro. Así conocí a los recordados mayor Alberte [...] y muchos otros, incluso suboficiales, ejemplos de soldados que ya no se hacen más..." (33)

Hector Saavedra comparte la misma opinión: "Nosotros teníamos un embale tremendo. La gente peronista en esa época la cosa la quería ya; la mayoría se aferraba al uniforme de un milico, pensaban que eso les iba a solucionar el asunto [...], y la cosa no pasaba por ahí. Una vez vamos a una reunión con el Secretario General de la madera, en Villa Pinerol, en Caseros, ¿sabés lo que era en esa época Villa Pinerol? Era el año 1955. Eran como las diez de la noche. Llegamos a una casa con el viejo César Marcos y nos encontramos con que corren una cama, se abre un sótano y nos hacen reunir ahí. Esta-

ba el famoso trío de la CGT, la que le llamaban la "CGT Negra" [...], estos tipos que estaban en negociaciones con el gobierno. [...] Escuchamos qué era lo que planteaban: -¡No podemos aguantar ya un día más! -¡Tenemos que salir! ¡tomar el poder!-. Después de hablar casi una hora y pico, dicen: -Porque tenemos el uniforme de un general. Entonces el viejo César Marcos le dice: -¿Me permite, compañero? ¿Sabe lo que hago yo con el uniforme del general? ¡Me limpio el culo!" (34). Todos los días surgían noticias de una nueva conspiración. Militares con aspiraciones al poder, buscaban permanentemente el apoyo de grupos civiles que los acompañaran en alguna asonada.

Finalmente, el golpismo tomó algún viso de realidad cuando el 9 de junio de 1956, algunos militares peronistas encabezados por el general Juan José Valle, el general Tanco y el coronel Cogorno intentaron un alzamiento cívico-militar (35). A la conspiración estaban vinculados muchos de los comandos, incluido el Comando Nacional.

De todas maneras, la asonada del general Valle debe haber sido una de las más conocidas de antemano de todas las que se intentaron. A principios de año, la Revolución Libertadora había empezado a epurar a las fuerzas de seguridad, y podía ingresar en las filas de los comandos "informantes", mediante los cuales provocó cientos de bajas a la resistencia. En cuanto al golpe del general Valle: "La revolución estaba planificada -es decir, nosotros la vendíamos así- para que viniera el general Perón y se hiciera cargo inmediatamente del movimiento revolucionario. Para ello, a nosotros nos habían prometido que nos iban a dar armas, y de todo lo que hiciera falta. Si no teníamos armas, ¿qué mierda íbamos a hacer?, con un panfletito no íbamos a hacer una revolución. [...] ¿Y los grupos civiles qué papel van a desempeñar? Bueno, van a tener que tomar radios, van a tener que tomar esto y lo otro; van a estar con los militares en un comando conjunto y van a tener armas. La gente que está trabajando va a tener armas pero en el "momento oportuno". Nosotros pedíamos las armas antes. No quisieron dárnoslas.

[...]Me da la impresión que tenían miedo de darnos armas" (36).

En la Capital Federal, los miembros del Comando Nacional Peronista mantenían contacto con el general Juan José Valle, aún cuando César Marcos desestimara todo golpe militar y desconfiara de ellos. Y, aún cuando el general Valle necesitaba de los civiles, también desconfiaba de ellos. "Nosotros veníamos teniendo reuniones [...] con Valle, Tanco, con los militares. El enlace era el coronel Rusti -muy buen tipo y muy claro-. Tenemos unas reuniones con ellos y ellos nos dicen en una reunión en Palermo: -Tienen que entregar los números de documentos y les vamos a entregar las armas. Ahí se barajaba que había armas en todos lados. Y nosotros decimos -estaban todos los que integraban el Comando Nacional, César Marcos, Raúl Lagomarsino (Buceta ya estaba preso)-: -Bueno, perfecto, van a entregar las armas. Y ellos dicen: -Sí, pero tienen que devolverlas en 48 horas. -Escucheme, general -le digo- si las armas están en manos del pueblo ¿por qué hay que entregarlas en 48 horas, si ganamos? El general Valle dice entonces: -Ah, porque las armas en manos del pueblo son peligrosas. Entonces le dijimos: -Es peligroso para aquel que lo traiciona. Se armó una podrida que prácticamente terminamos las relaciones" (37).

Aún cuando el general Valle tenía clara conciencia de que su situación resultaría comprometida, por el hecho de que el gobierno estaba al tanto de sus planes, decidió continuar con la operación. El 9 de junio, al estallar el golpe militar, la mayoría de los dirigentes de los comandos de la resistencia de la Capital Federal, hacía varios días que estaban presos. Salvo algunos focos aislados, especialmente en La Plata donde el coronel Cogorno logró tomar la jefatura de Policía, el golpe militar fue desbaratado rápidamente. Luego de un par de días fueron capturados sus cabecillas más importantes.

El gobierno de la Revolución Libertadora había esperado que el intento militar se realizara para provocar un mayúsculo escarmiento. En un país donde no existía la pena de muerte y donde los fusilamientos por motivos políticos parecían

cosa del pasado; en un país donde la permanente agitación golpista no había cobrado consecuencias graves en los cabecillas militares, las "reglas del juego" fueron súbitamente dejadas de lado. La misma noche de la conspiración varios militares y civiles fueron pasados por las armas; algunos luego de juicios sumarios, otros, ametrallados por la espalda en los basurales de José León Suarez. La orden de fusilamiento partía de un decreto que no podía ser aplicable a los prisioneros, ya que se había dictado con posterioridad a su detención. El general Valle fue fusilado unos días después, pese a los pedidos de perdón lanzados por distintos sectores, contra los muros de la antigua prisión de la calle Las Heras. Lo que constituía un horroroso crimen, falto de antecedentes, no impidió que una parte de la sociedad argentina y la mayoría de los partidos políticos, siguieran rindiendo homenaje a las obras de la Revolución Libertadora. Para los peronistas, sin embargo, la dictadura de Aramburu y Rojas pasaría a ser denominada la "Revolución Fusiladora" (38).

De todas maneras, el fracaso del golpe de Valle no apagó las aspiraciones de muchos grupos de comandos a los que les prometían -al decir de Perón- "una revolución cada semana", aunque muchas de estas intrigas constituían una maniobra de infiltración que conjujo a muchos comandos a las cárceles o al exilio.

LA RESISTENCIA, LA CARCEL Y EL EXILIO

A principios de 1956, la mayoría de los dirigentes de los comandos clandestinos habían caído en manos de las fuerzas represivas. César Marcos, Raúl Lagomarsino, Juan Vigo, Ramón Prieto, Buceta y otros -entre ellos John William Cooke- se encontraban en prisión. La falta de precauciones y la ingenuidad de muchos había permitido el descabezamiento de los dos principales grupos de comandos de Buenos Aires: el "Comando Nacional" y el "Comando Coronel Perón". La detención de Raúl Lagomarsino con una carpeta de anotaciones fue el desencadenante de los hechos: "En la jefatura de Policía ví las cinco inmensas carpetas que le secuestraron, en las cuales figuraba yo con mi nombre propio y dos de mis seudónimos.

[...] Era tal la montaña de cosas anotadas [...] que los agotados policías tuvieron que hacer un fichero para manejarlas" (39).

"Lagomarsino no era un traidor. Ninguno de ellos. Confiaban en una organización que no existía. Nos decían, por ejemplo, que en tal comisaría había vigilantes amigos. Se equivocaban. El tipo que entra a ser milico deja de ser amigo del pueblo"(40).

Juan Vigo relata así su detención: "En el momento en que poníamos el pie en la vereda, cuatro individuos con perramus -era una tarde lluviosa de otoño- que llegaron corriendo, se abalanzaron sobre nosotros, al tiempo que nos daban la voz de detenidos y nos amenazaban con las pistolas ocultas en los bolsillos, al estilo de las películas. Hablaban en voz baja y se advertía que no querían hacer escándalo, sino sacarnos en la forma más disimulada posible. Tales procedimientos se habían hecho habituales en la "Revolución Libertadora", por lo que el nuestro no llamó mayormente la atención a los múltiples espectadores que esperaban allí omnibus y colectivos y a los que se resguardaban de la lluvia" (41)

Así, la nueva camada de dirigentes se encontraba, en la cárcel, con los que habían sido funcionarios del gobierno. Pero no sólo con aquellos, sino con muchos militantes anónimos que pagaron con la cárcel el hecho de ser simples delegados sindicales, o activistas de base. Muchas de las detenciones provocadas por la Revolución Libertadora invocaban los motivos más ingénuos: por vagancia, quinielero, homosexualidad, etc. Miles de argentinos pasaron dos meses incomunicados, y de un día para el otro se encontraron libres sin saber la causa de su detención. "Me llevaron a Las Heras y de ahí a Caseros. Había casos graciosos. Por ejemplo, un muchachito jovencito que trabajaba en "La Vascongada" frente al Congreso, iba una madrugada a su laburo. Lo detienen, le preguntan cómo se llama y lo meten dos meses incomunicado. Nunca lo interrogan. Y como lo agarraron, lo sueltan. Por qué, por qué, preguntaba el tipo en la guardia. Pero mejor es el caso del médico radical de San Martín. Sale de su casa para pagar el teléfono. La vecina de al lado le

dice como otras veces que por favor pague el suyo también. Paga, y ahí mismo, un tipo de civil al salir de la oficina de teléfonos le dice ¿Me permite señor? mira el recibo, y agrega: está detenido. Incomunicado 45 días. Salió puteando, soy radical siempre fuí antiperonista"(42).

A César Marcos y a Raúl Lagomarsino los llevan para ser fusilados: "era lóbrego ese cuartel [...]. Había un montón de tipos armados de civil, los comandos, y un capitán [...] con una 45 que me clavaba al preguntarme las cosas más idiotas...Otro capitancito, de la Escuela Superior Técnica, muy bien vestido, [...] le preguntó a Raúl (esposado, chivudo, sucio) su fecha de nacimiento. -El 17 de octubre de...comenzó a decir, y el oficialito lo desmayó de una trompada. Nos miraban con asco, con odio, eso era lo más intimidante". Casi de inmediato, la actitud cambia, relata Marcos, les convidan café y un cigarrillo. "Luego, sin transición, todo vuelve a lo anterior. Y nos llevan a la fila para fusilarnos" (43).

Las detenciones de los dirigentes duran por más de un año. Algunos salen en el '57, para las elecciones Constituyentes, otros, recién cuando tras las elecciones presidenciales se decreta la amnistía. Mientras tanto, en la cárcel, también se organiza una cierta resistencia: "en la cárcel las celdas de incomunicación son pequeñas, largas y estrechas. Tienen una ventanita con barrotes muy arriba de la cama. Había detenido un comunista que se llamaba Manso. Se subía sobre el respaldo de la cama. Y a los gritos nos pedía el nombre y el número de celda de todos. No lo podían hacer callar. Cuando lo obligaban el bolche gritaba Viva Perón, carajo. El no estaba incomunicado. Le permitían ver a la señora que tenía un bebe de dos meses. En la bombachita de goma del bebé metía la lista de los detenidos y la señora la llevaba a la Liga por los Derechos del Hombre y esas organizaciones. [...] Cuando nos ponían en libertad a los peronistas salíamos cantando la marcha"(44).

"Una vez llegó el general Giovanonni [...], que era de Institutos Penales. Decían que había que estar formados y salimos todos al patio, pero cuando él salió al patio todo el mundo empezó a silbar la marcha peronista. [...] Y otro

día hubo una inspección, vino el Ministro de Justicia y nos habían venido a decir que tuvieramos en orden el pabellón y que estuviéramos formados delante de la cama. Entonces nosotros hicimos la otra: nos quedamos todos adentro de la cama. [...] atrás de eso sabíamos que venía la represalia, cortaban la visita, no dejaban pasar a los pabellones [...]" (45).

La prisión congregó a tres grupos de peronistas: los dirigentes y funcionarios de los gobiernos peronistas, los nuevos dirigentes sindicales y políticos vinculados a los "comandos", y un sinúmero de delegados y activistas sindicales. Como ya se dijo, los comandos hacían fácil crítica de los viejos dirigentes: "[...] si había setenta diputados, sesenta y cinco firmaban lo que sea" (46).

Sin embargo, la cárcel unificó más, durante los tiempos difíciles, al movimiento de la resistencia. En ella se encontraban muchos potenciales dirigentes que habrían de cobrar importancia posteriormente, como el caso de Augusto Timoteo Vandor, llamado a ser el futuro secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica. A partir de la cárcel se vinculó con los comandos. Pero no era el único caso. Amado Olmos era uno de los dirigentes sindicales "viejos" que conservó su prestigio y su sindicato luego de 1955. En 1956, como tantos dirigentes, residió en las cárceles de Caseros, Rawson y Bahía Blanca y luego en la Penitenciaría Nacional de la calle Las Heras (47). Así lo explica Miguel Gazzera: "En la cárcel habíamos tenido tiempo suficiente para realizar el análisis, la crítica y la autocrítica del proceso, tarea que llevamos a cabo exhaustivamente [...]" (48).

Los comandos de la resistencia seguirán operando hasta 1960. En 1957 algunos de ellos reparten también prensa clandestina. En particular, el Comando Nacional Peronista publica un periódico llamado "El Guerrillero" en el que activan la campaña votoblanquista en las elecciones Constituyentes. Los atentados se suceden con frecuencia, particularmente el sabotaje fabril y contra propiedad del Estado. Pero ya comienza a notarse un incremento de la actividad sindical en los recuperados sindicatos, como veremos más adelante.

Resulta difícil establecer con precisión el alcance de las acciones de los comandos peronistas de la resistencia. En primer lugar, porque los medios de comunicación de la época no informan acerca de ellas salvo cuando un grupo es detenido. Generalmente, además, el grupo es identificado como un peligroso grupo subversivo al que se le adjudican planes de envergadura contra el gobierno y acciones predeterminadas, las cuales, la mayor parte de las veces, debemos suponer que son falsas o son magnificadas por los medios de información como campaña del propio gobierno de la Libertadora. En segundo lugar, porque las acciones de los comandos de la resistencia de los primeros tiempos consistían en el reparto de volantes, pintadas en los muros, sabotajes a la producción, tanto como atentados a los servicios públicos, a los medios de transporte, etc, que no quedaban registrados en la prensa.

Dado que la mayoría de los comandos estaban formados por obreros y estaban conectados con las organizaciones clandestinas sindicales, el sabotaje industrial y los atentados en apoyo de las crecientes huelgas de 1956 y 1957 se constituyeron en las acciones cotidianas de la resistencia.

Las estadísticas tampoco ayudan demasiado. Como resulta difícil rastrearlas en los medios de comunicación, a partir de las dificultades señaladas, sólo quedan en pie aquellas proporcionadas por los propios medios de la represión, y ellas son contradictorias. Las siguientes cifras provienen de la revista "Confirmado" y, tal como hemos dicho, son sospechosas. En uno de sus artículos ("Los guerrilleros", Confirmado, no. 402, 18-24 de diciembre de 1975, pp. 20-25) se afirma que, entre 1956 y 1957 hubo 7.000 explosiones de bombas, más que la lucha por la independencia de Argelia. En otro de los artículos de la misma revista ("Terrorismo y antiterrorismo", Confirmado, no. 411, agosto 1976, pp. 14-19) se afirma, que entre 1956 y 1961, los grupos de la resistencia fueron responsables de 1.022 explosiones de petardos y otros artefactos; de 104 casos de incendios premeditados contra edificios públicos, instalaciones industriales y vagones de ferrocarril; y de 440 ataques de varias clases (obstrucción de las vías férreas, agresiones a policías, etc.) (49).

Magnificadas o minimizadas las cifras, lo cierto es que las acciones de los comandos fueron creciendo durante el período 1955-1959. Del viejo caño de reacción ácida se pasó a la dinamita o el explosivo plástico, elaborado por pequeños laboratorios contruídos por los comandos; de los sellos para imprimir o la transmisión oral al mimeógrafo y la prensa clandestina; de la dispersión a la planificación bajo la organización trabajosa de John William Cooke y de la ilegalidad clandestina a la organización sindical. De ello da cuenta la información enviada por John William Cooke en la correspondencia con el general Perón. En enero de 1959, con motivo de la huelga general de 72 horas, los atentados se multiplicaron; los períodos dan cuenta de más de cien atentados en un sólo día.

LA CORRESPONDENCIA PERON-COOKE Y LA ESTRATEGIA DE LA RESISTENCIA

John William Cooke ocupó el cargo de delegado personal del general Perón hasta los momentos posteriores a la toma del frigorífico Lisandro de la Torre, en enero de 1959. Una vez fugado de la cárcel en 1957 y refugiado en Santiago de Chile, estableció allí la sede del Comando Táctico Peronista. Durante el período en que le tocó actuar como "heredero universal" de Perón, mantuvo con éste una abundante correspondencia en la cual, aparte de las informaciones intercambiadas sobre lo que ocurría en el país y en el exterior, ambos expresan sus opiniones sobre la estrategia insurreccional. Es por ello que la "Correspondencia Perón-Cooke" ocupa un importante lugar entre los documentos de la resistencia peronista. Es necesario para obtener una visión de lo que la resistencia significó analizar, no los hechos relatados en las cartas, sino las concepciones que Perón y Cooke expresaban en torno a esos hechos.

Tanto Perón como Cooke eran conscientes de que la resistencia no era un movimiento homogéneo y sabían de las dificultades de enlazar a los distintos grupos que surgían a un proyecto estratégico. Coincidían, entonces, que la línea de intransigencia basada en "el retorno incondicional de Perón" era la decisión que dividía al movimiento entre "leales" y "traidores". De todas maneras, en cuanto

a la estrategia insurreccional, aparecen en la "Correspondencia" dos posiciones diferentes, matizadas por el tono de obediencia que Cooke manifiesta a Perón.

Cada uno parece referirse a la organización insurreccional de diversa manera. Así, para Cooke:

"El clima insurreccional existe. La organización insurreccional ("vanguardia del proletariado" diríamos, si no fuese porque ya estamos suficientemente acusados de comunistas) aún no está a punto, aunque falta poco"(50).

En su concepción, los comandos de la resistencia, por su alto grado de compromiso, se asemejaban a una vanguardia. Para él, organizador político de una insurrección armada, a la que había comprometido su vida, el conjunto de la masa peronista no podía estar decidida al compromiso que se exigían los militantes que formaban los comandos.

Para Cooke, el deterioro de la dictadura, sumado a la posibilidad de organización de aquella "vanguardia", eran las claves de éxito. Toda su línea táctica organizativa, hasta fines de 1957, cuya expresión son las cartas enviadas a Perón, se encamina en este sentido. Pero el deterioro del gobierno de la Revolución Libertadora debía ser acompañado de un desencadenante: "[...] no podemos, contando con tan abrumadora mayoría en el pueblo, quedarnos esperando el hecho fortuito y desencadenante. Debemos crear el estallido, fomentarlo, y luego, canalizarlo"(51).

Lo mismo vale para su concepción de la dirección, que debe ser unificada y surgir de aquella vanguardia. En cuanto a las elecciones, fue el mismo Cooke el que tramitó ante Perón la necesidad de votar "en blanco" en los comicios de 1957. Posteriormente, fue el propio Cooke el que organizó el encuentro entre el representante de Arturo Frondizi y Perón que concluiría en el pacto electoral por el cual los peronistas votaron a Frondizi en 1958. Para Cooke, el voto significaba la posibilidad de "poner en acción nuestras reservas, ampliar el frente de lucha, encuadrar millones de peronistas hasta ayer inactivos en la práctica por carecer de una perspectiva concreta de acción". La concepción de que "sólo una vanguardia participa

activamente en la lucha, ya que los millones de peronistas que no están organizados permanecen en la práctica al margen de ella", subordinaba y hacía pasar el éxito de la resistencia por una acción combinada en la cual la vanguardia y la dirección unificada ocupaban el papel principal.

Sin embargo, de ninguna manera descuidaba Cooke otros factores. La centralidad de sus reflexiones acerca del desarrollo de la "guerra de guerrillas" que dirigía contra la Revolución Libertadora no impidió que percibiera el cambio que se operaba en las bases peronistas. Estas habían conquistado gran parte del aparato gremial, y colocaban a Cooke en una disyuntiva: apoyar a las viejas conducciones gremiales nucleadas en la CGT Auténtica y que no habían participado en las elecciones u optar por la nueva camada de dirigentes que querían integrar la Comisión Intersindical. Como descuidar la unidad hubiera significado un tremendo error, Cooke nunca alentó a uno sólo de los grupos sino que apoyó activamente las acciones de ambos. Ello le implicó la crítica de algunos comandos que le argumentaban que dicha decisión significaba el abandono de la línea de "intransigencia". En efecto, el Comando Nacional Peronista le envió un informe en el que expresaban su desacuerdo en la posición sindical (52).

De todas maneras, más profunda fue la diferencia con los comandos de la resistencia, cuando a partir de la iniciativa de Cooke, Perón firmó el pacto con Arturo Frondizi. Una corriente fuerte hacia el voto positivo que surgía de algunas agrupaciones gremiales (53) no era comprendida por los comandos y provocaba fisuras en el frente peronista. El que sigue es el testimonio del "compañero Fermín" del comando L 113 del Gran Buenos Aires y da cuenta de la situación: "Corre el '58 y bajan Cavalli, Cardozo y San Martín y piden reunión con todas las fuerzas de la resistencia [...] Y pensar que Cavalli era el enlace entre el comando Cooke en Chile y la Argentina. Y que había pedido aportes para un cargamento de armas para la resistencia que iba a cruzar por Paraguay. Pensar que había sido enlace y hombre de promesas, pero ese día del '58 [...] dice: "Ya no hay más revoluciones, com-

pañeros, y los que los digan, son mentes miserables y atrofiadas". Para qué. Volaron las sillas. Los echamos a patadas. Así era el Comando Táctico en aquella época. Hicieron mucho mal. Nosotros nos mantuvimos" (54).

Lo mismo ocurrió con los comandos de la Capital Federal. Fieles a la intransigencia cerrada con la que habían encarado sus acciones el Comando Nacional Peronista organizó la campaña votoblanquista para las elecciones de 1958, enfrentando la decisión de Perón.

¿Cómo explicar las concepciones y las acciones de John William Cooke que hemos reseñado? ¿Hasta que punto eran conciliables aquella postura vanguardista y esta de votar a Frondizi que lo enfrentaba a los comandos de la resistencia? La íntima aspiración de la Revolución Libertadora era que el peronismo se disgregara en los partidos que sí podían presentarse a elecciones. En el "recuento molecular" de 1957 el voto en blanco había sido superior a los votos de la UCRP, pero muchos votos peronistas habían ido a parar a manos de otros partidos, en particular, al candidato de la UCRI, Arturo Frondizi. Cooke consideraba, de acuerdo con Perón, que era peligroso que los votos peronistas fueran a parar a manos de Frondizi, permitiendo así la disgregación del potencial demostrado en las elecciones de 1957.

De todas maneras, el propio Cooke, urgido por estas cuestiones tácticas no dejaba de expresar su voluntad de construir una insurrección de más vasto alcance en la que los comandos jugaban un papel primordial.

En cuanto al frente sindical, Cooke no hacía más que hacerse cargo de una situación que había sido generada por la propia acción de muchos comandos. La principal objeción de estos era que al ser la Comisión Intersindical un organismo que no era clandestino y funcionaba abiertamente, el apoyo abierto a ella significaba abandonar la línea de intransigencia y clandestinidad trazada en los inicios. Sabía Cooke que la crítica de los comandos no empañaba la realidad de que los dirigentes sindicales que integraban la Intersindical tenían, por el momento, una posición de intransigencia tanto o más dura que muchos de los que se refugiaban en las estructuras

sindicales clandestinas. De todas maneras, estas decisiones parecían parte de una transición necesaria, de la cual Perón no era un mero observador, sino más bien el artífice.

Finalmente, a partir del alto grado de enfrentamiento entre muchos peronistas y el gobierno de Arturo Frondizi, sumado a la participación de muchos sindicatos en el proyecto "integracionista" de aquel, Cooke reanudó el camino insurreccional. En enero de 1959, cuando se desencadenó la huelga general, Cooke aplaudió el espíritu insurreccional del barrio de Mataderos y los obreros del frigorífico y cuestionó duramente a los sindicalistas de las "62 Organizaciones" por el fracaso del paro. El "hecho desencadenante" que le recomendara en las cartas a Perón, sin embargo, lo tuvo más como observador que como líder. Dos meses más tarde dejaba paso a una nueva representación del movimiento en el país.

En la correspondencia con Cooke, la posición de Perón es, a su modo, clara. Colocado inicialmente en una posición de intransigencia ante el golpe que lo había desplazado del poder, Perón delegaba en John William Cooke el papel de juez del movimiento. Era Cooke el que debía encargarse de enfrentar a la línea negociadora, y así se lo expresaba en las cartas. El propio Perón asumía para sí el papel de aquel que está más allá de los conflictos internos, con el propósito de que la lealtad a su figura no se viera conmovida. "Lo que usted necesita es que le obedezcan, no que lo amen y, mediante el sistema yo le aseguro esa obediencia", escribía en junio de 1957. En la carta del 22 de noviembre de 1957, Perón definía el papel que reservaba para sí:

"Yo sigo siempre la norma de atender a todos porque, no olvide, que ahora soy algo así como el Papa: encargado de la bendición apostólica "in urbe et orbis". Dentro de ese concepto, no puedo negar nada dentro de mi infalibilidad que, como todas las infalibilidades, está basada en no decir ni hacer nada, única forma de poder asegurar esa infalibilidad" (55).

A miles de kilómetros de distancia, el control de la situación interna de la Argentina resultaba verdaderamente imposible a partir del grado de desconfianza que se profesaban los dirigentes. El "sistema" que Perón le proponía a Cooke era

que él, como delegado, se ocupara de las fricciones, mientras Perón contestaba todas las cartas, mensajes, visitas y entrevistas que le hicieran los diferentes grupos de peronistas. De todas maneras, acerca de cómo encarar el enfrentamiento con la Libertadora, Perón tenía posiciones diferenciadas de las de Cooke. La concepción de Perón se acercaba más a la "resistencia civil" que a la formación de una "vanguardia", como le proponía su delegado:

"El sabotaje, el boicot a las compras y al consumo, el derroche de agua, las destrucciones de líneas telefónicas y telegráficas, las perturbaciones de todo orden, las huelgas, los paros, las protestas tumultuosas, los panfletos, los rumores de todo tipo, la baja producción y el desgano, la desobediencia civil, la violación de las leyes y decretos, el no-pago de los impuestos, el sabotaje a la administración pública, solapada e insidiosa, etc. son recursos, que bien ejecutados pueden arrojar en pocos días a cualquier gobierno"(56).

En la misma carta, respondía indirectamente a Cooke, quién le había informado que estaba preparando la organización insurreccional en torno a los grupos decididos de los comandos, cuyo hecho desencadenante habría de ser la declaración de la "huelga general revolucionaria", en los siguientes términos:

"Yo creo que la eficacia de los pequeños métodos es temible [...] Creo que la resistencia no ha sido bien llevada porque la gente se ve más atraída por las bombas y los incendios, que son efectivos, sino se olvidan las otras cosas quizá pequeñas, pero que ejecutadas en millones de partes resultan mayores y más efectivas que hacer volar un puente o incendiar una fábrica" (57).

John William Cooke, quien lidiaba cotidianamente para unificar los grupos internos del peronismo en el país, quien se acercaba a posiciones de izquierda revolucionarias, quien escribía a Perón informándolo de la conformación de una vanguardia del proletariado, tuvo su hecho "desencadenante" y su "huelga general revolucionaria" e nero de 1959' Pero en ese momento ya no podía conducirla.

Juan Domingo Perón, exiliado a miles de kilómetros del país, comprendió mejor que nadie que el reaseguro de su figura, que el mantenimiento de la "lealtad" a su persona, dependía de no estar en el "campo de operaciones". Además, el cambio operado desde las estructuras clandestinas a la legalidad sindical y la semi-legalidad política durante el gobierno de Frondizi, lo encontró con su figura preservada

del enfrentamiento. Perón, conciente de ello, operaría con los nuevos recursos que el movimiento había gestado. El "fusible" de aquella transición, tal como el ex-presidente lo había previsto, fue el propio Cooke. Y el suceso definitivo para el reemplazo fue la toma del frigorífico Lisandro de la Torre.

LA RESISTENCIA Y EL MOVIMIENTO OBRERO

Si durante los dos primeros meses del gobierno de la Revolución Libertadora, muchos dirigentes sindicales alentaron la posibilidad de ver conservadas sus conquistas del período peronista, esa ilusión pronto se esfumó tras un manto represivo. Una vez instalados Rojas y Aramburu, las cosas marcharon por "vías menos pacíficas" (58). En lo inmediato, la Confederación General del Trabajo fue intervenida, los locales sindicales tomados por asalto a manos de fuerzas represivas y "comandos civiles" formados por sindicalistas particularmente seleccionados entre los grupos socialistas. La mayoría de los dirigentes del período anterior fueron encarcelados.

En efecto, la política sindical de la "Libertadora", se encaminaba ahora, a ser el complemento de la política de desperonización del país por medio de la represión y las campañas informativas acerca de las arbitrariedades cometidas por Perón y sus partidarios. Una serie de decretos dictados por el gobierno apoyaban la labor del nuevo ministro de Trabajo. El doctor Cerruti Costa, ministro de Lonardi, había sido reemplazado por Raúl Migone, el cual se encontraba desde hacía diez años desvinculado de las cuestiones sindicales (59). La política gremial del nuevo elenco de la Libertadora se definió en los primeros meses de 1956. En febrero se decretó la prórroga de los convenios colectivos de trabajo, al mismo tiempo que se elevaron los salarios en un 10% y se establecía el salario mínimo. En abril se decretó la inhabilitación para ocupar cargos a todos los dirigentes que hubieran actuado en la función directiva entre 1952 y 1955. De más largo alcance, en cuanto a la estrategia del gobierno, resultó el decreto 9270 del mes de mayo, el que pretendía acabar con el principio del sindicato único, sustentado por el peronismo, ya que se permitía la actuación de más de un sindicato por actividad (60).

La reflexión inmediata acerca de estas políticas es que el gobierno de la Revolución no podía anular el sindicalismo, cuyo alto grado de institucionalización había sido logrado durante los gobiernos de Perón. En palabras de Rubén Rotondaro: "Al intervenir los sindicatos, el gobierno consagraba la vigencia definitiva de la organización gremial. Esto es, que el sindicato no podía ser disuelto, ya que había echado raíces lo suficientemente hondas como para resistir el más fuerte de los embates" (61). Pero si no podía disolver la organización sindical, sí podía pensar usarla para su provecho, para controlar el grado creciente de huelgas obreras: las jornadas perdidas habían aumentado de 144.120 en el año 1955, a 5.167.294 en 1956 (62). Es así, que a partir de 1956, la Revolución se propuso la normalización sindical llamando a elecciones en los gremios, las que se hicieron efectivas durante ese año y el siguiente. Excesivamente confiados en el "descabezamiento" que habían producido en el sindicalismo peronista, esperaban que sus aliados de los sindicatos llamados "democráticos" conquistaran buena parte de la estructura gremial. Esta convicción se reforzaba con el hecho de que eran ellos mismos los que controlaban los "aparatos", junto a los interventores militares.

Sin embargo, lo que ocurrió fue que se produjo un recambio de las direcciones sindicales peronistas por dirigentes nuevos y con una posición mucho más intransigente y combativa. En efecto, una ola de huelgas sacudió al país a pesar de las intervenciones sindicales. De ello dan cuenta las cifras expresadas más arriba. Entre ellas, la huelga metalúrgica de fines de 1956, y la huelga del frigorífico Nacional detallada más adelante (63).

Los dirigentes sindicales peronistas que habían sido desplazados por el decreto de inhabilitación, se agruparon en la llamada CGT Auténtica o CGT en la clandestinidad. Desde ella, y apoyados por Perón, llamaron a no presentarse en el juego organizado por el gobierno con el llamado a las elecciones sindicales. Algunos de ellos, por otro lado, se sentían incapaces de ganar sus sindicatos despojados del manejo del "aparato" sindical. Sin embargo, la orden de no presentarse a elecciones

fue desobedecida por una camada de dirigentes peronistas de segunda línea, que recuperaron sus organizaciones en el transcurso de 1956 y 1957. En palabras de Juan Carlos Torre:

"[...] el nuevo liderazgo sindical se presentó a elecciones invocando, en primer lugar, su condición de militantes peronistas. De allí, emergió un sindicalismo, por un lado, respetuoso de su debida lealtad al jefe político y, por otro, galvanizado por una representatividad superior a la que mostrara en el final de la década peronista" (64).

Muchos de estos "nuevos" dirigentes habían surgido al calor de la nueva situación del movimiento obrero después del golpe de 1955. Si algunos habían recibido su formación en las Escuelas de formación de la CGT en el período peronista, aparecían fundamentalmente, ligados a las estructuras de la resistencia de los primeros tiempos, y con ellos organizarían muchas de las estructuras que combinaban las huelgas con los sabotajes, y que finalmente, les permitiría acceder al control de sus sindicatos. La diferencia con las estructuras de la resistencia, de las que formaban parte, aparecerían una vez que hubieran controlado los sindicatos y tuvieran que conservarlos en un orden político que se presentaba más complejo y que les exigía definiciones más difíciles que el "retorno incondicional de Perón a la Patria". Pero en los primeros momentos, compartían con los comandos el alto grado de intransigencia que desembocaba en actitudes y hechos que eran irreconciliables con las políticas del gobierno de Aramburu.

Los testimonios acerca de la organización clandestina de los primeros tiempos, abundan en la explicación de esta relación: "[...] teníamos ya contactos con 22 secretarios generales de sindicatos [...] te nombro al "negro" Amado Olmos, que participaba. El Comando, de la parte sindical nuestra era uno de metalúrgicos, uno del frigorífico, que era yo, dos de madereros, uno que era secretario General de La Matanza, de Gas del Estado. Fuimos hilvanando todo de tal modo que para la fecha de junio [1956] nosotros ya teníamos veintidós gremios. Y todo clandestino" (65).

Juan Vigo cuenta las mismas experiencias. Los obreros se incorporaban entusiastamente a los comandos. Comentando una reunión de este tipo, en la cual se intentaba formar los comandos de Barracas y Parque de los Patricios, Vigo encontraba

que aquellos con los que estaba reunido -hombres y mujeres- resultaban ser delegados del personal de las fábricas de la zona, y con larga actuación sindical (66). El mismo Juan Vigo, cuenta sus contactos con el dirigente portuario Eustaquí Tolosa, quien "[...] había organizado grupos que se decía eran muy combativos y mantenía mucha influencia en su gremio [y que] cada vez que se hacía una colecta masiva entre los trabajadores del puerto para la lucha clandestina, nadie dejaba de entregar su parte [...]" (67).

Estos y muchos otros testimonios de la época dan cuenta de la estrecha vinculación entre los comandos clandestinos y el movimiento obrero en los primeros momentos de la resistencia.

Las cifras acerca de la intensificación de los conflictos en 1956, precisan una explicación acerca de su contenido. La estrecha vinculación de los comandos con las estructuras sindicales de base, alentaron conflictos de diverso tipo, en los cuales el sabotaje a la producción era uno de sus componentes. La recuperación de los sindicatos comenzó por las estructuras mínimas de la vida obrera: las comisiones internas y los cuerpos de delegados. Tal como afirma Angel Cairo, asesor de Amado Olmos en el sindicato de Sanidad, y participante de los hechos:

"La tarea de reconquistar los sindicatos intervenidos por la prepotencia gorila, se presentaba como muy posible de ser realizada con éxito, porque, si bien era cierto que el terrorismo gorila había logrado aplastar y destruir todo vestigio de organización política legal del peronismo, no era menos cierto que no podía destruir a los sindicatos obreros, y mucho menos a sus organizaciones básicas constituidas por las Comisiones Internas en las empresas y talleres. Estas Comisiones Internas, necesarias para mantener la organización y la disciplina gremial en sus respectivos establecimientos, y encargadas de resolver los problemas diarios que surgen entre la patronal y los obreros, no podían ser destruidas bajo la amenaza de anarquizar todo el proceso productivo y las relaciones obrero-patronales. [...] supieron mantener vivo el espíritu de resistencia en sus respectivos lugares de trabajo, y comenzaron a organizarse en "Agrupaciones Gremiales" a los efectos de enfrentar en las elecciones internas, a los aparatos electorales que montaban los interventores [...] Así surgen decenas y decenas de nuevos cuadros que comienzan a foguearse en la lucha [...] Y son estos hombres, los que desde los sindicatos reconquistados, enfrentan con gran eficacia al régimen y a sus aparatos de represión e información, empleando métodos de lucha combinados: legalidad y violencia" (68).

El planteo de que la organización obrera de la resistencia se hizo desde los organismos de base de la clase obrera, -los cuerpos de delegados y las comisiones internas- nos lleva a formularnos necesariamente el tema de la autonomía sindical durante los gobiernos

gobiernos peronistas, y a intentar una respuesta al siguiente cuestionamiento de Hugo del Campo:

"La diferencia más evidente entre el sindicalismo preperonista y el peronista es la creciente pérdida de autonomía de éste último frente al Estado y al liderazgo centralizador y autoritario de Perón. Pero ¿se puede afirmar que esa pérdida de autonomía fué total? Si las organizaciones sindicales hubieran sido totalmente absorbidas por el aparato estatal, convirtiéndose en un engranaje más de su mecanismo, ¿cómo explicar que no se hayan hundido junto con el resto del Estado Peronista en 1955?, ¿que no sólo hayan logrado resurgir en medio de las persecuciones y la proscripción, sino que incluso hayan recuperado una buena porción de su poder?"

Y continúa:

"[...] si es evidente que los obreros organizados tuvieron durante esos años un fuerte sentimiento de participación en el poder ¿en que medida esa participación fué real o puramente emocional?" (69).

Las preguntas planteadas parecen ser más fácilmente resueltas, si en lugar de estudiar la relación institucional entre los sindicatos y el Estado Peronista, la "participación en el poder" se traslada a los organismos cotidianos de la acción obrera.

Desde la perspectiva de los obreros, la cotidianeidad de la relación obrero patronal había cambiado desde mediados de la década del cuarenta. Aunque la práctica de nombrar delegados que asumieran la representatividad de sus compañeros en fábricas y talleres frente a la patronal existía desde los orígenes del movimiento obrero, el período peronista significó la efectiva consolidación de las "comisiones internas" y "cuerpos de delegados". Si bién este reconocimiento nunca estuvo incluido en una ley gremial, después de 1946 los contratos colectivos contemplarían su aceptación, tanto como la estabilidad laboral de los delegados (70).

Al no tener reglamentadas sus funciones en los contratos, de hecho, las "comisiones internas" asumieron, en la práctica, innumerable cantidad de funciones. Entre ellas, el cumplimiento del propio convenio colectivo y su aplicación concreta en los límites de las fábricas y talleres. Según Daniel James:

"[...] a principios del '50 ya habían asumido el rol más amplio de afianzar la seguridad de la clase obrera y limitar las prerrogativas de la patronal en la esfera productiva" (71).

Esa amplia gama de funciones -desde el control de la esfera productiva hasta la

defensa del salario y el convenio- significaban, en el ámbito mínimo de la vida obrera, la representación de una efectiva participación en el poder y una experiencia concreta que quedaría grabada en la conciencia de la clase obrera.

A partir de 1955, el derrumbe del Estado Peronista, fué acompañado por una efectiva intervención y represión sindical. Sin embargo, pese a la represión de que eran objeto, las comisiones internas, los cuerpos de delegados o las agrupaciones gremiales se reorganizaron como estructuras paralelas a aquellas que eran impuestas desde el poder.

Sobre ellas recayó, a partir de la proscripción del peronismo, la doble representación de la identidad política y de la identidad de clase que aseguraba, por un lado, la defensa de las reivindicaciones laborales específicas de la fábrica y, por otro, el inmenso proceso de resistencia cultural que reafirmaba la identidad colectiva peronista.

Inhabilitados y presos los dirigentes, anulado el partido y la vida política, intervenidos los sindicatos, la reconstitución material y simbólica ocurrida durante la resistencia se trasladó a los barrios, a las fábricas, a los hogares. Desde la experiencia vivida durante los años del peronismo, los organismos mínimos de la vida de los sectores populares jugarían un rol fundamental en aquella reafirmación de la identidad colectiva.

Un ejemplo concreto de esta situación es el caso de los trabajadores del frigorífico nacional, del cual hablaremos más adelante.

LA INSTITUCIONALIZACION SINDICAL: "DUROS" Y "BLANDOS"

A principios del año 1957, el panorama sindical había cambiado. Los peronistas habían logrado la reconquista de los principales sindicatos industriales; los que habían perdido el control de sus sindicatos en el período 1944-47, o sea, los llamados "democráticos", ganaron las elecciones de gremios como Comercio, Frálicos, o Ferroviarios; por último, los comunistas accedían a las organizaciones como Mdera, Construcción, y luego, Músicos y Prensa (72).

A principios de año, los nuevos dirigentes peronistas ingresan a la Comisión Intersindical, nucleamiento que comparten con los comunistas y algunos independientes. La decisión de integrar la Intersindical trajo aparejado un enfrentamiento con los viejos dirigentes que no se habían presentado a elecciones y se nucleaban en la CGT Auténtica. A mediados de año, y previo al llamamiento al Congreso Normalizador que procedería a normalizar la CGT, los peronistas habían hecho verdaderos progresos en la Intersindical, a partir de lo cual ésta se disolvió.

En agosto de 1957 se realizó finalmente el congreso llamado por el interventor, el capitán de navío Patrón Laplacette. La reunión resultó un éxito para los nuevos dirigentes, dado que lograron impedir la institucionalización de una Comisión Directiva no peronista en el organismo. La consecuencia fue la ruptura del Congreso y la formación de los tres nucleamientos en los que se dividió el sindicalismo argentino de la época. Las llamadas "62 Organizaciones" estaban compuestas, inicialmente, por peronistas y comunistas, desprendiéndose de ellas, al poco tiempo, el grupo comunista de los "19". Y por otro lado, los llamados "32 gremios democráticos".

En el interior de las "62" surgieron, a su vez, dos sectores: los llamados "duros" y los calificados como "blandos", los primeros representados por sindicalistas tales como Jorge Di Pasquale, del sindicato de Farmacia, Gustavo Rearte, de Perfumistas, Sebastián Borro, secretario adjunto del frigorífico Nacional, o Juan José Jonch, de telefónicos; los segundos representados por hombres como Eleuterio Cardozo, del Sindicato de la Carne, Carulias, del gremio del transporte.

Ante el triunfo opositor en el congreso Normalizador, el gobierno de la Revolución Libertadora entregó la conducción de la CGT a un grupo de militantes antiperonistas.

A fines de año se reúnen en la localidad de La Falda las delegaciones regionales de la CGT y las "62 Organizaciones". El congreso había sido convocado por la regional Córdoba, la primera en ser normalizada, en julio de 1957. A la cabeza

de esta seccional se encontraba uno de los dirigentes más intransigentes del sindicalismo peronista: Atilio López. Fué de dicho congreso que surgió el documento que sería conocido como el "Programa de La Falda", que identificaba a los sindicatos allí reunidos con un programa antioligárquico y antiimperialista. Entre otros puntos el Programa de La Falda propiciaba: control del comercio exterior, liquidación de los monopolios extranjeros, integración latinoamericana, nacionalización de las fuentes de energía y de los frigoríficos, expropiación del latifundio, control obrero de la producción y fortalecimiento del Estado nacional-popular, tendiente a lograr la destrucción de los sectores oligárquicos antinacionales y sus aliados (73).

Sin embargo, Juan Carlos Torre, refiriéndose a la etapa de la resistencia, dice de los líderes sindicales:

"Si por su formación, los líderes sindicales mal podían suscribir las ideas de J.W.Cooke, de todos modos lo secundaron con un despliegue incesante de medidas de fuerza en las que el sabotaje industrial y el terrorismo no estuvieron ausentes. La común profesión de fé peronista tendía un puente entre el ala radical del peronismo y las posiciones sindicales, y oscurecía el contraste profundo entre quienes colocaban su combate contra el poder militar bajo los ideales de una revolución más vasta y aquellos otros que encontraban en dichas consignas una proyección política para el objetivo más modesto de asegurar su supervivencia como fuerza social organizada" (74).

Resulta interesante señalar algunos aspectos. ¿Cuál era la formación de los dirigentes sindicales? ¿Existía una unidad de los dirigentes acerca de asegurar su supervivencia como fuerza social organizada? ¿La revolución más vasta, atribuida a Jhon W. Cooke, es una idea permanente en todo el período, y sólo compartida por el peronismo político?

La resistencia en los sindicatos fué hecha desde dos ángulos diferentes. En primer lugar, desde los antiguos dirigentes nucleados en la CGT Auténtica, y en segundo lugar, desde los dirigentes "nuevos". El proceso que describe Torre de "medidas de fuerza en las que el sabotaje industrial y el terrorismo no estuvieron ausentes" se refiere a las huelgas de 1956 y 1957, realizadas principalmente por las estructuras paralelas de los sindicatos intervenidos. Estas luchas fueron encaradas principalmente por aquellas estructuras de base que no estaban representadas en las intervenciones. Aparecían ligadas fuertemente a las estructuras clandestinas de la



resistencia, y de allí que el sabotaje industrial y el terrorismo fuera asumido como un elemento importante en los conflictos. Los nuevos dirigentes sindicales que surgían, renegaban de aquellos que habían conducido al sindicalismo antes de 1955: "[...]gritaban mucho Viva Perón, pero no acostumbraban hacer nada...ellos no sabían nada acerca de luchar desde abajo. Cuando nosotros empezamos nuestra lucha en el frigorífico éramos casi todos gente nueva. Había tal vez dos o tres dirigentes que no habían desaparecido completamente" -afirma Sebastián Borro- (75).

La "formación" de estos dirigentes estaba más influenciada por la experiencia de poder en las comisiones internas del período peronista, que por la participación en el gobierno que había limitado la autonomía sindical (76). De todas maneras, lo que tampoco es posible afirmar, es que por el hecho de ser dirigentes nuevos, no asumieran como propia la idea de que el Estado era el garante de la existencia de los sindicatos. Es este un proceso en el cual se van diferenciando dos grupos de sindicalistas: aquellos que, como afirma Torre, tenían el objetivo modesto de asegurar su supervivencia, y los otros, que desde la realidad sindical y sus límites, pensaban en un enfrentamiento más vasto. Ambos grupos se mantendrían en equilibrio hasta, por lo menos, las derrotas parciales de 1959/60.

En cuanto a lo que a Cooke se refiere, no puede dejar de figurar en nuestro análisis, que fue él el que intentó dar una salida a la elección presidencial de 1958, organizando -junto con Ramón Prieto- el encuentro entre Rogelio Frigerio y el general Perón, que desembocó en el "pacto". Para ello, el delegado de Perón debió enfrentar la resistencia de sus propios comandos (77). Es cierto que Cooke conservó la vía intransigente aún cuando la nueva realidad aparecida con el triunfo de Arturo Frondizi lo marginó cada vez más de las conducciones sindicales.

Nuestro análisis insiste en que la resistencia es un proceso complejo en el cual se van diferenciando distintos sectores dentro del peronismo. La aparición de un sector dentro del sindicalismo cada vez más propenso a su participación dentro del sistema político abierto en 1955, no puede obviar que muchos de los derrotados

del final de la etapa de la resistencia, conservaron su posición de intransigencia que permaneció latente y actuante hasta los estallidos de mediados de la década del setenta (78). De ello da cuenta el caso de un sindicato "duro" como la Asociación del Personal del Mercado Nacional de Hacienda y frigorífico "Lisandro de la Torre".

LA RESISTENCIA CULTURAL

Un supuesto presidía las acciones de la Revolución Libertadora: que el gran cambio producido por los gobiernos de Perón y la adhesión de los obreros al mismo se debía al manejo "demagógico" e indiscrecional de los recursos del Estado. En otras palabras, la fervorosa aceptación de la "dictadura" se reducía simplemente a una política estatal redistributiva de los recursos en favor de los obreros. Mediante esta política, Perón había privado de autonomía a los sindicatos, corrompido a los dirigentes y cohartado las libertades. Una vez que se hubiera roto ese mecanismo por el cual Perón "manipulaba" a su antojo a las masas, estas se encarrilarían por la senda de la democracia que había sido despreciada por el peronismo.

Los cambios, entonces, que encaró el nuevo gobierno, estuvieron destinados a romper esta relación de manipulación y reubicar al movimiento obrero en el lugar que, según ellos, le correspondía en la sociedad. Es así, que todos los hechos y las acciones de orden represivo de las actividades del peronismo, tienen un sólo destinatario final: Perón y los funcionarios peronistas. Sin embargo, y desde el comienzo de la Revolución Libertadora, todo hecho represivo adquirió un profundo significado cultural. No se trataba sólo de derrocar al peronismo, sino de desprestigiarlo ante el conjunto de la población que lo había apoyado. Más importante aún que tomar las riendas del gobierno, era prohibir el simple pronunciamiento de la palabra, los símbolos, las canciones y las consignas con las que el peronismo se había identificado. Había que arrancar la maleza que había crecido junto con la hierba.

En los medios de comunicación comienza a aparecer una campaña destinada a destapar crímenes, abusos, atropellos, corrupción y delitos atribuidos al "régimen depuesto". La revolución encaraba profundas medidas represivas encarcelando a miles

de dirigentes, al mismo tiempo que una extensa campaña cultural. El peronismo era así, no sólo un "accidente de la vida democrática", sino que también la "corrupción" misma, la "tiranía".

Es así, que todo hecho material refería a su significado, a una pertenencia simbólica cultural, que se pretendía fuera patrimonio común de la sociedad. La Revolución Libertadora se constituía en la "democracia" misma en oposición a la "dictadura". Esto estaba basado en la certeza de que el peronismo, una vez prohibido, desaparecería definitivamente como un mal sueño, reintegrándose los sectores sociales que le habían dado sustento por la senda "civilizada" que ellos habían recuperado para la república.

La cruzada desperonizadora tenía, además, como complemento y propósito, una base profundamente represiva de las acciones emprendidas por los peronistas (79). Algunos testimonios como el que sigue dan cuenta de cómo se desarrolló la represión: "Los comandos civiles me destruyeron la casa. Aquí, donde vos podés ver, en este pozo, había habido armas. No las encontraron. Me tiraron el techo abajo [...] Fue en 1956, a las doce y media de la noche, llegaron los comandos y entraron con las ametralladoras en el living. Tiraban luces de bengala para iluminar la zona. Rompieron todo. Me dejaron sin los inquilinos que tenía en casa. [...] En el '56 yo dormía en el rincón ese donde está ahora la heladera, que era el único donde había quedado un pedazo de techo. Allí dormía abrazando a mi hija para darle calor. No había quedado un sólo mueble. A cinco metros de donde dormíamos la nena y yo la lluvia llenaba tanques de 200 litros" (80).

Resulta interesante analizar la campaña cultural y las respuestas de los sectores populares a la misma. Refiriéndose al decreto 4161 de la Revolución Libertadora, escriben Eliseo Verón y Silvia Sigal:

"Estos decretos de la Revolución Libertadora no pueden leerse de otro modo que como un reconocimiento del "poder maléfico" del discurso de quién había absorbido para sí la totalidad del campo político, y que se convierte después del golpe militar en el Otro absoluto, que no se puede siquiera nombrar. [...] No basta entonces definir al "tirano depuesto" como el adversario, no basta siquiera desalojarlo del poder, es preciso expulsarlo del imaginario, despojarlo de toda palabra. Pero, naturalmente, el poder de la designación no

puede ser borrado por decreto [...] Cada una de estas anulaciones, de estas tachaduras, será vivida por los peronistas con la intensidad de una censura. Lo cual no puede producir otro efecto que el de sacralizar la palabra ausente, convertir la ausencia en plenitud de una presencia invisible tanto más fuerte cuanto se la define por un silencio obligado" (81).

La fina percepción de los autores, sin embargo, parece obviar o minimizar la base material constituida por los hechos represivos. El peronismo no sólo es desalojado del poder, o definido como el "adversario" Sobre los peronistas se descarga una doble represión representada por los mismos hechos, los cuales asumen su condición material y simbólica. Los decretos de la Revolución Libertadora son hechos represivos en su ataque a la simbología peronista, tanto como los hechos represivos asumen su significado cultural.

Por otro lado, pese a que uno de los efectos de los decretos, efectivamente, "sacraliza" la palabra de Perón y la convierte en la "plenitud de una presencia invisible", no es esta la única consecuencia. También multiplica por debajo de la palabra de Perón, otras palabras y otros discursos no siempre coincidentes con la "palabra ausente" (82).

El hecho más significativo de la campaña emprendida por el gobierno lo constituye el efecto que provocó en los sectores populares. Para estos, no sólo se había derrumbado el propio gobierno, sino que ahora la revancha se descargaba en todos los frentes. Cuando nos referimos a los "comandos de la resistencia" vimos que muchos de ellos fundaban su accionar en la impotencia que provocaba el decreto 4161. Las comisiones internas de las fábricas enfrentaron los decretos de inhabilitación y proscripción con el aumento de los conflictos durante 1956 y 1957 y lograron recuperar gran parte de las posiciones que habían perdido. Complementario a estos dos grupos, los que muchas veces son inseparables, cabe preguntarse cuál fue el efecto de la campaña represiva en el conjunto de los sectores populares.

Miles de microhistorias, de las cuales algunas se narran aquí, dan cuenta de un complejo proceso de afirmación y reconstitución de la identidad política. En lo esencial, el mecanismo de resistencia era simple: si la "Libertadora" consideraba que todos los males de la Argentina se encontraban en el peronismo, los peronistas

hicieron lo mismo, pero al revés. Es así que los decretos represivos tuvieron su contrapropuesta en la afirmación de lo negado y la exaltación de lo prohibido, lo que determinó que todo hecho simbólico contrario a los decretos constituyera, de hecho, una acción material de resistencia a la hegemonía de las clases dominantes.

El humorista Délfór, creador de La Revista Dislocada, había montado, en el verano de 1955, un espectáculo en la calle Corrientes con el nombre de Marabunta en el que hacía una parodia de películas famosas. En la parte culminante del espectáculo, al personaje del científico, que conduce una expedición en busca de un cementerio de gorilas y que siempre está alcoholizado, le preguntan "¿escuchaste? ¿qué será ese ruido?", y él contestaba: "deben ser los gorilas, deben ser". El éxito que tuvo la frase hizo que Délfór la incluyera en su programa radial. "Al mes sacaron un disco con el tema "Deben ser los gorilas". Se vendieron 55 mil ejemplares de un tirón. Los gorilas se escuchaban en Buenos Aires, no únicamente por la audiencia masiva que seguía la "dislocada" por Splendid. Un grupo de servicios opositor a Perón tenía que mandar mensajes cifrados. Les exigieron una identificación y como estaban escuchando el programa, uno de los integrantes sugirió los gorilas" (83). A partir de allí, el término "gorila" pasó a designar al antiperonismo sin distinción de sectores o ideologías, pero particularmente a los sectores de las Fuerzas Armadas y los Partidos Políticos que eran furiosamente antiperonistas. El peronismo constituía así a su opuesto.

La muchedumbre que recibió alborozada al general Lonardi en la Plaza de Mayo para recibir su mensaje guardó como recuerdo de aquella jornada unos banderines que sobre un fondo en el que se unían la bandera nacional con los colores de la bandera papal, estaba inscripta un "V" con una cruz encima de ella. Era el símbolo del "Cristo Vence" con el que la revolución denotaba su fusión con un fervoroso catolicismo (84). Aquel símbolo, sin embargo, fue modificado y resignificado por los peronistas, hasta llegar a constituirse en el símbolo por excelencia del peronismo. Conservando la "V" original, se colocó encima de ella una "P" con el sentido del

"Perón Vuelve". Durante los dieciocho años de exilio de Perón fuera del país, y posteriormente, la $\frac{P}{V}$ se convirtió en un símbolo de la resistencia.

El decreto 4161 provocó así el efecto contrario al que se lo había destinado. Nombrar a Perón o a Eva Perón podía ser penado con prisión, tener retratos de ambos en las casas tenía el mismo resultado. Los primeros hechos de la resistencia, entonces, fueron, precisamente, nombrar públicamente a Perón y Eva Perón.

"[...] Nosotros empezamos el activismo allá por el '57 en la esquina de Corrientes y Esmeralda, un lugar que fue un símbolo dentro de la Resistencia Peronista. Allí nos juntábamos con gente en forma espontánea a cantar la "marchita" o simplemente a silbarla, y como en ese momento estaba vigente el decreto 4161 que proscribía al peronismo y su simbología, enseguida caía un carro de asalto de la policía y nos hacía circular. Cuando nos resistíamos nos dispersaban a palo limpio. Otras veces poníamos una foto de Perón y una de Evita colgando del cartelito en el que estaba el número de la calle, y nunca faltaba un "gorilón" que caía por el lugar y la intentaba sacar. Y por supuesto, cobraba de lo lindo...[...] Así nos fuimos conociendo con otros compañeros con los que formaríamos la Juventus Peronista: los hermanos Rearte, Rulli, el "petiso" Spina, Felipe Vallese, Tulli, Bevilacqua y tantos otros" (85).

Desde el principio, los hechos más simples de resistencia eran, por ejemplo, juntar a la gente y cantar la "marcha peronista" en las canchas de fútbol (86). Pero no eran los únicos: "[A mi casa] la llamaron siempre El Fortín. Yo en 1955 puse parlantes en el techo. Hasta el '55, sólo tuve dos retratos chicos, chiquitos de Perón y Evita. [...] Puse los parlantes en el techo y la montada se paraba a una cuadra y no se animaba a llegar. [...] Salíamos por las noches a pegar carteles y a pintar paredes. Los compañeros casados tenían miedo. Y tenían razón, tenían mujer e hijos. [...] íbamos a cantar la marcha a la puerta de la comisaría. [...] hacíamos estudiantinas y pasábamos mensajes a los compañeros. En el medio de la obra cambiábamos el guión [...] Y te salías del libreto y se decía a la gente en donde tenía que reunirse

[...] Había un tipo de la química que nos hacía unos pegotes que no salían con nada. Ni con la lluvia. Quedaban pegados para siempre"(87).

Los mismos hechos, junto a una perspectiva similar, me relató Norberto Capdevielle, delegado del frigorífico Lisandro de la Torre. Mi consulta se había referido al enfrentamiento peronismo-antiperonismo de la época y su respuesta refleja su concepción de la identidad política popular: "El peronista se sentía tocado y le causaba escozor que otro no sea peronista. Hubo un momento en que no se podía nombrar a Perpon. Usted iba preso nombrando a Perón. Cantar la marcha peronista la cantábamos en las canchas, y venía la policía a palos. Y seguíamos cantando la marcha. Porque a un hombre no se le puede sacar a palos la idea. [...] Usted en un hombre va a manejar todo, el cuerpo, pero la mente no la va a manejar. Usted le está pegando y no sabe si lo está insultando, lo está maldiciendo. La mente no se maneja. Y no la van a manejar jamás" (88).

En los relatos acerca de la organización de los comandos "Coronel Perón" aparecen los elementos básicos -materiales a la vez que simbólicos- de las estructuras de la resistencia: "La señora dejó su plancha, pese a mis protestas, pues yo había sido el primero en llegar y la reunión aún demoraría. [...] Sobre la pared abundaban las fotografías de Evita y el general Perón. Con orgullo me señaló una de las fotos donde se hallaba Evita entre varias mujeres. [...] me dijo con intensa emoción: [...] Mírele la cara, se está muriendo y sonrío" (89).

Muchas de estas microhistorias, a las que sólo nos es posible acercarnos mediante el testimonio oral, dan cuenta de un proceso de resistencia a los significantes culturales construídos por las clases dominantes del período. Allí residía la incapacidad de ejercer una efectiva hegemonía que asegurara un orden político estable.

Al mismo tiempo que ejercían un modo combinado de oposición, las tres formas descritas de resistencia (comandos, comisiones internas, resistencia cultural) aseguraban el reconocimiento de pertenencia, de identidad, de "mismidad" de los sectores populares frente a la agresión de las restauradas clases dominantes. Desde este

punto de vista es que cobran relieve los pequeños hechos de una gran parte de la sociedad argentina a la que se marginó y aisló de su experiencia real de poder.

Hay dos elementos, sin embargo, que es necesario aclarar. En primer lugar, la constitución de la identidad perdurable del peronismo, hecha de esta forma, presentaba también sus límites; dado que era la contra cara de todo lo que el peronismo consideraba "gorila", se afirmaba como correcto todo lo que los "gorilas" consideraban depreciable y como despreciable todo lo que ellos consideraran con simpatía.

En segundo lugar, y complementario con lo anterior, el peronismo ocultaba la diversidad que surgía en su seno bajo el manto de una "mismidad" en la que los enfrentamientos y conflictos eran muchas veces soslayados. A partir de la proscripción y la persecución también se construyó la idea de unidad de los opuestos que estallarían en las dos décadas siguientes.

LA RESISTENCIA Y SU RESIGNIFICACION

La resistencia peronista ha llegado hasta el presente cargada de múltiples significados. Me refiero, en particular, a una visión setentista de la misma, hecha desde los sectores que reconstituían al peronismo mediante la incorporación de amplios sectores de las capas medias.

El hecho fundacional por excelencia del peronismo es la movilización del 17 de octubre de 1945 que rescató al coronel Perón de la prisión; el peronismo en el gobierno lo cargaría de significado para reforzar la imagen de la "Revolución en paz" y la espontánea relación lider-masa establecida en ese día. El 17 de octubre se convirtió así, bajo la mirada oficial, en un hecho "espontáneo" y pacífico, lo que impidió una cabal comprensión del fenómeno peronista, y que en muchos casos abonó la teoría de la manipulación de masas propuesta desde algunos ámbitos académicos (90).

Del mismo modo, la proscripción política del peronismo desde 1955, el exilio de Perón y el surgimiento en el propio movimiento de tendencias antagónicas, llevó a una reinterpretación del período conocido como "resistencia".

Inicialmente, la resistencia peronista había abarcado los años entre 1955 y 1959/60 (91). Con posterioridad, y a partir del resurgimiento a fines de la década de acciones insurreccionales urbanas sumado al fracaso de los gobiernos de facto de la llamada "Revolución Argentina" y el retorno del general Perón al país, la "resistencia peronista" pasó a significar "los dieciocho años de lucha del pueblo argentino por el retorno de Perón".

La resistencia peronista pasaba, entonces, a cumplir el rol "fundacional" que legitimaba el presente nuevo del Peronismo de fines de los sesenta, en el que destacaban los sectores medios, el sindicalismo combativo, y las organizaciones armadas de la izquierda peronista. En otras palabras, así como el 17 de octubre de 1945 había constituido un "hecho espontáneo y pacífico para la Revolución en Paz", la resistencia constituía el antecedente legitimante de la creciente violencia popular. Y en parte había sido así, como explicaremos, sólo que la visión de la resistencia que tenía la generación del 70 simplificaba las contradicciones internas de la sociedad y del movimiento en un sólo sentido: su legitimación, la constitución de su período histórico fundacional.

La resistencia peronista era vista, desde esta perspectiva, como "espontánea", "inorgánica", y ligada a "estrechos objetivos economicistas":

"La resistencia al régimen cayó así en la clase obrera, que montó organizaciones espontáneas de primer grado y carácter defensivo. Las condiciones concretas no daban más que para el accionar de núcleos de combate cerrados y desarrollar acciones de violencia primarias y sin método: el terrorismo. [...] La violencia ya no era una política del movimiento y los grupos insurreccionales sólo podían actuar acompañando las acciones de la clase, que quedaban encerradas en las fronteras de la lucha económica" (92).

En primer lugar, es interesante señalar que la mayoría de los documentos analizados refuerzan uno de los elementos presentes en la "resistencia": la espontaneidad. En segundo lugar, y refiriéndose a la vinculación entre la violencia y la lucha gremial, se señala que aquella debería estar desvinculada de ésta porque queda adherida a objetivos económicos que son de corto alcance. El reclamo concreto a la resistencia es que la violencia no fue patrimonio de todo el movimiento con claros objetivos estratégicos revolucionarios. El espontaneísmo atribuido a la resistencia:

se centra en uno sólo de los sectores de la misma: la actividad violenta de los comandos pero parece referirse a toda ella. El peligro que acarrea esta interpretación es que se pierde de vista que la clase obrera constituyó durante la resistencia, a partir de los organismos de fábrica, una activa organización que no era espontánea y que culminó con la reconquista de numerosos sindicatos por parte de dirigentes surgidos de la propia resistencia.

Por otro lado, en las referencias a la resistencia, aparece explícito qué se entiende por inorganicidad:

"A partir de 1955, frente a la violencia institucionalizada de un régimen entregado al imperialismo [...], el general Perón ha cumplido un papel fundamental al asegurar una jefatura única al Movimiento [...] ello requería ser instrumentado, establecido orgánicamente [...] Y es aquí donde hemos sufrido en estos trece años un vacío lamentable, porque entre el jefe y el Movimiento de masas han funcionado mecanismos burocráticos [...]" (93).

Otro elemento que aparece en el análisis es el de la potencialidad revolucionaria de las masas, sumado a su heroísmo espontáneo:

"El ardiente deseo de lucha de las masas, su poderosa combatividad, se malogró por faltar un comando obrero verdaderamente adiestrado y revolucionario. [...] El pueblo peronista ha dado pruebas de una capacidad de resistencia y lucha como pocas. Pero casi siempre libradas a los estallidos espontáneos o de las audacias individuales [...] Pero la rebeldía no es la Revolución" (94).

Se trata de una visión que, efectivamente, contiene una infinidad de rasgos que han permanecido vivos en la memoria popular. Sin embargo, las conclusiones parecen obvias. Desde aquel presente de las organizaciones de izquierda del peronismo, el sindicalismo había conducido la lucha dentro de estrechos límites económicos. Y esto en el mejor de los casos. Muchos sindicalistas colaboraban abiertamente con las dictaduras militares de turno y se habían enriquecido y burocratizado con ello. En la "Resistencia", entonces, estos dirigentes no habían surgido ni protagonizado. Por un lado existía una masa heroica, combativa, decidida a audacias individuales, y por el otro, solamente Perón. Pero nadie había representado la mediación en la relación líder-masa, y menos se habían planteado una estrategia hacia la toma del poder. Describiendo aquel pasado inorgánico, se planteaba la necesidad de la organización:

"Pero esta misma década de sabotajes, atentados, tomas de fábrica y huelgas generales, ha demostrado que es necesario para dar permanencia, continuidad, proyección y perspectiva a esas luchas, la formación de un ejército revolucionario que opere en el campo, el monte, y la selva y se plantee como objetivo estratégico la toma del poder político mediante la destrucción del ejército regular, base de sustentación del privilegio interno y de la dominación extranjera" (95).

La conclusión es explícita y lógica: las organizaciones armadas del peronismo se consideraban a sí mismas como las portadoras de la superación de aquella inorganicidad de la resistencia. Había que acceder necesariamente a una forma de lucha superior. Pero la base de su legitimidad había que buscarla en los desaciertos anteriores, en la desorganización, en la falta de una conducción mediadora entre Perón y las masas. No es objetivo de este trabajo el análisis de las concepciones que justifican estas afirmaciones. Sin embargo, la importancia de revisar el proceso resignificante de la historia de la resistencia está dada por el hecho de que, en el presente, estas tienen aún la fuerza de interpretación que se atribuye a un acto fundacional. En efecto, esta resignificación desde los '70, impidió un acercamiento a la complejidad del período que tratamos y estimuló una visión incorrecta del sindicalismo de la "resistencia". Atribuir al movimiento peronista -a su diversidad contradictoria-, a la reconstitución orgánica de cientos de organizaciones gremiales informales, a la reconquista de los sindicatos por nuevos dirigentes, a los intentos "orgánicos" de Perón y Cooke por unificar la resistencia, una inexistencia de objetivo estratégico, impide analizar la complejidad del período, del cual, una de sus consecuencias más evidentes son, precisamente, los grupos armados peronistas.

En cuanto a la toma del frigorífico Lisandro de la Torre, las consideraciones son las mismas:

"Ello no significa negar la limitación que implica para el Movimiento de Liberación Nacional la circunstancia de estar dirigido por estructuras gremiales que no pueden superar los límites de la lucha económica sin comprometer su propia existencia. Un ejemplo en ese sentido puede significar la huelga del Frigorífico Municipal de enero de 1959. El compañero Borro cumplió con un deber patriótico y de conciencia al lanzar la misma y no había otra alternativa, pero las consecuencias fueron que desapareciera de las 62 Organizaciones uno de los hombres de mayor lealtad y empuje político, y que la represión patronal le barrera la base sindical [...] La perspectiva del trade-unionismo del sindicalismo, es esencialmente pragmática [...]" (96).

Sin embargo, a partir de la insurrección urbana del "Cordobazo" y otras

de la misma época, la memoria popular rescataría de la lucha de la resistencia, como antecedente, los cinco días de lucha callejera producidos en enero de 1959. El hecho quedaría ligado indeleblemente a la historia de la "resistencia peronista" como ejemplo de un sindicato combativo.

La resistencia peronista en la que se encuentran inscriptos estos hechos es un período complejo y contradictorio si tomamos en cuenta que de él surgen, tanto la nueva realidad sindical de los sesenta representada por el vandorismo, como los núcleos de la izquierda peronista que constituirán los grupos armados de la misma década.

La resistencia peronista es el período de la reconstitución de la identidad política popular en circunstancias diametralmente opuestas a aquellas que los trabajadores habían vivido durante los gobiernos peronistas. Es ese gigantesco proceso de autoreconocimiento, de identificación de la "mismidad", de resistencia a los significados culturales de las clases dominantes. La resistencia peronista es una etapa en que se hace imposible la contención de la cultura popular bajo la hegemonía de los sectores dominantes (97), período en el cual la antinomia peronismo-antiperonismo expresa mucho más que una simple oposición política y se inscribe en el campo más complejo de la lucha de clases.

La cruzada de "desperonización" emprendida por las clases dominantes, no sólo se realizaba con hechos materiales precisos -la represión-, sino que esos hechos materiales adquirirían un significado cultural explícito (98) y conformaron las acciones del antiperonismo.

Dentro de las limitaciones que imponía una etapa defensiva, los sectores populares se apropiaron de los símbolos de las clases dominante y le impusieron su propio significado. El proceso de resignificación de los mensajes de las clases dominantes en los marcos de una cultura de resistencia constituyó las acciones del peronismo.

LAS LUCHAS DE LOS TRABAJADORES DEL FRIGORIFICO LISANDRO DE LA TORRE

Cuando los obreros del frigorífico Lisandro de la Torre decidieron la ocupación del establecimiento en 1959, tenían detrás una amplia experiencia de enfrentamientos y conflictos. Sebastián Borro, quién había sido elegido secretario general del sindicato apenas un mes antes de la toma, recuerda nítidamente la huelga de 1948, en pleno gobierno del general Perón. Sin embargo, Sebastián Borro ingresó en el frigorífico en el año 1951. Una extensa tradición "oral" da significado a lo que parece ser una contradicción: a Borro sus recuerdos le brotan nítidos cuando comapara ambos hechos -el del '48 y el del '59- porque la huelga de 1948 constituía un antecedente inevitable de las luchas de la década del '50. (99)

El gremio que agrupaba a los trabajadores del Mercado Nacional de Hacienda y frigorífico Municipal Lisandro de la Torre, era -en 1948- la Unión Obreros y Empleados Municipales (U.O.E.M.), teniendo el frigorífico su representación gremial por una Comisión Interna. Sólo más tarde, cuando el frigorífico fue nacionalizado por Perón, se constituyó un gremio autónomo de los municipales, la "Asociación del Personal del Mercado Nacional de Hacienda y Frigorífico Nacional Lisandro de la Torre".

El conflicto de 1948 se desencadenó a partir del no reconocimiento, por parte de los obreros y empleados, de la autoridad de la U.O.E.M. para discutir el escalafón. A este reclamo inicial se agregó un programa de mejoras salariales y condiciones de trabajo (100). La comisión interna exigía ser la encargada, como única autoridad gremial, de aquella discusión ante las autoridades del establecimiento y ante las autoridades del Ministerio de Trabajo.

El Mercado de Liniers y el Frigorífico tenían un escalafón especial que les aseguraba, con respecto a otros obreros y empleados municipales, mayor salario y condiciones de insalubridad. Durante 1948 se había unificado el escalafón en 300 pesos para todos los municipales, el cual estaba por debajo del salario que percibían los trabajadores del frigorífico.

Ello llevó a la redacción del siguiente petitorio de los delegados:

- 1) Mantenimiento del escalafón especial del Matadero y Frigorífico Municipal. Debido a las características particulares que cumple nuestro establecimiento, determinantes de las modalidades de trabajo propias y de su actividad y del ambiente insalubre e infectocontagioso en que el personal debe desempeñar sus tareas, justificase la adopción de un escalafón especial.
- 2) Cumplimiento del escalafón especial e inmediato funcionamiento de la comisión y juntas asesoras que establece el art. 61 [...] Esta comisión es la que entiende en todo lo que se refiere a traslados, ascensos, cesantías, etc.
- 3) [...] Tramitación directa entre la Comisión de Presupuesto del Mercado y Frigorífico Municipal y la Comisión de Gestiones, en representación de la UOEM, en igual número de componentes [...]
- 4) Amplia libertad para que los delegados cumplan su cometido en el establecimiento, de acuerdo a lo establecido por el reglamento de la entidad gremial Unión Obreros Municipales.
- 5) Colocación de dos pizarras de la entidad UOM en los cuales la Comisión de Gestiones haga saber al personal las tramitaciones que realiza sin que el texto de los respectivos comunicados necesiten ser revissados por las autoridades [...]" (101)

El malestar obrero también tenía en la mira a la Comisión Interna del establecimiento. Es así como se estructura un conflicto que reconoce múltiples causas. Lo paradójico del caso es que los trabajadores del frigorífico eran, mayoritariamente, peronistas, tanto como la comisión interna, y , sin embargo, la huelga de 1948 fue conducida por los delegados comunistas.

Durante el transcurso de 1948 se realizan gestiones para que la comisión interna sea la única reconocida como autoridad dentro del establecimiento para discutir las condiciones de trabajo. Al mismo tiempo se complejiza el entramado de la representación gremial de base: "[...] se plantea la idea de hacer un cuerpo de asesores de los delegados [...] Era una forma de tener ingerencia y participar de la vida sindical. Como era un grupo poderoso y con fuerza porque estaba pegado a los obreros, se acepta. Cada delegado tenía dos o tres asesores. Estos asesores, en definitiva, eran los que [...] exigían al delegado que había que hacer tal cosa ante tal problema, plantear tal reivindicación, tal situación...[la comisión interna] se sintió presionada por parte del Cuerpo de Delegados. Llega un momento en que hay elecciones de delegados y en muchos lugares salen electos los que eran asesores y se forma un Cuerpo de Delegados bastante combativo, que al poco tiempo empieza a plantear reivindicaciones y ponen contra la pared a la dirección [...]" (102).

En este contexto se realizaban las gestiones de la comisión interna, la cual estaba dispuesta a llevar las tratativas por una vía no conflictiva, dado que esperaba respuestas del gobierno que apoyaban. Pero la propia dinámica de la

organización gremial de base los empujó progresivamente a la confrontación. En una tumultuosa reunión en el local del sindicato, se resuelve la realización de "paros parciales progresivos en los dos turnos de trabajo".

El petitorio, redactado por la comisión de Gestiones, organismo creado para las tratativas, fue elevado a la Unión Obreros Municipales, de la cual dependían, para que ésta lo presentara a las autoridades del establecimiento. Cuando ello no ocurrió, los delegados lo entregaron por sí mismos. El paro -afirmaban- era culpa de la "[...] intransigencia y provocativa actitud de las autoridades al oponerse en forma sistemática a la consideración del mencionado petitorio" (103).

El sábado 11 de setiembre empiezan los paros progresivos por cada turno de trabajo, los cuales son reconocidos por las autoridades recién el día miércoles cuando comienza a escasear la carne para el consumo. El mismo día, la Comisión de Gestiones hace público el petitorio, acusando implícitamente de reaccionario al interventor del gremio: "[...] esta publicación no encierra más que lo que textualmente dice, y no lo que las fuerzas del confusionismo oligárquico y retrógrado pudieran pretender asignarle. [La unidad del gremio] debiera llamar la reflexión y a la cordura a quienes con su obstinada posición antirevolucionaria, parecerían tener intenciones de crearle al Gobierno un problema de Estado" (104).

Al mismo tiempo, el interventor de la U.O.M., luego de reivindicar el escalafón único para todos los Municipales, ataca a los organizadores de la medida de fuerza como "[...] un grupo de irresponsables del cual forman parte algunos delegados y miembros de la Comisión de Gestiones, así como una parte ínfima del personal, reclutados bajo el nombre de delegados asesores entre los partidarios sectarios de una política extraña a nuestra idiosincracia [...]" (105).

Luego de una semana de paros de dos horas por turno, la Secretaría de Trabajo declara ilegal la medida de fuerza. La policía detiene a tres delegados de la Comisión de Gestiones. Esto desencadena el paro total y la concentración de obreros en el patio del frigorífico. La represión no se hace esperar. Transcribo la nota

del diario "La Nación", que es bastante elocuente acerca de lo sucedido:

"Los obreros en número aproximado a tres mil, entre los que figuraba un número de mujeres, concurrieron [...] a realizar su labor, y a la hora fijada se inició la matanza [...] Aguardaban las novedades que llevasen los tres delegados que trataban con las autoridades [...] Una persona no identificada llevó la noticia de que los tres delegados habían sido detenidos en horas de la madrugada por empleados de Investigaciones [...] Decidieron suspender el trabajo. Se formaron diversos grupos y comenzaron las deliberaciones, reuniéndose en el gran patio que da a las calles Tellier y J.E.Rodó [...] El grupo fue en aumento [...] y a poco todo el vasto sector quedó cubierto por una multitud. Oíanse voces de ¡Viva Perón! y otras contrarias determinados miembros del frigorífico [...] La reunión de los obreros en el gran patio motivó que en las calles se formasen también compactos grupos de público, la mayoría constituida por parientes, amigos y vecinos de los obreros [...]" (106).

El Directorio del frigorífico, entonces, recurrió a la fuerza llamando a la Policía a reforzar la guardia con que contaba dentro del establecimiento. Del Departamento Central de Policía "salieron numerosos agentes en tres camiones, algunos con elementos para arrojar gases [...]" .

"La llegada de las fuerzas mencionadas motivó una grita. Utilizando un megáfono [...] un empleado policial comunicó a los obreros que debían reiniciar de inmediato el trabajo, pues de lo contrario se les obligaría a abandonar el lugar. Un ¡No! cerrado salió de todas las bocas y los obreros fueron agrupándose más aún alrededor del mástil que hay en el patio, donde tras de otros vivas al primer mandatario, comenzaron a cantar el Himno Nacional. Nuevamente se oyó la voz del empleado policial [...] la grita se hizo ensordecedora y muchos obreros corrieron como para tomar posiciones [...]" (107).

Mientras tanto, en el barrio, los comercios comienzan a cerrar sus puertas, y en toda la zona el tránsito queda interrumpido. La represión era inminente.

"La última notificación policial casi no fue escuchada, pues se hizo en medio de un formidable griterío y de corridas, caídas de bancos, etc. Afuera, el público participaba en igual forma. Muchos obreros, ante la inminencia de un choque, habíanse provisto de soldadas de las que se usan para mover las reses en el matadero y de trozos de cadena, tuercas, palos y otros elementos por en estilo. En la cintura, el cuchillo. [...] Surraron el aire varias bombas de gas lacrimógeno [...] varios comenzaron a destrozar bancos de los jardines, otros treparon a los árboles dentro y fuera del patio [...] Un señor, que se supone es miembro del Directorio, desde una ventana hizo tres disparos de revolver [...] Una bomba de gas lacrimógeno dió en la cara de un obrero, hiriéndole de consideración y otras personas cayeron alcanzadas por distintos objetos de los que se arrojaban. También cayeron un oficial y siete vigilantes lesionados. Cerca de un cuarto de hora duraba ya la lucha cuando algunos de los hombres que habían quedado dentro del frigorífico, tuvieron la idea de aumentar el desorden de una manera insólita. A la voz de "afuera la hacienda" ...apareció en el patio de la revuelta un considerable número de vacunos. [...] unos corrían de un lado a otro por el vasto patio, asustados por la batahola y otros se arremolinaban dando bufidos. En la calle, y especialmente en la parte de Tellier, la multitud era inmensa, y enterados muchos de lo que se proponían quienes habían largado la hacienda al patio, era hacer que ésta se dispersase por las calles, se dió la voz de proceder a derribar la verja para conseguirlo. Centenares, casi un millar de hombres, hicieron presión sobre la verja, y en un esfuerzo que se consideró al principio impracticable, dos pilares de mampostería cedieron y la verja [...] se abatió hacia adentro [...] en una forma que impedía la salida del ganado [...]" (108).

En ese momento aparecen en el patio los tres delegados que habían sido detenidos, los

cuales habían sido traídos en un automóvil a toda prisa en vista de la magnitud que tomaban los acontecimientos. Desde el patio dirigieron la palabra para hacer saber que se había llegado a un principio de acuerdo. De inmediato, la lucha cesó.

Un hecho de aquella jornada integra la memoria popular, junto con la estampida:

"Antes que terminase la contienda la policía comenzó a reclamar que bajase un obrero que se había trepado en el mástil del patio, envolviéndose en la bandera, y desde cuyo sitio profería voces como dando instrucciones. Se lo amenazó con una bomba de gas, pero el hombre no se movió [...]. Las mujeres también dieron la nota. En el momento culminante de la contienda, se vió a muchas de ellas que habían abandonado las dependencias del Matadero, para colocarse en el patio. La policía les ordenó dirigirse a la calle, pero no obedecieron. Querían correr la misma suerte que sus compañeros [...]" (109).

El obrero del mástil no era otro que Reynoso, uno de los delegados principales que dirigía la medida de fuerza. "En la huelga del '48 hubo represión policial, por supuesto,...se largó la hacienda. Es allí donde Reynoso se sube al mástil, se envuelve en la bandera y se mantiene ahí arriba. Eso dió un ánimo tremendo a la gente. Ante ese hecho viene la resolución del Ministerio de que se resuelva el problema, dan las conquistas que los obreros pedían y de allí en más aparece la lucha contra la directiva hasta llegar a tumbarlos [...]" (110).

La lucha había triunfado y la comisión interna ampliaba así su poder dentro del frigorífico, consiguiendo: "Libertad a los delegados y reconocimiento oficial de la Comisión de Gestiones para discutir los nuevos salarios, el escalafón y las condiciones de insalubridad. [...] Los delegados [que habían sido detenidos], que eran traídos en automóviles policiales, cinco cuadras antes de llegar, tuvieron que bajar de los autos y fueron llevados en andas al Frigorífico por los reseros del Mercado de Hacienda, plegados a la huelga" (111).

Lo que continuaba latente era el conflicto interno. El Cuerpo de Delegados acusa de incapacidad a la comisión interna y pide su renuncia. "[...] Como había consenso y ellos no se animaron a encarar una lucha frontal, renunciaron. Esa Comisión Provisoria...el Cuerpo de Delegados toma la dirección, pero luego tenía que darse un organismo directivo. Entonces se hace una elección dentro del Cuerpo de

Delegados [...] se fijó una cantidad de miembros para ocupar los cargos directivos en 24, que eran los que corresponderían a una lista que ganara las elecciones. [...] Se hace esa elección y la comisión provisoria toma la dirección del gremio [...] Pasado el período de un año había que llamar a elecciones" (112).

El hecho más destacable de la huelga del frigorífico durante el gobierno de Juan D. Perón, es el intento, por parte de las comisiones internas de ampliar y fortalecer su presencia dentro de la fábrica. Independientemente de interpretar conflictos ideológicos latentes o intencionalidades políticas, los trabajadores del frigorífico se unieron en defensa de su "autonomía" respecto de la Unión de Obreros y Empleados Municipales (que, a la sazón, estaba intervenida por el gobierno), reivindicando para sí la capacidad de negociar directamente aspectos inherentes a la vida en la fábrica.

Es evidente que los cambios ocurridos en la vida sindical a partir de 1943 influyeron en esta reivindicación. En el ámbito de la vida cotidiana en las fábricas comenzaba un proceso de control obrero que otorgaba a los mismos una efectiva participación en el poder en aquel ámbito. Esa participación, que significaba un reconocimiento de la capacidad de negociación de las condiciones de trabajo de las comisiones internas, fue conseguida mediante luchas como las que aquí se relatan.

Así como para conseguir esta fortaleza se borraban las distinciones políticas e ideológicas entre los obreros -aunque más no fuera momentáneamente-, para defenderlas del ataque antisindical ocurriría lo mismo. Ello fue lo que ocurrió cuando la campana antisindical de las clases dominantes luego de 1955 pretendió limitar las funciones de las comisiones internas.

En el período de la "resistencia peronista", la conciencia de la clase obrera, entendida en términos de experiencia (113), reconoció como base de su poder a los microorganismos fortalecidos en los diez años anteriores y, desde ellos, emprendió la recuperación organizada de los sindicatos. Si el peronismo había sucumbido y, con él, los dirigentes sindicales que habían cedido la iniciativa del movimiento

obrero en favor del Estado, quedaba el campo libre para la resistencia en las fábricas.

De todas maneras, la limitación se encontraba, como veremos, en que la recuperación de los sindicatos y su permanencia dependía de un Estado que, en manos de las clases dominantes, ejercía un control sobre los gremios a partir del otorgamiento de la personería jurídica o agitando el peligro de la intervención.

Un hecho curioso, finalmente, resultó de la huelga de 1948. Dos diputados de la Unión Cívica Radical presentaron en la Cámara un "proyecto de minuta de comunicación" por el que solicitaban diversos informes sobre lo ocurrido en el frigorífico, entre ellos las "razones que movieron a la autoridad a utilizar la violencia para desalojar a los obreros y empleados del interior e inmediaciones del mismo" y "Motivos por los cuales se procedió a la detención de dirigentes gremiales y obreros de ese Matadero y Frigorífico Municipal" (114). Uno de ellos era el diputado Rabanal; el otro, el brillante diputado de la oposición, el futuro presidente de la república, Arturo Frondizi.

LUCHAS CONTRA LA REVOLUCION LIBERTADORA

Corre el mes de septiembre de 1955. La Revolución Libertadora ha triunfado y el general Perón ha marchado al exilio. En Mataderos, lo acostumbrado. Tropas del Ejército rodean el frigorífico, que ha sido intervenido. Sobre las azoteas de las casas se han instalado ametralladoras que controlan militarmente la fábrica, que agrupa a miles de obreros. A pesar de ello, la jornada de trabajo se cumple con normalidad. Nada parece interrumpir la cotidianeidad de la faena.

Las reses suben por la manga desde el Mercado Nacional hasta el cuarto piso del frigorífico donde son recibidas por los "martilleros", luego de pasar por las piletas. El golpe preciso, mecánico, deshumanizado, va a dar en la cabeza del animal, mientras la rampa se abre ante sus pies. Resbala, cae, para encontrarse atontada en el piso donde la recoge el guinchero para engancharla y que inicie el recorrido donde será convertida, en cuarenta y cinco minutos en dos medias reses para

el consumo de la ciudad. La línea de producción se mantiene, acompañada, rítmicamente (115).

Algunos obreros cumplen los dos turnos de trabajo. Y, entre ellos, tienen tiempo para un café o un almuerzo. Los lugares de reunión cotidiana son los bares y los comedores de la zona. Desde los bares se divisa el frigorífico. En todo Mataró se divisa el frigorífico. El mástil, que se alza como recuerdo cotidiano, con la bandera flameante, el mástil, que significa para los obreros el lugar de reunión, de asamblea. Son las once de la mañana. Cerca del mástil, se alzan los dos bustos recordatorios: San Martín y Eva Perón. Uno de ellos permanecerá, el otro será retirado. Los dos bustos tienen un simbolismo permanente. Pero uno cobra especial significación por los acontecimientos recientes.

En el frigorífico no hay resistencia, sólo incertidumbre por lo que va a pasar. Los obreros de expedición esperan hasta las once de la mañana para empezar el trabajo; tienen que esperar que se haya completado la faena. Cuando esta se ha realizado, empiezan a cargar los camiones que reciben la carne para abastecer las carnicerías de la capital de un país que ha asistido, pocos días antes, a un nuevo golpe militar.

Los que están en el café planifican un hecho simbólico como aquellos que acompañarán toda la producción material de la Resistencia. "[...] tenemos que hacer algo. Eran las once. Yo entraba a las doce pero había estado en el turno de la mañana y había ido al café. [...] adentro había un busto de San Martín y uno de Evita que no se habían animado a sacarlo. El 26 de septiembre, con Lonardi en el poder, no se habían animado a sacar el busto del frigorífico. Y se me ocurre: ¿por qué no le colocamos una palma en el busto de Evita [...] Me fui a Alaberdi, a una florería, y le digo a un muchacho de apellido Páez, con el que después nos hicimos amigos: -¿Me prepara una palma? -Sí, como no, ¿qué le pongo? -A Evita, sus compañeros. Los muchachos que estaban en el café, que eran varios, ya habían entrado al frigorífico a avisar. El frigorífico estaba trabajando a esa hora, estaba todo ocupado,

estaba la faena. Cuando se puso la palma. El asunto era cuando llegara a donde estaba el Ejército. Cuando me acerqué los soldados y los suboficiales me decían: Bien, pibe; bien, pibe. Entonces yo tomé más coraje y llegué a la vigilancia. Con ellos no pasaba nada, eran conocidos, armados con las "45", pero...En vez de entrar por la entrada normal que era por la calle Tellier en ese momento, entré por José Enrique Rodó, que era la salida. Me vieron entrar con la palma y estaba todo el mundo asomado desde los cuatro pisos para ver...ya estaba el ambiente. Cuando vieron que pasé el busto de San Martín y vieron que doblé, ya se me habían acoplado dos o tres que eran los que estaban adentro. ¡Y se venía abajo! Empezaron a gritar: ¡Peeron! ¡Peeron! [...] Pusimos la palma, hicimos un minuto de silencio y desaparecimos. [...] no nos pasó absolutamente nada" (116).

Rápidamente, sin embargo, la organización sindical legal sería barrida. La Asociación del Personal del Mercado Nacional de Hacienda y frigorífico Lisandro de la Torre, que había reemplazado a la antigua comisión interna de la UOEM, fue intervenida. La supervisión de la seguridad, tan endeble en el caso comentado, cambiaría radicalmente. Si en septiembre, todavía era posible un hecho como el comentado sin que nadie fuera detenido, a partir de noviembre del mismo año las cosas ya no serían tan fáciles.

En la gerencia del frigorífico también es nombrado un interventor, en un principio el Cnel. Guillantegui, y luego de un tiempo, el capitán de Navío Luis Tropea, de la Marina.

En el sindicato intervenido participaban socialistas, radicales, y también aparecerían los "comandos civiles". "Era un interventor con todas las letras. Nombraron delegados a dedo. Había un sector muy antiperonista, especialmente de tendencia radical. Esa gente fueron nombrados delegados, por supuesto, a dedo, a espalda y en contra de...yo, por ejemplo, tengo un caso en mi propia sección -en mi sección se trabajaba en yunta, porque para cargar los camiones se trabajaba de a dos-. El que hacía pareja conmigo en el trabajo pasa a ser delegado, nombrado por la interven-

ción. Era un hombre radical antiperonista rabioso y aceptaba colaborar con ellos. [...] Para él, todo lo que se pudiera hacer contra los peronistas estaba bien. El no sabía diferenciar entre el ser humano y la ideología del ser humano. [...] Ellos, no. Lo que era peronista era mi enemigo. Era antiperonista rabioso. De ser un hombre que planteaba los principios democráticos, el pluralismo, pasó a ser un "gorila". Al estar en el sindicato ¿qué tenía que hacer?: colaborar. [...] Ahora, no precisaba decir quiénes estaban en contra, porque no siendo los que estaban en el sindicato con ellos, estaba todo el mundo en contra" (117).

"Había, desgraciadamente, compañeros socialistas que cuando vino la Revolución Libertadora se convirtieron en comandos civiles...socialistas sobre todo. Y andaban adentro del frigorífico con las "45" y amenazaban a la gente. [...] Había un socialista [...] que se ocupó en la Revolución Libertadora de quitarle al frigorífico los equipos de sonido que teníamos, desvalijaron el servicio médico y robaron hasta las placas" (118).

La Asociación fue intervenida y anulada la representación de la anterior Comisión Directiva. En ella participan activamente, como en otros gremios, fervientes antiperonistas. El sindicato pasaba a ser, para la mayoría de los obreros del frigorífico, una institución vacía. A la pregunta de si había "comandos civiles", la mayoría de mis entrevistados respondió con una caracterización de ellos que no se ajustaba a lo que se ha entendido como "comando civil". Identificaban, en algunos casos, como comandos a los socialistas que colaboraban en el gremio intervenido o simplemente como matones pagos que reforzaron la seguridad del establecimiento a fines de 1955. Para muchos el término comando civil pasaba ser un sinónimo de "carnero", "colaborador".

"Comandos civiles estuvieron, pero allí abiertamente no aparecieron. No tenían campo de acción. Es decir, metieron mucha policía a trabajar ahí adentro... la policía, eso sí...el alcahuete, el que llamamos alcahuete" (119).

La situación interna de la fábrica cambió. No se trataba sólo de desconocer la representatividad del sindicato para discutir salarios, condiciones de tra-

bajo o propuestas para el mejor desarrollo de la actividad. Había que hacer efectivo el poder de decisión de la patronal (en este caso, el Estado) por sobre los obreros. Desde la percepción de los trabajadores, esto significaba una mayor represión interna, un reforzamiento de la seguridad y una ostentación de violencia.

La represión figuraba en todos los actos de la vida cotidiana del frigorífico. Sin embargo, esa violencia fue más simbólica que real hasta las huelgas de 1956. "Hubo represión, un gran control, revisaban a todo el mundo, manosearlo, hacerlo pasar por la vigilancia y revisarlo todo. Eso antes no ocurría. Había una vigilancia que en un momento dado -cuando ellos creían que podía haber sustracciones- hacían unas revisiones muy moderadas. Pero cuando vino la dictadura de 1955 fue tremendo. Se prohibió el mate, se prohibió que el obrero se pudiera hacer un churrasquito. [...] La guardia estaba armada y...la dirección, lo que sería el gerente del frigorífico, era un hombre que andaba con su arma a la vista. Con él colaboró un hombre que era del frigorífico, que era empleado, jefecito. También andaba con el arma a la vista. Cuando tenía que discutir algo con alguno, con algún delegado, ponía el arma sobre la mesa...esa fantochada que no intimidaba a nadie" (120).

De un día para el otro, la realidad había cambiado. Con el gremio intervenido y la vigilancia aumentada, comienza, clandestinamente, una serie de reuniones entre los delegados de distintas vertientes políticas -especialmente comunistas y peronistas-, que culminan en una organización gremial paralela. El local sindical ya no es más el ámbito de reunión. La estructura informal reemplaza a la formal. Ahora el ámbito espacial de reunión se traslada a los hogares, a los bares, a los clubes. Las reuniones se hacen fuera de los horarios de trabajo.

Algunos peronistas que estaban comunicados con John W. Cooke antes de que fuera clausurado el local partidario de la Capital, comienzan a formar comandos clandestinos. Para junio de 1956 están formados los comandos Mataderos, Flores, Barrio Los Perales, Liniers y otros. Son más que nada, grupos de discusión política que empiezan a actuar en apoyo de las huelgas del año 1956. Para la mayoría de los

activistas comunes del frigorífico, los comandos pasan totalmente desapercibidos, mientras otros seniegan a participar en actos de violencia: "Yo lo pensé. Inclusive me vinieron a hablar para intervenir en grupos así, que iban directo al ataque. No quise. [...] Vamos a defendernos por otros medios, por medio de la conversación, del voto...algún día habrá elecciones" (121)

Las acciones de los comandos de Mataderos de los primeros tiempos tenían una dosis de improvisación e ingenuidad elevadas, si se las compara con las acciones de otros comandos: "[...] venía un tranvía por la calle que bajaba por Murguiondo, lo paramos, se bajó el motorman y se largó el tranvía, y el tranvía siguió derecho donde tenía que doblar. Y después hechos así, como cantar la marcha en la cancha de Vélez. [...] cortar la luz de toda la zona de Mataderos [...] en esa forma se fue haciendo el entrenamiento..." (122).

Las reuniones entre delegados para formar una organización representativa alternativa a la intervención, habían dado sus frutos rápidamente, y en 1956, comprobarían que estaban listos para obligar al gobierno a ser reconocidos.

La posibilidad concreta se presentó ante el nombramiento del nuevo interventor en el establecimiento, el capitán de navío, Andrés Luis Tropea. Ante él, se presentó una comisión designada por el sindicato "paralelo" con el fin de discutir las cesantías que se habían producido algunos días antes. En realidad, según testimonios de los participantes, este objetivo se complementaba con el hecho más estratégico de ser reconocidos formalmente por las autoridades como representantes de los obreros del Frigorífico y Mercado Nacional (123).

Al retirarse los delegados del despacho del interventor, fueron detenidos en sus lugares de trabajo por agentes de la llamada Sección Orden Gremial de la Policía Federal. De acuerdo a la versión del interventor "[...] la determinación referida fue debida a que los delegados se habrían expresado en términos inconvenientes para el titular del establecimiento" (124). Desde el punto de vista de los obreros, Tropea ni siquiera se había detenido a escucharlos hasta que después de hablar él

solo, uno de los delegados lo interrumpió, lo que produjo el cambio de palabras.

La detención de los delegados produjo el inmediato cese de actividades del turno de la mañana: "Tropea, cuando viene, tiene una reunión con los delegados [...] y cuando van a hablar, habla él solo y dice: -Bueno, señores, hemos terminado. Entonces uno de los delegados le dice: -Terminado qué, si todavía no empezamos. Estaba custodiado por dos, con ametralladoras, de la Gendarmería. A los que iban los meten adentro del bano, viene un celular y se los lleva a Devoto. De inmediato, empezamos a hacer bajar la gente, a parar todo. Entonces viene la Guardia de Infantería. Meten la Guardia adentro del frigorífico y se forman así, cruzado. Nosotros comenzamos a ocupar todo" (125).

"Alrededor de las 12,30 hs., el capitán Tropea salió a los jardines que dan sobre la calle Rodó y exhortó a los obreros a reanudar sus tareas, solicitud que fue recibida en un medio poco propicio y nada se logró en concreto" (126).

Ante la decisión de los obreros de permanecer adentro del frigorífico hasta que no sean liberados sus compañeros detenidos, la Gendarmería y efectivos de la Policía, rodean el frigorífico y los alrededores. Por medio de altavoces se conmina al personal a trabajar. "Salió él [el capitán Tropea] por una escalinata alta y pide que nos disolvamos. Como nadie le hace caso, dice: -¡Avan...cen! a la Guardia de Infantería. Todo el mundo le empezó a cantar el himno y nos mezclamos con la Guardia de Infantería. No podía controlar nada, él se pensó que dirigía un barco y que todos iban formaditos de un lado para el otro" (127).

Algunos obreros son perseguidos por entre los corrales del Mercado. Al finalizar la jornada, los detenidos son tres delegados. La efectividad del sindicato "paralelo" se demuestra en la convocatoria al paro total de actividades que dura seis días. Los diarios de la época minimizan el asunto tratando de revitalizar a la intervenida Asociación. Durante el segundo día de paro, la intervención del gremio publica un comunicado en los siguientes términos:

"[...] tal movimiento significa un acto de indisciplina sindical por la forma inconsulta en que se ha efectuado, y por lo tanto carece de la autorización de esta agremiación. [...] los llama a que reflexionen seriamente y se reintegren a sus tareas, desoyendo las prédicas mal intencionadas de elementos aviesos que con fines inconfesables quieren arrastrarlos a

una aventura que como tal atenta contra la tranquilidad de ellos y sus hogares. [...] vereis con cuanta razón se os invita a reintegraros al trabajo y a recordar que la única forma de mantener y obtener nuevas conquistas es gestionándolas por la vía sindical" (128).

De igual manera, y con el mismo contenido, se dirigieron a la población los delegados de la intervención, usando los medios de comunicación masivos.

"Indisciplina sindical", "prédica malintencionada", "elementos aviesos", "aventureros", eran términos que reflejaban la impotencia de aquellos que habían ocupado el gremio al amparo de la Revolución Libertadora para controlar efectivamente la actividad de los obreros del frigorífico. El paro se mantenía. De nada valía acusar a los detenidos de integrantes de la Alianza Libertadora Nacionalista o afirmar que el paro obedecía a propósitos de agitación. Cada noche que pasaba, los medios de comunicación afirmaban que el conflicto había sido resuelto y llamaban a los obreros a trabajar, y cada día la faena era casi nula como el día anterior. Una voz multiplicada por la disciplina gremial corría por el barrio de Mataderos, una desición clandestina circulaba de casa en casa y de boca en boca: seguir parando.

Promediando el conflicto, el gobierno permite que la Comisión de Emergencia (el sindicato "paralelo") publique un comunicado en los medios, llamando a una reunión en el club "Nueva Chicago" al que concurren varios funcionarios de jerarquía del Ministerio de Trabajo, entre ellos, el propio ministro, que se instala cerca del lugar de la asamblea. Sin embargo, el paro continúa dos días más, hasta que, finalmente, el reintegro parcial de los obreros, logra la liberación de los delegados detenidos.

Durante el conflicto, un 10 a un 20% de los trabajadores concurre al establecimiento a desarrollar tareas. Son ellos los que la intervención del sindicato puede verdaderamente controlar. La Comisión de Emergencia, pese a acceder ante el Ministerio a comenzar el trabajo antes de que sean devueltos los detenidos, logra, sin embargo, el reconocimiento formal de su situación de poder real. Los sucesos reseñados ocurren en abril y en junio son reconocidos como interlocutores ante las autoridades. Tal como lo percibieron los integrantes de la Comisión de Emergencia: "Habiendo un

sindicato intervenido, vinieron al pié de las negociaciones con nosotros". Esta percepción, junto con la posibilidad de realizar una asamblea legal de 1.500 personas en el propio barrio de Mataderos, a la que concurrieron las autoridades, significaba para la Comisión de Emergencia un éxito mucho mayor que el hecho de haber cedido en algo ante el Ministerio.

Lo que parecía quedar definitivamente enterrado en el conflicto de abril de 1956, era la posibilidad de controlar la actividad sindical por medio de una intervención al gremio, que sólo controlaba el local sindical.

Durante 1956, esta realidad se impuso no sólo entre los obreros del Matadero y Frigorífico, sino que, como comenta Daniel James, se extendió en la mayoría de los gremios industriales como producto de la experiencia obrera, expresada en la afirmación de la identidad política. Como dice el citado autor:

"Por octubre [1956] la Cámara de la Industria del Calzado se quejaba al Ministro de Trabajo que 'en la mayoría de las fábricas todos los puestos representativos han caído en manos de indudables adherentes al régimen depuesto, cuyas actitudes estorban el normal desarrollo de las tareas en ellas' (129).

A fines de 1956, Sebastián Borro asumía las funciones de secretario adjunto de la Asociación del Personal del Mercado Nacional de Hacienda y frigorífico Nacional "Lisandro de la Torre".

En ese momento, los obreros del frigorífico apoyan el llamado a la huelga general realizado por Armando Cabo y Andrés Framini desde la CGT Auténtica. Esta desición le significa a Sebastián Borro el ser arrestado. Es conducido con otros presos a la "Siberia Argentina", o sea, a los penales del sur del país. Por allí han pasado, en el presente siglo, infinidad de dirigentes obreros y políticos. Sebastián Borro permanece preso por espacio de seis meses. Estando en el lugar de detención es testigo de la espectacular fuga del penal de Río Gallegos protagonizada por dirigentes peronistas, entre ellos John William Cooke, Jorge Antonio, y el futuro presidente de la república, Héctor Cámpora. En junio de 1957 se reincorpora al gremio, el que nuevamente adhiere a un paro de los 40 gremios recuperados y participa en el nacimiento de las "62 Organizaciones" en el Congreso Normalizador convocado por el go-

Poco más de un año después, durante el gobierno de Frondizi, Borro resulta electo secretario general del sindicato. (130)

CONCLUSION

Hemos visto los componentes básicos de la que ha sido llamada la Resistencia peronista", aquella que tiene su origen en el golpe de 1955 y acaba en el intento militar de 1960 con el general Iniguez. Es necesario encontrar un sentido a este proceso, tanto en lo que hace a la propia historia del peronismo, como en cuanto al desarrollo del conflicto social en la Argentina.

Resulta interesante destacar los cambios estructurales de la sociedad, expresados en el intento de hegemonía de las clases dominantes y representados por los sectores políticos, y la percepción y acción de los sectores populares en el proceso de resistencia a dichos cambios. ¿Dónde se procesa la resistencia? ¿Cuáles son sus ámbitos espaciales, geográficos, ideológicos, culturales? ¿De qué manera y a partir de qué experiencia histórica concreta de la clase obrera se reconstituye la identidad colectiva? ¿Qué sentido tiene la violencia en este proceso? ¿Por qué la resistencia cambia, desde la "lucha ilegal y violenta" a la lucha "legal"? Una parte de estas preguntas puede resolverse mediante la evidencia presentada en el presente capítulo.

Producido el golpe de 1955, el ámbito espacial de transmisión de la oralidad, de reconocimiento de la mismidad, de la identidad política y de clase de los obreros se traslada al terreno de lo cotidiano. El barrio, el café, el club, la cancha de fútbol, los hogares, se convierten en lugares de reunión clandestina y de organización de estructuras informales. Allí se reprocesa la experiencia de los gobiernos peronistas, se critica a los dirigentes, se planifican las huelgas, se procesa la lealtad a Perón, el mito del regreso, se organizan los sabotajes y los atentados, etc. A cada acción del gobierno se le otorga un significado, cada hecho material adquiere su simbología. Los ejemplos abundan. Los fusilados de José León Suarez se reúnen en una de las casas a escuchar una pelea y esperar el golpe del general Valle;

en el café se planifica la colocación de la palma a Eva Perón en el frigorífico; César Marcos, Juan Vigo, relatan que se conocían todas las cocinas de los suburbios; el comando L. 13 del "compañero Fermín" se reunía en un colectivo, pagaban el boleto, cerraban las puertas y hacía su recorrido normal; todos mis entrevistados habían asistido a este tipo de reuniones.

El elemento humano que constituía la base de estas reuniones eran los elementos mínimos de la vida obrera transformados en "comandos de la resistencia". Comisiones internas, cuerpos de delegados, agrupaciones gremiales y comandos clandestinos constituyen una unidad y son parte inseparable de este proceso. Las comisiones internas no habían sido intervenidas, no se podía por el riesgo que implicaba la anarquía en la producción. Las experiencias concretas de cambio en la vida obrera, la percepción de su participación en el poder durante los gobiernos peronistas se había dado en las fábricas y desde esta experiencia de clase se organizó la resistencia. Sin embargo, el peronismo había insistido en la armonía, en la conciliación de clases. En la ideología peronista posterior al 55, el enfrentamiento antipatronal tanto como la tendencia a la conciliación es una contradicción permanente.

A partir de las detenciones o el exilio, las cárceles o los grupos clandestinos del exterior del país, se agregan como espacio a los de la resistencia inicial. El mismo espacio de la resistencia cambia cuando los sindicatos son reconquistados. En 1957, los grupos iniciales de la Juventud Peronista se reúnen en los sindicatos (131). Se va dando el paso de la "ilegalidad" a la "legalidad".

La resistencia cultural unifica y da sentido a todo el proceso. Los peronistas revitalizan viejos símbolos o construyen otros en oposición a los mensajes culturales de las clases dominantes. El espacio donde se desarrolla la red de la resistencia cultural es el mismo: la cancha, el barrio, etc.

La violencia, como respuesta a la proscripción-exclusión es un componente de todo el movimiento porque se expresa en el sabotaje fabril, en la volanteada, en el atentado a los símbolos del Estado. De todas maneras, hay una diferencia entre

los atentados que cobran envergadura y la violencia cotidiana. Alguno de mis entrevistados creía no haber participado en hechos de violencia y afirmaba no haber pertenecido a los comandos, pero en su relato aparecía claramente la violencia cotidiana, la colectiva, el enfrentamiento con las fuerzas de la represión y la del sabotaje a la producción.

La reconquista sindical no sólo modifica y complementa los espacios de la resistencia, sino que también modifica el ámbito de la política misma. La legalidad aparece con fuerza y resignifica la estrategia del peronismo, tanto en los hombres y mujeres que la realizan como en la visión del general Perón en el exilio. La legalidad, que será usada como herramienta por el frondicismo para intentar disciplinar a la clase obrera, hace aparecer el límite que la reconquista sindical tiene para aquellos que han puesto sus vidas al servicio de un cambio social más profundo. A partir de 1958 comienza la segunda etapa de la resistencia, en la que el papel primordial lo juegan los sindicatos llamados "duros", relegando a un segundo plano las tácticas violentas del atentado. Los comandos de la resistencia comienzan a perder fuerza. Muchos se han transformado en las nuevas conducciones sindicales, los otros ejecutan acciones muchas veces desconectadas.

Antes del golpe de estado de septiembre, el peronismo había cristalizado en una estructura que unía Estado-Partido-Sindicatos. Luego del golpe, dicha estructura desaparece. La nueva situación creada por la ilegalidad de los viejos dirigentes y la proscripción partidaria, genera, desde nuevos hombres, una nueva estructura política-sindical que reemplaza a la anterior. Aunque esta nueva estructura no anula la persistencia de algunos viejos dirigentes por recuperar el espacio perdido. El Peronismo se transforma en "movimiento", porque detrás de la figura de "lealtad a Perón" se escuchan las distintas voces de un coro cuyas disonancias comienzan a aparecer evidentes. Sin embargo, esta pluralidad, representada por nuevos actores, o viejos actores con nuevos roles, otorga al peronismo una dinámica propia. Al principio del período, dicha dinámica está estimulada por la exclusión política y la represión:

la vía insurreccional e intransigente parece la única salida. La reestructuración de la relación Estado-Sindicatos es un hecho conflictivo porque cada sindicato recuperado es percibido por los peronistas como un paso hacia la derrota del gobierno dentro de la estrategia del "retorno de Perón".

En los sindicatos, a partir de la estrategia integradora del gobierno desarrollista, se producen las divisiones entre aquellos cuya defensa del espacio sindical los impulsa a aceptar las reglas de juego de la hegemonía de la burguesía industrial y la expansión del capitalismo, y los que oponen la organización sindical al intento desnacionalizador del desarrollismo. Las batallas decisivas entre los "duros" y el sistema se libraron en 1959/60.

NOTAS AL CAPITULO III

- (1) César Marcos, cit. por PASTORIZA, Lila: César Marcos, atizador de fuegos, en revista "Crisis", no. 59, abril de 1988.-
- (2) TORRE, Juan Carlos, SENEN GONZALEZ, Santiago: Ejército y sindicatos, los sesenta días de Lonardi, Buenos Aires, Galerna, 1969.-
- (3) DI PIETRO, Hugo, secretario general de la CGT, 21 de setiembre de 1955, cit. por ROTONDARO, Rubén: Realidad y cambio en el sindicalismo argentino, Buenos Aires, Pleamar, 1971.-
- (4) ver ROUQUIE, Alain: Poder militar y sociedad política en la Argentina (1943-1973), Buenos Aires, EMECE, 1982, tomo II.-
- (5) GAZZERA, Miguel y CERESOLE, Norberto: Peronismo: autocrítica y perspectiva, Buenos Aires, Descartes, 1970. Miguel Gazzera fue dirigente del gremio de fideeros.
- (6) TERAN, Oscar: En busca de la ideología argentina, Buenos Aires, Catálogos, 1986; tb. SIGAL, Silvia y VERON, Eliseo: Perón o muerte, los fundamentos discursivos del fenómeno peronista, Buenos Aires, Hyspamérica, 1988.-
- (7) Eliseo Verón y Silvia Sigal hacen referencia a que el decreto 4161 logró en los peronistas el efecto de "sacralizar la palabra ausente". El reforzamiento de la simbología peronista por la censura, va acompañado de la percepción de la represión. No es puramente un efecto cultural.
- (8) MARCOS, César y LAGOMARSINO, Raúl: Manifiesto del Comando Nacional Peronista, febrero de 1956, en revista "militancia" no. 5, 1973; tb. BASCHETTI, Roberto: Documentos de la resistencia Peronista, 1955-1970, Buenos Aires, Puntosur, 1988 (el subrayado es mío).
- (9) GAZZERA, Miguel y CERESOLE, Norberto: op cit, pg. 71
- (10) idem.
- (11) César Marcos, antiguo suboficial del Ejército y cofundador con Raúl Lagomarsino del Comando Nacional Peronista, que agrupaba a comandos de la resistencia de la Capital Federal; para una biografía, ver PASTORIZA, Lila: art. cit.
- (12) Buceta se exilió en España amenazado por la organización de ultraderecha Alianza Anticomunista Argentina (A.A.A.) en la década del '70. Entrevista con Hector Saavedra, 25 de junio de 1988.
- (13) Los peronistas se han considerado a sí mismos más como un "movimiento" que como un partido político. Este autoreconocimiento se vincula a la existencia de "ramas", la Femenina, la Política y la Gremial. Sin embargo, esta concepción "funcional" ha ocultado el significado real de la concepción movimientista: la "unidad" pese a la existencia de profundas divergencias ideológicas.
- (14) véase tb. VIGO, Juan M. : ¡La vida por Perón! Crónicas de la resistencia, Buenos Aires, Peña Lillo, 1973.
- (15) Entrevista con Aníbal Gonzalez, obrero del frigorífico Lisandro de la Torre.
- (16) Entrevista con Norberto Capdevielle, delegado obrero de Playa de Vacunos del

frigorífico Lisandro de la Torre.

- (17) véase FORD, Aníbal: Desde la orilla de la ciencia, Buenos Aires, Puntosur, 1987 pp.17-35.
- (18) el caño era un explosivo de reacción ácida de fabricación casera, fabricado con un caño roscado en ambos extremos y llenado con nitroglicerina, lo que lo hacía muy inestable. Véase JAMES, Daniel: Resistance and Integration: Peronism and the working class, 1985, (mimeo)
- (19) Testimonio de Juan Carlos Brid, "comando de la resistencia", citado por JAMES, Daniel: Resistance... op cit.
- (20) Entrevista con Hector Saavedra, 25 de junio de 1988.
- (21) ver PERON-COOKE: Correspondencia, Buenos Aires, Parlamento, 4a. ed., 1984.-
- (22) testimonio del "companero Fermín", comando de la resistencia en el Gran Buenos Aires, en Testimonios de la resistencia peronista, revista "Militancia", no.3, 28 de junio de 1973.
- (23) GUTIERREZ, Guillermo: Explotación y respuestas populares, Buenos Aires, El Cid Editor, 1974.
- (24) VIGO, Juan M.: op cit, pg.48
- (25) PERON, Juan Domingo: "Directivas generales para todos los peronistas", enero de 1956; cit por BSACHETTI, Roberto: op cit; tb. en revista "Militancia" no. 5, 12 de julio de 1973.
- (26) Carta de Perón a Cooke, 2 de noviembre de 1956, en PERON-COOKE: Correspondencia, op cit, pg. 375, tomo II.
- (27) Para una biografía de Cooke, ver GILLESPIE, Richard: Soldados de Perón, Los Montoneros, Buenos Aires, Grijalbo, 1987, pg. 61.
- (28) PASTORIZA, Lila: art.cit., pag. 74.
- (29) Manifiesto del Comando Nacional Peronista. En revista "Militancia", no. 5, 12 de julio de 1973; tb. BASCHETTI, Roberto: op cit.
- (30) Testimonio del "companero Fermín", en revista "Militancia", op cit
- (31) Entrevista con Hector Saavedra.
- (32) VIGO, Juan M.: op cit, pg, 47.
- (33) Reportaje a Envar el Khadre, en revista "Caras y Caretas", no. 2209, abril de 1984. El mayor Alberte fue designado como delegado personal de Perón entre 1966 y 1967. Durante la dictadura militar iniciada en 1976, fue asesinado salvajemente por un comando militar que lo arrojó por la ventana frente a su esposa.
- (34) Entrevista con Hector Saavedra; tb. citado por PASTORIZA, Lila: op cit
- (35) sobre el levantamiento del general Juan José Valle y los fusilamientos posteriores, vease FERLA, Salvador: Mártires y verdugos, Buenos Aires, Peña lillo, 1983 (4a. ed.); WALSH, Rodolfo: Operación Masacre, Buenos Aires, de la Flor, 1972.-

- (36) Crónica por un resistente, en GUTIERREZ, Guillermo: op cit
- (37) Entrevista con Héctor Saavedra.
- (38) En 1970, el comando que secuestró y fusiló al general Aramburu, firmaba sus comunicados con el nombre de Juan José Valle".
- (39) VIGO, Juan M.: op cit, pp. 197
- (40) Testimonio del compañero Fermín, op cit
- (41) VIGO, Juan M.: op cit
- (42) Testimonio del "compañero Fermín", op cit
- (43) Entrevista a César Marcos, en PASTORIZA, Lila, op cit
- (44) Testimonio del compañero Fermín, op cit
- (45) Entrevista con Héctor Saavedra.
- (46) idem.
- (47) Entrevista a Amado Olmos, en revista "Primera Plana", no. 250, 19 de diciembre de 1967, cit por BASCHETTI, Roberto: op cit
- (48) GAZZERA, Miguel y CERESOLE, Norberto: op cit
- (49) citado por GILLESPIE, Richard: op cit, pp. 61-62 (nota); tb. BASCHETTI, Roberto; op cit, pg. 29. Nótese que las fechas de los artículos coinciden con la realización del golpe militar más sangriento de la historia del país. La publicación de estos artículos por "Confirmado" bien podría tratarse de una campaña para justificar la intervención militar de 1976.-
- (50) John William Cooke, carta a Perón, 11 de abril de 1957, en PERON-COOKE: op cit
- (51) idem, 5 de junio de 1957.
- (52) PERON-COOKE: op cit, tomo 11, pg. 8; tb. JAMES, Daniel: Resistance..., op cit
- (53) véase CAIRO, Angel: El Peronismo: sus luchas y sus crisis, 1955-1968, en CARDENAS y otros: El Peronismo, Buenos Aires, CEPE, 1973, pp. 68-70.-
- (54) Testimonio del "compañero Fermín", op cit
- (55) PERON-COOKE: op cit, tomo 11, pg. 39.
- (56) idem, carta del 17 de mayo de 1957
- (57) idem
- (58) "Pero en lo profundo... las cosas marchaban por vías menos pacíficas: represión en los sindicatos, en las fábricas, en los barrios [...] Lo cotidiano era la delación, el terror nocturno contra familias peronistas, la tortura, la desaparición de militantes, etc. [...] Una figura que hoy reclama ante la "justicia" por principios avasallados, Fernandez Alvarinos (a) el capitán Gandhi, inauguró

un sistema cínico y delirante de torturas, que produjo locura en muchos militantes peronistas y en algunos casos la muerte" CARRI, Roberto: Poder Imperialista y Liberación Nacional, Buenos Aires, ed, Efece, 1973.-

- (59) CAVAROZZI, Marcelo: Sindicatos y política en Argentina, 1955-1958, Buenos Aires Estudios CEDES, vol 2, no. 1, 1979, pg.24.-
- (60) ver ROTONDARO, Rubén: op cit, pg. 284.
- (61) idem, pg. 283.-
- (62) según cálculos del Ministerio de Trabajo (1971, cuadro 25), citado por CAVAROZZI, Marcelo: Consolidación del sindicalismo peronista y emergencia de la formula política argentina durante el gobierno frondicista, Buenos Aires, CEDES, vol 2, no. 7/8, 1979, pag. 45 (nota).
- (63) CAVAROZZI, Marcelo: Sindicatos...op cit, pag. 54.
- (64) TORRE, Juan Carlos: Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, pg. 23
- (65) Entrevista con Héctor Saavedra.
- (66) VIGO, Juan M.: op cit, pp. 129-133.
- (67) idem, pp.162-165.
- (68) CAIRO, Angel: op cit, pag. 66.
- (69) DEL CAMPO, Hugo: Sindicatos, Partidos "Obreros" y Estado en la Argentina Pre-peronista, 1985 (mimeo).
- (70) vease JAMES, Daniel: Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial en la Argentina, En: "Desarrollo Económico" no. 83, vol. 21, octubre-diciembre de 1981; tb. ABOS, Alvaro: La columna vertebral. Sindicatos y peronismo, Buenos Aires, Legasa, 1983.
- (71) JAMES, Daniel: Racionalización...op cit., pg.334.
- (72) ROTONDARO, Rubén: op cit, pg. 285; tb. PERON-COOKE: op cit, tomo 1, pag. 150-151.
- (73) BASCHETTI, Roberto: op cit, pag. 66.
- (74) TORRE, Juan Carlos: op cit, pag. 25.
- (75) citado por JAMES, Daniel: Resistance...op cit.
- (76) Marcelo Cavarozzi, refiriéndose a los conflictos de 1956, afirma: "[...] se advierten los pequeños signos de diferenciación de la estrategia política de los sindicalistas peronistas en relación a las directivas de Perón y al movimiento peronista en su conjunto. Esta diferenciación [...] se torna visible especialmente al comparar los objetivos golpistas de Perón durante 1956 y la mezcla de oposición y negociación que caracterizó a las tácticas de los nuevos gremialistas peronistas y que Vandor resumiría en el lema de "golpear y negociar". Sindicatos y política...op cit, pp 40-41. Es oscura la afirmación acerca de las tácticas golpistas

de Perón (ver PERON-COOKE: Correspondencia, en especial la reacción de Perón ante el golpe de J.J.Valle); en cuanto a las luchas de 1956, no se puede afirmar que aparezca una diferenciación que tempranamente refiera a las tácticas que más tarde utilizará Augusto Vandor. Es, por el contrario, una época de intransigencia ligada a la experiencia de la clase obrera.

- (77) PERON-COOKE: op cit, pg, 89, tomo II
- (78) vease WALSH, Rodolfo: ¿Quién mató a Rosendo?, Buenos Aires, de la flor, 1984.
- (79) No como parece creer Marcelo Cavarozzi en Sindicatos...op cit, pg.49: "La curiosa combinación de hostilidad ideológica hacia los símbolos de las clases populares y un nivel relativamente bajo de represión de las acciones de la oposición que caracterizó las acciones del gobierno militar permitió el surgimiento de uno de los actores políticos más perdurables de la escena política contemporánea". Lo curioso es que el autor no establezca una relación entre los fusilamientos ilegales de junio de 1956, la detención y la tortura de miles de dirigentes y la campaña desperonizadora de "hostilidad ideológica". (El subrayado es mío).
- (80) Testimonio de Helena Viale, en Testimonio de la resistencia Peronista, en revista "Militancia", no.2, 21 de junio de 1973.
- (81) SIGAL, Silvia y VERON, Eliseo: op cit, pag. 96.-
- (82) La resistencia peronista configura un doble proceso de lealtad a la figura de Perón, que legitima a los dirigentes, tanto como desobediencias a Perón. Este doble juego constituye la nueva realidad del peronismo, complejizándolo hasta llevarlo al enfrentamiento interno en la década del '60. En la perspectiva de Verón y Sigal sólo aparece, centralmente, la legitimidad otorgada por la lealtad a Perón y no la dinámica autónoma que se establece por debajo de aquella profesión de fidelidad; ver SIGAL, S. y VERON, E.: op cit, pg. 94-95.
- (83) Deben ser los gorilas, deben ser, en revista "Crisis", no. 63, agosto de 1988.-
- (84) ver LAFIANDRA, Félix (h): Los Panfletos, su aporte a la Revolución Libertadora Buenos Aires, Itinerarium, 1955.-
- (85) Reportaje a Envar el Khadre, op cit, pg. 24
- (86) Entrevistas con Norberto Capdevielle y Héctor Saavedra.
- (87) Testimonio de Helena Viale, op cit
- (88) Entrevista con Norberto Capdevielle.
- (89) VIGO, Juan M. : op cit, pg. 130.
- (90) para una nueva visión del 17 de octubre, véase JAMES, Daniel: 17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina, en "Desarrollo Económico", vol. 27, no. 107 (octubre-diciembre de 1987), pp. 445; acerca de la teoría de la manipulación, el conocido trabajo de GERMANI, Gino: El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos en "Desarrollo Económico, octubre-diciembre de 1973.
- (91) para muchos, la resistencia propiamente dicha había terminado con las elecciones de 1958. El recrudecimiento del enfrentamiento en 1959, y la actividad de los

comandos durante el plan Conintes, podría extender la resistencia hasta el intento de golpe militar del general Iñiguez. En cualquier caso, lo cierto es que a mediados de la década de 1960, la resistencia se consideraba un hecho del pasado.

- (92) El pensamiento revolucionario peronista, José María Aponte, Carlos Caride y otros, junio de 1965. Cit. por BASCHETTI, Roberto: op cit, (el subrayado es mío).
- (93) Peronismo Revolucionario. Jorge Gil Solá. Cit. por BASCHETTI, Roberto: op cit, pp.366-367 (el subrayado es mío)
- (94) CONCATTI, Rolando: Nuestra opción por el peronismo, Mendoza, Sacerdotes para el Tercer Mundo, 1972, pg. 51 (el subrayado es mío).
- (95) Acción Revolucionaria Peronista, documento interno para los compañeros peronistas. Julio de 1967. cit. por BASCHETTI, Roberto: op cit, pag. 245.
- (96) El pensamiento revolucionario Peronista, op cit, pg.219-220
- (97) "Todos los estudios de sociología de la cultura (Bourdieu, Williams) como los realizados por los antropólogos (Cirese, Lombardi Satriani) reubican la problemática de la cultura en el espacio de interacción entre las clases y grupos sociales y como parte de la lucha por la hegemonía. Dice Cirese:" ni la cultura de los sectores hegemónicos, ni la de los subalternos puede definirse por propiedades intrínsecas, por una serie de rasgos que le serían propios [...] sino por oposición a la cultura de la clase con la que se enfrenta" GARCIA CANCLINI, Néstor: Ideología y cultura, Buenos Aires, Imprenta de la Facultad de Filosofía y Letras, 1984, pg.12; del mismo autor: Las culturas populares en el capitalismo, México, Nueva Imagen, 1982; sobre la categoría de contención y resistencia en la cultura popular, ver HALL, Stuart: Notas sobre desconstrucción de lo popular, en SAMUEL, Ralph (comp): Historia popular y teoría socialista, Barcelona, Crítica, 1984.-
- (98) "Cualquier práctica, dice Godelier, es simultáneamente económica [material] y simbólica; a la vez que actuamos a través de ella nos la representamos atribuyéndole un significado". En GARCIA CANCLINI, Néstor: Ideología... op cit, pg.12-13; "[...] las relaciones sociales, [...] son por lo tanto también relaciones de significación".
- (99) Entrevista con Sebastián Borro, 18 de agosto de 1988.
- (100) Folleto de la "comisión de Homenaje a la patriótica lucha de 1959": Frigorífico Lisandro de la Torre, reivindicación histórica de sus luchas gremiales, (mimeo)
- (101) "La Nación", 15 de setiembre de 1948.
- (102) Entrevista con Ricardo Barco, delegado de la sección "expedición" del frigorífico Lisandro de la Torre, 6 de junio de 1988.
- (103) "La Nación", 15 de setiembre de 1948.
- (104) idem.
- (105) ibid.
- (106) "La Nación", 19 de setiembre de 1948.

- (107) *idem.*
- (108) *ibid.*
- (109) *ibid.*
- (110) Entrevista con Ricardo Barco, 6 de junio de 1988.
- (111) Folleto de la "Comisión de Homenaje...", op cit, pag. 6
- (112) Entrevista con Ricardo Barco.
- (113) ver nota 6 del Prólogo.
- (114) "La Nación", 19 de setiembre de 1948.
- (115) Todos los relatos sobre el trabajo en el frigorífico son parte de las entrevistas realizadas; tb. LOBATO, Mirta Zaida: Condiciones de trabajo en la industria frigorífica, 1900-1930, En: Varios: Condiciones y medio ambiente de trabajo en la Argentina, tomo II, Buenos Aires, Humanitas, 1985.-
- (116) Entrevista con Héctor Saavedra.
- (117) Entrevista con Ricardo Barco.
- (118) Entrevista con Norberto Capdevielle.
- (119) Entrevista con Ricardo Barco.
- (120) *idem*,
- (121) Entrevista con Norberto Capdevielle
- (122) Entrevista con Héctor Saavedra.
- (123) Entrevista con Sebastián Borro.
- (124) "La Nación", 5 de abril de 1956.
- (125) Entrevista con Héctor Saavedra
- (126) "La Nación", 5 de abril de 1956.
- (127) Entrevista con Héctor Saavedra
- (128) "La Nación", 6 de abril de 1956
- (129) JAMES, Daniel: Resistance...op cit, pg. 112
- (130) Entrevista con Sebastián Borro
- (131) Entrevista a Envar El Khadre, op cit.

SIETE MESES DE DESARROLLISMO

"Por más errónea que haya sido la actitud del movimiento obrero durante mi administración, yo me sentía histórica y políticamente mucho más cerca de los trabajadores, de los sindicatos, que de algunos de mis colaboradores, pero no por eso dejaba de reprimir a aquellos cuando era necesario"

Arturo Frondizi (1)

"El trato acordado corrientemente a los inversores extranjeros privados por la Argentina es posiblemente el más liberal de toda América Latina"

Informe del Stanford Research Institute, 1960. (2)

Arturo Frondizi llegó al sillón presidencial mediante una alianza que le otorgó el 72% de la Cámara de Diputados y todas las bancas de la Cámara de Senadores. Sin embargo, esa virtual "suma de poder" reposaba en un frágil e inestable equilibrio. Rápidamente este equilibrio dejó de sostenerse. A los siete meses de iniciado el gobierno, una huelga general por tiempo indeterminado y un estado insurreccional en la Capital Federal era apoyada por los tres nucleamientos sindicales. El Presidente, algunos meses antes, debió obligar a la renuncia del propio vicepresidente, acusado de conspirar contra el gobierno; al mismo tiempo enfrentaba las movilizaciones estudiantiles y movilizaba militarmente la huelga de los ferroviarios. Cada vez más el desarrollismo recurrió a la represión y permitió la intromisión de las Fuerzas Armadas en el control de las acciones del gobierno. ¿Por qué fue tan acelerada la descomposición del Frente que dió origen al gobierno desarrollista? ¿Por qué cedió el gobierno frente a intereses económicos que le impusieron, incluso, el cambio del ministro de economía? ¿Por qué el rápido resurgimiento del enfrentamiento peronista-antiperonista? ¿Por qué, finalmente, sin mediar una orden explícita de Perón, el movimiento obrero provocó el doble de huelgas que las realizadas a la Revolución Libertadora?, son preguntas que podrían resumirse en una sóla: ¿Dónde se encuentra la contradicción esencial que impidió el establecimiento de este nuevo intento de hegemonía política?

Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio habían llegado al gobierno con un plan claro de transformaciones en el que jugaba un papel destacado la burguesía industrial. Pero también tenían clara conciencia de que la mera invocación a un proyecto común a obreros y empresarios, no provocaba por sí sola la aceptación de los trabajadores de la hegemonía de los industriales. Debían realizarse acciones concretas que devolvieran a los sindicatos su poder de negociación, porque era la única manera

de contar con ellos dentro, y no fuera del sistema. Los sindicatos habían sido, en su mayoría, reconquistados por direcciones peronistas, y hacia ellos se dirigió la estrategia del gobierno. Sin embargo, el desarrollismo pensaba en un modelo de sindicalismo que compartiera, tal como figuraba en las ideas de Rogelio Frigerio, la Nación como continente y límite de las demandas obreras. En otras palabras, lo que el desarrollismo expresaba como lo "nacional", la "Nación", era, en definitiva, el proyecto de la burguesía industrial que ellos representaban; a este proyecto "común" eran convocados los sindicatos.

El primer paso, en el sentido de dar una mayor cuota de poder en el sistema, lo dió el gobierno sancionando la Ley de Asociaciones profesionales, decretando la derogación de las inhabilitaciones gremiales y políticas, el aumento general de salarios, el reconocimiento de las personerías jurídicas, y finalmente, la devolución de la central obrera. Todos estos puntos figuraban en el pacto entre Perón y Frondizi, pero no eran una simple concesión al peronismo para conseguir su apoyo electoral. Constituían la base de la estrategia política del desarrollismo con respecto a la clase obrera. Esto le ha permitido decir a Frigerio:

"En primer lugar, todas las supuestas cláusulas del pacto, nuestros compromisos, eran en realidad el programa de conciliación que enarbolamos contra toda la marea antiperonista y antipopular de 1955" (3).

La primera muestra de que el gobierno estaba dispuesto a cambiar la relación de los sindicatos con el Estado, la dió el propio Frondizi en el discurso ante las Cámaras, el 1 de mayo de 1958:

"Cesaran las intervenciones, interdicciones e inhabilitaciones gremiales. [...] La entrega de las organizaciones sindicales que todavía deben reintegrarse a sus legítimos dueños [...] deberá cumplirse en término breve y perentorio [...] El debate entre los trabajadores se desarrollará sin injerencia alguna del Estado. Quedará descartada la intromisión policial en la vida sindical. El Poder Ejecutivo no reconocerá ningún derecho a la dirección de un sindicato que no nazca de la voluntad de los afiliados" (4)

El cambio respecto de la actitud del Estado frente a los sindicatos era abrupta si se compara esto con la actitud de la Revolución Libertadora. Cinco días después, el gobierno avanzó en el mismo camino anulando las inhabilitaciones gremiales y políticas, a pesar de que esta anulación no alcanzaba la figura del general

Perón. La anulación del decreto 4161 de proscripción del peronismo tenía una especial significación. Incluso se anuló la Ley de Residencia, que había sobrevivido desde principios de siglo.

Para reforzar esta percepción de los cambios en la política obrera, se decretó un aumento general de salarios del 60%, preanunciado en el discurso presidencial del 1 de mayo. Dado que el aumento se otorgaba a los sueldos del 1 de febrero de 1958 -muchos de ellos habían sido incrementados con posterioridad-, el porcentaje de aumento fue variable según cada actividad, pero en el mayor de los casos fue menor al índice anunciado (5).

El hecho más importante, dado que cambiaría la relación de los sindicatos respecto del Estado por muchos años, lo constituyó el envío por parte del Poder Ejecutivo, y la sanción en el Congreso en agosto, de la Ley de Asociaciones Profesionales. La Ley respetaba los fundamentos que habían dado al peronismo su preminencia en las organizaciones sindicales: una sola central obrera, un sólo sindicato por rama de actividad y listas completas en las elecciones. Más allá del contenido explícito de la Ley (6), resulta interesante comprender la estrategia desarrollista en torno a su sanción.

Un sindicalismo perseguido, proscrito, debilitado de manera formal por una legislación represiva constituía un verdadero peligro para la paz social. Frigerio, Frondizi y entonces Ministro de Trabajo, Alfredo Allende, han expuesto reiteradamente sus concepciones sobre el tema. El fortalecimiento de la unidad sindical, al contrario de la opinión de la Revolución Libertadora y la mayoría de los partidos políticos de la época, contribuye -para ellos- a la "integración" de los sindicatos al sistema capitalista, y ese es el fin último de la Ley. En concreto, el verdadero factor de perturbación son los movimientos sindicales indiscriminados: Tal como lo expresara Rogelio Frigerio un tiempo después:

"Una C.G.T. única, fuerte y responsable, lejos de constituir un peligro para el orden de las relaciones sociales, es su mejor garantía. Impide la sectorización del sindicalismo, simplifica las relaciones obrero-patronal-estatales y aleja al movimiento obrero del aventurerismo político" (7).

La revolución Libertadora intentó el aprovechamiento de la estructura sindical para su propio proyecto por la vía de las intervenciones a los sindicatos, intentando retrotraer la situación a la época preperonista. Los sindicatos gobernados por sectores adherentes a la Revolución les debía permitir controlar socialmente a los obreros. Sin embargo, no podían intervenir las estructuras mínimas de la vida obrera -cuerpos de delegados y comisiones internas- porque ello traía aparejado la anarquía del sistema de producción al no contar las patronales con interlocutores válidos en las fábricas. Cuando lo intentaron, rápidamente las bases obreras reconstruyeron comisiones internas paralelas a las que las patronales tuvieron que recurrir, legitimándolas de hecho. El descubrimiento final fue que la identidad peronista era persistente y no transitoria, como esperaban.

Tal como aparece claramente expresado en el párrafo citado de Rogelio Frigerio, el objetivo de la política sindical del gobierno era que el otorgamiento de un lugar en el sistema a los sindicatos permitiría que las conducciones sindicales se sintieran responsables del propio mantenimiento del sistema, simplificando las relaciones obrero-patronales y obrero-estatales.

En otras palabras, el gobierno se proponía trasladar la negociación entre obreros y patronos, desde el ambiente disperso e incontrolable de la fábrica o lugar de trabajo, al ambiente controlable y disciplinable de las conducciones gremiales. Para ello, la unidad era indispensable. El sindicalismo responsable era aquel que podía frenar las reivindicaciones sectoriales en pos de un acuerdo general, el cual dependía de la fuerza del Estado, que le otorgaba legalidad. El desarrollismo aprovechó, para ello, de los mismos recursos con que había contado el Estado Peronista en su relación con los sindicatos; a partir de allí, el otorgamiento de la personería gremial y la posibilidad de intervención en la vida sindical por parte del Estado, pendería como una espada de Damócles. Para los sindicalistas comenzarían a existir dos caminos concretos: La "integración", que les permitía conservar sus posiciones de poder que habían logrado si se subordinaban a la hegemonía de los industriales;

o la represión, si pretendían hacer valer sus reivindicaciones de clase y su ideología política en contra de la expansión de la fase ascendente del capitalismo de la postguerra. La división entre "duros" y "blandos" dentro del gremialismo peronista expresa esta contradicción, tanto como el ascenso del "vandonismo" que trata de ubicarse entre ambos, aunque ya decididamente beneficiario de la expansión industrial y el mantenimiento del sistema.

Para las "62 Organizaciones Peronistas", la sanción de la Ley tuvo un efecto inmovilizador por algún tiempo, pese a la organización, a fines de agosto, de un acto en la Plaza Miserere. Todavía era más lo que esperaban ganar del gobierno (8). Entre los sindicatos de las "62", sin embargo, se diferenciaron nítidamente los que habían comprendido el mensaje del gobierno. Los "integracionistas" empezaron inmediatamente a recibir los favores con que el desarrollismo aspiraba controlar a los sindicatos. Miguel Gazzera, dirigente fideero, e integrante de la línea "dura", lo percibió así:

"[...] Frondizi no tenía margen para continuar accediendo a cada sobresalto que le producía el movimiento obrero y la reacción alternativamente pugnando para hacer prevalecer sus opiniones; de tal manera que trató de frenar la creciente oposición popular por medio de los dirigentes, ofreciéndoles la salida a través del "integracionismo" y quienes no aceptaban eran presionados por la persecución policial. Pero si nosotros habíamos sido los Kerenski durante el gobierno del general Perón, los "integracionistas" fueron los Chiang Kai Sekh de nuestro movimiento" (9).

Pese a las críticas de que su gobierno se estaba peronizando, hechas desde la oposición -especialmente la UCRP (10)-, el frondicismo construía, en verdad, el intento más efectivo y duradero de desperonización e "integración", mediante el simple acto de favorecer la consolidación del peronismo en los sindicatos y abrir el camino para una coparticipación subordinada en el proyecto de desarrollo.

Un elemento adicional para explicar la difícil posición sindical era que el gobierno estaba verdaderamente amenazado por la posibilidad de un golpe militar. La legalidad sindical, aunque Frondizi no hubiera cumplido con todos los puntos del pacto, parecía ante los ojos de los dirigentes, tan precaria como el gobierno. Frondizi y su equipo no dejaban de agitar el fantasma del golpe ante los sindicatos

y veían en toda protesta social una oscura conspiración en la que unificaban a los huelguistas con militares golpistas, comunistas y peronistas como los "intereses antinacionales. Lo que es interesante destacar es el eclecticismo del gobierno desarrollista, que acomoda sus pronunciamientos al plan económico; ataca a los militares como golpistas y al mismo tiempo los considera -junto a empresarios y trabajadores- la "médula de la Argentina moderna"; unifica a los trabajadores en bloque al que engañan los golpistas o el comunismo y al mismo tiempo abogan por una CGT "responsable" que coparticipe del poder político.

En el centro de estas cuestiones se halla la Argentina a la que aspiraban los desarrollistas. A ella se acercarían mediante las transformaciones económicas. Al campo de las realizaciones de la política económica sacrificaban todas sus lealtades y toda su política, por lo menos transitoriamente, hasta que aquellas transformaciones les permitiera fundar una nueva hegemonía política y librarse de los sobresaltos que le imponían obreros o militares.

La base de la contradicción que estalló en 1959 se debe rastrear en dos elementos de análisis fundamentales para entenderla. En primer lugar, la relación de fuerzas entre los "integracionistas" y los "duros" en el seno de las "62 Organizaciones", en la cual todavía los últimos podían lograr que el conjunto se enfrentara decididamente a los planes del gobierno. En segundo lugar, la implementación, por parte del gobierno durante los primeros meses, de los planes económicos desarrollistas, atacaba de tal manera los intereses y las conquistas de los obreros que no había margen para una negociación de espacios para los sindicatos en el nuevo orden económico. Desde el punto de vista de los dirigentes sindicales, tomados en conjunto, la política económica desplegada por Frondizi contradecía profundamente la ideología nacionalista del peronismo, aún el elemental nacionalismo de los integracionistas. Y su representación gremial dependía de seguir argumentando su "lealtad a Perón". Esto resultó más evidente cuando se vió con claridad que la política económica afectava efectivamente la distribución del ingreso y se dirigía a disciplinar

la mano de obra permitiendo un mayor índice de productividad.

LOS PRECIPITANTES DEL CONFLICTO

La política económica del desarrollismo puede ser explicada a partir del párrafo que precede éste capítulo. El centro del crecimiento económico argentino estaba basado en las inversiones de capital extranjero en la industria, particularmente norteamericano. Entre 1958 y 1962 se produce una inversión de capital del orden de los 550 millones de dólares en industrias que se dedican a abastecer la demanda local (11).

Elsa Gimilto y otros han definido los presupuestos teóricos que guían los objetivos del desarrollismo:

"El desarrollismo pretende encontrar la manifestación esencial de la dependencia en las relaciones de intercambio comercial. Según esta teoría, el hecho de que los países dependientes sólo puedan exportar fundamentalmente bienes primarios, cuya demanda internacional se acrecienta a un ritmo menor que su oferta, provoca una caída relativa de los precios que limita sus posibilidades de desarrollo. Los países "subdesarrollados" no pueden mantener el precio de dichos productos, por cuanto no se dá en ellos un desarrollo dinámico en otras ramas de la economía [...] La solución consiste, [...] en exportar hacia los grandes centros bienes industriales y avanzar en la "sustitución de importaciones", cualquiera sea el origen nacional del capital que "coopere" en esta salida" (12).

Ya en los primeros meses de gobierno fueron vistas las señales que prefiguraban los objetivos desarrollistas. Entre los meses de julio y diciembre fueron implementadas las principales medidas económicas: 1) el anuncio de la "batalla del petróleo", 2) las leyes de radicación de capitales y fomento industrial, y 3) el anuncio del Plan de Estabilización, propuesto por el Fondo Monetario Internacional.

La "batalla del petróleo" fue anunciada por Frondizi en julio. Era, en concreto, el anuncio de que el gobierno estaba dispuesto a recurrir al capital extranjero para lograr el autoabastecimiento petrolero. Aunque esto era un eufemismo que reemplazaba el hecho concreto: la entrega a empresas privadas de áreas de explotación de Y.P.F. Esta política, que contradecía todos los dichos de Arturo Frondizi expresados en la posición nacionalista de su libro "Petróleo y Política", tanto como los discursos de la campaña electoral, provocó la primera ruptura del frente interno de la UCRI, y desató una huelga de los obreros petroleros de la seccional Mendoza.

Relata Rodolfo Pandolfi (13) que unos días antes del anuncio oficial, se presentaron ante Arturo Frondizi el Comité Nacional de la UCRI y las dos mesas directivas de los bloques del Congreso para pedirle que desistiera de la idea. Conciente de la fuerte oposición que despertaba su decisión, Frondizi y su equipo de asesores decidieron la mayor privacidad para el tema: los contratos petroleros no ingresaron para su tratamiento en el Congreso. Sin embargo, la oscuridad con la que se pactó con las compañías petroleras resultó más negativa que la notoriedad. Mientras Frigerio se escondía, literalmente, y negociaba en secreto las concesiones, una ola de protestas se propagó por el país. El 30 de octubre, la seccional Mendoza del S.U.P.E. se declaró en huelga contra los contratos exigiendo su anulación. El 9 de noviembre, el gobierno declaró ilegal la huelga y decretó el Estado de Sitio. Mientras, Frondizi atacaba a los huelguistas, atribuyendo al conflicto un plan insurreccional:

"Ningún gremio puede intervenir con actos de fuerza decisiones que son de exclusiva incumbencia del Ejecutivo. Esto no es una huelga legal o ilegal, es pura y simplemente subversión" (14).

La huelga, sin embargo, duró hasta el 17 de noviembre y cesó porque la seccional Mendoza quedó aislada por la decisión del sindicato central de dilatar la situación. Entre los dirigentes del gremio, Pedro Gómez pertenecá a la línea "integracionista" y había dado su apoyo a los contratos (15). Las propias "62 Organizaciones", que en octubre habían dado un paso adelante en el conflicto, convocando a un paro general, levantaron el cese de actividades que tenían previsto para mediados de noviembre. Sin embargo, para nadie podía pasar desapercibido que, pese a las ambigüedades con que los sindicatos peronistas encaraban la relación con el gobierno, la actitud represiva de éste iba en aumento.

El segundo acontecimiento de la política económica del desarrollismo, y un paso más hacia la precipitación de los conflictos sociales de 1959, fue la promulgación de las dos leyes que permitieron el fácil ingreso de los capitales extranjeros y constituyeron las ramas dinámicas de la industria en la década del '60.

Las dos leyes -14.780 y 14.781- significaron una efectiva apertura de la economía argentina al capital privado, particularmente el norteamericano. La Ley

de Radicación de Capitales no establecía ninguna limitación con respecto al movimiento de fondos, por lo que las operaciones de cambio se realizaron por el mercado libre, favoreciendo el giro de utilidades al exterior. Al mismo tiempo permitía que las inversiones que ingresaran al país como radicación de capital se acogieran a las leyes vigentes de reducciones o exención de derechos aduaneros, régimen impositivo y cambiario favorable, y la inclusión de las inversiones en el favorable régimen de defensa y fomento de la industria.

En el período comprendido entre 1958 y 1963 se presentaron más de 400 firmas que se radicaron en las ramas industriales que contaban ya con un amplio mercado interno debido a los productos importados.

Las leyes fueron, complementariamente, apoyadas con decretos. El decreto 8.626/60 permitió a las empresas la incorporación de bienes de capital usados, con lo cual las mismas reciclaban el equipo que ya no se usaba en su país de origen (16). Según Richard Mallón y Juan Sourrouille, el gobierno de Arturo Frondizi posibilitó "[...] nuevos y poderosos incentivos para la total renovación de la maquinaria y equipos instalados. Los principales instrumentos de política económica utilizados para este último fin, consistieron en exenciones impositivas de hasta el 100% para las reinversiones, ilimitadas garantías de los bancos oficiales para los créditos obtenidos en el exterior [...]" (17).

Las señales que el gobierno giraba hacia los inversores externos fueron escuchadas de inmediato. Argentina se convirtió en el país favorito de la inversión norteamericana. Sus capitales representaron más del 60% del total de la inversión privada extranjera en la industria (18). En enero de 1959, la buena predisposición del gobierno de Frondizi hacia la inversión norteamericana, sería demostrada con el viaje de éste a los Estados Unidos.

El tercer elemento de la política económica desarrollista fue el anuncio, en diciembre, de un amplio Plan de Austeridad. Durante el transcurso de 1958, dos misiones del Fondo Monetario Internacional (19) visitaron el país y revisaron sus

cuentas. De los informes elaborados por las comisiones del Fondo, surgió el Plan de Estabilización anunciado por el presidente.

El Plan de Estabilización anunciado consistía en la aplicación de la ortodoxia monetarista recomendada por el F.M.I., ortodoxia que se repetiría de manera similar hasta nuestros días. La argumentación del gobierno acerca de las causas de la aplicación del Plan era que debían limitarse "[...] los gastos de la población a lo que realmente el país produce" (20). De esa manera, la obtención de préstamos públicos y privados, derivados de los acuerdos con el F.M.I., serían utilizados racionalmente "[...] evitando que una rápida pérdida de los mismos -por exceso de gastos- pueda conducirla en corto término a la misma situación inicial de cesación de pagos y de crisis económica"(21). Rogelio Frigerio diría años más tarde que en los acuerdos con el F.M.I. el desarrollismo logró imponer su propio programa en contra de la opinión de los funcionarios del organismo internacional, que defendían una política gradualista (22). Aún así, los síntomas analizados parecen ser los mismos: se atribuye la inflación a la presión de la demanda, resultante de una expansión excesiva de la oferta de dinero. En palabras de Eprime Eschag y Rosemary Thorp:

"La actividad económica interna y el comercio exterior debieron ser liberados de los controles existentes para eliminar "distorciones" de las normas de producción y gasto. Se sostuvo que las fuerzas del mercado, al operar en un marco estable, asegurarían un crecimiento sano de la producción y el empleo" (23).

El principal efecto sobre la población lo constituyeron las medidas tendientes a la reducción del gasto público. Las tarifas de los servicios fueron drásticamente aumentadas; las ferroviarias entre el 50 y el 60%, los subterráneos, el 100%, el precio del petróleo aumentó el 200% y las tarifas de electricidad el 50%. Al mismo tiempo se congelaron las vacantes del Estado, reduciendo el personal -durante 1959- en 40.000 personas. Las obras públicas, incluso las que estaban en ejecución, fueron paralizadas.

Entre las medidas del Plan de Estabilización, sobresalen: 1) establecimiento del mercado libre de cambios, 2) abolición de los controles de precios, 3) eliminación de los subsidios a los productores, 4) abolición de los controles direc-

tos del comercio exterior (aunque se mantuvieron recargos a la importación y retención a la exportación) (24).

Las consecuencias del Plan de Austeridad se hicieron sentir duramente durante 1959. Los salarios cayeron de manera drástica, alcanzando el menor nivel desde 1955 (25). El valor del peso se redujo a la mitad como consecuencia del mercado libre de cambios, según estimaciones de la CEPAL (26). La restricción del crédito provocó una caída del 30% del valor real del stock de dinero. Sin embargo, la inflación, a la que se pretendía combatir, alcanzó en 1959 niveles todavía desconocidos (27) en la Argentina: 113,69%; la desocupación alcanzaría en 1962/64 entre el 6 y el 10% (28).

La síntesis de los objetivos del Plan de Estabilización han sido expresados por Richard Mallón y Juan Sourrouille:

"A pesar de que la mayoría de las condiciones del acuerdo se cumplieron sólo parcialmente, en la Argentina nunca se había realizado un esfuerzo más heroico para aplicar la receta monetaria" (29).

La situación de la alianza, que había permitido a Frondizi el acceso al gobierno, era a principios de 1959, una efímera circunstancia del pasado. Si durante 1958 los gremios peronistas habían tenido una actitud inestable en su relación con el gobierno, era porque todavía estaban dispuestos a soportar ciertas desviaciones y porque el fantasma de un nuevo golpe de Estado que les arruinara la legalidad reconquistada, los llamaba a la prudencia. La oposición de las "62 organizaciones" se desarrolló dentro de estos límites mientras el gobierno mantuvo la posibilidad de respetar las conquistas sindicales. Los sectores de la burguesía que acompañaron a Arturo Frondizi al gobierno, sin embargo, esperaban ver disciplinada la mano de obra y limitados los conflictos sindicales en el menor plazo posible. A medida que las medidas económicas avanzaban, también lo hacía la creciente represión de las medidas de fuerza de los gremios. A mediados de noviembre, los ferroviarios habían recommenzado las luchas que habían cesado transitoriamente dos meses antes. La reacción del gobierno fue imponer mano dura. Se decretó la movilización del gremio, lo que

equivalía poner a los obreros a las órdenes de las Fuerzas Armadas; algunos días después, a principios de diciembre, el paro cesa.

El encarcelamiento y la persecución de los ferroviarios, el congelamiento de la discusión de los convenios colectivos, el anuncio de cesantías masivas en la administración y todo el plan económico diseñado hasta el momento, terminan por romper la frágil cuerda del acuerdo con Perón. El frondicismo la ha tensionado hasta el límite.

El 9 de enero de 1959, respecto del Plan de Estabilización, las "62" dan un enérgico comunicado contra el gobierno. El documento advierte que

"[...] cuando se aplique el nuevo régimen de importación que se vislumbra y se siga manteniendo el contrabando legalizado del paralelo 42, nuestra industria se enfrentará con la introducción de artículos manufacturados en el extranjero [...] Cuando el Estado se descargue de los miles de agentes como se asegura, los mismos se volcarán sobre la industria privada produciendo la desocupación y el caos. La consecuencia de ello será que los desocupados se verán obligados a ofrecer su trabajo por salarios menores que los fijados por convenio; que los movimientos vindicatorios de los sindicatos estarán continuamente amenazados por los desocupados, con lo cual la incomprensión patronal y la explotación se descargarán contra quienes pretendan mantener las conquistas logradas hasta septiembre de 1955" (30).

Todavía no es la ruptura. El eje fundamental del mensaje es lo reivindicativo y hace referencias a una defensa de la industria nacional contra la importación. Ninguna referencia a la inversión de capital extranjero, a los contratos petroleros. "No aceptarán ninguna medida que configure, directa o indirectamente, destruir, debilitar o frenar el mejoramiento de la industria nacional o el reemplazo de sus productos por extranjeros" -agrega- (31). Si se comparan estos reclamos con el programa que, no hacía más de un año y medio, habían lanzado las "62" en la localidad de La Falda, de claro corte nacional antiimperialista y anticapitalista, es evidente que las "62", en enero de 1959, estaban dispuestas a presionar sobre el gobierno, pero dudaban aún de romper con él. De todas maneras, el documento manifiesta su "[...] más enérgico repudio contra el mantenimiento de medidas antinacionales iniciadas desde setiembre de 1955 y sostenidas y acrecentadas por el actual gobierno en franca contradicción a sus proclamaciones electorales". Para los gremios peronistas "ha sido el gobierno quién ha dado la espalda al pueblo menospreciando la colaboración

del sector representativo de la clase trabajadora" y dejan en claro que "corresponden a él [al gobierno] los graves riesgos que se avecinan para la República, dejando definitivamente expresado las 62 organizaciones que no descartarán ningún medio de lucha para lograr la liberación económica, la soberanía política y la justicia social" (32). Es importante destacar que las ambigüedades con que se trata el problema nacional, tanto como la dura amenaza del final del documento, expresan el abanico de opiniones de las "62 organizaciones", dentro de la cual muchos dirigentes ya participaban de la estrategia de "integración". Por otro lado, el momento de los "duros" se avecinaba: en 1959, el enfrentamiento directo al avance del capitalismo provocó 10.078.138 jornadas perdidas por huelgas, el doble de las habidas en 1956 (33).

Fronidzi quedó encerrado en el dilema real de la sociedad. Si pretendía representar a la burguesía industrial y abrir las puertas de la Argentina a los monopolios extranjeros, sólo le quedaba como camino enfrentar al movimiento obrero, y eso fue lo que sucedió. Al recurrir a las Fuerzas Armadas para que actuaran como fuerza de represión interna, optó definitivamente por uno de los sectores cuyo enfrentamiento convulsionaría nuestra historia reciente.

La oportunidad para una demostración de fuerza de los sindicatos "duros" les llegó sorpresivamente cuando los obreros del frigorífico Lisandro de la Torre fueron desalojados violentamente de su establecimiento, que habían tomado dos días antes.

NOTAS AL CAPITULO IV

- (1) Cit por PANDOLFI, Rodolfo: op cit
- (2) Cit. por BELENKY, Silvia: op cit
- (3) en DIAZ, Fanor: Op cit
- (4) Mensaje del 10. de mayo de 1959, en Mensajes presidenciales, op cit.
- (5) MALLON, Richard y SOURROUILLE, Juan: La política económica en una sociedad conflictiva. El caso argentino, Buenos Aires, Amorrortu, 1973. Los autores estiman que el índice más adecuado como promedio del aumento fue del 46% para los obreros industriales.
- (6) ver Debate acerca de la Ley de Asociaciones Profesionales, en: Cámara de Diputados, Diario de Sesiones, 24 de julio de 1958, tomoIII, pg. 1879 a 1997.
- (7) FRIGERIO, Rogelio: Las condiciones de la victoria. Manual de política argentina, Buenos Aires, S.E.A., 1959; tb. ALLENDE, Alfredo: Historia de una gran ley, Buenos Aires, ed. Arayú, 1963.
- (8) vease JAMES, Daniel: Resistance...op cit
- (9) GAZZERA, Miguel y CERESOLE, Norberto: Peronismo...op cit
- (10) "El frondicismo se hace cada vez más peronista en vez de hacerse el peronismo más democrático...", declaración de Miguel Angel Zabala Ortíz, dirigente radical del pueblo a "La Nación", 8 de julio de 1958; tb. "La aventura electoral sirve para llegar, pero no alcanza mucho para quedarse", declaración de Ricardo Balbín a "La Nación", 12 de julio de 1958; cit por CAVAROZZI, Marcelo: Autoritarismo... op cit, pg. 86.-
- (11) ASPIAZU, D.; BASUALDO, E. M.; KHAVISSE, M.: El nuevo poder económico en la Argentina de los años 80, Buenos Aires, Legasa, 1986, pg.37.-
- (12) CIMILLO, Elsa et alia: Acumulación y centralización del capital en la industria argentina, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1973, pg. 168 (nota).
- (13) PANDOLFI, Rodolfo: op cit, pg. 80.
- (14) "La Nación", 10 de noviembre de 1958.
- (15) vease RODRIGUEZ LAMAS, Daniel: La presidencia de Frondizi, Buenos Aires, CEAL, 1984.
- (16) CIMILLO et alia: op cit
- (17) MALLON, R. y SOURROUILLE, Juan: op cit
- (18) datos de Mallón y Sourrouille, citando fuentes del U.S. Department Commerce. Los autores afirman que la inversión norteamericana ascendió a 500 millones de dólares, sobrepasando la inversión en manufactura en cualquier otro país.
- (19) el ingreso de la Argentina al Fondo Monetario Internacional fue decidido por el gobierno de la Revolución Libertadora en 1956, en el marco del llamado "Plan

Prebisch".

- (20) FRIGERIO, Rogelio: Las condiciones...op cit
- (21) idem.
- (22) DIAZ, Fanor: Conversaciones...op cit
- (23) ESCHAG, Eprime y THORP, Rosemary: Las políticas económicas ortodoxas de Perón a Guido (1953-1963), en FERRER, Aldo: Los planes de estabilización en Argentina, Buenos Aires, Paidós, 1969.
- (24) idem.
- (25) en 1950 la participación de los sueldos y salarios en el PBI había sido de 45,9%; en 1959 y 1960 cayó a 37,8% y 38,4% respectivamente; ver ROTONDARO, Rubén: op cit, pg. 269.
- (26) en ESCHAG, E. y THORP, R.: op cit
- (27) según estimaciones de ROUQUIE, Alain: Poder militar y sociedad política en la Argentina, Buenos Aires, EMECE, 1982, tomo II.
- (28) según estimaciones de DIAZ ALEJANDRO, C.F.: Ensayos sobre historia económica argentina, Buenos Aires, Amorrortu, 1983
- (29) MALLON, R. y SOURROUILLE, J.: op cit
- (30) "La Nación", 9 de enero de 1959
- (31) idem.
- (32) ibid.
- (33) ROUQUIE, Alain: Poder...op cit; ROTONDARO, R.: op cit

LA TOMA DEL FRIGORIFICO

"Cronista: ¿Pero el frigorífico da 170 millones de pérdida por año?"

"Borro: No es por nosotros. Es porque hay otros factores que juegan. A menos que piensen abaratar la carne echando obreros del frigorífico..."

"Cronista: ¿Y si votaran la ley pese a la oposición de ustedes?"

"Borro: Entonces, amigo periodista, le diremos a usted algo que no le hemos dicho al Dr. Gómez Machado. En camiones cargaremos los escombros del frigorífico..."

"Adentro la defensa de la cultura [se refiere a la Cámara de Diputados]. Afuera, los escombros de un frigorífico".

Reportaje a Sebastián Borro, "Clarín", 13 de enero de 1959.

La llegada del mes de enero ha significado para la vida política argentina, de manera tradicional, una especie de receso veraniego. Enero es, en Buenos Aires, un mes cálido, húmedo, agobiante. Es el mes en que el Poder Judicial abandona las tareas a una simple guardia en cada juzgado, las Cámaras del Congreso realizan las últimas sesiones abriendo un paréntesis que los diputados y senadores aprovechan para vacacionar en sus provincias. Enero es el mes por excelencia en el cual nunca parece ocurrir nada relevante. Sin embargo, para el movimiento obrero argentino, dos hechos de fundamental importancia han ocurrido, precisamente, en enero. Uno de ellos es la "Semana Trágica de 1919" en la que se enfrentaron los obreros de la Capital, dirigidos por los anarquistas, contra las fuerzas de la policía y los grupos parapoliciales de la "liga Patriótica", con un saldo de decenas de obreros muertos. El otro, se desencadenó en enero de 1959 cuando el gobierno de Arturo Frondizi mandó para su tratamiento en la última sesión del año de las Cámaras de Diputados y Senadores, una nueva Ley de Carnes que contemplaba la privatización del frigorífico de la ciudad de Buenos Aires.

El presidente de la Nación había planificado para ese mes, hasta el detalle, el **viaje** a los Estados Unidos en compañía de una comitiva de empresarios y funcionarios del gobierno. No era para menos; era el primer mandatario argentino que efectuaba una visita con carácter de oficial a ese país. Esperaba que su presencia reforzara efectivamente el camino que había iniciado mediante la política económica de los primeros meses de gobierno. En concreto, Frondizi viajaba al país del presidente Eisenhower con el propósito de atraer la confianza de los capitales norteamericanos y decidirlos a invertir en el país. Para ello había dado muestras de que estaba dispuesto a aceptar el Plan de Estabilización propuesto por el FMI, emitiendo un mensaje a la Nación el 29 de diciembre de 1958, días antes de su partida, donde exponía el

significado del nuevo plan económico. El ambiente nacional, o sea, la demostración de que el presidente verdaderamente controlaba la situación social, era un componente esencial a la hora de solicitar la ayuda de los empresarios norteamericanos. Sin embargo, tal vez inesperadamente hasta para él mismo, Frondizi contribuyó a encender la mecha de un conflicto de tipo insurreccional que lo arrastró a mostrar abiertamente el grado de represión que el gobierno estaba dispuesto a usar para limitar el conflicto social.

El 10 de enero de 1959, el presidente giró a las Cámaras el proyecto de ley por el cual se autorizaba la venta o arrendamiento del frigorífico nacional ubicado en el barrio de Mataderos. Era el complemento de una política destinada a compensar a la burguesía agraria por la eliminación de los subsidios a los productores. En efecto, la ley otorgaba prioridad para la compra a la resucitada Corporación Argentina de Productores, que se había normalizado tras celebrar elecciones en 1958, luego de quince años de intervención estatal. Era, además una política complementaria al beneficio que los agroexportadores habían recibido de la liberación del mercado cambiario que había devaluado el peso. Tal como hemos visto en otro capítulo, el gobierno desarrollista pretendía, con acciones, hacer entender a los terratenientes que el crecimiento económico no pasaba por su expropiación. Así lo había expresado en la fórmula de la campaña electoral: carne + acero = petróleo.

El envío de la ley al Congreso fue el desencadenante del conflicto latente, y el inicio de una sucesión de largas huelgas que enfrentaron a los obreros de los sindicatos más combativos con el gobierno, las Fuerzas Armadas y las clases dominantes en general, aún cuando estos sectores pugnaran también entre sí.

El conflicto, cuyo origen radica en la oposición de los obreros a la "entrega del patrimonio nacional", podría asimilarse a lo ocurrido con los petroleros de Mendoza en octubre de 1958. De todas maneras, el gobierno, que había "amenazado" en la huelga petrolera, en el caso del frigorífico reprimió efectivamente. Los obreros del frigorífico eran afiliados de un sindicato autónomo propio, y al frente de

él habían colocado -no hacía un mes- a una conducción de las llamadas "duras", mientras que en Mendoza la huelga fracasó por la acción de dirigentes "integracionistas". Por último, si en noviembre, las "62 Organizaciones" eran todavía capaces de suspender una medida de fuerza para negociar con el gobierno, en enero, los "duros" tomaron el control arrastrando las contradicciones que imponía la presencia de los "integracionistas".

LA ORGANIZACION OBRERA EN EL SINDICATO DEL FRIGORIFICO

Analizando el conflicto de enero, resalta el grado de unanimidad en el enfrentamiento y en la decisión de la toma del establecimiento que había entre los obreros del mismo. Durante el mes de diciembre de 1958 se habían realizado las elecciones en el gremio. A las mismas se habían presentado tres listas: una lista comunista, y dos listas peronistas. Entre estas últimas, una de ellas, encabezada por Nestor Hugo Carrasco, se presentaba como pluralista, mientras la otra, netamente peronista, llevaba a la cabeza a quién había sido por los dos últimos años el secretario adjunto del sindicato: Sebastián Borro. Lo acompañaban, entre otros, Edilio García, electo secretario Adjunto; Hector Saavedra, electo secretario de Prensa y Propaganda y Fernando Rivas, electo secretario de Cultura. Hector Saavedra lo recuerda así: "Yo regreso [del exilio] a fines de marzo y en diciembre había que elegir la Comisión Directiva. Yo no integraba la lista ni la agrupación. Había tres listas, una la que formaban los comunistas, otra que era pluralista...no buena pluralista, sino de lo peor, estaba Carrasco, toda una mezcla de...Yo no había ido a ninguna reunión, sin embargo vinieron a decirme que por qué no iba como secretario de Prensa. Le ganamos las elecciones a las dos listas juntas el 7 de diciembre de 1958 (1).

Aparte de la Comisión Directiva como instancia de dirección, la organización gremial se complementaba con un cuerpo de delegados por sección y la realización de asambleas periódicas. Una de las características remarcables es que el establecimiento contaba, para 1959, con aproximadamente 9000 personas entre obreros y empleados. Como semejante concentración obrera estaba, además, ligada al barrio circundante

por lazos de parentesco y vecindad, y dado que el centro de la vida de Mataderos estaba constituido por la actividad del Mercado Nacional y el frigorífico, cualquier conflicto en el establecimiento, necesariamente afectaba al barrio en su conjunto. Para ello, sólo era necesario que la dirección sindical fuera representativa de la voluntad del conjunto de los afiliados.

Consultado uno de los delegados comunistas acerca de la democracia gremial en el frigorífico, en aquella época, estas fueron sus impresiones: "Primeramente, dentro de lo que es orgánico dentro de un sindicato: Comisión Directiva, Cuerpo de Delegados. Se tomaban resoluciones o había planteos y la Comisión Directiva reunía al Cuerpo de Delegados, a pesar de que tenía un día de reuniones fijo semanalmente. [...] algunas veces había que cambiar la posición de la directiva porque aparecían cosas que mejoraban el planteo. Y luego, cada delegado informaba en su sección, y llegado el momento cuando los problemas exigían el aval de los afiliados en su totalidad, se llamaba a una asamblea. [...] Podemos decir que en ese momento era una actitud muy democrática de acuerdo a cómo funcionaban los sindicatos... Primeramente, el cuerpo de delegados era muy pluralista, porque estaban todas las tendencias representadas en la medida de las fuerzas que tenían. [...] Pero no había discriminación, no siendo algunos sectores, por ejemplo en mi sección en que era fuerte la Alianza (2): ellos, si podían, discriminaban o peleaban para que no fuera un comunista como delegado. [...] Hasta la forma de elegir al delegado era democrática: la sección, antes de elegir al delegado, hacía una asamblea de sección donde se elegían los candidatos. Teníamos que elegir un delegado a la mañana y un delegado a la tarde [...] Cada grupo tenía sus candidatos, el peronismo llevaba uno, nosotros llevábamos nuestro candidato y los otros no tenían fuerza. Ni los radicales ni los socialistas" (3).

Electa en diciembre, la nueva Comisión Directiva cuyos primeros actos fueron referidos a la atención social de las necesidades de las fiestas de fin de año ("habíamos vendido para fin de año, sidra y pan dulce a precio de costo y con la plata compramos juguetes que repartimos en un Festival a todos los chicos de los

afiliados (4)) recibió con sorpresa la decisión del Ejecutivo, y de inmediato se empezaron a mover para oponerse.

EL DEBATE

La Unión Cívica Radical Intransigente tenía la mayoría absoluta de ambas Cámaras, la mayoría de la oposición era de la UCRP. Entonces, el debate se dió entre aquellos que no hacía dos años militaban en el mismo partido. A partir de tal abrumadora mayoría y salvo que las disidencias internas de la UCRI lo impidieran (5), la sanción de las leyes propuestas por el Ejecutivo tenían un rápido despacho.

El 10 de enero se conoció la decisión del presidente de enviar a las Cámaras el proyecto por el cual se elevaban los gravámenes a la exportación de un 1½% al 3%; en el mismo proyecto se disponía la venta del frigorífico nacional .

Los obreros reciben la noticia unos días antes y comienzan a disponer una movilización a la Plaza del Congreso el día en que se trate la ley.

El 12 de enero, un día antes de la concentración, una delegación de obreros encabezada por Sebastián Borro concurre al Congreso y "acorralan" (6) al presidente de la Cámara de Diputados, el dr. Gómez Machado. El que habla es Sebastián Borro: "¿Venderá la CAP la carne más barata? ¿Qué inventaran los productores? ¿Milagros que no puede hacer el ente nacional? (7). Les es prometida una respuesta para el día siguiente. El cronista del diario "Clarín", que cubría la entrevista asentó el diálogo que precede este capítulo y que apareció en la primera plana del matutino. En él se refleja el "ambiente" en el que desarrollaba el gremio las tratativas tanto como el real significado del enfrentamiento que se avecinaba. Entrevisto como la oposición entre "civilización" y "barbarie", o "cultura" versus "violencia", los dos significados culturales, el de los obreros tanto como el de las clases dominantes quedan evidenciados. El mismo periódico publica ese día la siguiente noticia:

"International Packers y Wilson Co. operan los únicos establecimientos frigoríficos de intereses norteamericanos en la Argentina después de muchos años de dificultades. Los altos funcionarios de ambas firman confían en un mejoramiento de sus actividades comerciales en la Argentina bajo el gobierno de Frondizi, y la visita del mandatario coincide con la consideración por el congreso argentino de una nueva ley de carnes" (8).

Ambas firmas esperaban agasajar al presidente en los Estados Unidos. Reflejaban fielmente las expectativas que el viaje de Frondizi había despertado en cuanto a las relaciones comerciales entre ambos países.

Para el sindicato del frigorífico se imponía el enfrentamiento a lo que consideraban una medida antinacional. Por la noche, la comisión directiva realiza una conferencia de prensa en la que se oponen a la entrega del frigorífico a manos privadas: "el gremio en general se opondrá con las fuerzas necesarias, en defensa del patrimonio nacional para que no se concrete tan antinacional medida" (9).

Al día siguiente, la guardia apostada en el Congreso es reforzada con agentes de la Guardia de Infantería. Hacia allí se movilizan y concentran los obreros y empleados en un número aproximado a dos mil. Debe haber resultado extraño para los paseantes del centro de la ciudad la presencia de un ternero en el que los obreros habían pintado: "Señores Diputados, no me entreguen; quiero ser nacional" (10). La movilización lleva dos carteles en los que expresan sus reclamos: "En defensa de nuestro patrimonio, contra la entrega de nuestro frigorífico a la empresa privada" y "Como argentinos no podemos aceptar la entrega del frigorífico nacional".

Adentro del recinto, la comisión del gremio espera la respuesta prometida por el presidente de la Cámara de Diputados. "Fuimos al Congreso y entramos, y en cada banca le dejamos un documento. Y sonaba la campana. ¿cómo nos desalojaban? Hablamos con Gómez Machado y nos dijo que Frondizi nos iba a recibir al otro día...y esa noche sancionaron la ley" (11).

Afuera los obreros esperan. Cuando cae la noche se improvisan antorchas con papeles, y ante las llamas que no tardan en apagarse, se escucha el himno nacional y también: "Que sí, que no, Frondizi lo vendió" tanto como "¡Nacional, nacional!"

El documento presentado, que resume la posición de los obreros, presentada en otra parte de este trabajo, sintetiza el reclamo de "prohibir la entrada de carnes en la Capital, el frigorífico se hará cargo del monopolio del abastecimiento de la ciudad, autarquía y descentralización del frigorífico y del Mercado Nacional

de Hacienda, con amplias atribuciones para actuar como exportador directo, aprobar el reequipamiento del frigorífico Nacional autorizando los créditos peryinentes, que significaría a la empresa una recuperación aproximada de 180 millones de pesos anuales" (13).

La última sesión del año de la Cámara de Diputados, a pesar del griterío de la calle, se desarrolló con normalidad. Pese alas promesas que el titular de la Cámara había hecho a los obreros, Frondizi no recibió a los obreros al día siguiente. Unas horas antes la Ley se había sancionado en ámbas Cámaras.

En la redacción de los antecedentes justificatorios del proyecto de ley del Ejecutivo se fija claramente la argumentación por la que el gobierno proponía la venta del frigorífico. Suscintamente, es el siguiente: Dado que todo el proceso de industrialización de las reses, tanto del ganado para consumo interno como el de exportación, resulta obsoleto, se evidencia la contradicción de que "[...] mientras el país exporta subproductos ganaderos disecados, importa, con posterioridad, productos químicos provenientes de una elaboración extraña. La no utilización integral de las reses y su consecuente insuficiencia en la industrialización, hacen depender la suerte de la economía ganadera del valor de la carne, de los cueros y de las lanas" (14). De esto resulta que el valor de la carne para el consumo resultará elevado hasta que "no existan otros factores industriales que mantengan en el nivel remunerativo el valor de las haciendas y permitan reducir el precio de la carne"(15). Al mismo tiempo, se considera que estas deficiencias afectan el balance de pagos del país al "[...] obligarnos a importar productos elaborados cuyas materias primas se producen y malgastan en el país" (16).

En cuanto al frigorífico de la ciudad de Buenos Aires, concretamente, el proyecto dice:

"Ha funcionado por años en condiciones institucionales y económicas extrañas a su esencia e incompatibles con su finalidad. Su desenvolvimiento comercial ha resultado de déficit crecientes de explotación que no se justifican" (17).

Lo que se desprende de los argumentos del gobierno, tanto como los de

los obreros del frigorífico, citados hasta aquí, es que ambos hacen el mismo diagnóstico acerca de la situación del establecimiento. Sin embargo, las soluciones propuestas son netamente antagónicas; para el gobierno, sus argumentos lo llevan a desprenderse del frigorífico en beneficio de la C.A.P.; para los obreros el mismo análisis los lleva a pedir que el establecimiento cumpla con las funciones para las que fue creado, debiendo el Estado proveer los fondos para su modernización. En palabras que los obreros repetirán insistentemente, durante aquellos días, a los funcionarios: "[...] el frigorífico, sin explotar al máximo sus productos y sin tener permisos para exportar carne y sus derivados fue el dique de contención ante los ataques monopólicos" (18).

De todas maneras, la decisión del gobierno, aunque partiera de una similitud en el análisis de las causas del déficit del frigorífico, obedecía a una estrategia más amplia de relación con la burguesía agraria, e intentaba incorporar a ésta al proyecto de modernización del capitalismo argentino. Es por ello que hubo pocas resistencias en el recinto a la privatización. El debate se centró específicamente en las modificaciones del decreto 8.509/56 que determinaba el destino otorgado al 3% de retención a las exportaciones. Las modificaciones que impuso el gobierno de Frondizi a dichos fondos fueron su utilización para "elevar el nivel técnico de la producción ganadera y la industrialización de los subproductos" (19).

El diputado miembro de la mayoría que justificó, en primer lugar, ^{el proyecto} afirmó en su intervención que el frigorífico estaba arrojando importantes déficits, siendo sus pérdidas en el año 1959 de 170 millones de pesos. La C.A.P. -afirmó- "acepta la transferencia del frigorífico y está dispuesta a realizar con él una transformación de fondo en todo su sistema de industrialización y comercialización" (20).

La expresión más fundamentada en defensa de los proyectos del Ejecutivo fue hecha por el diputado informante por la mayoría, José Liceaga, diputado por

la Provincia de Santa Fé. Liceaga era, tal vez, el único especialista en el tema de las carnes. En 1952 había publicado su libro Las carnes en la economía argentina (21), en el que expresaba una posición antiimperialista y defensora de los pequeños y medianos productores ganaderos. El argumento central de la exposición de Liceaga se dirigía, como el diputado que lo precedió, al destino del fondo ganadero. Recordando los grandes debates ocurridos en la Cámara, afirmaba que el destino de las retenciones a la exportación había sido, frecuentemente, el de enjugar los quebrantos por la vía de los subsidios que se tomaban de las retenciones. La referencia explícita era a la política de subsidios mantenida por el gobierno de Perón a las empresas extranjeras y al mantenimiento de dicha política mediante decretos de la Revolución Libertadora. La nueva Ley impedía que los fondos recaudados como retención a las exportaciones se destinaran a tales efectos.

Contestando a las expresiones de los diputados de la UCRP, Liceaga preguntaba:

"¿Por qué se opone el señor diputado Damiani a un proyecto de ley de este carácter? Se opone, y lo lamentamos, a una ley que puede convertir a la CAP en el principal comprador de hacienda en nuestro país; se opone a una ley que impone la prohibición de utilizar el sesenta por ciento del fondo ganadero para enjugar quebrantos; y se opone a una ley que prohíbe un privilegio ganadero" (22).

Era la filosofía del gobierno que pretendía el desarrollo industrial, aunque fuera en forma dependiente. La misma filosofía que aparecía en otros párrafos del diputado Liceaga:

"[...] la economía argentina tuvo como factor esencial de su desarrollo a la ganadería. [...] ese sistema de explotación del suelo generó sectores de predominio económico que luego se transformó en político, conspirando contra el sentido industrial que pudo tener la evolución del país" (23)

En cuanto a la privatización del frigorífico nacional y a la posición de los obreros, la posición del gobierno, por intermedio del diputado santafecino, justificaba el traspaso a la CAP basado en los mismos argumentos de eficiencia, modernización y quite de subsidios.

Lo antedicho no implicaba necesariamente la privatización. Pero ésta estaba ligada al logro de una efectiva hegemonía de la burguesía industrial por

sobre la burguesía agraria, estimulando la participación de ésta en actividades industriales.

Tal vez el diputado de la UCRI entrevió el conflicto de proporciones que se avecinaba con los obreros y se sintió molesto por la actitud de los mismos ante las puertas del Congreso, dado que terminó su exposición diciendo:

"Señor Presidente: durante el desarrollo de esta sesión un grupo de obreros del frigorífico Nacional se agolpó frente al Congreso, hizo manifestaciones de disconformidad con respecto al proyecto de ley y tuvo expresiones despectivas y de crítica aguda y agresiva. Una actitud de ese tipo afecta a los hombres que siempre hemos puesto nuestra pasión, voluntad y capacidad de lucha al servicio del pueblo, de la justicia y de la emancipación nacional. [Se] quiere presentarnos como en un plano antipopular y antinacional. [...] Tengo fé en el pueblo argentino, y creo que él también podrá tener fe en la realidad presente y futura, y marchar acorde con la esperanza argentina de que los intereses de los trabajadores no han de ser afectados por ninguna ley" (24).

El bloque de diputados por la Unión Cívica Radical del Pueblo, a la inversa de los desarrollistas, no tenían un proyecto diferente al que había sido el plan económico de la Revolución Libertadora. La intervención de sus diputados respecto de las modificaciones de la ley de carnes y el aumento del porcentaje de la retención al fondo ganadero fue de cerrada oposición. Podían llegar a aceptar que el fondo ganadero no sirviera para enjugar los quebrantos vía subsidios, pero se quejaban de que en la modificación a la ley, particularmente en su art. 4, los fondos no fueran manejados a su antojo por la C.A.P., sino que tuviera que presentar los planes de inversión a la Junta Nacional de Carnes, que debía contar con la autorización del Poder Ejecutivo para realizarlos. Consideraban que ello constituía una limitación a las funciones de la organización de los ganaderos. Argumentaban, además, que la elevación de los gravámenes a la exportación dispuestos por el Plan de Estabilización afectaba a los productores, y si bien reconocían que la devaluación del peso, como resultado de la liberación del mercado cambiario, favorecía a la burguesía agraria, su argumento principal era que el control de cambio que había estabilizado al dólar, permitía no depender de los vaivenes de la oferta y la demanda. El argumento principal, en ese sentido, expresado por el diputado Ricardo Contín, de la Provincia de Entre Ríos, fue que el gobierno no podría controlar el mercado cambiario.

Su intervención incluyó críticas a la sumisión del gobierno al Fondo Monetario Internacional, a la política petrolera y, más generalmente, a toda la política económica del desarrollismo. La intervención del Estado, ayudando con créditos a los productores era justificada con el argumento de que los mismos eran la herramienta más eficaz contra el monopolio (25).

La síntesis de la postura de la UCRP puede ser representada por las palabras finales del diputado de Entre Ríos:

"Estaremos pobres los argentinos, pero no por ello hemos de desorganizar nuestra producción y sus organizaciones respectivas, obedeciendo tal vez a recomendaciones foráneas, porque esas organizaciones argentinas serán el día de mañana, a no dudarlo, la columna vertebral del desarrollo económico que todos anhelamos" (26).

Aunque toda la intervención ronda en la oposición de lo "nacional", -que se defiende- y lo "foráneo" -que se ataca-, resulta evidente que los radicales del pueblo se atrincheraron en la defensa de la estructura tradicional de la producción agrícola-ganadera contra las aventuras desarrollistas e industrialistas. El futuro -siguiendo la afirmación del diputado Contín- seguiría siendo posible gracias a las organizaciones de los productores.

En cuanto al frigorífico, los diputados de la UCRP se negaban a votar afirmativamente el proyecto basados en tres argumentos. En primer lugar, que convenía a la CAP el desarrollo de frigoríficos regionales más que el aprovechamiento del establecimiento de la Capital. Basaban esta postura en el hecho de que el fondo ganadero serviría más a los productores cercanos al frigorífico, o sea, los de la provincia de Buenos Aires. En segundo lugar, el argumento de que la ley no disponía claramente que el establecimiento sería vendido, efectivamente, a la C.A.P., sino sólo que esta tendría preferencia. Sostenían en la Cámara el injustificado temor de que el frigorífico fuera a parar a manos del capital extranjero, aún cuando los diputados del oficialismo les aseguraran que ya estaba todo arreglado con la CAP. En tercer lugar, los radicales del pueblo defendían la autonomía municipal y un efectivo federalismo. Dado que el frigorífico había vuelto a pasar a la órbita nacional pocos meses antes del debate para posibilitar la ley de venta, sostenían que el mismo debía

pasar nuevamente a la esfera municipal. En esta postura coincidieron algunos diputados de la UCRI que votaron con la oposición. Desde esta postura, la venta del frigorífico implicaba una intervención indebida del Estado Nacional en la economía del Municipio de la Ciudad.

Es importante destacar que en las intervenciones de ambos bloques resultan coincidentes -en los argumentos-, las razones por las cuales el frigorífico no había cumplido con los fines para los que había sido construido. En palabras del diputado Puricelli, de la UCRP:

"Los frigoríficos extranjeros [...] pretendieron iniciar un verdadero dumping para introducir en la Capital Federal tipos de carne que no siempre requerían las condiciones para este mercado [...] A partir de ese año [1930] se pretendió la destrucción del primer organismo municipal que, con criterios de empresa, participaba del conocimiento de muchos de los secretos de la economía gaadera argentina" (27).

Con los mismos argumentos los radicales afirmaban distintas conclusiones: los "del Pueblo", que debía devolverse a la Municipalidad, los "intransigentes", que debía venderse a manos privadas.

El debate, que se desarrolló en la madrugada del día 14 de enero de 1959, de ningún modo significó, siquiera la sombra de aquellos debates que resonaron durante años en las Cámaras, pese a que la figura de Lisandro de la Torre fue citada varias veces en el recinto. Las que sí resonaron fueron las palabras de José Liceaga al final de la jornada:

"Muchas veces debemos adoptar actitudes antipopulares para cumplir ese fin fundamental; muchas veces debemos contradecir las aspiraciones de comodidad u holganza que puedan tener sectores del pueblo argentino. Pero en esta obra debemos sacrificarnos todos, y hemos de sacrificar hasta nuestra popularidad con tal de hacer la gran revolución transformadora que requiere el pueblo para su consagración definitiva y para la consolidación de la soberanía nacional" (28).

La ley fue sancionada por 87 votos afirmativos contra 13 por la negativa. Inmediatamente se trasladó a la Cámara de Senadores donde se aprobó sin debate: los 42 senadores eran del oficialismo.

INTERVIENE LA C.A.P.

Tal vez para justificar de antemano las afirmaciones que harían los diputados de la UCRI de que la CAP se encontraba verdaderamente interesada en ocuparse

del destino del frigorífico, fue que aquella tarde calurosa de enero, el presidente de la Corporación se presentó en el local sindical de los obreros y empleados del frigorífico. Se trataba del señor Busquet Serra, quién meses atrás había logrado lo inesperado: resultó electo presidente de la CAP encabezando una lista conjunta de ganaderos de la Sociedad Rural Argentina y las sociedades rurales del interior, hecho inédito en la política argentina.

El relato que sigue me fue transmitido por el entonces secretario general del gremio y confirmado -incluso en los detalles- por el secretario de prensa del mismo; ambos se encontraban presentes aquella tarde en el local sindical. La misma versión relataron ambos protagonistas de este suceso frente a los micrófonos de Radio Rivadavia que cubría periodísticamente la toma del establecimiento por los trabajadores (29).

Era una tarde de intenso calor, entre 30 y 40 grados centígrados. La Comisión Directiva del sindicato se encontraba en el local planificando las acciones que emprenderían para oponerse a la privatización. Hasta allí, hasta Mataderos, esa tarde, concurrió el presidente de la CAP. Los obreros no salían de su asombro. Por las dudas, ya que no sabían si tendrían otra oportunidad, lo dejaron esperando cuarenta y cinco minutos, después lo recibieron. El que presidía la reunión era Sebastián Borro. La charla se detuvo por un tiempo en trivialidades hasta que el presidente de los ganaderos fue al grano.

"Bueno, vamos a hablar comercialmente -dijo- ¿Cuántos son ustedes en la Comisión Directiva?"

El que contestó fue Sebastián Borro: "somos veinticinco".

"Bueno -dicen que dijo Busquet Serra- hay 30.000 pesos para ustedes y una participación en acciones en el directorio de la CAP. Pero nosotros vamos a tomar medidas con el personal que ustedes van a avalar."

Tras un instante de silencio Borro lo miró y le contestó con otra pregunta: "¿Me permite que llame aquí a los demás integrantes de la Comisión Directiva

para que usted mismo les haga la propuesta?"

Ante la afirmativa del ganadero, los demás fueron convocados. Una vez reunidos, Borro le pidió que repitiera la propuesta y, al hacerlo, Busquet Serra habrá sentido que ya no tenía sentido permanecer allí un minuto más. Casi fuera de sí, Borro lo insultó frente a sus compañeros y lo echaron del sindicato. "También esa reunión terminó así. Los dirigentes se habían quedado firmes en la posición", dice Hector Saavedra. Durante los días de la toma y ante todos los que quisieran escuchar, los dirigentes relataban lo acontecido con satisfacción (30).

LA TOMA DEL FRIGORIFICO

El miércoles 14 los obreros conocen la noticia de que -contra lo prometido- la ley ha sido sancionada. Durante la jornada los delegados convocan a una asamblea general del gremio a realizarse esa misma noche. El presidente de la Nación se ha negado a recibir a los dirigentes y son ellos los que presiden la reunión luego de reunirse con el Ministro de Trabajo. La asamblea recibe la adhesión de las "62 Organizaciones" por intermedio de uno de sus máximos dirigentes, Avelino Fernández, quién concurre a expresar su solidaridad, también se reciben adhesiones de la Asociación de Propietarios de Carnicerías, Personal Aeronáutico, Federación Universitaria de Buenos Aires, las Asociaciones Rurales de la Provincia de Buenos Aires (cooperativistas) y del gremio de la carne (31). El barrio comienza a convulsionarse por los acontecimientos. Frente al frigorífico se escuchan las mociones de los oradores de la asamblea: ocupar el establecimiento a la hora de iniciación del trabajo o realizar un paro de 24 horas y luego ocupar el frigorífico. Néstor Carrasco, en uso de la palabra, dice (32): "No nos asusta la movilización [se refiere a la movilización militar que han sufrido los ferroviarios], tenemos que ir a trabajar y quedarnos en el trabajo, entonces el presidente va a saber donde queda el frigorífico" (33). Finalmente se pospone la decisión para el día siguiente y se convoca a una nueva asamblea frente al mástil del frigorífico.

El día jueves, la delegación de la Comisión Directiva es recibida por

Fronidzi en la quinta presidencial de Olivos. A la reunión concurren también representantes de las "62". En el frigorífico, los obreros concurren al trabajo pero, al terminar los turnos, no abandonan el establecimiento. En los alrededores comienzan a concentrarse los familiares.

En las tratativas siempre concurrían cinco o seis miembros de la Comisión Directiva. "Borro nunca ocultó nada. [...] otra actitud que hay que valorar es que no iba sólo nunca. El no aceptaba ir sólo. Hay eventos, en que si vas a hablar con el presidente de la Nación, no van a ir veinticinco, treinta tipos, pero van cinco, seis. Ya no es lo mismo, porque está la opinión de los seis que están escuchando lo que se discute" (34).

Arturo Frondizi los recibió por la tarde. "Cuando comenzamos a hablar con ellos, Jorge Di Pasquale le dice: Señor presidente, usted se apartó del programa del 23 de febrero...Frondizi le contestó: Señores, aquí vinimos a hablar del problema del frigorífico nacional y no de política, de política conversaremos en otro momento. [...] era un ping-pong. Uno de los miembros de la Comisión Directiva, el compañero Rivas, le dice: Señor, usted tiene nuestro informe del frigorífico durmiendo en un cajón. Llevando eso a la práctica usted sabe como funcionaría" (35).

"El señor Rivas expresó que el frigorífico había dado superávit en los años 1935, 1937, 1938, 1939, 1940, 1944, 1945, 1946, 1948, 1949, 1951, y 1957 y que nunca tuvo subsidios del gobierno. Agregó que en los años que tuvo pérdidas pudieron enjugarse con los beneficios anteriores. Se solicitó que la Junta Nacional de Carnes aclarara públicamente la nómina e importes recibidos por los frigoríficos e incluso por la CAP por subsidio o quebranto" (36)

La respuesta del presidente al pedido de que vetara la ley fue negativa. A partir de allí, la percepción de los obreros puede resumirse así: "Frondizi le dijo [a Borro] que estaba decidido. El problema no era si era justo o no, si era conveniente para el país o no, lo que valía era que ellos ya lo habían decidido. Entonces se preveía que iba a haber represión, los obreros para atrás no íbamos a ir"(37).

La asamblea programada el día anterior se realiza con la participación masiva del personal, se calcula en unos 8.000 obreros y hablan unos cuarenta oradores. Se decide: 1) tomar el establecimiento y permanecer en él, 2) un paro por tiempo in-

determinado, y 3) pedido a las "62 Organizaciones"; a los "32 gremios democráticos" y al MUCS que convoquen a un paro general de apoyo a la lucha. La bandera, alrededor de la cual se realiza la asamblea, es izada a media asta en señal de duelo gremial (38). El día viernes los principales matutinos anuncian en sus primeras planas: "Ha sido ocupado el frigorífico metropolitano".

Hay algunas versiones que dan cuenta que la organización de la insurrección en Mataderos fue organizada y planificada por John W. Cooke y Sebastián Borro. Ello no es del todo exacto (39). En aquella asamblea masiva se hizo presente el delegado de Perón: "A mí el que me viene a hablar para que hablara Cooke es Tristán, que estaba con Cooke. Como yo era el que manejaba eso, la cuestión de Prensa y Propaganda, me dice: ¿Puede el "gordo" hablar? Y le digo: No, escuchame, entra el "gordo" y se arma el despelote. [...] Cooke ya no estaba en el Comando Nacional. No está en el Comando desde el Pacto. Digo en el Comando Nacional que teníamos con César Marcos... en el otro sí. Nosotros nos seguíamos manejando como Comando Nacional" (40).

Ello no significa que Cooke no haya tenido un papel protagónico, particularmente respecto de su relación con las "62 organizaciones", activando la huelga general. Significa que la versión de tipo conspirativo es patrimonio exclusivo de la visión frondicista de los hechos que -como veremos- hace hincapié en la posibilidad de una conspiración golpista para evitar el viaje de Frondizi a los Estados Unidos. La toma del frigorífico y el paro del gremio del establecimiento debe buscarse en la decisión de los sindicatos "duros" de enfrentar al gobierno, y particularmente, en la negativa de los obreros del frigorífico de entregar el establecimiento en manos privadas. Es allí donde reside la coincidencia con Cooke, en la intransigencia. Ambos terminarían acusando a las "62 Organizaciones" de no continuar con el paro general y de hacerle el juego al "integracionismo" del gobierno.

ORGANIZACION OBRERA EN UNA TOMA DE FABRICA

La noche del jueves 15 los obreros permanecen en el interior del edificio. Tal concentración humana, sumada a los miles de familiares que esperan en los muros

de los alrededores, plantea a la Comisión Directiva problemas serios de organización. La recepción de la comida, los lugares para dormir, la organización de una posible resistencia en caso de represión, la solidaridad de los vecinos y comerciantes del barrio son cosas que se van haciendo sobre la marcha, improvisando.

"Cuando se toma el frigorífico, inmediatamente se reúne la Comisión Directiva con el Cuerpo de Delegados para tomar medidas. ¿Qué medidas se toman? Primero, se forman grupos para el cuidado de las cosas, no permitir que se vaya a deteriorar una máquina, no permitir ningún tipo de sabotaje, el que podía partir de dos lugares: de obreros muy enardecidos que no pudieran contener la bronca y pudieran quererla descargar en un acto de ese tipo. Pero lo que más nos preocupaba eran los sectores que ellos pudieran hacer ingresar, provocadores, para hacer un zafarrancho y acusar a los obreros. Segundo, se forma un equipo de compañeros que van a atender a los animales, darles de comer, darles agua, que no les falte nada y que no vaya a haber depredación con los animales. Luego se organizó un grupo...-porque esa noche se tomó el frigorífico y a las dos horas estaban todos los familiares, alrededor de nosotros veinte o treinta mil personas alrededor del frigorífico-, grupos que organizaban la recepción de las comidas; en un lugar se depositaban y de allí se iban repartiendo a todos los sectores. Los compañeros se ubicaban en sus secciones; de acuerdo al lugar que ocupaba esa sección tenía una tarea de vigilancia, control, de mantener el orden, mantener la limpieza. Y luego un grupo, que con la Comisión Directiva a la cabeza iniciaba las gestiones. Y grupos que cumplían funciones auxiliares. Iba la Comisión Directiva a una entrevista, pero afuera quedaban dos, tres grupos, esperando la salida. Saber si esos compañeros no eran detenidos: el control y el cuidado de los propios compañeros de la dirección para que no les fuera a pasar nada. Otra de las medidas era que había un grupo de compañeros que recorrían la zona visitando los comercios, pidiendo la solidaridad, es decir, sacar el problema a la calle. Esa fue la organización que hubo allí. Hubo un grupo que mantenía el espíritu, por ejemplo, poner un audio, pasar música. Todo eso lo fuimos haciendo sobre la marcha" (41).

La comisión Directiva pensaba que podía haber represión. La intransigencia con que el gobierno de Frondizi encaraba las negociaciones parecía conducir justamente a ella. Basados en las experiencias de anteriores enfrentamientos, Sebastián Borro había previsto que la caldera no fuera apagada para resistir con mangueras de agua caliente la entrada de las fuerzas represivas. También, de acuerdo a lo ocurrido en episodios anteriores, se había enragado a un grupo de obreros que, una vez desencadenada la represión, se largara la hacienda acumulada en los bretes. La disposición del frigorífico en cuatro pisos permitiría, trabando el acceso a las escaleras, resistir desde allí arrojando cosas por las ventanas. De todas maneras, esta resistencia precaria nada podría hacer ante el número de fuerzas desplegadas por el gobierno, decidido a "pacificar" la Capital Federal antes del viaje del presidente (42).

"Nosotros habíamos designado encargados de las relaciones con los estudiantes. Porque nuestra relación era nula. Había comisiones que recorrían el barrio recabando la solidaridad. Eso fue lo que hicimos en el frigorífico. ¡Todo el mundo participó en la asamblea! Entonces fuimos a ver a los comerciantes, pero no coaccionándolos. Ponían plata, ayudaban, ¿por qué? porque teníamos que hacerles comprender, no ir a apretar, sino explicarles que ellos viven del trabajador del frigorífico. Y eso fue lo que fue. ¡Todo el mundo! ¡Era impresionante! ¡Era impresionante la solidaridad que había! Y como se daba, que hasta los comités de la Unión Cívica Radical Intransigente, estaban de acuerdo" (43).

EL VIERNES: "¡PATRIA SÍ, COLONIA NO!"

Por la mañana, los periodistas son instalados por la Comisión Directiva en el salón de la gerencia. Radio Rivadavia relata por los micrófonos el ambiente que se vive en el frigorífico y sus alrededores y se graban entrevistas a los dirigentes y vecinos de Mataderos. Dicha grabación ha sobrevivido junto con la memoria de los participantes (45). Como fondo, grupos de obreros con varios bombos gritan, por primera vez el "¡Patria sí, colonia no!" que luego quedaría adherido al folklore

popular. El barrio de Mataderos se encuentra convulsionado, el tráfico de vehículos ha sido cortado y grupos de obreros detienen a los tranvías, les pintan consignas de apoyo a la toma y luego los dejan circular. El frigorífico aparece embanderado con cartelones que dicen: "DEFENSA DEL PATRIMONIO NACIONAL" (46) y los comercios permanecen cerrados desde el día anterior.

La reunión del viernes de la Comisión Directiva con el gobierno no se realiza con Arturo Frondizi. Tal vez para endurecer la posición, éste ha nombrado negociador al jefe de la Policía Federal, el capitán Ezequiel Niceto Vega. A la reunión concurren los cuatro negociadores designados: Borro, García, Saavedra y Rivas; se encuentra presente el presidente del frigorífico. La postura del jefe de la Policía es clara: en las asambleas realizadas en el frigorífico han hablado libremente los comunistas. Sebastián Borro le contesta que en el gremio que representa tienen la palabra todos los que quieran hacer uso de ella, que esa es la verdadera democracia (47). En cuanto a las medidas de fuerza, la posición del gobierno es la siguiente: 1) confiar en la palabra del presidente, 2) no prestarse a juegos políticos o gremiales extraños al frigorífico, 3) que en las asambleas hablen y dispongan los miembros de la directiva, 4) no ofender con palabras, 5) no destruir las herramientas de trabajo, y 6) no hacerse eco de noticias o rumores tendenciosos. Al mismo tiempo, Niceto Vega comunicó a los negociadores que las autoridades nacionales se comprometían a: 1) no innovar sobre el frigorífico durante la ausencia de Frondizi, 2) que cuando vuelva conversaría con la directiva las veces necesarias para arribar a un acuerdo, y por último, que los obreros debían reanudar sus tareas en forma normal y que las medidas de fuerza sería oportuno aplicarlas, agotadas las tratativas (después del regreso del presidente). Les sugirió la posibilidad de que formaran una cooperativa para arrendar el frigorífico (48). La Asociación expresó su desacuerdo quedando en otra reunión para la noche. En ella, el jefe de la Policía, habiéndose reunido nuevamente con Frondizi, les leyó el siguiente comunicado:

"Existiendo medidas de fuerza, no habrá lugar a ninguna clase de tratativas. Si no se admite la veracidad del compromiso contraído por el suscripto en nombre del señor presidente y se

mantiene la huelga y la ocupación, el Poder Ejecutivo actuará con toda decisión y energía. Ezequiel Niceto Vega, capitán de navío, jefe de la Policía Federal" (49).

Dado que las tratativas parecían estancarse allí, y tratándose de comunicados, la Asociación también emitió el suyo:

"Le decimos a usted que es intermediario del presidente, que el gremio ha decretado la huelga en una asamblea, y nosotros, que somos los representantes del gremio, la haremos cumplir hasta que sea derogada la ley que dispone el traspaso del frigorífico" (50).

El enfrentamiento era un hecho. A la medianoche del viernes, el Ministerio de Trabajo y seguridad Social por intermedio de su titular, Alfredo Allende, declaró ilegal el paro de los obreros y conminó al personal a desalojar el establecimiento a las 3 horas del día sábado. Una hora después del plazo, aproximadamente, se desencadenó la represión.

"ME ASOME POR UNO DE LOS MUROS Y ERA UN MAR AZUL" (51)

Durante los días anteriores a la represión policial, los frigoríficos norteamericanos que aún trabajaban en el país comenzaron a despedir obreros: el frigorífico Swift, de Berisso, despide el día miércoles, un millar de obreros, lo mismo sucede en el Armour. El día jueves, el personal de ambos establecimientos decide un paro de actividades que se suma al del frigorífico nacional.

La Comisión Directiva todavía espera ser recibida por Frondizi y no se encuentra en el frigorífico. Apresuradamente se convoca a una reunión de emergencia de las "62 Organizaciones".

En el frigorífico, los obreros colocan piquetes de guardia en las esquinas para que den la alarma.

A las dos de la madrugada parten del Departamento central de Policía 22 omnibus cargados con agentes. Los acompañan carros de asalto de la Guardia de Infantería, camiones de bomberos y patrulleros. Al llegar a las calles SanPedrito y Bilbao se detienen en espera de refuerzos. Allí se les unen cuatro tanques "Sherman" del Regimiento de Granaderos a caballo y varios jeeps con soldados provistos de ametralladoras; estas fuerzas al mando del Tte. Coronel Alejandro Cáceres Monié. En

el mismo lugar se les suman, en un increíble despliegue, cien hombres de Investigaciones con ametralladoras y armas largas. La fuerza represiva constituída suma unos dos mil hombres.

La primera acción represiva consiste en tomar el local sindical de la Asociación. Luego, avanzan hacia el frigorífico ocupado. Los piquetes de obreros dan la alarma (52).

"Yo pienso que en ese momento ellos pensaron en una resistencia armada; era toda gente de cuchillo y pensaron que pasaba cualquier barbaridad. Y no es así, no pasó nada, absolutamente nada" (53).

A las cuatro de la madrugada llegan refuerzos de Gendarmería y las fuerzas de la represión toman ubicación frente al portón de acceso. El subjefe de la Policía Federal, capitán de Fragata, Carlos Barzone, se dirige al portón y ordena franquear la entrada. Desde adentro le responden que esperan a los dirigentes. Cientos de obreros se trepan a los muros y a la verja, algunos de ellos al portón. Desde los altavoces del frigorífico que servían para dar ánimo a la resistencia, se escucha: "Los tanques deben emplearse para cuidar los intereses de la Patria" (54).

Al ver que no hay respuesta, se ordena el avance. Un vehículo liviano que obstruía el camino del tanque Sherman se corre a un lado y el tanque atropella el portón. En ese momento, los seis mil obreros que estaban reunidos alrededor del mástil, en el patio, empiezan a cantar el himno nacional (55).

"Creo que fue una de las cosas que los que vivieron eso desde afuera o desde adentro no se lo van a olvidar hasta el último segundo de su vida. Avanzan los tanques. Estábamos colgados de los portones, porque un poco en la bronca y otro poco de inconciencia, lo que pensamos es que iban a meter la arremetida pero que lo iban a parar. ¡Las pelotas lo pararon! ¡Tiraron todo a la mierda! Nos mandaron... ¿viste esos árboles que estaban podados como a dos metros, todos redondos? Yo, desde el portón, cuando el portón pegó el cimbronazo, pasé por arriba de los árboles y fuí a caer en un cantero, allá como a cinco o seis metros...y todavía allí cayeron

otros. El compañero que era tesorero del sindicato en ese momento y que era de mi sección, salió con dos o tres costillas rotas. También cayó ahí, y arriba de él se cayeron otros y se rompió las costillas. Yo, el revolcón y nada más, tuve suerte. En medio de eso, que el tanque entra, avanza, la gente dá la vuelta, se para en el mástil y empieza a cantar el himno nacional. Te digo una cosa...no hay palabras para decirte lo que siente uno en ese momento, yo creo que te transforma. Si en ese momento la gente hubiera tenido algo en la mano no se lo que hubiera sido capaz de hacer. ¡Realmente había un sentimiento de odio, de bronca! Allí la gente no pensó en ningún momento ni en su riesgo ni en su interés, ni eso que se dice siempre: ¿Por qué no pensás en tus hijos? En ese momento la gente estaba para cualquier cosa. Ahí la gente se había olvidado de algo, que según los médicos, los científicos, llevamos siempre, que es el miedo o el espíritu de conservación, como quieras llamarlo. Era un obrero del frigorífico, honesto, sí, pero que no militaba mucho, no estaba en la lucha permanente...y ¡había que estarlos agarrando!...un ladrillo, cualquier cosa querían tirarle al tanque, cualquier cosa" (56).

El tanque, luego de derribar el portón ingresa en el patio seguido por los policías. Algunos obreros se trepan en el blindado pero son inmediatamente reprimidos. Ya en el patio, empiezan a tirar gases lacrimógenos y tiros, mientras los obreros viven a Perón (57).

El grupo que tenía como misión largar la hacienda de los Bretes, al grito de ¡hopa...hopa...hopa! lo intenta en vano. "En la huelga de 1948 las largamos. En el '59 quisimos largarlas y las vacas...no caminaron, estaban entumecidas...las sacamos, sí, pero no hicieron el despelote...en el '48 las largamos y fue una estampida que se llevaba todo por delante, que no quedaba nadie, ni policías ni nosotros. En cambio en el '59 salieron, pero al trotecito, se pusieron a comer pasto...parece que las vacas también habían hecho su experiencia..." (58).

Los gases lacrimógenos hacen retroceder a los obreros que se escapan deslizándose por los muros perimetrales. Vecinos y familiares tratan de ayudar a

sus parientes pero son contenidos por las fuerzas de la represión desplegadas. "[...] tuvimos que saltar las paredes e irnos. Hubo gente que se quedó adentro del frigorífico que inclusive a los gendarmes le tiraba roldanas desde arriba, del cuarto piso [...] Cuatro bombazos de ese tanque que entró y se terminó todo. ¿Con qué íbamos a combatir a un tanque y 1.500 efectivos policiales? ¿Con cuchillos? Eso es para los gauchos...como la zamba, ya no existe más" (59).

Una hora después empieza un incendio provocado en un carro lleno de paja, el que es apagado por la autobomba. El principal foco de resistencia se ubica en el cuarto piso del edificio, desde donde se arrojan cosas. "En las secciones Playa de Vacunos, Playa de Lanares, Playa de Cerdos y Menudencias [...] ponen toda clase de obstáculos previendo que, cuando ellos vinieran no pudieran pasar [...]" (60).

Teníamos cubiertas todas las entradas. Pero por arriba, posiblemente por una falencia del equipo que estaba a cargo, entró la policía por la manga. Ellos subieron por la manga -que desemboca en la Playa de Vacunos, en el 4o. piso- y se apostaron sobre la pared, de espaldas a la calle Tellier. Cuando se avisó, la gente subió por las escaleras, por el ascensor, por donde pudo, y entra por atrás, o sea, que estaban de espaldas a Murguiondo. Hubo un enfrentamiento, allí la policía y acá los obreros. Los obreros empujando para que la policía se fuera..., llegó un momento dado en que parecía que se iba a hacer una carnicería porque los obreros tenían sus cuchillos en la mano y la policía tenía sus ametralladoras, sus armas. Hubo compañeros muy sensatos que salieron al frente y se contuvo la cosa" (61).

"Yo calculo que se pelearon ahí como cuatro horas, mas o menos. Porque hasta hubo simulacros de fusilamiento. Ni bien entraron los tanques hubo un desbande. Entonces quedó un grupo que quería resistir adentro de alguna manera, quedarse de alguna forma, cerrando puertas. Detienen a un grupo de cinco y deciden poner los milicos en fila: ¡Apunten, carguen! y dejarlos ahí unos segundos, para después decirles: Bueno, rajen todos para afuera. Usaron mucho el amedrentamiento" (62).

El cuarto piso recién fue desalojado luego de tres horas de resistencia. Alas 8 hs. del sábado, finalmente, un contingente de la Gendarmería Nacional ocupó el frigorífico (63).

El saldo de la represión es la detención de 95 obreros. Los heridos: Alberto Costa, 29 años, estallido en la región inguinal; Juan Bermejo, 42 años, fractura expuesta de peroné; Emilio García, quemaduras de tercer grado y fractura de dos costillas, además de seis lesionados. Entre las fuerzas de ocupación, 7 lesionados (64).

Del efecto producido en el barrio da cuenta los dos mil niños refugiados en la Parroquia San Vicente de Paul. El padre Reboredo, que desarrollaba su acción pastoral en Mataderos, resulta herido al querer mediar en el enfrentamiento (65). Sin embargo, el efecto producido por el desalojo violento del frigorífico es que la resistencia se traslada al propio barrio y en ella, por varios días, participan el conjunto de los vecinos.

"LAS NOTICIAS LLEGARON AL PLENARIO CONFUSAS Y ALARMANTES" (66)

Esa misma noche se encontraba reunido el plenario de las "62 Organizaciones a la espera de las noticias que traerían los negociadores que manejaban las tratativas con el gobierno. Algunos miembros de la Comisión Directiva del sindicato mantenían un permanente contacto con los acontecimientos del frigorífico. Enterados de lo que estaba sucediendo decidieron comunicarlo a la asamblea. Relata Sebastián Borro que al pedir la interrupción del plenario para informar la entrada de las fuerzas de la represión en el frigorífico, fue Augusto Timoteo Vandor el que se levantó y exigió que el plenario convocara a un paro general por tiempo indeterminado (67). Así lo relata Miguel Gazzera: "Las noticias llegaron al plenario confusas y alarmantes dando cuenta de que el resultado de la operación arrojaba un saldo de muertos y cuantiosos heridos. Las informaciones causaron una profunda conmoción en el plenario que ya estaba sensibilizado por el curso de los acontecimientos [...] Vandor, que venía contrariado de las conversaciones, junto con otros compañeros, influyó sobre

el plenario que dispuso un paro por tiempo indeterminado a ejecutarse en todo el país en oposición a la privatización y en solidaridad con los compañeros avasallados" (68).

De todas maneras, las "62 Organizaciones" se encontraban divididas en cuanto a crearle o no problemas al gobierno de Frondizi. La declaración del paro general era una medida inevitable dada la relación de fuerzas interna, pero al eludir la responsabilidad de la organización de una medida de tal envergadura en el momento en que el gobierno movilizaba los recursos represivos del Estado, el paro fue condenado al fracaso. Así lo percibieron, desde el primer momento, los dirigentes del frigorífico: "En la reunión de las "62" me avisan, están entrando los tanques, están tirando el portón. Mi primera reacción fue: ¡Denele a la caldera y vuelen el frigorífico! [...] Hubo gente que empezó a tirar agua caliente desde arriba. Como sería que entraron a eso de la una y recién a las siete lograron desalojarlos. [...] El primero que se levanta, muy piola, es Vandor. Y dijo: ¡Al paro general! Pero resulta, y esto es lo paradójico, que todos dijeron ¡paro general!, pero salieron para un lado, para otro, y nadie dijo cómo se tenía que organizar el paro general. Y entonces fueron directamente arriba del celular. ¿Por qué? Porque yendo presos salvaban su responsabilidad, como pasó con la mayoría. ¿Y quién queda? Queda la gente joven: eran Di Pasquale y otros que quedaban encargados del paro general [...] y nosotros, que estábamos organizándolo desde el frigorífico" (69).

La actitud de los diferentes grupos dentro de las "62" aparece claramente: los "integracionistas" no podían negarse a parar pero realizaron -subrepticamente- lo posible para que la medida fracasara; los "duros" se encontraban ante una opción difícil, muchos eran verdaderamente partidarios de la huelga general, pero otros, Gazzera entre ellos, consideraban que no estaban preparados para realizarla. El motivo era que semejante grado de enfrentamiento produciría que la reacción del gobierno hiciera peligrar la legalidad conquistada (70).

La mayoría de los dirigentes concurreó a sus sindicatos y allí fueron

arrestados. De todas maneras, el paro declarado comenzó a regir a las 0 hs. del domingo 18 de enero de 1959. Los otros nucleamientos gremiales acompañaron la medida. El MUCS -comunistas- la declaró por 48 horas, mientras que los "32 gremios democráticos decretaban el estado de alerta.

La reacción del gobierno no se hizo esperar. El Ejecutivo, ante el viaje del presidente quedó en manos de José María Guido -presidente de la Cámara de Senadores-. Este ordenó el acuartelamiento de las Fuerzas Armadas. El domingo los titulares de los diarios son elocuentes: "SE PODRIA APLICAR EL PLAN CONINTES", anuncian. "AHI PARTICIPABA TODO EL MUNDO...PARTICIPABAN LOS FAMILIARES..."

El mismo día sábado en que se desalojó el frigorífico comenzó el enfrentamiento en el barrio de Mataderos. Todavía hoy, aquellos hechos son un recuerdo permanente en la zona.

Barrio y Mercado-Frigorífico eran la misma cosa, la vecindad se confundía con la relación en el trabajo, el vecino era a la vez el compañero de trabajo, muchos obreros y vecinos estaban emparentados. El barrio, por otra parte, vivía del frigorífico y el comercio mantenía una estrecha relación con empleados y obreros y sus familias. La indignación por lo ocurrido se convirtió en un sentimiento común, y el conflicto, lejos de dispersarse por la acción de la represión, se extendió al lugar de referencia mutuo que era el barrio.

Durante varios días, policías y obreros libraron batallas propias de una insurrección urbana, similares a las que diez años después se convertirían en moneda corriente de oposición a las dictaduras militares.

Los principales objetivos de la población fueron, al principio, los locales de la UCRI. Hasta el mediodía del sábado se reprime a los vecinos que en grandes cantidades manifestaban en el barrio. Por Mataderos circulan los camiones hidrantes, pero su aparición -lejos de amedrentar a los manifestantes- provoca la reacción de los mismos, son apedreados. En las calles Murguiondo y Larrazabal se construye una barricada con el cerco de una obra en construcción y adoquines del empedrado.

Para impedir el acceso de los carros de asalto la población hace baches en el empedrado levantando los adoquines. Por todas partes hay baches y barricadas. Al mediodía, los manifestantes intentan llegar con una columna hasta el edificio de la Corporación Argentina de Productores, que se encuentra en la Avda. Juan Bautista Alberdi y la calle Fonrouge, pero son atacados con gases y repelidos. El comercio de la zona permanece cerrado, y los tranvías interrumpen su recorrido al llegar a Mataderos, luego que algunas unidades han servido para reforzar las barricadas. En la búsqueda de elementos útiles para las barricadas los ómnibus son los preferidos. En la Avda. General Paz y Avda. de los Corrales, dos ómnibus de la línea 114 son parados por los manifestantes e incendiados. Lo mismo ocurre con un micro de la empresa "Aerolíneas Argentinas", con pasajeros que debían abordar un avión; para hacer la barricada se le sacaron las cubiertas que fueron incendiadas. Cuando cae la noche, los propios vecinos y obreros practican cortes de energía. Por varios días, a la noche, la policía no entrará al barrio (71).

Los testimonios son elocuentes, la memoria popular ha retenido orgullosamente las escenas de las que nadie parece arrepentido:

"Después del desalojo [...] empieza el gran despelote. Porque se prende "Pirelli", que contaba con mucha gente, los obreros de la fábrica "Federal". Se unen a la gente del frigorífico. Se sale a la calle, se vuelcan colectivos, se levantan adoquines, todos en una gran manifestación por las calles de Mataderos. Ellos corren a la gente con gases. Existía en ese entonces el hospital Salaberry y los médicos y enfermeras salen a la calle y no los respetan ni a ellos, tiran gases hasta adentro del hospital. [...] Eso duró dos o tres días. Era el ir y venir a la calle Alberdi a buscar información" (72).

"En el frigorífico nunca hubo una resistencia así. Se levantó todo el adoquinado de Alberdi, se cortaron los árboles. De noche no podía andar ni la policía ni nadie porque desde las casas les tiraban con hondas, con todo. Se paraban los colectivos para sacarles las cubiertas" (73).

"El barrio tuvo una conmoción. Hubo hechos que no sé si pueden ser creíbles para el que no los vió. Por ejemplo, los tranvías, los tranvías seguían circulando. Pues la gente en la calle ¡con las manos! levantó las vías, torció las vías; no pudieron circular más. Se levantaron los adoquines ¡con las manos! Yo vi que no tenían herramientas. Se hacían barricadas, se metía madera, se prendía fuego. Ahí participaba todo el mundo...participaban los familiares. [...] Eso duró por lo menos hasta el mediodía, más del mediodía. Luego se empezaron a suceder reuniones, en un lado, en otro. Y las reuniones un poco ilegales, porque en el sindicato no podías ir porque te encanaban [...] había que empezar a buscar algún lugar en algún lado, empezar a hacer comisiones por grupo para que no fueran tan numerosas. Mucho se pasó a la provincia [...] Eso duró unos cuantos días después de salir del frigorífico"(74).

"Y ahí empezó la lucha callejera, la resistencia callejera. Inclusive los comercios se adhirió. Se adhirió todo el mundo a la lucha del frigorífico porque era una lucha que le pertenecía a Mataderos. [...] El negocio de Mataderos funcionaba en base a ese frigorífico [...] Usted iba por Mataderos a las dos de la mañana y parecía una romería: gente comiendo parrilladas, para acá, para allá y toda esa cosa [...] Ahí está el quid de la cuestión [...] Con adoquines se hacían barricadas...bombas molotov a todos lados, sí, eso sí. Yo calculo que duró más de una semana ese enfrentamiento, [...] la policía venía corriendo por entre los adoquines, reprimía a garrotazos lo que podía, y uno se defendía como podía. Le podía pegar, le pegaba. No le podía pegar, no le pegaba. En el barrio también hubo detenidos, toda gente allegada al frigorífico. El que tenía un hijo en el frigorífico, lógicamente la madre, el padre, el corazón lo tiene puesto en el hijo, y es proclive a hacer cualquier cosa por el hijo o por el lugar de trabajo del hijo" (75).

"...LA CONDUCCION LA TIENE EL GOBIERNO Y NO LOS GREMIOS" (76)

Quando Arturo Frondizi se dirigía al Aeropuerto Internacional de Ezeiza una rechifla lo acompañó durante todo el trayecto (77). Los acontecimientos se habían precipitado y el viaje estaba programado con antelación y no podía postergarlo. Sin

embargo, abandonaba el país preocupado. Su viaje significaba mucho para la estrategia que había iniciado meses atrás. No podía permitirse que, estando en los Estados Unidos tramitando inversiones, la Argentina diera la imagen de un país ingobernable. Por lo tanto, había sido explícito y había iniciado la represión, aunque, lógicamente, esperaba que esta fuera lo más transitoria posible.

Fronzizi se dedicó, en los días subsiguientes, a brindar la mejor imagen que disponía. Al decir de la prensa, respecto de su actuación en los Estados Unidos, "se los metió a todos en la bolsa"(78). Mientras era recibido por el presidente Eisenhower, daba conferencias en las Universidades o era agasajado por los empresarios, la situación argentina empeoraba.

El domingo, el matutino "La Prensa" da a conocer el anuncio oficial de la Policía Federal, en el que, como vocero del Ejecutivo, el capitán Niceto Vega declara que se "acepta y respeta el derecho de huelga", pero que no "admite medidas de fuerza caprichosas ni que involucren alzamiento contra la ley y el orden"(79). La responsabilidad de los hechos recae únicamente -según el documento- en los "[...] comunistas, aliancistas y un sector peronista cuya única mira es la subversión". El centro de la mira del documento está puesto en las figuras de Sebastián Borro y John William Cooke, a los que se intenta aislar en la referencia a "un sector del peronismo". No todo el peronismo, sino "[...] un hombre deseoso de reverdecer épocas ya superadas [...] que cumpliendo directivas extrañas al gremio, los engañó y los abandonó justamente en el momento en que hacía falta su presencia para asumir la responsabilidad del movimiento que él mismo provocó"(80). El documento de la Policía Federal culmina llamando a la "[...] reflexión a aquellos gremios que se dejan conducir ciegamente por hombres que se dicen líderes o se crean aureolas de mártires, y cuyo objetivo final del camino que para su beneficio se han propuesto recorrer, solamente ellos conocen" (81). Llama la atención la intención de aislar del resto del movimiento a los sindicatos cuyo enfrentamiento con el gobierno los ubica entre los sectores "duros". El documento lleva implícito un reconocimiento de aquellos

g remios que no asumen las mismas actitudes que el sindicato del frigorífico. La atención se fija necesariamente en los sindicatos "integracionistas". Uno de ellos en particular, la U.T.A., que nuclea a los transportistas, levantará el apro el primer día.

El domingo por la tarde, la policía allana el local central del Partido Comunista, así como veinticinco comités del mismo partido. Igual surte corre su periódico, la edición entera del diario "La Hora" es secuestrada, produciéndose detenciones en todos los allanamientos.

Los dirigentes de las "62" que estaban reunidos el lunes 19 en el local de la U.OM. sontambién detenidos, entre ellos, Augusto T. Vandor. "[...] de improviso, con la conmoción que es de imaginar, unfuerte contingente policial irrumpió en la Unión Obrera Metalúrgica. Vandor [...] ingresó primero en el celular policial y luego le siguieron otros compañeros que no pudieron evitar su detención. Buena parte de los dirigentes allí reunidos logramos eludir el cerco usando una azotea y los techos contiguos ayudados por los vecinos [...]" (82).

Con el transcurso de los días son allanados los locales de los principales gremios peronistas. Al mismo tiempo es allanada la Federación de Empleados de Comercio, los domicilios de varios conocidos dirigentes peronistas, el local de la Alianza Libertadora Nacionalista. Los detenidos suman, el martes, más de cuatrocientos personas entre dirigentes políticos y sindicales, entre ellos, los principales dirigentes: Vandor, Amado Olmos, Eleuterio Cardozo, John William Cooke y nuevos militantes como Felipe Vallese o Susana Valle, hija del general Juan José Valle, entre otros.

El gobierno dispone la aplicación del plan CONINTES (conmoción Interna del Estado) que determina la realización de juicios de civiles por tribunales militares.

Desde el principio de la huelga general, la zona de La Plata, Berisso y Ensenada, principal enclave de los frigoríficos extranjeros y con una concentración de obreros elevada, es declarada "zona militar" y custodiada por tropas del Ejército.

Al mismo tiempo, fuerzas de marinería de la Base Naval de Río Santiago ocupan la destilería de la ciudad de La Plata. El gobierno suspende las transmisiones de Radio Rivadavia por un mes. El incesante despliegue represivo se complementa cuando el gobierno decide el traslado de tropas de la Mesopotamia para apoyar a los efectivos de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires.

Sintiéndose un poco más seguro de la posición del gobierno, Arturo Frondizi declara desde los Estados Unidos: "[...] la conducción del país la tiene el gobierno y no los gremios. [...] Para el país no hay más opción que dos años de sacrificios útiles y un gran futuro, o muchos años de sacrificios estériles, con un futuro incierto" (83). Acuerda con las declaraciones del presidente provisional, José María Guido. Frondizi agrega que la huelga general "constituye un golpe de carácter comunista-peronista" (84).

Las "62" emiten un comunicado de respuesta, en el que el tono y el contenido ya es diametralmente diferente al mensaje en el que se oponían al Plan de Estabilización:

"...ésta [las "62"] al principio apoyaron el plan del presidente de la Nación, hasta que comprobó que iba a ejecutarse el Plan Prebisch y que era agente del capitalismo expoliador y ejecutor de la desintegración del movimiento obrero argentino" (85).

El lunes 19, al comenzar la huelga, el Ministro de Trabajo ya tenía una posición tomada respecto de la misma, e irradió un mensaje a la población:

"...ésta es una huelga típicamente subversiva con un objetivo bien concreto: torpedear el viaje del presidente de la República a los Estados Unidos y frustrar el Plan de Estabilización económica [...] Esta huelga inusitada, carente de objetivo gremial y ajena a cualquier aspiración del pueblo argentino, solamente puede interesar a dos sectores perfectamente identificados, las minorías privilegiadas, que sistemáticamente se alimentaron en el subdesarrollo nacional, y los comunistas que hoy y aquí, repitieron la misma técnica utilizada en otros países, obedeciendo a las instrucciones de sabotear indiscriminadamente todo acto que tenga cualquier relación con los Estados Unidos" (86).

La medida de fuerza era declarada ilegal el primer día de su realización. El Lunes se decreta la "movilización militar" del personal del transporte de pasajeros, la U.T.A., y el servicio urbano de transporte comienza a funcionar, alentados por "[...] los dirigentes del transporte de pasajeros que eran decididos "integracionistas", y comenzaron a dar subrepticamente instrucciones a los conductores y

guardas para que retornaran al trabajo. Cuando los primeros vehículos comenzaron a circular por las calles, aquellos dirigentes se presentaron ante la Mesa Coordinadora informando que iban a levantar el paro antes que el gremio los desautorizara [...]" (87)

En tanto, la Capital Federal, el gran Buenos Aires, y la ciudad de La Plata asisten a un recrudecimiento de las acciones de los comandos de la resistencia los que realizan cientos de atentados. Su capacidad operativa se encuentra intacta. El matutino "La Prensa", en su edición del 21 de enero, da cuenta del estallido de bombas en la casa de Rogelio Frigerio, en el Comité de la UCRI, en la Plaza José Martí, en las vías del ferrocarril Belgrano, en el puente Madero de la Avda. General Paz, en el cine Oprea, en la avenida Caseros, debajo de un jeep, en el puente del ferrocarril Mitre y Ciudad de la Paz, en el Servicio Informativo y Cultural de la embajada de los Estados Unidos, en La Plata, en las vías del ferrocarril Sarmiento, y varias más. Todavía el día miércoles hay detenidos en Mataderos.

Pero la medida de fuerza, desorganizada ante el impresionante despliegue de fuerzas represivas y falta de coherencia interna, comienza a desorganizarse con el correr de los días. El miércoles 20 el paro es parcial, sólo lo sostienen las "62 Organizaciones". Los "32 gremios democráticos" lo han levantado la noche del lunes y lo propio ha hecho el MUCS el día martes. Los transportes han funcionado normalmente desde el lunes y la conducción de la huelga se encuentra detenida. Por último, la noche del miércoles, las "62", divididas, deciden suspender el paro. Sólo la Federación Gremial del Personal de la Industria de la Carne no acata el levantamiento, más por compromiso con los despedidos que por voluntad de sus dirigentes, enrolados en el "integracionismo". Y, por supuesto, los obreros del frigorífico Lisandro de la Torre. La declaración de los gremios peronistas es conocida el día 22:

"Levantar el paro declarado por tiempo indeterminado a partir de las 6 hs. del día 22, en un máximo esfuerzo para evitar que se den condiciones que desencadenen un caos de tal magnitud que no excluya la pérdida de vidas y bienes, según hace prever en caso de mantenerse la situación imperante en el país. [...] el levantamiento del paro no es la resignación de ningún derecho, ni la consecuencia del debilitamiento de nuestras fuerzas, ni menos aún el temor ante la inusitada represión, sino que es un alto y profundo sentido de la responsabilidad [...] [La clase trabajadora] será la que asuma la responsabilidad que incumbe al gobierno de mantener las estructuras constitucionales y jurídicas que impidan el caos social, la anarquía política y la destrucción económica" (88).

La alusión a un posible golpe de Estado aparece explícita en un reportaje realizado a Avelino Fernández, dirigente de las "62": "[...] el mantenimiento del movimiento equivaldría a crear un ambiente propicio para un golpe de Estado" (89). Lejos de desconfiar de la voluntad democrática de los gremios peronistas, la razón del levantamiento parece encontrarse en el debilitamiento y contradicciones de la medida de fuerza. El gobierno alentó durante los días de huelga la versión de que el movimiento huelguístico estaba preparado en vinculación con un sector de las Fuerzas Armadas (90). Al asumir el propio discurso del gobierno para levantar la medida de fuerza, las "62 organizaciones" no hicieron más que reconocer su debilidad. Esto resultó aún más evidente cuando, al día siguiente de finalizar la huelga, el gobierno allanó e intervino los principales gremios peronistas y comunistas: la Asociación Obrera Textil, la Federación Gremial de la Industria de la Carne, la Unión Obrera Metalúrgica, La unión Obrera de la Construcción de la República Argentina, la Federación Argentina de Trabajadores de la Industria Química y la Unión Obrera Maderera. Al mando de las intervenciones se nombró a seis militares.

Los dirigentes de la industria, encabezados por el presidente de la Unión Industrial Argentina (U.I.A.), visitaron al presidente provisional para expresarle la colaboración de los empresarios con el gobierno y la aceptación del plan de Estabilización "que es la única forma de salvar al país" (91). En la misma reunión tomaron posición respecto del conflicto obrero: "Para nosotros la cosa es firme, la ilegalidad del movimiento huelguístico es nuestro sentir", y agregaban:

"1.800.000 trabajadores se han dado el gusto de sacrificar a 20.000.000 de argentinos, e inclusive a sus familiares, porque esto hay que pagarlo con escasez y carestía. En el presupuesto familiar de los obreros no entraran este mes 700 millones de pesos" (92).

Se referían, no cabe duda, a los descuentos que efectuarían por los días de paro.

"ELLOS Y LOS GRUPOS GORILAS COINCIDIAN CON EL PROPOSITO DE DERROCAR AL GOBIERNO"(93)

El gobierno salió inmediatamente a justificar la apresurada intervención de las fuerzas de la represión. La visión de los hechos que se dió por aquellos días y las que se conocerían luego a través de la publicación de libros autobiográficos o reportajes, destaca el hecho central de que el gobierno estuvo frente a una amplia conspiración golpista que unificaba a los comunistas, un sector del peronismo, los militares y la oligarquía.

La acusación más directa se descaragaba sobre los sectores sindicales "duros" y John William Cooke a los que llaman la "banda trotskista" (94). Se los vinculaba implícita o explícitamente a los sectores "gorilas" de las Fuerzas Armadas que pretendían un golpe de Estado. El viaje del presidente a los Estados Unidos en busca de capitales, la aplicación del paquete de medidas del Fondo Monetario y la privatización del frigorífico sólo habían sido las excusas iniciales para que un núcleo de dirigentes "aislados de sus bases" se propusieran acabar con el trunfo que había significado para los obreros peronistas la coalición del 23 de febrero (95).

El gobierno, dentro de esta versión, había favorecido la institucionalización del movimiento sindical y estaba a punto de devolver la CGT a los trabajadores cuando el "peronismo gremial" se vió entrapado en una huelga insensata. En palabras del entonces Ministro de Trabajo: "[...] la línea nacional sindical se vió enredada en las sutiles mallas urdidas por sus enemigos" (96)

El gobierno proclamaba que la situación política en que se encontraba el país hacia necesaria, de parte de la clase obrera, la comprensión de que si no habían conseguido todo lo indispensable del gobierno, la oposición cerrada al mismo traería consecuencias peores si ellos eran desalojados del poder.

El desarrollismo -afirmaban- le garantizaba a los sindicatos el acceso "a los grandes planos de la más alta y compleja política" (97). No importaba, o no era incluido en el análisis que para ello el movimiento obrero debía subordinarse a la hegemonía de los industriales. Debían aceptar los planes económicos tanto como

el intento modernizador y los cambios de los regímenes de productividad, limitando las conquistas que habían obtenido durante los últimos quince años. El equipo de Frondizi afirmaba que no había otro camino que la conformación del Frente nacional-popular por ellos liderado.

La responsabilidad de la represión desencadenada recaía, entonces, en los que ejercían la oposición al plan desarrollista, en la cual las bases no tenían nada que ver. Para Rogelio Frigerio "[...] las provocaciones peronistas suscitaban las reacciones del gorilismo golpista que nos exigía esas medidas contra el peronismo. Esas eran cosas de dirigentes. Los obreros eran sujetos pasivos de ese manipuleo" (98). La base de esta interpretación de los hechos la daría Frigerio años más tarde cuando recomienda el análisis de las declaraciones hechas por Cooke "[...] de las que se desprende la unidad de acción entre el militar reaccionario Toranzo Montero y los grupos nacionalistas de izquierda del peronismo" (99). John William Cooke había declarado públicamente durante la huelga que "la defensa del frigorífico Nacional será la chispa que incendiará el país y barrera el gobierno de la entrega" (100).

¿Existió una conspiración golpista en la toma del frigorífico? ¿Hubo un apresuramiento de parte de la conducción sindical que favoreció el avance de la tutela militar? Los militares iban a dirimir, pocos meses después, sus conflictos internos presionando sobre el presidente en uno de los tantos pronunciamientos militares que soportó el frondicismo (101). Lo cierto es que los sectores más cerradamente antiperonistas no estaban de acuerdo en participar de la represión interna a favor de un gobierno al que consideraban un producto espúreo del pacto con Perón. La represión al peronismo, que agitaba el conflicto social, lo reubicaba en el centro de la escena política, pero al mismo tiempo combatían los intentos conciliadores del gobierno con los sindicatos. De todas maneras, el ataque a los sindicatos peronistas combativos, a los que se intentaba identificar con el comunismo, no dejaba de ser una agradable tarea en la que coincidían con el gobierno.

Después del anuncio del plan económico del que sólo podían esperar deso-

cupación, rebaja de salarios y "entrega del patrimonio nacional", los peronistas, especialmente los sindicatos combativos y los comandos estaban dispuestos a efectuar una demostración de poder que diera por tierra el acuerdo por el que habían votado a Frondizi. De todas maneras, los conflictos internos del movimiento peronista y el peso de la "legalidad" sindical eran motivos los suficientemente reales para comprender que no estaban preparados para el estallido insurreccional.

Aunque el paro general fuera un fracaso, la demostración de fuerzas y la ruptura del pacto con Frondizi fueron un hecho inobjetable.

El gobierno desarrollaba su política sindical en dos frentes: legalidad e institucionalización de la CGT para los dirigentes que dialogaban y aceptaban la "integración" al Frente nacional conducido por la burguesía; cárcel y represión para los dirigentes díscolos e intransigentes con la política desarrollista a la que consideraban "antinacional".

El conflicto de enero de 1959 y los que se sucederían durante todo el año configuraron la defensa del movimiento obrero frente a la limitación de las conquistas gremiales. Pero este proceso se desenvolvería en el marco de la defensa de la legalidad democrática; la huelga del mes de enero era levantada con el argumento de no prestarse a crear la situación que justificara un golpe de Estado.

El Frente Nacional que procuraba el frondicismo unificaba teóricamente Fuerzas Armadas, burguesía industrial y clase obrera. La subordinación de la clase obrera al proyecto industrial era recompensada con la integración a las altas esferas de la política. Todo lo que atentaba contra el proyecto nacional desarrollista, atentaba al mismo tiempo a cada una de las partes. Por ello, los sucesos de enero fueron vistos así por el oficialismo: "[la clase obrera] se lanzó a una guerra social interna que daba la supremacía y la superioridad táctica al enemigo [...] Las huelgas de octubre y diciembre de 1958 y enero, abril y junio de este año [1959], fueron saltos atrás para la clase obrera que, en su retroceso arrastra a la totalidad de la Nación, amenazando con transformar en una derrota que puede ser irremediable, el triunfo

de 1958, que fue su triunfo" (102).

"DEFENSA DEL PATRIMONIO NACIONAL"

Así se expresaba uno de los carteles que los obreros del frigorífico habían colgado del establecimiento ocupado. Todos mis entrevistados consideraban que su acción había tenido este objetivo. "Yo considero que esta fue una lucha de contenido político de lo más álgido de la época. Estábamos enfrentados un sindicato, que éramos más o menos diez mil obreros a un gobierno. No con el ente municipal al cual pertenecíamos, era con el Estado. Era el Poder Ejecutivo que había avanzado por sobre la Municipalidad metiendo mano para poder entregarlo. Entonces era de contenido político" (103).

El principal argumento público del gobierno de Frondizi para proceder a la privatización era que el frigorífico daba pérdidas. Las cifras más alarmantes fueron presentadas por el Ministro de Trabajo: [...] en 1943 se faenaban unos 10.600 novillos por día mediante el trabajo de 3.000 obreros y empleados. En 1954 el faenamiento había descendido a 4.700 unidades, pero la cantidad de trabajadores se había duplicado; cuatro años más tarde, en 1958, año del proyecto, los novillos faenados diariamente no sobrepasaban los 4.000, pero los obreros y empleados sumaban 9.000... Es decir que en 15 años se había disminuido la producción en un 63%, mientras que el personal aumentaba en un 300%" (104). No resulta fácil establecer con certeza la veracidad de las cifras expuestas. De todas maneras, el informe del ministro no discrimina la cantidad de animales faenados, sean estos novillos, lanares o porcinos, y sólo se refiere a los novillos. No queda claro, además, si existía en el frigorífico uno o más turnos de trabajo. En un informe elevado en 1938 al Concejo Deliberante (105) se fija la producción máxima atribuida al frigorífico en los antecedentes de su construcción. Estas son: 4000 vacunos, 6.000 lanares y 2.000 porcinos por día. La dotación entre obreros y empleados de ese año, ascendía a 1.938 hombres y realizaban su labor en un solo turno de 8 horas diarias. Resulta difícil aceptar que en 1943 se faenaran 10.600 novillos, cuando el máximo por día proyectado para el frigo-

rífico municipal era de 4.000. Lo que sí resulta cierto es que el personal fue en aumento desde la construcción del frigorífico hasta la fecha de la venta a la CAP. La duplicación de los turnos de trabajo y la reducción de la jornada laboral por insalubridad a 6 horas tiene que haber contribuido al aumento del personal, así como un cierto grado de clientelismo político como ocurría en otras dependencias estatales. En 1958, según testimonios de los obreros, se faenaban 10.000 animales entre vacunos, lamares y porcinos con un personal de 9.000 hombres aproximadamente, entre obreros y empleados que trabajaban en dos turnos (106).

De todas maneras, el argumento central del sindicato del frigorífico no hacía hincapié en la cantidad de personal, sino en las pérdidas que aquella podía ocasionar en la administración del establecimiento. Proponían (así lo habían hecho saber en un informe que elevaron al presidente de la Nación y a varios ministerios) una inversión en el frigorífico que asegurara la utilización de los subproductos. En efecto, el informe proponía una serie de mejoras en el frigorífico por la vía de la adquisición de maquinaria para la utilización del sebo, la cerda, las glándulas, el cuero, el pelo de oreja, las pezuñas, la sangre, etc. Al decir de los mismos obreros: "Lo único que no pudimos lograr fue una forma de industrializar el mugido. Y lo decimos ahí"(107).

En la reunión mantenida con Frondizi durante los agitados días de la sanción de la ley, el gobierno mantuvo la posición de que el frigorífico daba pérdidas y los obreros mantenían que el establecimiento, aún con las falencias que apuntaban, había servido como freno de las empresas monopólicas. Los obreros del frigorífico no hacían otra cosa que expresar el sentido que la intervención del régimen peronista había otorgado al Estado. La misma concepción nacionalista había sido agitada por el ahora presidente en su libro sobre el petróleo y se encontraba firmemente arraigada en la cultura popular. Este elemento unificó los diferentes grupos ideológicos y brindó unanimidad a la medida de fuerza. Se expresó en las consignas y los carteles de los días de la ocupación: "Defensa del patrimonio nacional", "No me vendan, quiero

ser nacional" y el grito de "¡Patria sí, colonia no!".

Sectores del propio gobierno, por fín, se sintieron alarmados ante el giro que habían tomado los sucesos de enero. Un disidente del equipo de gobierno lo expresaría así, algunos años más tarde: "[...] los sucesos de enero quedaron sin aclarar, porque la confusión mayor no reinó en las filas de los huelguistas y opositores, sino que se originó en la política seguida hasta entonces por el propio gobierno; elegido precisamente por quienes encabezaron esa violenta protesta" (108).

" LA HUELGA NO SE LEVANTO NUNCA. NO HAY MAS FRIGORIFICO PERO LA HUELGA SIGUE" (109)

A pesar del levantamiento del paro general, en el frigorífico la huelga continúa. Sebastián Borro y algunos miembros de la Comisión Directiva, que no se encontraban cuando se inició la represión se encuentran prófugos. Mientras la policía los busca, desde la clandestinidad organizan las tareas de los obreros en huelga. De todas maneras, aislados, viviran durante los meses siguientes en una situación de indefinición que se agrava cuando se comienzan a producir las cesantías masivas del personal.

Durante el mes de febrero se reanudan las tareas en el establecimiento con gente contratada fuera del plantel del frigorífico. "Yo calculo que a la semana se empezó a hacer el trabajo. Pero se empezó a hacer con elementos crumiros; el crumiro sabe lo que es...es, hablando en criollo, el lanudo, el que va a quitarle el pan al compañero que estuvo con él veinte años. Había un jefe de matanza que se encargaba de encontrar a estos señores que trabajaban por veinte centavos y sin ningunas condiciones, pero que querían trabajar para quebrar el movimiento" (110)

El 20 de febrero caen detenidos Sebastián Borro y los miembros de la Comisión Directiva prófugos. Las cesantías van en aumento y suman dos mil. A fines de febrero son sólo tresmil los obreros que trabajan. La ley no ha sido vetada por el presidente; empiezan las negociaciones.

El ministro de Trabajo, Alfredo Allende, renuncia a su puesto y la dimisión le es aceptada. En su reemplazo asume David Blejer, pero sólo por unos meses. La

presión de los empresarios, que se han comprometido con el plan del F.M.I., sumado a un nuevo levantamiento militar, imponen a un nuevo ministro de Economía que a su vez asume también como Ministro de Trabajo. El nuevo "doble ministro" es un partidario de la ortodoxia liberal monetarista que pretende el Fondo Monetario. Se trata del Ingeniero Alvaro Alsogaray ; ya había ocupado la cartera de Industria durante el gobierno de la Revolución Libertadora.

Después de los hechos de enero, las "62 Organizaciones" debieron encarar la crisis que se gestaba por su participación en ellos. Cuando aún no habían sido liberados todos los detenidos, un plenario decidió el descabezamiento de la conducción. El resultado inmediato fue doble. Por un lado, la nueva mesa estaba encabezada por los sectores más combativos y "duros". Según ellos mismos: "Eramos los dirigentes que no habíamos participado del diálogo con el gobierno por lo cual pasamos a representar la línea dura y ortodoxa del Peronismo. Desde ese momento y hasta la caída de Frondizi, en 9 oportunidades fue recomendada mi captura" (111). Por otro lado, el descabezamiento implicaba la separación de los dirigentes de los grandes sindicatos, los llamados "elefantes blancos", por lo que la nueva mesa de dirección fue llamada la "mesita". Estaba integrada por los dirigentes de los sindicatos de Molineiros, Aguas Gaseosas, Caucho, Fideeros, Telefónicos, Aceiteros y tres regionales del Interior del país, San Martín, Chaco y Santiago del Estero. Eran Miguel Orellano, Juan Rachini, Roberto García, Miguel Gazzera, Juan José Jonch, entre otros. Las diferencias habían surgido de la necesidad o no de impulsar el paro general. A ello se sumaba la crítica de una parte de los "duros" a la decisión de levantarlo. Lo más significativo de esta decisión es que la iniciativa de la acción huelguística frente al avance de las patronales para imponer nuevas condiciones de trabajo, retornaba a los gremios.

Durante el año 1959 los dos conflictos sobresalientes, fuera del Frigorífico Nacional, fueron protagonizados por los bancarios (cuya conducción era radical intransigente), y los metalúrgicos, que no figuraban en la nueva conducción.

La exclusión más evidente era la de los tres dirigentes más importantes de la época: Augusto Vandor, Eleuterio Cardozo y Amado Olmos.

La "mesita" constituyó -junto con comunistas e independientes- un efímero nucleamiento, el Movimiento Obrero Unificado (M.O.U.), hasta que a fines de 1959 se reintegraron a la conducción los dirigentes desplazados.

En cuanto a John William Cooke, viajó desde Montevideo para apoyar y organizar el conflicto. Cayó preso junto a otros dirigentes políticos y sindicales durante los primeros días de la huelga general. Muy poco tiempo después, un comunicado del Concejo del Partido Justicialista, desaprobaba sus declaraciones. A partir de aquel momento fue separado de su cargo de delegado personal de Perón y reemplazado por el Concejo Coordinador y Supervisor del Movimiento, hasta que en 1961 A. Campos asume el cargo vacante. La separación de Cooke, evidenciaba por parte del general Perón un alejamiento de la vía ilegal insurreccional y un acercamiento a la nueva etapa de la legalidad sindical.

La huelga de los obreros del frigorífico nunca fue levantada. Pero ello no impidió que el movimiento fuera derrotado. En el camino habían quedado cinco mil cesantes, y pese a las negociaciones que se sucedieron durante todo el año 1959, el gobierno anunció, a mediados de 1960, que se había efectivizado la venta a la CAP, la que se hizo cargo del control del frigorífico ese mismo año. El control que la organización obrera ejercía sobre la producción en el establecimiento, empezó a debilitarse. Inicialmente se perdió la condición de insalubridad y los controles se hicieron más estrictos. "[...] las condiciones cambiaron: había dos o tres vigilantes en la puerta del baño. Cuando iba al baño le anotaban el número de chapa. Y si a usted lo agarraban fuera de la sección lo suspendían, tenía que estar en su lugar de trabajo. Si usted esperaba la hacienda y se sentaba en el piso, ya era proclive a una suspensión. Cambiaron las condiciones de trabajo" (113). Las nuevas condiciones de productividad que traía la CAP, les fueron impuestas.

Por último, los nuevos dirigentes, ligados al vandorismo, aprovecharon

la condición de cesntes que le había sido impuesta a la anterior Comisión Directiva y los desafiliaron del sindicato, junto con el resto de los cesantes (114).

El paso del protagonismo sindical al protagonismo político parece una opción bastante extendida en la "resistencia" como lógica consecuencia de la represión que se descargaba contra los dirigentes más combativos. Luego de formar parte de la mesa de conducción de las "62 Organizaciones" en 1960, Sebastián Borro fue candidato a diputado nacional por la provincia de Buenos Aires en las elecciones provinciales de 1962.

Si la conciencia es la medida de la experiencia concreta de la clase obrera, podría decirse que en un aspecto el movimiento del frigorífico nacional no fracasó. Por años acompañaría con su recuerdo las acciones de muchos militantes populares y sería llevado a la categoría de ejemplo cuando hubiera que señalar la lucha intransigente de un gremio en defensa de sus derechos. De más está decir que en Mataderos, para los vecinos y obreros participantes de la toma, la huelga aún no ha terminado.

NOTAS AL CAPITULO V

- (1) Entrevista con Hector Saavedra
- (2) Alianza Libertadora Nacionalista, grupo de derecha fundado por Queraltó y Patri-
cio Kelly. Apoyaban al peronismo y participaron activamente en la "resistencia";
ver PERPON-COOKE: Correspondencia...op cit
- (3) Entrevista con Ricardo Barco.
- (4) Entrevista con Hector Saavedra
- (5) Tal como ocurrió con el tema de petróleo. La Cámara de Senadores había dictado
una Ley de Nacionalización del subsuelo en el mismo momento en que Frondizi
desarrollaba su "batalla del petróleo".
- (6) "Clarín", 13 de enero de 1959
- (7) idem
- (8) ibid
- (9) ibid
- (10) "Clarín", 14 de enero de 1959
- (11) relato de Hector Saavedra y Entrevista con Sebastián Borro
- (12) "La Nación", 14 de enero de 1959
- (13) idem
- (14) Cámara de Diputados. Diario de Sesiones, tomo XI, 13 de enero de 1959, pg. 7374.
- (15) idem
- (16) ibid
- (17) ibid
- (18) "Clarín", 16 de enero de 1959
- (19) art. 4o. del proyecto de Ley de Carnes, en Cámara de Diputados, op cit, pg. 7375.
- (20) idem
- (21) LICEAGA, José: op cit
- (22) Cámara de Diputados, op cit, pg. 7385
- (23) idem, pag. 7383
- (24) ibid, pag. 7386
- (25) vease la intervención del diputado Ricardo Contín en: Diputados, op cit, pg.
7401 a 7411.

- (26) idem
- (27) Piputados, op cit, pg. 7417
- (28) idem
- (29) una grabación de esta cinta, efectuada originalmente en un grabador de cinta abierta, fue facilitada al autor por Hector Saavedra.
- (30) Entrevistas con Sebastián Borro y Hector Saavedra
- (31) "Clarín", 15 de enero de 1959
- (32) integrante peronista de la lista opositora a Sebastián Borro y luego secretario general del gremio a partir de haber desafiliado a los cesantes de 1959. Desde su puesto sindical, llegará en la década del sesenta a ser vicepresidente del Partido Justicialista.
- (33) "Clarín", 15 de enero de 1959
- (34) Entrevista con Ricardo Barco
- (35) Entrevista con Hector Saavedra
- (36) "Clarín", 16 de enero de 1959
- (37) Entrevista con Ricardo Barco
- (38) "Clarín", 16 de enero de 1959
- (39) vease en particular, GILLESPIE, Richard: Los soldados de Perón. Los Montoneros, Buenos Aires, Grijalbo, 1986
- (40) Entrevistas con Sebastián Borro y Héctor Saavedra
- (41) Entrevista con Ricardo Barco
- (42) Entrevista con Sebastián Borro
- (43) Entrevista con Héctor Saavedra
- (44) "Clarín", 15 de enero de 1959
- (45) Grabación de Radio Rivadavia, archivo del autor
- (46) "La Nación", 16 de enero de 1959
- (47) "Clarín", 17/1/59 y entrevista con Sebastián Borro
- (48) idem; en algunos trabajos aparece esta otra visión oficial de los hechos: el gobierno ofrecía el frigorífico a los obreros antes de venderse a la CAP. Sin embargo, la ley era explícita en cuanto a la prioridad de la Corporación para la compra o arrendamiento. En el Debate de la Cámara de Diputados, los legisladores de la UCRI afirmaban que la venta a los ganaderos ya estaba arreglada.
- (49) "Clarín", 17 de enero de 1959
- (50) "La Nación", 17 de enero de 1959

- (51) Testimonio de uno de los obreros participantes
- (52) "Clarín" y "La Nación", 17 y 18 de enero, respectivamente
- (53) Entrevista con Norberto Capdevielle
- (54) "La Nación", 18 de enero de 1959
- (55) La misma escena se repetirá 28 años más tarde en otras tomas de fábrica a partir de 1976; ver POZZI, Pablo: Resistencia obrera contra la dictadura, Buenos Aires, Contrapunto, 1988
- (56) Entrevista con Ricardo Barco
- (57) "La Nación", 18/1/59
- (58) idem; tb. entrevistas
- (59) Entrevista con Norberto Capdevielle
- (60) Entrevista con Aníbal Gonzalez
- (61) Entrevista con Ricardo Barco
- (62) idem
- (63) "La Prensa", 18 de enero de 1959
- (64) "Clarín", 18/1/59
- (65) idem y entrevistas
- (66) GAZZERA, Miguel y CERESOLE, Norberto: op cit
- (67) Entrevista con Sebastián Borro
- (68) GAZZERA, M. y CERESOLE, N.: op cit
- (69) Entrevista con Hector Saavedra
- (70) GAZZERA, M. y CERESOLE, N: op cit
- (71) vease diarios de la época
- (72) Entrevista con Aníbal Gonzalez
- (73) Entrevista con Hector Saavedra
- (74) Entrevista con Ricardo Barco
- (75) Entrevista con Norberto Capdevielle
- (76) Arturo Frondizi, en declaraciones hechas en los Estados Unidos, "La Prensa", 21/1/59
- (77) LUNA, Félix: Argentina, de Perón a Lanusse (1943/1976), Buenos Aires, Planeta, 1983, 13a. ed.

- (78) vease BABINI, Nicolás: FRONDIZI, de la oposición al gobierno, Buenos Aires, Celia, 1983
- (79) "La Prensa", 18/1/59
- (80) idem
- (81) ibid
- (82) GAZZERA, M.: op cit
- (83) "La Prensa", 21/1/59
- (84) "La Nación", 21/1/59
- (85) "La Prensa", 21/1/59
- (86) idem
- (87) GAZZERA, M: op cit
- (88) "La Prensa", 23/1/59
- (89) idem
- (90) vease más adelante la explicación oficial de esta supuesta relación
- (91) "La Prensa", 23/1/59
- (92) idem
- (93) Rogelio Frigerio, en DIAZ, Fanor: op cit
- (94) cit por ALLENDE, Alfredo: Historia...op cit
- (95) DIAZ, Fanor: op cit
- (96) ALLENDE, Alfredo: op cit
- (97) FRIGERIO, Rogelio: Las condiciones...op cit, pg. 124
- (98) DIAZ, Fanor: op cit
- (99) idem
- (100) Documento interno del Comando Nacional Peronista, 30 de enero de 1959, cit por BASCHETTI, Roberto: op cit
- (101) vease ROUQUIE, Alain: Poder militar...op cit
- (102) FRIGERIO: Rogelio: Las condiciones...op cit, pg. 124
- (103) Entrevista con Ricardo Barco
- (104) ALLENDE, Alfredo: op cit, pp 92 a 95

- (105) Honorable Concejo Deliberante, Proyecto de régimen legal, técnico y económico financiero para el Matadero y Frigorífico Municipal de la Ciudad de Buenos Aires, 1938.-
- (106) entrevistas
- (107) Entrevista con Ricardo Barco y Sebastián Borro
- (108) BABINI, Nicolás: Fronzizi...op cit
- (109) Entrevista con Norberto Capdevielle
- (110) idem
- (111) GAZZERA, M: op cit, pg. 98
- (112) SENEN GONZALEZ, Santiago: El sindicalismo después de Perón, Buenos Aires, Gallerna, 1971
- (113) Entrevista con Norberto Capdevielle
- (114) se trata de Nestor Hugo Carrasco y Alberto Eleodoro Stecco, que luego ocuparían cargos de relevancia en el Partido Justicialista.

CONCLUSION

Las medidas de fuerza de la clase trabajadora argentina del año 1959 tuvieron la fuerza de un impacto social en el corazón de los proyectos de la burguesía industrial. Durante 1959, la huelga de los bancarios duró 55 días, la de los metalúrgicos, 41. Semejante grado de intransigencia, sin embargo, chocó contra la decisión de las patronales de disciplinar el mercado de trabajo. De la huelga del frigorífico quedaron 5.000 cesantes, de la huelga bancaria, 5.500 cesantes; también fracasó la huelga textil y el gremio metalúrgico firmó el acuerdo salarial "condicionado a cláusulas de productividad...mejor organización y rendimiento del trabajo". En 1962, la Federación de la Carne siguió el mismo camino. Eleuterio Cardozo firmó el nuevo convenio de trabajo luego de una huelga de un mes y medio, lo que significó "[...] el precedente de una anulación de conquistas gremiales por vía del discrecionalismo patronal, ante la pasividad de un gobierno preocupado por su propia supervivencia [...]" (1).

Sin embargo, no todas las medidas de fuerza serían iguales. Los 10 millones de jornadas perdidas en 1959 -el mayor índice de la época- dejaron, en muchos casos, descabezados a los gremios más combativos, mientras el proceso de concentración económica dejaba en la calle a miles desocupados. El caso de Raimundo Villaflor que cuenta Rodolfo Walsh en su libro ¿Quién mató a Rosendo? (2) es comparable a la vida miserable que tuvieron que llevar muchos delegados y obreros del frigorífico al quedarse sin trabajo y figurar en las "listas negras". Pero otros dirigentes comprendieron que su supervivencia dependía de asumir como propio el proceso de instituciona-

lización que les era ofrecido desde las esferas del Estado. Para ello aceptaron que las conquistas de la era peronista no podían sostenerse sin el riesgo de perder el sindicato. Por lo tanto, aceptaron los condicionamientos a la actividad gremial para elevar los índices de productividad de las industrias. La presión de las bases los llevaría, inicialmente, a recurrir a medidas de fuerza, pero rápidamente se convencieron de que su permanencia en el poder dependía del hecho de ser la bisagra entre las demandas de sus representados y los intereses de las patronales. El mejor aliado pareció ser el gobierno de Frondizi, que finalmente cumplió con la tan ansiada normalización de la CGT.

Las consecuencias saltan a la vista. Galileo Punte, subsecretario de Trabajo, había presenciado que los miembros de la Federación Argentina de la Industria Metalúrgica y los dirigentes del gremio, compartían una cena luego de firmar el acuerdo salarial. En ese momento expresó: "Hermoso símbolo. Aquí no hay vencedores ni vencidos". Unos meses después, sin embargo, aquel símbolo había cambiado y el subsecretario expresaba en los diarios:

"Al hacerme cargo encontré abusos, extralimitaciones y anarquía de todo orden en los obreros. Los empresarios habían perdido el comando de las fábricas; todo lo disponían las comisiones internas; mandaban los que tenían que obedecer debido a una mala interpretación del sindicalismo. Las primeras planas de los diarios estaban llenas de los nombres de Vandor, Framini, las 62, el MICS; eran los protagonistas principales y por eso impresionaban a la masa que acataba sus directivas por miedo o sugestión. Ahora hemos desinflado a esos dirigentes y la masa no los acompaña más en sus aventuras políticas...Además no se admiten más las arbitrariedades de las comisiones internas porque los empresarios deben retomar el comando de las fábricas" (3).

En 1960, las jornadas perdidas por medidas de fuerza representaban sólo un poco más del 10% de las habidas el año anterior: 1.661.519. La clase trabajadora argentina había perdido una de las batallas sindicales más importantes de su historia.

Los "comandos de la resistencia" intensificaron su accionar en los años 1959 y 1960. Pero para ellos, también, el camino de la legalidad significaría una contención. Muchos de sus integrantes se convirtieron en los cuerpos de seguridad de los sindicatos (4). Otros no encontraron más camino que retornar a la posibilidad de un golpe cívico-militar y se plegaron al intento del general Iñiguez en 1960. Algunos jóvenes de clase media que se proponen "unir al movimiento insurreccional

con las luchas que la clase obrera libraba en el campo gremial en esos días", forman el primer intento de guerrilla rural argentino, que fue conocido con el nombre de "Movimiento Peronista de Liberación" o por el sobrenombre de su principal dirigente: "Uturuncos". Durarían sólo veinte días en el monte tucumano, luego de haber asaltado una comisaría de la zona. Cuando la policía rodeó el campamento, el 10 de enero de 1960, el grupo prácticamente se había disuelto por divergencias internas (5).

El gobierno de Arturo Frondizi pudo anunciar a mediados de 1960 que había vendido el frigorífico a la Corporación Argentina de Productores, quién lo mantuvo durante años, recibiendo subsidios del Estado, aún cuando similares subsidios fueron el eje central del argumento desarrollista para desembarazarse del establecimiento. El desarrollismo no logró conformar el anunciado Frente Nacional con la clase obrera y los militares, que era la idea fuerza de su política hegemónica. Logró, sin embargo, el cambio de la fisonomía económica de la Argentina por la vía de la inversión extranjera. Mientras la afluencia de capitales duró, las variables económicas que indicaban crecimiento aumentaron. Sin embargo, al debilitarse aquella afluencia de capitales, la tendencia decreciente comenzó -en 1961- y se agudizó durante los años 1962 y 1963 (6).

La espada de Damócles que pendía sobre el gobierno, o sea, la resolución de la "cuestión peronista" por la vía de la integración no pudo ser resuelta. El enfrentamiento de los años iniciales del gobierno reforzó la identidad política de la clase trabajadora. Cuando el gobierno, confiado en algunos éxitos electorales del interior del país, convocó a elecciones en 1962, la provincia de Buenos Aires -que contenía la mayoría de las industrias del país- fue ganada por los peronistas, el gobierno tambaleó. En las listas peronistas de candidatos a diputados figuraban, en primer lugar, cinco dirigentes sindicales de la línea "dura", entre ellos Amado Olmos, Jorge Di Pasquale y Sebastián Borro. Diez días más tarde, un nuevo golpe militar desplazaba a Arturo Frondizi.

Al analizar las luchas de los trabajadores del frigorífico "Lisandro de la Torre", resaltan con fuerza las características de la clase trabajadora apuntadas al comienzo de este trabajo. En primer lugar, el alto grado de solidaridad y organización evidenciado en la unanimidad de las medidas de fuerza realizadas en diversas condiciones y bajo diferentes gobiernos. Los trabajadores del frigorífico, aún en condiciones adversas de represión y control de su actividad gremial, ejecutaron paros parciales o generales del establecimiento, cuya fuerza residía en la capacidad de convocatoria de sus estructuras informales. Durante el gobierno de la Revolución Libertadora, con el sindicato y el establecimiento intervenidos por militares, la unanimidad de abandonar el trabajo en defensa de los cesantes fue total.

La segunda característica es un rechazo de la dominación y de los valores de la clase gobernante. Durante la "resistencia peronista" la clase trabajadora reafirmó los significantes de la cultura popular rechazando, negando o resignificando los valores tradicionales de la clase dominante. Las acciones materiales de la resistencia cobran sentido a partir de los elementos simbólicos que reafirman las diferencias con los significados que intenta imponer la clase dominante. La afirmación de lo negado y la exaltación de lo prohibido adquiere así todo su significado. Las figuras del "retorno de Perón", el mito del "avión negro" en el que volvería Perón, la exaltación de las figuras prohibidas de Perón y Eva Perón, entre otros, corresponden a este sentido de reafirmación de los propios valores y a la oposición a los valores del adversario. Aún en los eventos deportivos, que se significan como una forma de realzar la unidad nacional, los trabajadores imponían su propia visión del mundo, expresada como rechazo o apropiación de los símbolos, cantando la "marcha peronista". En un nivel más particular, la expresión de ese rechazo se transformaba en acciones concretas para recuperar las organizaciones formales en manos de los aliados políticos de las clases dominantes. Los trabajadores resignifican los mensajes de la cultura dominante como una forma de afirmación: hasta los "próceres" nacionales son involucrados en este proceso. La llamada "historia oficial" es dada vuelta tomando

elementos del nacionalismo de derecha de la década de 1930. Juan Manuel de Rosas, el dictador denigrado por la cultura oficial, se convierte en el líder popular de la defensa de la soberanía, mientras Bernardino Rivadavia y Domingo Faustino Sarmiento, los dos líderes de las clases dominantes en la historia oficial, son repudiados. Eva Perón, significada como la "abanderada de los humildes" se convierte en "santa"; los altares familiares -que las clases dominantes aborrecen como producto de la irracionalidad- se constituyen en la forma mínima de resistencia en los hogares humildes. La construcción de una cosmovisión que diera cuenta del pasado, del presente y del futuro significó, en la experiencia concreta de los sectores populares, uno de los momentos de menor capacidad de contención de la cultura popular por los sectores dominantes.

En enero de 1959, cuando la represión se desencadenó, los obreros reunidos en el patio entonaron el himno nacional como forma de oposición. De este modo, lo "nacional" era apropiado para sí en la defensa que hacían del establecimiento, y obligaban a las fuerzas represivas a atacarlos en medio de las estrofas de la canción patria.

En tercer lugar, la clase trabajadora no sacrifica su nivel de vida por un ilusorio "desarrollo nacional": la acumulación capitalista. Queda clara la invocación del gobierno de Arturo Frondizi a la formación de Un "Frente nacional" integrado por la clase trabajadora bajo la hegemonía de los industriales. Procesos similares se vivieron en otros países de Latinoamérica. El proyecto de modernización del desarrollo mismo requería de un aumento sustancial de los niveles de productividad, para lo cual debía limitar drásticamente la incidencia de las comisiones internas en el control de las fábricas. El salario obrero cayó estrepitosamente en 1959 mientras la inflación se escalonaba aceleradamente. Contra ello, los sindicatos que habían sido recuperados desde las comisiones internas de las fábricas, reanudaron su intransigencia en defender las posiciones conquistadas.

La cuarta y quinta característica que hemos marcado -siguiendo las hipótesis

de James Petras- se relacionan: los potentes lazos informales, expresados a través de la familia, la vecindad y el lugar de trabajo, refuerzan los lazos clasistas existentes entre la clase trabajadora; estos potentes lazos informales generan altos niveles de confianza y apoyo mutuos dentro de las localidades locales. En las luchas de los obreros del frigorífico, esto aparece claramente. Es más, se ve reforzado por la historia misma del barrio de Mataderos, que depende económicamente del Matadero y el Frigorífico. En efecto, el frigorífico es el centro del barrio. Todos sus habitantes dependen, directa o indirectamente, de él, sean obreros o empleados o pequeños comerciantes. El barrio de Mataderos, por otro lado, ha sido considerado siempre en la geografía de la ciudad como un barrio "marginal", un barrio de "cuchilleros". Aún hoy, cuando el frigorífico ha sido demolido y el barrio ha cambiado su fisonomía, las familias se conocen y se relacionan mutuamente. Y se conocían bien, sabían quién vivía en cada casa, los sábados por la noche compartían la salida familiar a las parrillas de la calle Juan B. Alberdi, la arteria principal, en los bares cercanos al frigorífico compartían su almuerzo los obreros del turno de la mañana con los de la tarde, los clubes de la zona cercceieron al amparo de aquella fuerza productiva. El local sindical y la quinta de la obra social eran los lugares de reunión gremial cuando la organización formal no estaba intervenida.

Cada una de las luchas que han sido expuestas en el presente trabajo poseía la potencialidad de esta unidad entre barrio y fábrica. Ante cualquier acción sindical -a la que estaban acostumbrados-, los vecinos rodeaban el establecimiento y los comerciantes cerraban sus puertas. Y ello ocurría aún cuando la organización formal estuviera intervenida por el gobierno, o existiera de manera legal. Si no había acceso a la institución formal, la organización no formal de los trabajadores de Mataderos pasaba al primer plano. Durante 1956, la imposibilidad de uso del local sindical fue reemplazada por los bares, los clubes, las casas de los obreros, donde se realizaban permanentes reuniones sin que se enteraran la autoridades policiales. Es que el nivel de seguridad estaba garantizado en aquellos altos niveles de confianza

mutuos. El vecino que pudiera sentirse intranquilo por movimientos extraños, también sabía de qué se trataba, si casualmente descubría una reunión. Su delación a los organismos represivos -como afirma Petras- no lo convertía sólo en un "traidor a una clase abstracta", sino en un "enemigo de sus relaciones más básicas y personales". Los mecanismos de comunicación oral que permitían la unanimidad del accionar obrero, también se ponían en movimiento cuando las vías de la comunicación formal estaban cerradas.

Al frigorífico ingresaban varias generaciones de trabajadores emparentados. Era muy común encontrar trabajando en el establecimiento a padres e hijos, tanto como a primos y un sinfín de parentescos que relacionaban a los trabajadores. Los lazos familiares primarios, entonces, reforzaban las acciones obreras y conformaban una visión homogénea de los problemas cotidianos de la vida en la fábrica.

La mayor parte de mis entrevistados se refirieron directamente a la cuestión de los lazos primarios como reforzadores de la identidad de clase y política de los obreros del frigorífico.

Semejante fuerza social, que unificaba unánimemente al conjunto de los habitantes del barrio de Mataderos no podía recibir otra respuesta que una acumulación inédita de fuerzas decididas a reprimirlos. Cuando el presidente Frondizi decidió que no estaba dispuesto a aceptar mediaciones en el conflicto y ordenó la represión, la acumulación de efectivos con poderosas armas de guerra, fue la respuesta temerosa a la potencialidad que ya habían demostrado los trabajadores y vecinos de Mataderos. A pesar de la represión, los obreros buscaron el espacio seguro de la vecindad a la que transformaron en campo de batalla contra las fuerzas policiales, controlando el barrio durante varios días.

La síntesis de aquella potencialidad en relación a los lazos informales presentes en la lucha de los obreros y vecinos de Mataderos la dió uno de mis entrevistados, cuando consultado acerca del por qué los hechos se habían desarrollado de tal manera, me respondió: "Es que Mataderos es como una gran familia, ahí está el

quid de la cuestión".

Finalmente, la memoria rescataría de la nebulosa de la "resistencia" los días de la toma del frigorífico, porque en ella se encontraban presentes las características de la experiencia de clase de los trabajadores argentinos. Durante años, pese a los intentos de "integración" o "represión" de aquella experiencia, las características enunciadas se opusieron efectivamente contra los intentos de hegemonía de las clases dominantes.

NOTAS A LA CONCLUSION

- (1) ROTONDARO, Rubén: op cit; tb JAMES, Daniel: Racionalizacion...op cit
- (2) WALSH, Rodolfo: ¿Quién mató aop cit
- (3) "La Nación", 23 de mayo de 1960; cit por CAVAROZZI, Marcelo: Autoritarismo...op cit, pg.90
- (4) WALSH, Rodolfo: ¿Quién mató...op cit
- (5) sobre la experiencia de los "uturuncos" ver MORALES, Emilio: Uturunco y las guerrillas en la Argentina, Montevideo, ed. SEPE, 1964
- (6) ESCHAG y THORP: op cit

HISTORIAS I

Norberto Capdevielle, o "Capdevila", como dicen sus compañeros, tiene casi 64 años. Todavía vive en Mataderos y es jubilado como trabajador del frigorífico Lisandro de la Torre. "En el '29 se hizo el frigorífico. Mi padre entró en el frigorífico en el '29. Mi finado padre fue jubilado del frigorífico Lisandro de la Torre y mi otro hermano es retirado del Lisandro y yo soy jubilado del Lisandro de la Torre. El núcleo del barrio era el frigorífico, [...] nucleaba a toda la familia de Mataderos, y no sólo de Mataderos, abarcaba por impulso a Villa Insuperable, a Villa Madero, a Villa Celina; toda la parte antes de llegar al puente La Noria dependía del Matadero".

Me acerqué a él por referencia de otros, por la memoria de sus vecinos. "Los que yo me acuerdo de haberlos visto con las manos ensangrentadas levantando adoquines de la calle Alberdi, son los hermanos Capdevielle, que viven acá a la vuelta".

Sus recuerdos del barrio son frescos, claros. En aquella época en que se construyó el frigorífico, Mataderos era un barrio de "mala fama", mucha de la gente que vivía en el barrio, cuando le preguntaban dónde vivía, decía: en Flores, en Liniers. "Mataderos era un barrio aguerrido, luchador, un barrio que se quería dar a conocer, pero al modo de Mataderos. Yo no tengo porqué fingir, si soy de Mataderos, que vivo en Caballito o Barrio Norte. Yo tengo parientes -hoy fallecidos- que cuando mi padre dijo que se venía a Mataderos, la hermana de mi finado padre se puso a llorar. Dijo: -Te vas a Mataderos, te matan, son todos cuchilleros, todos criminales. Esa impresión tenían de Mataderos. Que era el hampa, 1929, como Elliot Ness, esa serie, bueno...era lo mismo. Pero Mataderos era un barrio trabajador, honesto como cualquiera. Tenía la fama como la tenía San Telmo, la Boca, Barracas". Todavía en 1957 había muchas calles sin asfaltar. "Yo de acá subía a las piezas de madera que teníamos [...] y veía la General Paz. No había nada. Y a un costado...el Matadero".

Hoy la casa ya no es de madera y chapa, sino de material, y la calle Bragado, que "era de tierra" está asfaltada. No se podría decir, como antes, el suburbio, "un pedazo de pampa en la ciudad" -como decía Arturo Jauretche, de Mataderos. El ingreso principal de la familia "Capdevila" lo constituía el salario del padre, que trabajaba en el frigorífico. Los hermanos, que esperaban como todos los habitantes del barrio de aquella época, entrar a trabajar en él, desempeñan, mientras tanto, algunos trabajos

que colaboran con la economía familiar. Norberto entra a trabajar al frigorífico el 15 de marzo de 1951; antes de ello, trabaja cuatro años como "cajonero" y dos años como cartero. Su historia, como la de muchos obreros argentinos, se entrecruza con la historia política que da origen al peronismo, y ante la pregunta obligada, responde: "Soy peronista, fui siempre peronista, no lo puedo negar". La respuesta acerca del por qué de su identidad política, dista mucho de aquella de muchos trabajos académicos. No por ello es ingenua. Norberto sabe por qué es peronista, y no se trata sólo de "beneficios" otorgados por Perón. Es la experiencia concreta del cambio de la situación a partir de 1943, mezclada en su experiencia de vida. "Porque estaba el Departamento de Trabajo, que después fue Ministerio de Trabajo, que estaba dirigido por los mismos patrones que usted tenía que enjuiciarlos. Usted iba y se encontraba con el patrón de su fábrica en el Departamento de Trabajo. ¡Qué iba a entrar, lo dejaban cesante! Antes de Perón no había jubilación. Los únicos que se jubilaban eran los de la "Anglo", la compañía de subterráneos, los bomberos y algún policía, nada más. Vino Perón, otorgó la jubilación, la pensión a la vejez, el aguinaldo, las vacaciones. ¡Cómo no se va a hacer peronista! [...] Yo me enfermé en 1942 -era cajonero- y estuve quince días enfermo y no cobré ninguno de los días. Y con la promesa de volver, me consideraban y me guardaban el trabajo. No había clavos, porque hasta 1944 se hacían en Bélgica. Acá no había una fábrica que haga clavos en la Argentina [...] Le estoy hablando clavos para los cajones. Cuando no había clavos, estábamos un mes sin trabajar, en casa. Yo vendía acaróina y todas esas cosas, para vivir...era soltero, un muchacho era. Mi padre trabajaba en el Lisandro de la Torre, comida teníamos asegurada, pero yo tenía que ayudar a mi padre. Después del '45, la TAMEI empezó a hacer clavos y ya no dependíamos de Bélgica. Teníamos todos los clavos que queríamos, y trabajábamos".

Le pregunto, de todas maneras, por qué la gente sigue siendo peronista después de tantos años: "[...] decían: -Ahora, después del peronismo, viene el comunismo. El comunismo acá en la Argentina no existe, no puede venir, hay...cien mil comunistas, nada más...doscientos mil. El comunismo acá no prolifera, porque por más mala la situación en que esté el hombre común argentino no se tira a la izquierda violenta, no quiere ser comunista. Se va a un radicalismo, o a un conservador moderado...o se hace peronista. [...] Y no es la gente madura...no sólo la gente madura. El joven escucha al padre, el padre habla con el hijo. El padre dice: -en mis tiempos esto era así. El hijo, al ver que esto es peor que lo que el padre le cuenta, le dá la razón al padre...y cada vez, más peronistas".

Norberto entra finalmente al frigorífico en 1951, como operario de cámara fría, "corredor de reses", como dice él. "Mi tarea era la de entrar las reses y por gancho acomodarlas en la cámara. El trabajo era insalubre porque se trabajaba con tres, cuatro grados bajo cero; había cámaras que tenían veinte grados bajo cero". En la época en que él entró a trabajar había cuatro mil quinientos, cinco mil obreros, en 1959 ya había unos nueve mil. Fue nombrado delegado de su sección porque "mis compañeros encontraron algo que les gustó...yo era...combativo de...digámoslo así, combativo, que me podía expresar mejor que ellos y me nombraron delegado".

En 1955, la Revolución Libertadora "cayó como un balde de agua fría, en ese momento los peronistas no pelearon; con dos minutos de pelea, no pasaba nada. Nadie peleó. Los únicos, los obreros, que salimos y fuimos a hacer lo que podíamos hacer, a tratar de consolidar el gobierno que era democrático, elegido por el pueblo". Como tantos otros delegados y activistas de base conocería, sin comprender, las prisiones de la Libertadora. "[...] La Revolución Libertadora no tuvo mejor idea que meter presos a todos los gremialistas, y entre ellos, yo. Estuve dos meses preso en la cárcel de Caseros. Y, según constancia del comisario Grillo, que en ese entonces era de "orden gremial", dijo que me detenía por el sólo hecho de ser delegado, que no había nada contra mí...ninguna perturbación, ningún sabotaje, nada. Pero que me tenía que detener porque yo era delegado gremial y el gobierno lo exigía. A mí me tocó suave, me tocaron dos meses, otros estuvieron ocho meses, nueve meses. Dos meses, adentro de una pieza sin luz, privado de todo, a tientas tenía que hacer lo que tenía que hacer, en un baño que solamente había un agujero y nada más. Cuando salí de detenido me reincorporaron en el frigorífico Lisandro de la Torre. Me habían puesto "agitador internacional" cuando salí de preso, "elemento poco afecto al trabajo"...yo tenía dos trabajos. [Me pusieron] quinielero, además. Entonces me fui al juez. Le dije [...] -vaya al barrio, consulte, para quinielero tiene que haber un acta como que soy quinielero, que la policía me sorprendió de quinielero. Entonces se interesó un cura que me dijo: -Vamos a aclararlo [...]"'. Gracias a él, Norberto pudo reingresar en el frigorífico, luego de dos meses de cárcel y siete meses trabajando en la empresa "La Foresta". A los veinte días, vuelve a ganar el puesto de delegado, que mantuvo hasta 1977, fecha en que cerró el frigorífico.

HISTORIAS II

A Héctor Saavedra, sus viejos compañeros del frigorífico lo siguen llamando el "negro", el "negrito Saavedra". Tal vez su mayor orgullo sea lo que los demás dicen de él, aún desde pensamientos tan diferentes al propio: "[...] creo que fue uno de los hombres que más se destacó en la lucha, activo, la militancia era permanente, su trabajo era permanente. Porque en estos avatares, cuando la cosa se hace larga, en un primer momento aparece el sentimiento, el impulso, el "Todos vamos"; a medida que la cosa se prolonga va habiendo cierta deserción. El fue un hombre muy consecuente" -dice Ricardo Barco, delegado comunista.

Héctor Saavedra dice que él era un peronista del montón, de esos que van a la plaza y no entienden nada, hasta que lo conoció a César Marcos en la intervención del partido de la Capital Federal: "Fue entonces que comenzaron a formarse los grupos clandestinos organizados por Buceta y César Marcos, ámbos muy claros ideológicamente. La primera vez que lo escuché al 'viejo' habló durante cuatro horas. Mao, Trotsky, la guerra de guerrillas, todas cosas nuevas para mí. Y ahí nos entramos a formar..." A partir de ese contacto, Saavedra se haría "comando de la resistencia", organizaría comandos en su barrio y en los barrios vecinos. Lo que nunca hizo fue abandonar el lugar donde trabajaba, el frigorífico Lisandro de la Torre.

Le encanta contar anécdotas de aquella época. Y cuando las cuenta, las cosas más dramáticas, tienen el sabor de un chiste, de una gracia, a Héctor Saavedra le gusta reírse, entretenerse en el relato del pasado, que guarda apasionado, como la carta que le escribió Perón, o el cassette que Radio Rivadavia grabó en enero de 1959, o los ejemplares del periódico "El Guerrillero", que publicaba en 1957 el Comando Nacional Peronista. Entre todas las anécdotas, le gusta contar cuando colocaron la palma a Evita en septiembre de 1955. Pero hay otra, como cuando, junto al "gordo" Cooke andaban con Ford que Cooke se había quedado de la intervención del partido que era igual a los que usaba la Policía Federal: "Entonces pasábamos, y por todos lados nos saludaba la policía; entonces lo pasábamos cargado de cosas [...] seguimos para encontrarnos con uno, y cuando volvíamos para la Capital, vamos a cruzar el puente Avellaneda y nos hacen señas que paremos. Manejaba un muchacho que ya murió, Rodríguez, "copete", y le digo -¿Qué vas a

hacer? -Dejá y ya vas a ver, agarrate. Se acercó, y le pegó un viraje delante de ellos y volvió para atrás y los perdimos".

En junio de 1956 cae preso junto con toda la conducción del Comando Nacional Peronista y se pasa varios meses en las cárceles, especialmente en la Penitenciaría Nacional de Las Heras, y figura como fusilado en los diarios de la época. En la cárcel conoció a muchos otros como él, tanto con dirigentes que, con tal que les tocara barata, hacían lo que fuera. Después de más de un año, el Comando Nacional, que también actuaba dentro de la cárcel, prepara su salida afuera del país. "Al final se pudrieron, y Aramburu sacó un decreto. En el decreto decía: Se le da la salida fuera del continente americano, dada su peligrosidad para la estabilidad del gobierno provisional". Lo expulsaban del país.

"Me llevan un día, en febrero de 1957, a hacer los trámites para el pasaporte. Me vienen a buscar a las dos de la tarde. Fue el día que hizo más calor en el siglo, 43 grados. Me meten en la celda del celular desde las dos y media de la tarde hasta las cinco y media en la Avenida 9 de julio conmigo adentro. Y después bajaron en Entre Ríos y se sentaron a tomar cerveza en la vereda. Cuando me bajaron, la ropa mía era agua que chorreaba [...] A la noche vino un frío que bajó la temperatura más de veinte grados, y me agarró una fiebre...".

Finalmente lo embarcan en una nave de bandera francesa, el "Bretagne", rumbo a Europa. Como el barco tenía que hacer escala en Montevideo, los exilados se organizan: "Empezaron a llegar coches de Migraciones, de la Prefectura, empezaron a caer los periodistas. El viejo Jauretche había movilizado a todos los diarios [...] El objetivo nuestro era dejar sentado un precedente de que se podía bajar".

En Montevideo integra el Comando de Exilados, similar a los que John William Cooke había organizado en Bolivia, Paraguay, Chile. Pero se mantiene al margen para no despertar sospechas.

Recién regresa al país con la amnistía de 1958. "Yo vuelvo y me meten preso otra vez. Me mete preso Margaride. Pero se equivocó, le dieron mal el dato y se lleva a mi viejo. Caigo en mi casa y me lleva a mi también. Y a mi me lleva como se lleva a los vecinos. Al otro día, cuando vienen los datos, se da cuenta. Estuve una semana y fui a para a "orden gremial", y me encuentra el mismo que estaba cuando me habían detenido antes. Entonces me largaron enseguida".

Logra la reincorporación en el frigorífico. No había faltado nunca. En su sección gana las elecciones de delegado. "Yo regreso a fines de marzo y en diciembre había que elegir la Comisión Direc-

va. Yo no integraba la lista ni la agrupación". Sus compañeros lo proponen igual y va como secretario de Prensa en la lista de Sebastián Borro. Después de enero de 1959 forma parte de las listas de cesantes. Nunca más vuelve a trabajar en el frigorífico.

HISTORIAS III

Ricardo Barco todavía vive y milita en Mataderos. Entró en el frigorífico cuando todavía era muy joven. "Yo hago la conscripción en el año 1946, cumplo la conscripción, y yo tenía a mi padre y a un hermano trabajando en el frigorífico. En ese momento la ambición de todo joven era entrar al frigorífico. Primero, porque tenía un sueldo respetable dentro de los sueldos que se ganaban y segundo porque era la empresa del barrio aparte de un trabajo seguro. Tal es así, que no hay familia en Mataderos y sus alrededores que no tengan familiares que hayan trabajado [...] Por eso es que lo de Mataderos es algo muy especial, es una familia. Se conocían las casas, las familias, cómo vivían, los defectos y las virtudes... [...] ingreso en el frigorífico como changador [...] Se iba a la hora en que se iba a empezar la tarea y estabas allí, si faltaba gente te llamaban y si no te ibas de vuelta para tu casa: no tenías el trabajo fijo. Con el correr de los años, a medida que se producían vacantes, el changador más antiguo pasaba a ser efectivo".

Los recuerdos le brotan, nítidos. Es que con algunos compañeros del Partido han formado la "Comisión de Homenaje Permanente a las luchas del frigorífico Lisandro de la Torre". Recopilan material, publican folletos y se reúnen cada miércoles, aún cuando el frigorífico ya no está para reivindicar aquellas históricas jornadas. Casi no hay preguntas de mi parte, porque Ricardo sabe de que se trata. Por sus ojos van pasando los momentos vividos: la huelga del '48, la intervención, la huelga del '56 y, por último, la gran huelga de 1959. En 1949 es elegido delegado de su sección por primera vez. Durante diez años ocupó ese puesto ganando una y otra vez todas las elecciones.

Su sección era expedición. "Mi sección podíamos decir que era un poco bacana en cuanto al horario [...] Nosotros teníamos horario "a terminar". Entrábamos a las once de la mañana porque había que esperar que se terminara la matanza, entrara a la playa de oreo, cada matarife marcaba su hacienda y luego se la bajaba y la cargábamos. Entrábamos a las once. Pero nosotros cargábamos toda esa cantidad de carne. Eran veinte yuntas para cargar, es decir, que se cargaban veinte camiones a la vez. Cada yunta cargaba diez, doce, quince camiones. Y se bajaban los seis mil animales. [...] Mi sección tenía, contando los empleados que son los que controlan el número de orden, 99 obreros. [...] Era tan sabido quién era quién

en cada votación, que venían las elecciones y todas las elecciones menos una, gané 66 a 33 [...]. Pero mirá cómo la conciencia de la gente sigue avanzando. El compañero peronista que me enfrentaba siempre y que eramos muy amigos, una vez, después de la huelga -quince años o más- entro en una fiesta de un local del partido y me encuentro con él y me dice: -De tanto discutir, al final me convenciste. [...] El horario era a terminar, empezabamos a bajar a las once y media y a las cuatro de la tarde ya habíamos terminado. Yo decía: -Si nosotros bajamos el ritmo y en vez de esto hacemos seis horas y media, siete horas, estamos conservando la salud de los compañeros. [...] Y no había forma, porque en ese momento en el país había mucho trabajo y todos tenían su otro trabajo. Por eso vos veías algunos obreros muy bien vestidos, con su moto, con su cochecito, todo el mundo peleando para hacerse su casita. Y era correcto".

En 1956 lo dejan cesante por primera vez. Lo reincorporan. En 1959, a raíz de la toma es uno de los cesantes. Ya no vuelve al frigorífico. "Además, en el 59 fui en cana. Cai con toda la Comisión Directiva. Estuve como cuatro meses y pico. Yo con Frondizi fui dos veces en cana. Nadie me interrogó. De ahí me llevaron a DIPA y de ahí a la cárcel de Las Heras. A los cuatro meses me llamaron una noche, al Departamento de Policía y del Departamento de Policía a mi casa, sin una pregunta. [...] Después vino a mi casa la policía. Me llevaron. Estuve como siete meses, fui el último preso de Las Heras. [...] Detuvieron una cantidad de dirigentes sindicales a raíz de la huelga ferroviaria, y el que estaba en la lista lo llevaban. Cuandoestabamos presos por la huelga del frigorífico hicieron una redada con los esclavos, y había dos primos hermanos que eran croatas, croatas fascistas! Y los habían llevado en cana por esclavos".

Persecución y "listas negras" eran el pan de cada día de muchos obreros y dirigentes gremiales. Tener que trabajar y no poder. Muchos tuvieron que ir al exterior a trabajar para alimentar a su familia. Ricardo conoce bien el camino. "No conseguía trabajo. Estuve un año y medio que en el lugar que más tiempo trabajé fue una semana. Porque empezaba a trabajar, se pedían los antecedentes y venían con lo sucedido en el frigorífico...o sea, que era un hombre que no le convenía a una empresa tener. Aparte con la presión que si me tenían a mí como obrero podían ser sancionados. Empecé a trabajar en una fábrica de puntas de eje de camiones, yo era limador, había aprendido más o menos el oficio y pedían gente. Me hicieron una prueba y entré. Entramos seis, y nos reúne el tipo y nos dice: -Miren, yo tengo un contrato y necesito la gente. Si ustedes estan de acuerdo con el trabajo y con el sueldo, lo que quiero es que ustedes me aseguren que no van a trabajar quince días y se van, porque yo tengo que cumplir el contrato. Muy bien,

todos de acuerdo. El sueldo era más o menos lo que se pagaba en el momento, estaba bien y dijimos todos que sí. Y trabajé una semana. Ahí fue donde más trabajé. Voy el lunes, me llama y me dice: -Mire, lo lamento, pero voy a tener que prescindir de usted irremediablemente, y le voy a ser franco. Como es correcto, yo pedí los antecedentes de ustedes y usted tiene un antecedente bastante pesado. ¡Claro, se lo había pedido a DIPA! Dice: -Usted estuvo en el frigorífico, usted es un hombre que está...si yo no lo despidiera usted puedo ser sancionado yo, voy a tener problemas yo. Así eran las cosas. Entonces me tuve que ir a trabajar afuera un poco, a ganarme el mango afuera. Hasta que a los tres años, más o menos, volví a conseguir un trabajito...así anduve...hasta que entré en la cooperativa de carniceros como chofer, estuve unos años hasta que cerró porque no tenían cabeza administrativa. Después entré en una empresa de camiones, viajaba al interior, hasta que empecé a hacer los trámites y me jubilé. Así que ahora me arreglo con la jubilación y algunas changuitas".

Me cuenta hasta el detalle el proyecto de los obreros para el aprovechamiento de los subproductos del frigorífico. Le encanta detenerse en los rasgos de la psicología de las personas, en analizar la humanidad de los hombres con los que trabajó, vivió o se enfrentó. Tal vez porque su tarea sigue siendo -como él afirma- el avance de la conciencia.

HISTORIAS IV

Me recibió en su despacho del Concejo Deliberante de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires. Pidió que no le pasaran llamadas y que sólo le avisaran si había una reunión de bloque y se dispuso a hablar. A pesar de que yo sabía que innumerable cantidad de veces se había prestado a reportajes o entrevistas, el relato no fue monótono. A Sebastián Borro le gusta contar la historia que lo hizo un hombre conocido dentro del peronismo.

Alrededor de él se mueve gente que lo quiere. A Borro le fascina que lo quieran. Siempre se lo asoció con el frigorífico Lisandro de la Torre, con la toma, con la resistencia. Pero Sebastián Borro ya era delegado de un taller metalúrgico en 1945 cuando se sumó a los muchos hombres y mujeres que siguieron a Perón. "No todos los dirigentes se sumaron a la defensa de Perón, pero sí una gran mayoría de los que venían luchando, anarquistas, socialistas y comunistas". En 1950 es congresal de la U.O.M. A fines del año 1950 entra a trabajar en el frigorífico.

Como muchos dirigentes gremiales de aquella época, Borro conoce muy bien las cárceles del país. Estuvo preso en 1956, 1959 y varias veces más. "[...] cuando lo matan a Vandor me llevan preso junto a Ongaro, Di Pasquale y otros muchachos, supongo porque siempre lo enfrentamos, y mientras estoy preso Genta y Datamino, del gremio de municipales y que todavía siguen ahí, me dejan cesante". No fue la única vez. Luego de la toma del frigorífico, y estando cesantes unos cinco mil obreros, Sebastián Borro, toda la Comisión Directiva de aquella época y los cesantes son desafiados por los nuevos dirigentes del gremio del frigorífico. De todas maneras, ocupa un puesto de dirección en las "62 Organizaciones" y es elegido diputado en las elecciones anuladas de 1962.

"[...] cuando salí de la cárcel fui a trabajar de taxista y después participé en la oposición hasta el retorno de Perón. La etapa posterior es muy triste; yo conozco un sólo peronismo, no reconozco el lopezreguismo o el isabelismo, porque han matado a auténticos compañeros nuestros durante ese gobierno como Julio Troxler, Atilio López, Horacio Chavez, Ortega Peña, el hijo de Raimundo Ongaro, una cantidad de muchachos que fueron asesinados con el verso de que eran zurdos".

En 1973 Sebastián Borro es designado interventor en la Dirección de Cementerios. [...] inmedia-

tamente debí enfrentar al intendente Municipal, un loco que Perón expulsó en el 51 por delincuente [...]". Sebastián Borro encaró también esa lucha, aún siendo Director. Apareció ante las cámaras de la televisión oponiéndose a la designación del intendente e increpando al propio general Perón. La municipalidad se solidarizó con él y el intendente sólo duró 21 días. Una vez que hubiera logrado el objetivo, Borro renunció a su puesto. "[...] renuncié al cargo porque no había luchado por un puesto sino por la dignidad avasallada por un loco". Cuenta que volvió a la Dirección de Cementerios a trabajar bajo las órdenes de aquellos que él mismo había nombrado. En 1975, Borro solicitó la jubilación.

He conocido gente que lo conoció recientemente. Es un hombre que despierta la admiración de muchos. Todavía, cada año, se reúnen los viejos compañeros de la toma del frigorífico en los locales partidarios de Mataderos. Es común verlos juntos nuevamente a Ricardo Barco y a Sebastián Borro, comunistas y peronistas, compartiendo un asado. Hace poco tiempo se conmemoraron los treinta años de la toma y el homenaje fue hecho en la Unidad Básica de Sebastián Borro.

En realidad me dió la impresión de un hombre orgulloso. Se quiere a sí mismo y ama ser el ejemplo de una coherencia y una honestidad por la que ha ganado el respeto de los que lo conocen. "No es que uno sea un maestro, -dice- sino que cada hombre que tiene participación es un dirigente en potencia. Si uno los para o los pisa, jamás van a ser dirigentes y no van a participar en nada. Muchos de esos pibes que participaron y se hicieron dirigentes lamentablemente hoy están desaparecidos, muertos por el proceso de los canallas y otros muertos en la época del desgobierno nuestro, lo que es más triste".

En 1985, gana la interna partidaria con mayoría y minoría en su circunscripción. En el Congreso partidario es nombrado candidato a concejal por una amplia mayoría. "[...] tuve la gran emoción que después de cuarenta años de militancia me designaran candidato casi por unanimidad. Fué aplastante, y me emocioné, porque después de tantos años sentía que se estaba reconociendo que fuimos a decir claramente lo que entendemos por peronismo. Y lo vamos a hacer siempre, porque son banderas que no vamos a arriar jamás".

BIBLIOGRAFIA

- ABOS, Alvaro: La columna vertebral, Buenos Aires, Legasa, 1983
- ALENDE, Oscar: Mi memoria, Buenos Aires, Planeta, 1988.-
- ALLENDE, Alfredo: Historia de una gran ley. El sindicalismo nacional y la ley de Asociaciones Profesionales, ed. Arayú, Buenos Aires, 1963.-
- ASPIAZU, D. et al.: El nuevo poder económico en la Argentina de los años '80, Buenos Aires, Legasa, 2a. ed., 1987
- BABINI, Nicolás: Frondizi, de la oposición al gobierno, Buenos Aires, Celtia, 1984
- BALAN y otros: Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974.-
- BASCETTI, Roberto: Documentos de la resistencia peronista (1955-1970), Buenos Aires, Puntosur, 1988.-
- BELENKY, Silvia Leonor: Frondizi y su tiempo, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, Historia testimonial argentina no. 30, 1984.-
- BUXEDAS, Martín: La industria frigorífica en el Rio de la Plata, Buenos Aires, CLACSO, Biblioteca de Ciencias Sociales, 1983.-
- CAIRO, Angel: Peronismo, claves, Buenos Aires, ed. Centro de Estudios Aporte, 1975.-
- CALELLO, Osvaldo y PARCERO, Daniel: De Vandor a Ubalini, Buenos Aires, CEAL, 1984
- CARDENAS, Gonzalo y otros: El Peronismo, Buenos Aires, CEPE, 1969.-
- CARRI, Roberto: Poder imperialista y liberación nacional (Las luchas del peronismo contra la dependencia), Buenos Aires, ed. Efecé, 1973.-
- Sindicatos y poder en la argentina, Buenos Aires, Sudestada, 1967.-
- CASAS, Nelly: Frondizi, ed. La Bastilla, Buenos Aires, 1973.-
- CAVAROZZI, Marcelo: Autoritarismo y democracia (1955-1983), Buenos Aires, CEAL, 1983.-
- Consolidación del sindicalismo peronista y emergencia de la fórmula política argentina durante el gobierno frondicista, Estudios CEDES, vol. 2, no. 7/8, Buenos Aires, 1979.
- Sindicatos y política en Argentina, (1955-1958), Buenos Aires, Estudios CEDES, vol 2, no. 1, 1979
- CIMILLO, Elsa y otros: Acumulación y centralización del capital en la industria argentina, Buenos Aires, ed. Tiempo Contemporáneo, 1973.-
- CONCATTI, Rolando: Nuestra opción por el peronismo, Publicaciones del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, Buenos Aires, 1972.-

- CORRADI, Hugo: Guía antigua del oeste porteño, Cuadernos de Buenos Aires, Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1969, cap XXI.-
- COOKE, John William: Peronismo e integración, Buenos Aires, Aquarius, 1974, 3a. ed.
- DEL CAMPO, Hugo: Sindicatos, partidos "obreros" y Estado en la Argentina pre-peronista, 1985 (mimeo.-)
- DORFMAN, Adolfo: Historia de la industria argentina, Buenos Aires, Solar, 1970.-
- DIAZ, Fanor: Conversaciones con Rogelio Frigerio, Buenos Aires, Colihue-Hachette, 1977.-
- ESCHAG, Eprime y THORP, Rosemary: Las políticas económicas ortodoxas de Perón a Guido (1953-1963), Consecuencias económicas y sociales, En: FERRER, Aldo y otros: Los planes de estabilización en la Argentina, Buenos Aires, Paidós, 1969.-
- FERLA, Salvador: Mártires y verdugos, Buenos Aires, Peña Lillo, 4a. ed, 1983.-
- FORD, Aníbal: Desde la orilla de la ciencia, Buenos Aires, Puntosur, 1987.-
- FRASER, Ronald: Recuérdalo tú y recuérdalo a otros, Historia oral de la guerra civil española, Barcelona, Crítica, 1979, 2 vol.
- FRIGERIO, Rogelio: Desarrollo y desarrollismo, Buenos Aires, Galerna, 1969.-
- Las condiciones de la victoria. Manual de Política Argentina, Buenos Aires, S.E.A., 1959.-
 - El libro azul y blanco de Rogelio Frigerio, Buenos Aires, COGTAL, 1962.-
- FRONDIZI, Arturo: El movimiento nacional. Fundamentos de su estrategia, Buenos Aires, Losada, 1975.-
- GALASSO, Norberto: Raúl Scalabrini Ortiz y la lucha contra la dominación inglesa, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1985.-
- GARCIA CANCLINI, Néstor: Las culturas populares en el capitalismo, México, Nueva Imagen, 1982.-
- GAZZERA, Miguel y CERESOLE, Norberto: Peronismo; autocrítica y perspectiva, Buenos Aires, ed. Descartes, 1970.-
- GIBERTI, Horacio: Historia económica de la ganadería argentina, Buenos Aires, Solar, 1970.-
- GINZBURG, Carlo: El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI, Barcelona, Muchnik, 1981.-
- GUTIERREZ, Guillermo: Explotación y respuestas populares, Buenos Aires, El Cid Editor, 1973.-
- HALL, Stuart: Notas sobre la desconstrucción de "lo popular", En: SAMUEL, Raphael (comp): Historia popular y teoría socialista, Barcelona, Crítica, 1984.-
- HALPERIN DONGHI, Tulio: La democracia de masas, Buenos Aires, Paidós, 1983.-

- Honorable Concejo Deliberante: Informe de los asesores de la comisión investigadora de la situación técnico-administrativa financiera del Matadero y Frigorífico Municipal, Municipalidad de Buenos Aires, 1932
- Honorable Concejo Deliberante: Proyecto de régimen legal, técnico y económico financiero para el Matadero y Frigorífico Municipal de la Ciudad de Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1938.-
- HOROWICZ, Alejandro: Los cuatro peronismos, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.-
- JAMES, Daniel: Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial en Argentina, En: "Desarrollo Económico", vol. 21, no. 83 (octubre-diciembre de 1981).-
 - Resistence and integration: Peronism and the working class, (mimeo)
 - 17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina, En: "Desarrollo Económico", vol. 27, no. 107 (octubre-diciembre de 1987)
- JOUTARD, Phillipe: Esas voces que nos llegan del pasado, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.-
- LAFIANDRA, Félix (h): Los Panfletos. Su aporte a la Revolución Libertadora, Buenos Aires, Itinerarium, 1955.-
- LICEAGA, José V.: Las carnes en la economía argentina, Buenos Aires, Raigal, 1952.-
- LOBATO, Mirta Zaida: Condiciones de trabajo en la industria frigorífica, Buenos Aires, 1900-1930, En: Condiciones y medio ambiente de trabajo en la Argentina II. La situación en sectores específicos, Buenos Aires, Humanitas, 1985
- LUNA, Félix: Argentina. De Perón a Lanusse (1943-1973), Buenos Aires, Planeta Argentina, 1a. ed. 1973, 13a. ed. 1983.-
- MAGRASSI, G. y ROCA, M.: La historia de vida, Centro Editor de América Latina, 1986.-
- MALLON, Richard y SOURROUILLE, Juan: La política económica en una sociedad conflictiva. El caso argentino, Buenos Aires, Amorrortu, 1973
- MORALES, Emilio: Uturunco y las guerrillas en la Argentina, Montevideo, SEPE, 1964.-
- NOSIGLIA, Julio: El desarrollismo, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.-
- ODENA, Isidro: Libertadores y desarrollistas, 1955-1962, Buenos Aires, Astrea, 1977.-
- O'DONNELL, Guillermo: Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976, En: "Desarrollo Económico" no. 64, vol. 16, (enero-marzo de 1977)
- PANDOLFI, Rodolfo: Fronzizi por él mismo, Buenos Aires, Galerna, 1968.-
- PASTORIZA, Lila: César Marcos, Atizador de fuegos, en revista "Crisis", no. 59, abril de 1988.-
- PAZ, Pedro: Proceso de acumulación y política económica, En: JOZAMI, Eduardo y otros:

- Crisis de la dictadura argentina, Buenos Aires, siglo XXI, 1985.-
- PERON-COOKE: Correspondencia, Buenos Aires, Parlamento, 1983 (1a. ed. junio de 1972)
2 tomos.-
- PETRAS, James: El terror y la hidra: el resurgimiento de la clase trabajadora argentina
En: PETRAS, James: Clase, Estado y poder en el Tercer Mundo, México, Fondo
de Cultura Económica, 1986.-
- PORTANTIERO, Juan Carlos: Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual,
En: BRAUN, Oscar (comp.): El capitalismo argentino en crisis, Buenos Aires,
siglo XXI, 1974.-
- POTASH, Robert: El Ejército y la política en la Argentina. 1945-1962 (De Perón a
Frondizi), Buenos Aires, Sudamericana, 1981.-
- POZZI, Pablo: Resistencia obrera contra la dictadura, Buenos Aires, Contrapunto,
1988.-
- PRIETO, Ramón: De Perón a Perón (1946 a 1973), Buenos Aires, ed. Machaca Güemes,
Buenos Aires, 1974.-
- Correspondencia Perón-Frigerio 1959-1973, Buenos Aires, ed. Machaca Güemes,
1975.-
- El Pacto, Buenos Aires, ed. Machaca Güemes, 1972.-
- PUIGGROS, Rodolfo: Libreempresa o nacionalización en la industria de la carne, Bue-
nos Aires, ed. Argumentos, 1957.-
- REY, Esteban: Frigerio y la traición de la burguesía industrial, Buenos Aires, ed.
Peña Lillo, 1959.-
- RODRIGUEZ LAMAS, Daniel: La presidencia de Frondizi, Buenos Aires, Centro Editor
de América Latina, 1984.-
- La Revolución Libertadora, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina,
1985.-
- ROTONDARO, Rubén: Realidad y cambio en el sindicalismo argentino, Buenos Aires, Plea-
mar, 1971.-
- ROUQUIE, Alain: Poder militar y sociedad política en la Argentina (1943-1973), Buenos
Aires, EMECE, 1982.-
- Hegemonía militar, Estado y dominación social, En: ROUQUIE, Alain (comp.):
Argentina hoy, México, siglo XXI, 1982.-
Radicales y desarrollistas, Buenos Aires, Schapire editor, 1975
- SAMUEL, Ralph: Desprofesionalizar la historia, en revista "Debats" no. 10, diciembre
de 1984, Barcelona.-
- SENEZ GONZALEZ, Santiago: El sindicalismo después de Perón, Buenos Aires, Galerna,
1971.-

- SIGAL, Silvia y VERON, Eliseo: Perón o muerte, los fundamentos discursivos del fenómeno peronista, Buenos Aires, Hyspamérica, 1988.-
- SIRKIS, Alfredo: Aguerra da Argentina, Rio de Janeiro, Record, 1982
- SMITH, Peter: Carne y política en la Argentina, Buenos Aires, Paidós, 1968.-
- TERAN, Oscar: En busca de la ideología argentina, Buenos Aires, Catálogos, 1986.-
- TORRE, Juan Carlos y SENEN GONZALEZ, Santiago: Ejército y sindicatos, los sesenta días de Lonardi, Buenos Aires, Galerna, 1969.-
- TORRE, Juan Carlos: Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.-
- THOMPSON, E.P.: La formación de la clase obrera en Inglaterra, Barcelona, Laia, 1978.-
- VARIOS: Presidentes ante el Congreso, Buenos Aires, Forosur s.r.l., 1983.-
- VECCHIO, Ofelio: Mataderos, mi barrio, Buenos Aires, ed. Nueva Lugano, 1981.-
- VIGO, Juan: ¡La vida por Perón! Crónicas de la resistencia, Buenos Aires, ed. Peña Lillo, 1973.-
- WALSH, Rodolfo: ¿Quién mató a Rosendo?, Buenos Aires, ed. de la Flor, 1984.-
- Operación Masacre, Buenos Aires, de la Flor, 10a. ed., 1974.-
- ZORRILLA, rubén H.: Estructura y dinámica del sindicalismo argentino, Buenos Aires, La Piedra, 1977.-

